

“Una historia de amor pura como el agua de lluvia”

Claudia Velasco
Agua de Lluvia



Alentia Editorial S.L.

www.alentiaeditorial.com

Agua de Lluvia

Claudia Velasco



www.alentiaeditorial.com

www.facebook.com/alentiaeditorial

twitter.com/alentiaed

*Para María José López Ordiales.
Lectora fiel, amiga y abogada. Un faro en medio de la
tempestad*

*La lluvia tiene un vago secreto de ternura,
algo de soñolencia resignada y amable,
una música humilde se despierta con ella
que hace vibrar el alma dormida del paisaje.*

Federico García Lorca

En la actualidad

Londres, 18 de diciembre

Tarde y con los zapatos empapados. Sabía que era muy mala idea ir a esa cena, lo sabía, pero Jill era tan insistente que no pudo negarse y al final ahí estaba, a punto de coger un resfriado de campeonato, con la ropa arrugada y el pelo medio rizado a pesar del moño que se había hecho antes de salir del trabajo. Menudas pintas debía tener y esa gente, sus mejores amigos en Londres, seguro que estaban de punta en blanco, disfrutando ya de su elegante cena de aniversario, rodeados por su pequeño, pero divertido, círculo de amistades.

Se bajó del taxi, abrió el paraguas y caminó hacia la casa. Se detuvo un segundo para admirar la fachada del espectacular inmueble y se le agolparon cientos de recuerdos en la cabeza. Se le encogió el estómago y el corazón le dio un brinco, pero lo ignoró, respiró hondo, abrió la verja, subió los escalones de la entrada y tocó el timbre echándose a la espalda todos los recuerdos.

—Señora —Abrió la puerta una chica mulata, muy guapa vestida de negro, extendiendo la mano para quitarle el paraguas—, pase, la están esperando.

—¿Ya han empezado a cenar?, he tardado una barbaridad, había un tráfico tremendo.

—Han empezado a servir, pero no se preocupe, suba por favor.

—Gracias... —se detuvo abriéndose el abrigo y la miró a los ojos, jamás la había visto y dedujo que se trataba de alguna empleada del catering que Jill había contratado para la ocasión. Le sonrió, pensando que se parecía a...

—Me llamo Andrea, suba por favor —le indicó la escalera que subía a la segunda planta donde estaba el salón principal y ella obedeció sin entregarle ni el abrigo, ni el bolso, donde llevaba el regalo para sus amigos, una preciosa primera edición de “El amor en los tiempos del cólera”, que había conseguido en una librería de Barcelona.

—¡Vera! —llamó Jill desde el rellano superior un poco alterada, así que subió los escalones rápido, intentando sacarse el dichoso abrigo, que se le resistía por culpa de la bandolera.

—Lo siento, lo siento, pero hemos tenido una tarde horrible y yo...

—Vale, mira, Vera, mírame —bajó un escalón y la sujetó por los brazos, buscando sus ojos.

—¿Qué pasa? —Se detuvo en seco, oyendo de fondo la charla de los comensales—, ¿qué?

—Nada, no pasa nada —James llegó por detrás de su mujer, la apartó y se dirigió a ella agarrándola de la mano—, venga, están empezando a servir.

—Vale, siento mucho la tardanza pero es que...

Pisó la alfombra nueva del comedor, eso pensó, en que era nueva porque acababan de reformar la casa, cuando se acercó a la mesa, miró a los diez comensales que tenía delante y la sangre se le hizo hielo de golpe en las venas.

Todo el mundo la observó con curiosidad, se hizo un silencio espeso y sintió la mano de Jill cerrándose entorno a su codo. Él levantó los ojos de la mesa y la miró de soslayo, con pereza, como si no la conociera, e inmediatamente volvió su atención al pescado y a las patatas que reposaban primorosamente sobre su plato.

No se lo esperaba, por supuesto que no. Respiró hondo y desvió también la vista. Se apartó medio centímetro de Jill y se concentró en sacar el regalo que llevaba dentro de la bandolera, afortunadamente sus manos se mantuvieron firmes y pudo sacarlo al primer intento. Lo miró con orgullo y se lo extendió con una sonrisa.

—Bueno, solo he venido para daros el regalo, así que felicidades —balbuceó lo más segura posible y les plantó dos besos—, espero que os guste, acaba de viajar desde Barcelona.

—¿No te quedas? —Preguntó alguien de la mesa y ella lo miró sin dejar de sonreír.

—No puedo quedarme, pero me alegra haberos visto, buenas noches. Que lo paséis bien, buen provecho.

—¿Cómo que...? —alcanzó a decir James Wilson pero ella ya estaba bajando la escalera a toda velocidad. Gracias a Dios que no se había sacado el abrigo, eso daba más credibilidad a su espantada y evitaba así hacer el ridículo del todo. Llegó al hall y se encontró otra vez con Andrea, la camarera tan guapa, que estaba sacando los postres de unas cajas enormes.

—¡Vera! —gritó Jill y ella se detuvo con la mano en el pomo de la puerta—, ¿adónde coño vas?, ¿cómo que no te quedas?

—¿En serio? —preguntó mirándola a los ojos. La camarera se hizo a un lado y desapareció camino de la cocina.

—Oye, lo siento mucho, sabes que yo jamás, jamás te haría una encerrona así, pero... ¡Dios! —se pasó la mano por el pelo y Vera abrió la puerta mirando de reojo hacia la escalera, donde esperaba, en el fondo de su ingenuo y estúpido corazón, que apareciera *él*... pero no lo hizo, aunque sí pudo ver como James bajaba los escalones de dos en dos hacia ella—, mira...

—Da igual, Jill, debo irme, en serio. Felicidades —se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Estaba rodando en Praga, llegó esta tarde a Londres y se va mañana a California, no podíamos... —susurró James y ella sintió que si se quedaba un rato más allí, empezaría a llorar—, no pretendíamos nada, Vera, no te vayas enfadada. Algún día tendremos que empezar a normalizar esta situación...

—No estoy enfadada y lo entiendo perfectamente... —interrumpió—, en realidad vuestro amigo es *él*... y... debo irme.

—No se trata de eso —intervino Jill, pero ella salió a la calle—, no te vayas así, se me parte el corazón.

—No quiero seguir montando el numerito, por favor ¿eh? —Le sonrió—, mañana te llamo y hablamos. Pasadlo bien, tortolitos.

—¡Vera!

Se cerró el abrigo y echó a andar a toda velocidad hacia King's Road con el corazón desbocado, a punto de dejarla sin respiración, decidida a llegar hasta Victoria andando, aunque tardara una hora y bajo la lluvia. Se detuvo y miró el cielo. Una lluvia fría y espesa le empapó la cara y la agradeció, se había dejado el paraguas, pero no le importó, giró sobre los tacones de las botas y miró hacia la casa de los Wilson antes de seguir andando. La segunda planta se veía iluminada, cálida, tan acogedora y tan feliz como había llegado a ser su propia existencia en otro tiempo, en otra vida que ahora parecía tan lejana, tan remota, incluso imposible.

1

Catorce meses antes

Londres, 18 de octubre.

—¿Pero llega o no a vuestro aniversario? —Jill gritó desde el vestidor y Vera movió la cabeza sin dejar de mirar la Tablet.

—No lo sabe.

—¿Qué no lo sabe?, tiene programada hasta la hora en que debe ir al cuarto de baño y no sabe cuándo puede coger un puñetero avión, ¿en serio? —Salió al dormitorio y la observó mientras ella seguía leyendo la dichosa crítica de este tal Taylor McIntoch.

—Es igual.

—No, no es igual, seis años de matrimonio deberían celebrarse como es debido, más en este mundo de locos que vivimos.

—En realidad yo prefiero celebrar el día en que nos conocimos... mira —le enseñó la pantalla donde una foto de Michael lo llenaba todo—, no puede ser mejor, lo ponen por las nubes.

—Me alegro.

—Se lo merece.

—Lo sé, pero... —Vera agarró el teléfono y marcó el número de su marido que estaba en Nueva York de rodando, la vio ponerse de pie y prefirió volver al vestidor para seguir cotilleando sus últimas adquisiciones.

—Mi amor, no sé dónde te metes, solo quería decirte que McIntoch os da un diez y que habla maravillas de ti. Enhorabuena. Ok... —suspiró asomándose a la ventana para mirar la lluvia que caía a raudales—, tu madre quiere que la acompañe al funeral de tu tía Patty en Donegal y como mañana no tengo mucho lío, me voy a Irlanda a primera hora, también viene tu prima Susan y... bueno, ya hablaremos. Te quiero.

—¿Hace cuánto que no hablas con él? —Jill la siguió escaleras abajo hasta la cocina.

—Desde anoche ¿por qué?

—No sé, curiosidad...—la miró y se encogió de hombros. Hacía unas semanas que Michael Kennedy andaba muy disperso y ocupado, demasiado para su gusto, pero no quiso preocupar a su mujer con demonios innecesarios y se sentó en una butaca de su cocina americana

sonriendo—, ¿me sirves un té?

—Claro. Estamos preparando un mercadillo para St. Mary ¿quieres cooperar?

—¿Con qué?

—Ropa, libros, discos, lo que quieras. Hacer limpieza en el desván seguro que te viene bien, es para un hogar de madres inmigrantes de Reading.

—Cuenta con ello...

—Yo ya he estado revisando el nuestro y he encontrado mil cosas de la buhardilla de Camden... —la miró con esos enormes ojos negros, almendrados y brillantes y Jill sonrió—, no me acordaba que nos habíamos traído tantos trastos y aunque hay mucha porquería, no pienso deshacerme de nada. Me traen tantos recuerdos.

—No sé cómo pudisteis sobrevivir en ese cuchitril.

—Pues yo lo recuerdo como una de las épocas más felices de mi vida

—¿Y cuándo os conocisteis?

—En junio, el 20 de junio, ¿nunca te lo he dicho?

—Sí, claro, pero os casasteis un 20 de octubre, que es ahora mismo, ¿vendrá o no a tiempo para el aniversario?, es para reservar mesa en algún sitio guapo, estoy harta de tanto niño y tanta rutina, Vera, por favor, dame un motivo para salir de noche con mi marido.

—Si quieres reserva hoy y nos vamos de cenita.

—Buah... —Jill Wilson bufó y buscó sus cigarrillos—. James está con el montaje de Ricardo III y la nueva niñera aún no se hace con los monstruitos, tengo que avisar a mi madre con tiempo para que venga a quedarse con ellos.

—Si quieres organiza una cena con las chicas y yo me quedo con los niños, no me importa.

—Quería salir de celebración con vosotros, los cuatro, como en los viejos tiempos. ¿Hace cuánto que no lo hacemos? Mike está desaparecido.

—Ya lo sé, pero esto es así, tiene que aprovechar...

—El buen momento, lo sé, pero pasarse por casa y ver a los amigos tampoco lo matará.

—Dímelo a mí —sonrió con amargura.

—¿O sea que cumplisteis ocho años en junio?

—¿Desde que nos conocimos? —Preguntó sirviendo el té—, pues sí, ocho años ya. Como pasa el tiempo, quién nos lo iba a decir.

—Desde luego.

Vera vertió el agua caliente sobre la taza de su amiga y recordó como si estuviera allí mismo el día en que había conocido a Michael Sean Patrick Kennedy en Dublín. Solo llevaba una semana en Irlanda, haciendo un curso de inglés, y se les había ocurrido ir a un pub de la zona universitaria para hablar un poco de inglés y cambiar de aires, porque en su residencia solo había españoles.

Las chicas estaban como locas por ligar. Habían dejado Madrid con la excusa de perfeccionar la lengua de Shakespeare, pero el gran fin de ese mes en Dublín era pasarlo bien y desfogarse. Todo el mundo opinaba que allí se ligaba y se salía más que en ningún otro sitio de Europa y ahí estaban, seis amigas del instituto, en su segundo año de carrera, dispuestas a comerse el mundo a bocados, especialmente a los guaperas locales que parecían dispuestos y muy acogedores.

Todo apuntaba a que iban a triunfar en la capital de la isla Esmeralda, todo salvo el hecho de que habían pillado una residencia donde solo había compatriotas y además, la competencia era dura, porque si los nativos les parecían guapos, las nativas mucho más, y también las italianas, francesas, alemanas o británicas que poblaban cada rincón de aquella ciudad. En resumen: la cosa estaba resultando dura y Vera empezó a lamentar no haber ido a Oxford o Cambridge, como era su primera opción.

—It's over —oyó que decía una voz masculina preciosa y la buscó instintivamente con los ojos. Se giró hacia la puerta de ese local enorme y allí lo vio. Un tío alto y de pelo castaño, ondulado a la altura de la oreja, que la dejó patidifusa. No podía verle la cara del todo, solo el perfil, pero le dio igual, la voz era suficiente motivo para enamorarse de él, aunque en ese momento otro tío, uno pelirrojo y mal encarado, lo estuviera agarrando con muy malos modos por la chaqueta de cuero—, no me toques.

—A la mierda, hijo de puta, ¿crees que no te he visto? —Soltó el otro y el de la voz bonita avanzó un paso y se le pegó al cuerpo.

—He dicho que no me toques... —el acento era raro, irlandés sí, pero salpicado de otro matiz y se deleitó un segundo en intentar reconocerlo. Le encantaba clasificar acentos anglosajones, era uno de sus pasatiempos, y cruzó una mirada cómplice con su hermana Cruz, que era igual de maniática que ella con esas cosas—, ¿eh?

—Deja de mirar a mi novia y todos es paz.

—Que no me toques —agarró la muñeca del tipo y lo apartó de su chaqueta con un movimiento brusco que levantó a sus amigos de la mesa. El pelirrojo se quejó y su chica, el motivo de la disputa, se le acercó muy nerviosa.

—Mark, por favor, ¿pero qué haces?

—¿Crees que no os he visto?, si tú eres peor que él.

—¿Yo? —La chica se puso en jarras y miró al de la voz bonita toda coqueta, al menos Vera lo percibió así, y sintió una pena instantánea por su novio pelirrojo—, siempre igual.

—Vamos... —el pobre chico, humillado y rojo hasta las orejas, agarró a su novia y la sacó a la calle.

El de la voz bonita se arregló la chaqueta, giró sobre sus talones y cruzó una mirada fugaz con Vera, que siguió toda la escena, hasta el final, con la boca abierta. Ella se sonrojó, incómoda por ser tan cotilla y se volvió hacia la barra donde las chicas continuaban con su clasificación del personal potable del local. Pocas dieron importancia al incidente pero Vera creyó que no lo podría olvidar en la vida: la tensión, el tono de voz de ese individuo, su calma y aplomo, el sufrimiento del pobre novio ofendido y los ojos azul claro que finalmente la pillaron espiando. De película, pensó, y buscó a su hermana con los ojos. Cruz casi al unísono la miró y dijo sin más explicaciones:

—Australiano.

—¿Londres?

—No, australiano y de Sídney.

—Joder, que puntillosa.

—Voy, se lo pregunto y si tengo razón, me quedo los pendientes.

—Vale.

—Vale.

Cruz, que era su hermana gemela (sí, Vera y Cruz, una broma nada santa de su padre), dejó su banqueta junto a la barra y se fue decidida hasta la mesa donde el grupo del de la voz bonita tomaba unas pintas. Vera la miró con ese orgullo que siempre le provocaba su hermana. Su guapa hermana, que era capaz de hacer cualquier cosa, en cualquier parte, con un desparramo que no tenía precio.

Se habían criado en cinco países diferentes. Además de en España, habían vivido en Italia, Argentina, Canadá y los Estados Unidos por culpa (o gracias) al trabajo de su padre y mientras Vera jamás llegó a estar

cómoda en ninguno, Cruz se integró perfectamente en todos. Hablaba inglés o italiano con el acento local, tenía miles de amigos, y nadie podía acusarla de tímida o reservada, era un cascabel optimista y risueño, la otra mitad de Vera, que por su parte era la tímida y la retraída de la familia. Un tándem perfecto e indestructible que sin embargo la universidad había separado porque Cruz había decidido estudiar arte en Roma, mientras Vera se había decantado por derecho en Madrid. Llevaban dos cursos cada una por su lado y ese viaje a Dublín había sido la excusa perfecta para pasar más tiempo juntas.

—Australia —regresó de inmediato con una sonrisa de oreja a oreja—, los pendientes de la abuela vuelven a ser míos.

—Ya, ya... —la abuela Teresa solo tenía una reliquia familiar que legar a sus nietas: unos preciosos pendientes de oro blanco y amatista que eran la perdición de las gemelas. Un único tesoro que ambas se apostaban constantemente desde que tenían uso de razón aunque, afortunadamente, la abuela seguía vivita y coleando en Madrid y ninguna era aún la dueña oficial de la dichosa joya.

—Una apuesta es una apuesta.

—¿Y qué hace?... —miró por encima del hombro de su hermana y vio a ese individuo acercándose a ellas, seguido por uno de sus colegas. Instintivamente se pegó a la barra y agarró su vaso de refresco con fuerza.

—Ah, viene a corroborar mi teoría. Michael, te presento a mi hermana Vera. Vera, este es Michael Kennedy, nacido en Australia, aunque llegó a Irlanda a los diez años.

—Hola, encantada —balbuceó como una idiota al ver de cerca los espectaculares ojazos de ese tío. Era alto y con pinta atlética, pero muy flaco, pensó, mirando la camiseta oscura que llevaba debajo de esa chaqueta de cuero destartada y desteñida.

—Hola, Vera —dijo él con esa voz impresionante, marcando el acento australiano—. ¿Qué tal, chicas?, ¿cómo os trata *Dub*?

—Bien —dijeron las demás, dando el visto bueno a los recién llegados. Michael Kennedy les guiñó un ojo, se inclinó hacia la barra y pidió una pinta rozando a Vera, que no se movió de su sitio, tiesa como un palo. Jamás en toda su vida había visto a un tío tan atractivo, al menos no de tan cerca, y en seguida supo que no tenían ni la más mínima posibilidad con él, con él o con su amigo, que estaba igual de bueno.

—Otra ronda, Steve —ordenó al camarero y clavó los ojos en su

refresco—, ¿no bebes?

—No.

—¿Y eso?

—Alguien debe mantenerse serena...

—¿Ah sí?, ¿y eso por qué? —Le clavó los ojos azules y luego deslizó la mirada hacia su boca, ella carraspeó y saltó de la silla con la intención de poner algo de distancia.

—No suelo beber y la noche será larga —observó de reojo a sus amigas y a su hermana y luego decidió mirarlo fijamente, él sonrió y se apartó de la barra.

—¿Así que unas españolas perfeccionando el inglés? —Preguntó en general.

—Sí —contestaron todas.

—¿Y qué hacéis en España?

—La Universidad —contestó Cruz y él asintió—, ¿y vosotros?, ¿vivís en Dublín?, ¿a qué os dedicáis?

—Actores —contestó Kennedy—, Frank y yo, y toda la panda de la mesa.

—Actores, qué interesante.

—¿No lo conocéis? —El tal Frank lo cogió por el cuello y él sonrió—, sale en muchos anuncios, el último de Jameson, ¿no lo habéis visto?, y en series.

—Me temo que no.

—Vale, pues ya nos veremos —el camarero les deslizó por la barra la bandeja con la ronda de pintas y Kennedy la agarró con las dos manos—, adiós, chicas, disfrutad de Dublín.

No volvieron a verlo en el pub. Él se sentó dándoles la espalda y Vera lo vigiló de reojo una media hora más, hasta que decidieron irse y cuando caminaron hacia la salida, descubrieron que todo el grupo de Kennedy había desaparecido. Una lástima, era un tío muy guapo y alegraba la vista, para que lo iba a negar, en cuanto llegara a la residencia pensaba buscar ese anuncio de Jameson y esas series en las que aparecía, porque no pensaba volver a perderlo de vista. Esa era su intención hasta que llegó al siguiente pub donde otra vez se encontraron con Michael Kennedy discutiendo con alguien. Estaba junto a la puerta del local, en un callejón medio oscuro y vociferaba muy enfadado, nada de la calma y el control de antes, no, ahora parecía alterado y la diana de sus reproches no era un

pelirrojo celoso, era una chica negra espectacular.

Ella llevaba un minivestido de lycra verde oscuro que se le pegaba al cuerpo como un guante. Las seis se quedaron un segundo mirando el tipazo que tenía esa mujer. Era impresionante, además muy alta y llevaba unos tacones dorados que la hacían de la misma estatura de su novio, porque era su novio.

Sin ningún sentido Vera sintió mucha pena en el alma. Casi se le saltan las lágrimas mirando como él gritaba a la mujer mientras ella, que no era muy guapa de cara e iba muy maquillada, miraba a todos lados harta ya de ese capullo descontrolado. Todo el mundo los estaba observando pero Kennedy seguía a lo suyo diciéndole que era una irresponsable, una golfa y un montón de cosas más que no quisieron seguir oyendo. Cruz, intuyendo que algo no iba del todo bien, la agarró de la mano y la metió dentro del pub repleto de gente, Vera se acercó a la barra y pidió a gritos unas pintas y su refresco, un deseo que el camarero saturado del otro lado no hizo amago alguno por satisfacer.

—Vaya con la novia de nuestro australiano —susurró Cruz—, es como Naomi Campbell. Seguro que es modelo, todos los actores van con modelos.

—Y los futbolistas —apuntó Maricarmen—, no tenemos la más mínima oportunidad con chicas así pululando por el mundo.

—Ya te digo —contestó Vera observando como Kennedy entraba al pub solo y muy cabreado. Parecía otro, uno muy diferente al tipo sereno del otro local, y le dio la espalda para evitar el contacto visual, pero Cruz lo vio y lo llamó a gritos.

—Hey, las nenas españolas otra vez, ¿algún problema?

—No nos hacen ni caso en la barra, ¿podrías...?

—Claro... —de dos zancadas llegó junto a Vera, se apoyó en la barra y pegó un grito al camarero que tomó el pedido de inmediato—, ya está.

—Gracias, tío, ¿te podemos invitar a algo?

—Ok, ¿por qué no?, ¿dónde os vais luego?

—Dónde nos lleve la noche —opinó Sara, acariciándole el brazo de la chaqueta—, ¿tienes alguna idea?

—Hay una fiesta en St Stephen's Green y como me habéis caído bien os invito.

—¡Güay!, ¡genial!—Exclamaron las chicas y Vera se calló porque la idea no le parecía ni tan güay, ni tan genial, al fin y al cabo no conocían a

esa gente de nada y según su profe de inglés de Madrid no debía fiarse de los irlandeses. Y lo decía él, que era un irlandés de Dún Laoghaire.

—Hostia puta —susurró de pronto Kennedy y salió disparado hacia la puerta donde la chica de antes, su novia, acababa de aparecer con cara de despiste.

—Me temo que no os llevarán a ninguna fiesta —dijo Vera muy convencida y las demás la fulminaron con la mirada—, ¿por qué no nos vamos al sitio ese que nos recomendó Brandon?

—No, espera y calla.

—Vale...

Al fin les trajeron las copas y cogió su refresco observando con curiosidad casi científica la charla que Michael Kennedy mantenía con su amiga del vestido de lycra. Ella lo agarró por la solapa de la chaqueta y le pegó un morreo de película, pero él se apartó y le soltó unos cuantos improperios que ella se tomó a risa. Discutieron un rato más y finalmente una amiga de la susodicha la cogió por la cintura y la sacó a la calle. Kennedy bufó furioso, luego respiró hondo y volvió con ellas sonriendo.

—Vale, princesas, nos vamos a la fiesta.

—Claro —soltaron todas agarrando sus bolsos. Todas menos Vera Saldaña, que se plantó firme y miró a sus amigas muy seria.

—Yo no voy y creo que tampoco deberíais ir vosotras. No conocemos de nada a este tío, ni a él ni a sus amigos —Dijo en español y su hermana parpadeó muy divertida.

—¿Qué pasa? —Preguntó Kennedy y Cruz contestó sin dejar de mirar a su hermana a los ojos.

—Nada, nada, Verita, que dice que quiere marcha.

—Oye...—frunció el ceño y Cruz la agarró del cuello para sacarla a la calle.

—Calla de una vez, marimandona y diviértete un poco, no tenemos que conducir, esta ciudad es minúscula y volveremos perfectamente a la residencia sin perdernos, aunque sea a gatas. Así que tranqui tronco y a pasarlo bien, que para eso hemos venido.

Y sí que lo pasaron bien. La fiesta de St. Stephen Green resultó ser un tremendo acierto y no el polígono sórdido y peligroso que Vera se imaginó en un principio. La organizaba alguien muy importante del ambiente artístico local y de pronto se encontraron en una casa victoriana preciosa, rodeadas de actores, modelos, bailarines, músicos,

presentadores, pintores, gente guapa en general, que las recibió con los brazos abiertos. En un pis pas estaban bebiendo, bailando y haciendo migas con todo el mundo, mirándose de reojo sin creer la suerte que estaban teniendo, y antes de las dos de la mañana estaban todas emparejadas.

Todas no.

Vera, fiel a su idolatrado Björn Persson, el ecologista sueco que le nublaba las ideas desde hacía un año, no pudo olvidarse de él, ligar y dejarse querer, fue imposible, y se dedicó a charlar con gente muy interesante, muy animada, encantada de haberlos conocido a todos, incluido el carismático Michael Kennedy, el alma de la fiesta, y que resultó ser un tipo realmente extraordinario, con una mirada que valía oro y una simpatía inquietante en un tío tan guapo como él.

Michael, que saludaba a todas las mujeres con un beso en la boca, le contó que sus padres, emigrantes irlandeses en Australia, se habían conocido en Sídney, se habían casado, tenido tres hijos, y regresado a la madre patria cuando juntaron el dinero suficiente para inaugurarun restaurante en Galway, tierra natal de su madre. De ese modo había llegado a Irlanda con diez años, dejando en Oz el buen tiempo, la vida al aire libre, el deporte y sus amigos de toda la vida. Al principio había sido duro, le contó, pero pronto empezó a triunfar con las chicas, a jugar al rugby y a ser el centro de atención de su barrio, así que poco tiempo después ya ni se acordaba de Sídney.

—¿Y siempre quisiste ser actor? —Le preguntó a las dos y media de la madrugada, sentados en el patio de aquella casa tan bonita, él con una cerveza y un cigarrillo en la mano y ella con un vaso de ginebra en la suya.

—Creo que sí, no sé, me gustaba más la música, pero una cosa llevó a la otra y cuando acabé el colegio me fui a estudiar a Londres.

—¿Ah sí?, ¿dónde?

—En la Royal Central School of Speech and Drama, ¿la conoces?

—Sí, claro, creo que es la escuela más importante de...

—Eso es, lo es, la más importante.

—¿Y te quedaste a vivir en Londres?

—No, bueno... —le dedicó una de sus miradas transparentes y Vera sintió que la abrasaba entera con ella—, tengo un pisito allí aunque vengo mucho a Dublín por trabajo: publicidad, televisión, ya sabes.

—Un mundo muy duro.
—Sí que lo es, ¿qué edad tienes?
—Cumple veinte en octubre ¿y tú?
—¿O sea diecinueve?
—Eso...
—Yo tengo veintiocho, ¿y a qué te dedicas?, ¿vas al instituto?
—No, estudio derecho en Madrid.
—¿Quieres ser abogada?, qué aburrido.
—¿Te parece?
—Mucho.
—Quiero dedicarme al derecho medioambiental, espero que no sea tan aburrido.
—¿Ecologista? —ella asintió—, demasiado guapa para andar peleándote con las grandes multinacionales y los gobiernos corruptos que nos conducen al desastre total.
—¿Ah sí?
—¿O sea que eres una guerrera?
—Lo intento, no hay que bajar la guardia.
—¿Y qué más?
—¿De qué?
—¿Qué más hace una chica como tú?, aparte de estudiar derecho y ser ecologista.
—Me gusta bailar, bailo flamenco desde los seis años.
—¿Flamenco?, ¿en serio? —la miró con los ojos muy abiertos y Vera movió la cabeza. Sabía lo que la palabra *Flamenco* significaba para los guiris y por un momento disfrutó de la sensación de impresionarlo un poco—, ¿de verdad?, qué pasada.
—Bueno...
—¿Me bailas un poco?
—¿Aquí?, no, imposible, no son sevillanas.
—¿Sevillanas?
—Un baile más alegre y menos serio que se puede bailar en cualquier parte.
—Báilame sevillanas, pues.
—No, otro día.
—Ok... me acabas de dejar fuera de juego.
—No será para tanto.

—En serio... —la siguió observando muy atento y se inclinó un poco más para mirarla de cerca. Vera tragó saliva y no se movió—. ¿Y por qué vienes a Dublín a perfeccionar el inglés si lo hablas incluso mejor que yo?

—Bueno... —lo miró y se echó a reír—, era una excusa para pasar unos días con mi hermana y mis amigas aquí.

—¡Mike! —una de sus amigas se asomó a la terraza y lo llamó con la mano—, Isis está aquí y pregunta por ti, está totalmente pedo y Chris dice que como no se la lleve alguien, llama a la poli.

—Gracias, voy. Vera —se puso de pie y la miró hacia abajo—, me encanta charlar contigo pero el deber me llama. Mi novia, bueno, Isis...

—¿Isis?

—Juro por Dios que es su nombre real. Debo irme, pasáros por el O'Neill alguna noche, siempre paramos por allí, ¿ok?

—Claro y gracias por traernos.

—De nada —le guiñó un ojo y desapareció.

No lo volvería a ver en Dublín. Aquel verano además de ser en el que conoció a Michael, fue el del sonado divorcio de sus padres. Dos días después de aquella fiesta, y cuando Vera aún se seguía preguntando como un tipo tan solicitado como Michael Kennedy le había dedicado quince minutos de su tiempo, a solas en aquella terraza, su madre las llamó histérica desde Madrid para contarles que su padre había decidido mandar su matrimonio de veintidós años al carajo e irse a vivir con su secretaria.

La cosa por teléfono parecía un drama de dimensiones estratosféricas, pero cuando llegaron a Madrid, comprobaron que era aún peor. El apacible señor Antonio Saldaña, un brillante ejecutivo bancario que había sometido a su mujer y a su familia durante años a un éxodo imparable por medio mundo, había rejuvenecido veinte años con su retorno definitivo a España y se había enamorado de una chica de treinta años, su ayudante, con la que pretendía casarse y formar otra familia.

Pilar, su madre, no se esperaba nada de eso y aunque había sido toda la vida una celosa controladora insufrible, decidió perdonarlo y empezar de nuevo, pero él se negó en redondo porque lo tenía muy claro, se quería separar, con un divorcio exprés, y que lo dejaran en paz.

Cruz se lo tomó tan mal que rompió un par de cosas en casa antes de partir al despacho de su padre y seguir rompiéndolas delante de su nueva novia. Todo el mundo se enteró, toda la familia, los amigos, los vecinos, les faltó salir en el *Hola* y cuando su padre fue a buscar sus últimas

pertenecías a la casa, su madre y Cruz se las tiraron por la terraza de la segunda planta, sin maletas ni bolsas de basura, no, directamente y dejando que algún reloj, los frascos de colonia y un trofeo de golf se hicieran añicos contra las baldosas del jardín. Escandaloso.

Vera, como siempre, se lo tomó con más calma y trató de razonar con toda la familia, especialmente con su madre, pero fue imposible. Ella no entendía que una vida dedicada a seguir a un señor por medio planeta, con un par de gemelas a rastra, con cientos de mudanzas, pudiera terminar de esa forma tan radical e injusta. Pero así fue, todo acabó en cuestión de un mes y en octubre, cuando empezó su tercer curso de carrera, su vida había dado un vuelco de 180°.

Lo primero fue tener que mudarse, una vez más, pero esta vez no se trataba de otro país u otra aventura, se trató de dejar el chalet de Pozuelo y volver al barrio de toda la vida, la Arganzuela, donde compraron un piso de sesenta metros para las tres. Cruz tuvo que olvidarse de Roma y matricularse en Madrid. Su madre, maestra retirada desde los treinta años, empezó a buscar trabajo sin ningún éxito y aunque la pensión compensatoria y la venta de la casa, les dejó algo de dinero en el banco, el nivel de vida se les redujo sustancialmente. Vera empezó a dar clases particulares de inglés y a cuidar niños para no agobiar a su madre con sus gastos y Cruz decidió servir copas los fines de semana en un bar de Huertas.

En un pis pas todo patas arriba. Su padre y su joven mujer se fueron a Dubai, el nuevo destino de su padre, ganando dinero a manos llenas, decía su madre, y disfrutando de su espectacular vida como la pareja de enamorados que eran. Vera quería odiar a su padre por todo aquello, pero no podía, y solo era capaz de comprender que el amor es así de puñetero y muchas veces te hace dañar a quién más te quiere, así que siguió hablando con él por teléfono e incluso una tarde merendó con Tania, su novia, que era una rubia tontorrón y demasiado perfumada que parecía adorarlo, para que lo iba a negar.

En medio de la vorágine no se olvidó de Michael Kennedy. Todos los días miraba en Internet información sobre él y pudo rescatar sus fotos de promoción y su biografía de alguna página especializada de Gran Bretaña. No le iba mal, pero se merecía más. Era un actor maravilloso, comprobó en cuanto vio las series donde aparecía. Era capaz de enriquecer cualquier trabajo, por pequeño que fuera, brillaba con luz propia y tenía un carisma

a prueba de bombas. Un diamante en bruto que en cuanto tuviera su primera gran oportunidad triunfaría, no le cabía la menor duda. Además, tenía unos ojos espectaculares, que te quitaban el aliento en directo, pero que en la pantalla lo llenaban todo. Sería una estrella, lo supo desde el minuto uno, y se alegraba por él.

Björn Persson, su amor desde hacía más de un año, un ecologista radical, amante del Bikram Yoga, vegano y voluntario de Greenpeace, apareció en Madrid por aquellas fechas procedente del Ártico, donde había estado intentando salvar a las ballenas, y le anunció que había abrazado el “Frutarismo”, es decir que solo consumía frutos secos y fruta fresca, y que la cuestión de la sexualidad quedaba aparcada por un tiempo porque su cuerpo se estaba regenerando. Vera, una vez más, comprendió y aplaudió sus inquietudes y lo acompañó a la toma de un laboratorio farmacéutico donde experimentaban con animales y dónde acabaron todos detenidos.

Greenpeace los sacó del calabozo casi de inmediato pero igualmente declaró en los Juzgados de Plaza de Castilla y salió en la prensa con el puño en alto, victoriosa y feliz de llamar la atención de los medios de comunicación, que de eso se trataba. Su madre casi muere del disgusto pero Cruz y su novio la recogieron de los juzgados, la llevaron a comer y dos días después ya estaba encabezando una nueva manifestación antitaurina por el centro de Madrid, con Björn a su lado.

La cosa pintaba tranquila y apacible, con familias y niños, y gente de todas las edades gritando: “La cultura no es tortura”, todo muy bien hasta que unos incontrolados empezaron a insultarlos y a provocarlos con capotes, muletas y monteras. La policía se personó en la calle y los protegieron del grupo que iba en aumento, y que parecía estar mejor organizado que ellos. Mucha tensión que estalló cuando llegando a Alonso Martínez se desató la locura, la gente empezó a gritar y a dispersarse a empujones. De repente Björn desapareció y Vera se vio sola en medio del caos. Buscó a sus compañeros con los ojos y no vio a nadie conocido, pensó en protegerse detrás de la policía, pero no era lo más valiente en esos casos, así que durante medio segundo se detuvo y observó cómo una refriega carcelaria, como la de las películas, se acercaba a ella peligrosamente.

Se le llenaron los ojos de lágrimas pensando en que se iba a llevar una buena paliza o algo aún peor, miró hacia las terrazas de la plaza donde la

gente observaba con la boca abierta el espectáculo y creyó divisar, en medio del terror que la estaba paralizando, los ojos azul celeste de Michael Kennedy. Genial, debo estar a punto de morir y por eso me viene precisamente esa imagen ahora, pensó y le dio la espalda buscando una salida urgente. Salida que no encontró, se encomendó a Dios, porque las piernas ya ni le respondían, giró sobre los talones y lo vio mejor, Michael Kennedy en persona acercándose a ella a toda velocidad. Lo vio como en cámara lenta llegar corriendo hasta la barrera policial, apartar a dos antidisturbios de un empujón y acercarse decidido, de dos zancadas, extender la mano, agarrarla del brazo y sacarla de un tirón de ahí antes de que pudiera pestañear.

Un segundo después se desató la tercera guerra mundial a su espalda, la policía cargó contra todo lo que se encontró por delante y los menos avisados se llevaron lo suyo o incluso fueron detenidos con muy malos modos y conducidos directamente al furgón policial. Un desastre del que ella se salvó únicamente gracias a la intervención divina, porque aquello era un milagro obrado por un guiri al que había conocido hacia cuatro meses en Dublín.

—¿Estás bien?! —Los acompañantes de Kennedy la inspeccionaron de arriba abajo y ella se agarró a una silla respirando hondo—, ¿te han pegado?

—No, nada grave —contestó en inglés—, lo de siempre. Joder, gracias, Michael, ¿de dónde sales?, qué fuerte.

—¿Y tú vas sola a estas movidas? —Preguntó él con el ceño fruncido, agarró una jarra de cerveza que tenía en la mesa y bebió un trago largo—, casi me muero de la impresión, verte ahí a punto de que te arrancaran la cabeza de cuajo... delante de mis narices, joder, increíble.

—Gracias, de verdad —se acercó y le pegó un abrazo, él lo devolvió con unas palmaditas amistosas en la espalda y tragó saliva—, ha sido un milagro, te has ganado el cielo. ¡Pero qué casualidad!, ¿qué haces en Madrid?

—¿Pero vosotros os conocéis de hace mucho? —preguntó una rubia muy guapa y los dos se miraron y se echaron a reír.

—No, de una fiesta en Dublín, en verano.

—¿En serio?

—Sí —Michael Kennedy miró a Vera fijamente y sonrió—, he venido con una obra de teatro, al Alfil, salimos a tomar algo y te veo en medio de

la movida. Una puta locura.

—Ya te digo, qué suerte, y es que mi novio... —se volvió oteando el horizonte, sin ver a Björn por ninguna parte—, debería andar por aquí, a lo mejor lo han detenido.

—Pues tu novio no debería dejarte tirada delante de semejante panda.

—No sabíamos que se complicarían las cosas, en fin. Deja que te invite a algo.

—No, si ya nos vamos, tengo actuación a las ocho.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el domingo.

—Pues te iré a ver, vamos, no me lo perdería por nada del mundo.

—Muy bien pero de momento te vas con nosotros —dijo él viendo que la cosa no se calmaba y que la movida de los policías y los manifestantes iba en aumento. La agarró del cuello y la encaminó hacia la calle Fuencarral—, vamos.

—No, si no hace falta, en serio, buscaré a mi grupo y...

—No, no... mejor te llevo a una boca de metro.

—Pero...

—¡Eh! Que acabo de salvarte de una buena, no pienso dejarte aquí ¿ok?

—La miró a los ojos y Vera pensó que aquel era el hombre más guapo que había visto en toda su vida. Se sonrojó de la pura emoción y asintió bajando la cabeza—, buena chica.

Aquel encuentro milagroso sería el comienzo de todo. Esa tarde Vera se fue con la pequeña compañía de Michael Kennedy al Teatro Alfil y ya no se separó de ellos. Eran ocho, seis británicos y dos irlandeses, y presentaron una obra propia, en inglés, que tuvo un éxito relativo, pero que Vera siguió desde bambalinas con la boca abierta. Le maravilló ver como trabajaban, verlos detrás del telón, compartir unas cervezas al final de la función y decidió que aquella gente era la más talentosa del universo.

Eran maravillosos y la experiencia artística, junto a un grupo de actores extranjeros en Madrid, no tenía precio. Ni siquiera se acordó de Björn, que no hizo nada tampoco por localizarla, y cuando salieron del teatro y Michael le dijo que se fuera a cenar con ellos, lo hizo encantada, enamorada ya, como lo determinó con el paso de los años, hasta las trancas de ese irlandés encantador, galante y valiente, que la trataba como si la conociera de toda la vida.

Pronto se dio cuenta de que esa gente estaba hecha de otra pasta, eran

artistas, y hablaban de todo abiertamente. En general tenían una relación sensorial muy cercana, es decir, se tocaban, se besaban y se achuchaban con bastante normalidad. Lo mismo que hablaban de sentimientos o poetas o autores de teatro con una pasión desmesurada. Kennedy era el líder natural de todo aquello, porque además de esa guapura arrasadora que Dios le había dado, también había sido bendecido con un encanto arrollador y una simpatía innata. Sentada a su lado en un bar de tapas, Vera siguió su charla con la boca abierta y comprendió que cuando él te miraba a los ojos y te sonreía, te convertía en el centro del universo, era como si te elevara a los altares y no hubiera nada más importante en el mundo para él, en ese momento, que tú.

Nunca, nadie, jamás, ni siquiera Björn Persson, le había causado una impresión tan potente, en toda su vida. Esa noche acabaron a las tantas charlando de ecología y veganismo, de los derechos de los animales y de sus actividades radicales en contra de todo aquello que afectara al medioambiente. Michael la miraba atento y asentía muy interesado, aunque no obvió su preocupación de que ella acabara muerta o con todos los huesos rotos en alguna parte, por dar tanta guerra. Aquello la conmovió casi hasta las lágrimas, a pesar de que llevaba oyendo lo mismo, por parte de sus padres, desde hacía años.

Apenas se separaron ese fin de semana. Al día siguiente de la manifestación, cuando al fin Björn dio señales de vida para contarle que estaba en una granja del Escorial meditando con unos colegas escandinavos, volvió al Alfil con Cruz, su novio y todos los amigos que pudo reunir, y otra vez acabaron de juerga hasta las tantas. Aquella noche se hizo la valiente y le preguntó por su novia tan guapa, por Isis, y él le contó que al fin habían roto y que ella estaba en Nueva York fichada por una importante agencia de modelos.

Era fácil hablar con él, aunque se cerraba un poco en banda al hablar de sus cosas, y cuando el domingo se despidieron, ella completamente desolada, en la puerta de su hotelito cerca de la plaza de Chueca, Michael Kennedy extendió la mano, la agarró por el cuello y le dio un abrazo fraternal, largo y apretado, que la dejó sin aliento.

—Ya tienes mi email, espero que me mantengas informado de tus andanzas.

—Claro —susurró a punto de echarse a llorar, sin saber muy bien por qué— y para que tú me cuentes tus éxitos.

—Si vas a Londres me llamas y me toca a mí llevarte de fiesta.

—Eso está hecho.

—Vale, futura abogada medioambiental, debo subir y hacer la maleta. Lo he pasado genial, gracias por el apoyo y por traer tanta gente al teatro.

—No fue nada.

—Buenas noches —volvió a abrazarla y esta vez le besó la cabeza, Vera cerró los ojos y aspiró el aroma delicioso que desprendía su jersey, pensando en que podría vivir ahí, en ese momento perfecto, el resto de su vida—, llámame.

—Lo mismo digo —vio como entraba al hotel y se sintió huérfana, se dio la vuelta para buscar la Gran Vía pero detuvo al oír que la llamaba otra vez.

—¡Vera!

—¿Qué?

—Un último consejo...

—No voy a meterme en muchos líos.

—No es eso —salió del hotel y se quedó en medio de la calle señalándola con el dedo.

—¿Y qué es?

—Olvídate del sueco, no te conviene, un tío que deja a su chica sola, en medio de una movida como la que vi el otro día, no vale la pena.

—Lo pensaré.

—No hay nada más chungo que un proyecto de héroe.

—Vale —sonrió, recordando la teoría que le había soltado sobre los radicales ecologista y veganos como Björn (una panda de ociosos con afán de protagonismo), y asintió.

—Un puto *pirao*, pasa de él.

—Vale.

—Ok —le guiñó un ojo y desapareció. Vera respiró hondo, giró hacia la Gran Vía y se fue caminando a casa, tan alterada, emocionada e ilusionada como una niña de cinco años.

Volver a contactar con Michael Kennedy fue cosa suya. Se pasó dos noches y tres días en un estado de ansiedad total, pensando en él continuamente, en sus ojazos claros, en ese cuerpazo que se adivinaba debajo de la ropa medio destartada que llevaba siempre, en su pelo rubio oscuro, casi cobrizo, en su sonrisa fácil, y en cómo la miraba. Era un tío impresionante y no pensaba ignorarlo y dejarlo pasar, así que el martes

posterior a su despedida en Madrid, le mandó un email saludándolo, agradeciéndole otra vez su intervención en Alonso Martínez y preguntándole por sus cosas.

El tardó dos días más en responder, eso sí, muy amablemente, y aquello la mantuvo en un estado de angustia tal, que antes del domingo siguiente ya estaba decidiendo pasar de Michael Kennedy, que seguramente era un tío demasiado guapo, demasiado ocupado y con demasiado potencial como para intentar llamar su atención.

—¿Qué pasa con Björn? —Le preguntó ese fin de semana Cruz y ella se encogió de hombros.

—Creo que se ha ido a Islandia.

—¿Creo?

—No sé, me llamó ayer y me dijo que lo habían invitado a no sé qué taller de “Crudiveganismo” en Reikiavik.

—¿Este tío como se paga tanto viaje?

—Tarjeta oro a costa de papá.

—¿Y eso no te cabrea?

—Pues claro que sí, pero ya sabes como es.

—No, no lo sé, siempre lo he visto como un marciano rubio y gilipollas.

—¡Cruz!

—Es cierto, no te merece, lo sabes, llevo diciéndotelo casi dos años, hermanita.

—Vale, pero a mí me gusta y...

—A ti quien te gusta es Michael Kennedy, que te he visto como lo miras.

—¡¿Qué?! —Se puso de pie e intentó huir de su cuarto, pero Cruz le dio una patada a la puerta y le impidió salir—, ¿me dejas salir?, me muero de hambre.

—¿Por qué te pones tan rara cuando te mola alguien?

—No me mola nadie... —la miró y su hermana frunció el ceño—, pues claro que me gusta, ¿a quién no?, pero no es que me haya pillado por él o algo así.

—Uy, qué equivocadita que estás... te mola y mucho.

—Ay Dios —movió la cabeza y Cruz le dio un empujón y la sentó en la cama.

—Oye, me parece genial que te guste Michael, es un tío, tío. Tiene edad para ser serio, meterte en cintura y cuidar de ti.

—No necesito que nadie cuide de mí.

—Ya, ya, pero te vendría bien que, por una vez, un novio se preocupara por ti, estuviera pendiente de tus cosas y te mostrara un poco de la consideración que mereces.

—Pues si eso es lo que me vendría bien, Michael Kennedy no es el indicado.

—¿Por qué?

—Porque es actor, tiene su vida, es un tío demasiado guapo y solicitado y... —respiró hondo—, sinceramente, creo que solo debe hacer sufrir a las mujeres.

—Claro, como todos los tíos buenos, pero solo hasta que encuentre a la persona adecuada y entonces... todo cambia.

—Eso es otro mito de Cosmopolitan. El tío bueno no cambia jamás, porque no le hace falta y menos uno como Mike, que si algún día cambia y sienta la cabeza, será con una modelo de metro ochenta y medidas de infarto, como su novia Isis.

—¿Ese es el problema?

—¿Qué?

—¿Qué lo ves demasiado guapo para ti?, ¿en serio?, ¿te has mirado en un espejo?

—Sí y por eso...

—¿Sabes qué?, el gran problema es que el capullo de Björn, con sus radicalismos y su egocentrismo, solo ha conseguido hacerte sentir como una mierda pero —levantó la mano para acallar sus protestas—, lo cierto es que eres guapa, un montón, tienes una fila de pretendientes desde los catorce años, y que ese imbécil sueco de melena al viento no haya sabido potenciarlo, es porque únicamente le interesan las zanahorias y los rábanos, no ve nada más allá, y no ha valorado el pedazo de novia que tiene al lado.

—Y qué vas a decir tú.

—Oye, que seamos gemelas no me desautoriza para apreciar lo guapa, lista y brillante que es mi hermanita —se sentó a su lado y le agarró las manos—, Björn te ha minado la autoestima, lo sabes, no hace más que criticar a todo dios, se cree que está por encima del bien y del mal, y eso, afecta a cualquiera, pero créeme, tú te podrías ligar a diez Michael Kennedy si quisieras.

—No creo que Björn me haya minado la autoestima.

—¿Ah no?, ¿en serio?... ¿hablamos de las pocas veces que se acuesta

contigo o te da un beso en público?

—Vale, es igual.

—No, mira, Vera, es la primera vez en dos años que veo que un tío te altera y te llama la atención, que te brillan los ojos y andas nerviosita... desde que Björn apareció en escena no haces más que esforzarte por que todo vaya bien y el amor no es así, es algo mucho más simple.

—¿Amor?

—No sé si es amor lo tuyo con Kennedy, obviamente, solo digo que lo tuyo con el sueco no lo es, no al menos por su parte, que solo tiene ojos para mirarse el ombligo.

—Joder, que depresión me está entrando.

—Vale, lo siento, no debería decir esto, pero es que no me puedo callar más... ¡si el otro día en la manifestación te dejó sola, luego se largó al Escorial y ni siquiera llamó para ver como estabas... joder... es un capullo!

—Lo sé, si es que lo sé, pero...

—Búscate un tío de verdad, uno al que le guste la carne, en todos los sentidos, ya me entiendes —se levantó y le guiñó un ojo— y empieza a disfrutar. Eres guapísima, eres listísima y todos te queremos... llama a Michael Kennedy y dile que lo vamos a ver a Londres cuando quiera.

—Si Björn no es el hombre, Michael tampoco lo es, eso te lo digo ya.

—Pero te gusta.

—Claro que me gusta pero...

—Te mira con ojitos tiernos.

—Mentira.

—En serio y me hizo un montón de preguntas sobre ti.

—¿De verdad? —Se puso roja hasta las orejas y Cruz se echó a reír a carcajadas.

—Sí, quería saber cómo era el sueco, cuanto llevabas con él, que te gustaba hacer cuando no andabas pegándote con la peña, si era verdad que bailabas flamenco desde los seis años, cosas de esas. A ese tío bueno le gustas, da gracias al universo por el regalo y ve a por él.

—Yo, es que... —se quedó tan conmovida por las novedades que la miró sin poder articular palabra.

—No lo dejes escapar...

—¡Niñas! —Gritó su madre desde el salón y Cruz abrió la puerta del cuarto tan tranquila—, a comer antes de que se enfríe.

Ese día comprendió con una claridad meridiana que su hermana tenía razón y que Björn Persson acababa de pasar a la historia. Sí, le había encantado al principio de su relación, cuando se conocieron en la Bretaña francesa, en un encuentro de música celta en el que él estaba dando panfletos y hablando de ecología y protección del medio ambiente con un entusiasmo increíble. Era guapo, listo y comprometido, sin embargo, no era muy divertido y su vida giraba única y exclusivamente entorno a sus luchas medioambientales y a su extremismo radical respecto a la alimentación. Si ella era vegetariana, él se hacía lacto vegetariano, si ella subía ese escalón, él se convertía en vegano... era un sin parar, y jamás estaba contento con la ropa que llevaba o con el perfume que se empeñaba en usar (todos elementos burgueses que dañaban el medio ambiente).

Desde muy pequeña supo que se dedicaría a la lucha social, a la defensa de la tierra y que sería una ecologista convencida, y ligarse a ese tiarrón estupendo en Francia había sido un puntazo, pero dos años después de conocerse, en realidad no se conocían apenas. No se veían nunca y Björn, la mayoría de las veces, pasaba de sus cosas, nunca se podía contar con él, para nada, y mencionar compromisos o asuntos cotidianos, como ir juntos a una boda o celebrar un cumpleaños, se podía convertir en una discusión interminable sobre sus formas de ver la vida. No lo necesitaba, no quería eso para su vida, podía seguir sola su camino como defensora de los animales, la selva amazónica o el Mediterráneo y pensaba acabar con su extraña relación cuanto antes.

Dos horas después de hablar con Cruz consiguió localizar a Björn Persson en la casa de sus amigos de Reikiavik y explicarle lo mejor que pudo su decisión. Él, que era normalmente un tío apático y pasota, se puso como un basilisco y la acusó de tener a otro tío de repuesto, cosa que Vera negó dos veces antes de cortar el teléfono. Intentó llamarla un par de veces pero se cansó rápido y la dejó en paz. Un problema menos, se dijo con un alivio enorme en el corazón, sin embargo, y contra todo pronóstico, no hizo nada por acercarse a Michael Kennedy.

No quiso agobiar a un ser humano que a pesar de conocerla muy poco, se había portado mejor con ella que la mayoría de la gente que conocía, y dejó pasar los días sin saber nada de él (sin dejar de pensar en él) concentrándose en sus clases, en el baile y en los amigos, hasta que un mes después de verse en Madrid, le mandó un email con la invitación para el estreno de Hamlet en el Barbican de Londres. Vera casi muere de felicidad

al ver su email y le contestó de inmediato felicitándolo por la novedad, era una noticia maravillosa, y formulándole un montón de preguntas al respecto que Michael Kennedy no contestó, porque hizo algo mucho mejor, a los treinta segundos de escribirle, la llamó por teléfono, y ella creyó que perdía el aliento solo con escuchar esa voz extraordinariamente maravillosa al otro lado del móvil.

—Señorita Vera —le dijo en español y ella se puso de pie de un salto—, ¿qué tal?

—Muy bien ¿y tú?, que noticia más estupenda lo de tu estreno, me encanta Hamlet.

—Solo soy Leartes, no te emociones tanto.

—Lord Laertes, hijo de Polonio y hermano de Ofelia, gran papel, clave en la obra, me parece maravilloso.

—Oh Señor —bufó él desde su piso de Londres y Vera se sujetó a la puerta del armario para no caerse—, también te gusta Shakeapeare, no dejas de sorprenderme.

—Ya ves... —soltó sintiéndose idiota.

—Estrenamos dentro de un mes, igual te animas y vienes a vernos, me diste mucha suerte en Madrid.

—Y tú a mí —gilipollas, se dijo y se desplomó en la cama—, por lo de tu intervención maravillosa delante de la poli, ya me entiendes.

—Claro, y me debes una, trata de venir y nos vamos de fiesta por aquí.

—Lo intentaré, muchas gracias por acordarte de mí.

—Muchas veces me acuerdo de ti, eres la única chica que conozco que se pone delante de la policía y de una panda de capullos radicales para defender a los toros.

—Vale la pena.

—No me cabe duda, ¿y qué tal vas?

—Bien, en clase, mucho que estudiar y poco más.

—¿Y el sueco?

—Ya no hay sueco, no para mí al menos.

—Me acabas de alegrar la tarde.

—¿Ah sí?

—No te convenía ese tipo, te lo dije.

—¿Y tú Isis?

—No es mi Isis, pero sigue en América, me parece.

—¿No la invitas a tu estreno? —Se atrevió a preguntar para orientarse

un poco ante su posible viaje a Londres.

—No creo que a Isis le interese tirarse dos horas y media escuchando declamar a Shakeapeare... bueno, Vera, tengo que dejarte. Ya nos llamamos ¿ok?

—Claro, y gracias por todo.

—De nada, preciosa. Un beso.

—Un beso... —susurró oyendo el click del teléfono. Lo abrazó contra su pecho y se puso a patalear como una loca. Era demasiado bueno para ser cierto, se levantó de la cama con el corazón a punto de estallarle en el pecho, buscó la página de vuelos Low Cost y compró dos billetes con el último dinero que le quedaba en la tarjeta y sin consultárselo a Cruz.

Finalmente tuvo que viajar sola a Inglaterra porque Cruz tenía otros planes con su novio, pero le dio igual, estaba tan emocionada que no durmió nada la víspera del vuelo, que salía a las siete de la mañana de Madrid, y cuando su prima Geles (bendita sea) la recogió a las cinco y media de la mañana para acompañarla al aeropuerto en coche, iba como unas castañuelas.

Se había pasado cuatro semanas comunicándose con Michael por email, chat o por mensaje de móvil, de forma bastante regular. Se podía de decir que eran muy amigos, él le contaba cosas de los ensayos y ella le hablaba de sus asignaturas, de la próxima manifestación antisistema o de los planes que tenía para el fin de semana. Era un tío encantador, tan atento, a pesar de ser ese tiarrón de ensueño que perseguirían todas, y la trataba genial, o así la hacía sentir.

—¿Qué no come tu sueco? —le preguntó una noche chateando por Internet, sin venir a cuento, y Vera sonrió estirándose en la silla.

—¿Por qué?

—Curiosidad.

—Sólo come frutas frescas y frutos secos sin cocinar. Crudiveganismo se llama.

—¡Jesús!, ¿y después qué toca?

—Sólo comer los frutos que se caen del árbol o de la mata.

—¿Y luego el ayuno total?

—No sé, supongo que hasta que no acabe tomando únicamente agua de lluvia no parará...

—Agua de lluvia... —escribió en el chat y Vera siguió sonriendo—, no es natural.

—Se supone que no hay nada más natural y puro que el agua de lluvia.

—Me refiero a que no es natural no alimentarse como es debido o al menos no cocinar los alimentos... es un radicalismo un poco obsesivo.

—Björn dice que existen maestros hindúes, en la India más profunda, que hacen ayuno perpetuo y que solo necesitan del agua de la lluvia para sobrevivir.

—¿En serio?

—Sí y viven perfectamente.

—Genial, pero me sigue pareciendo una locura.

—Cada loco con su tema, yo respeto a todo el mundo.

—Ya, me imagino... —estuvo mucho rato sin escribir nada y ella empezó a preocuparse.

—¿En qué piensas, Mike?, ¿estás ahí?

—Creo que tú eres como el agua de lluvia.

—¡¿Qué?!

—No conozco a nadie más pura y natural que tú.

—Tú no me conoces... —pinchó un emoticono sonriente y esperó.

—Yo creo que sí.

—Sí, sí.

—Soy un hombre mayor, que ya ha vivido lo suficiente como para reconocer el agua de lluvia cuando la ve —Vera se echó a reír a carcajadas— y dime otra cosa.

—¿Qué?

—¿Qué llevas puesto?

—¡Señor!, el pijama y debo dejarte ya porque tengo que estudiar.

Bromeaba mucho, tenía un sentido del humor muy particular y ella le pilló pronto ese puntito irónico que lo hacía único. Era espectacular Michael Kennedy y aunque no pretendía agobiarlo en esa visita a Londres, porque él estaría más preocupado por su obra, esperaba saludarlo y disfrutar juntos aunque solo fuera de un café. Tenía apenas veinticuatro horas para verlo, porque solo había podido pagar una noche de albergue en Picadilly, pero esperaba que fuera suficiente y si no, al menos podría mirarlo a los ojos y disfrutar de su Hamlet en directo.

El vuelo a Londres se le hizo eterno, y eso que a ella dos horas de vuelo normalmente le parecían una breve molestia, y aterrizó en Stansted ya con los nervios destrozados. Al embarcar en Madrid empezó a meditar en la posibilidad de que era una muy mala idea presentarse sin ningún apoyo en

Barbican. Al fin y al cabo no eran novios, ni íntimos amigos y lo más normal era que la saludara y luego se despidiera de ella para celebrar su gran noche con sus verdaderos amigos, con sus compañeros de compañía y entonces... entonces tendría que buscar el metro y volver al albergue, más sola que la una.

A la salida de Stansted buscó una butaca y se sentó con la cabeza entre las manos, pensando por primera vez en un mes, en la soberana estupidez que estaba cometiendo. No tienes cabeza, Vera, eres más idiota de lo que te crees. Sin dinero, ni un hotel decente, ni nada parecido, tendría que hacer hora hasta las siete, la hora del estreno, callejeando por ahí. Había pensado meterse en el Museo de Londres y pasar la tarde tranquilamente, luego se cambiaría y se arreglaría en el cuarto de baño de señoras. El teatro estaba justo al lado y podría llegar andando y recién peinada por lo menos. Llevaba el vestido y los tacones en la mochila, y el abrigo que se había puesto era bastante decente, así que el plan no era malo, sin embargo, a las diez de la mañana en el aeropuerto de Stansted, ocho horas antes del estreno, le estaba pareciendo nefasto.

De repente se sintió extraordinariamente estúpida e infantil, más perdida de lo que había estado en toda su vida, y llamó a su hermana a Madrid llorando. Cruz agarró el teléfono y la hizo respirar despacio, luego la obligó a sonarse, serenarse y le habló alto y claro, intentando mantener la calma:

—¿Puedes pagarme un billete de vuelta?, te lo devolveré dentro de un mes, en cuanto cobre...

—¡Calla Vera!, cállate y escucha... ¿qué coño te pasa?, ¿no tenías tantas ganas de ver la obra?, pues ya está, ahora te coges el autobús, en dos horas estás en la ciudad, serán las doce y pico, comes algo, te registras en el albergue, te duchas, sales, te tomas un café y te vas a dar una vuelta. Entra a la Royal Gallery o donde quieras y ya serán las cinco de la tarde. Te coges un autobús en Trafalgar y te vas a Barbican, directo al museo y a seguir el plan inicial. Se te pasarán las horas volando, ¡estás en Londres, joder!, a ti te encanta Londres.

—Me encanta Londres pero he venido por otra cosa.

—Y cómo eres una mujer de palabra, vas y la cumples.

—Dios mío.

—No me llores, ¿de qué tienes tanto miedo, joder?

—De que no me haga ni puñetero caso y me quede como un pasmarote

en el hall del teatro.

—Llama a Araceli Mújica, está con el Erasmus allí, dile que te acompañe.

—No, peor si tengo testigos de mi desastre.

—¿Desastre?, ¿qué desastre?, solo vas a ver Hamlet en Barbican, ¿no te das cuenta de que estás haciendo una montaña de un grano de arena, hermana?

—Es verdad —se limpió las lágrimas y se puso de pie—, ya que he venido, voy a ir.

—Así me gusta y cómprame los chicles de canela.

—No tengo pasta.

—Vale, ¿pero para comer algo tienes, no?

—Sí, para hoy y mañana, el vuelo sale a la cinco, así que a las dos me vengo para el aeropuerto y fin de la historia.

—Genial, te irá genial, ya verás.

—Gracias.

—Tonta, cuídate, te llamo en un rato.

Se cogió un autobús, de esos que dan la vuelta por media Inglaterra antes de dejarte en la zona de Victoria y siguió el plan inicial al pie de la letra. A las cinco entró al Museo de Londres y a las seis salió del cuarto de baño de señoras, justo antes de cerrar, de punta en blanco. Metió los vaqueros, las zapatillas y el jersey en la mochila, y se puso el recurrido vestido negro, las medias y los tacones, se cepilló el pelo y se lo recogió en un moño andaluz muy guapo, para eso el flamenco le había dado mucha maña, se maquilló un poquito, se perfumó y se fue taconeando hasta Barbican.

Iba histérica, pero no lo parecía, y cuando dio su nombre en taquilla, la señorita le dio un sobre que ponía VERA con letras grandes y escritas a mano en el frontal, se preguntó si sería la letra de Michael y al abrirlo descubrió que estaba su reluciente entrada en el interior. Entró a ese moderno centro cultural y se quedó observando el ir y venir de la gente. Todos tan elegantes, en su mayoría amigos y parientes de los actores, supo en seguida, que hablaban, se saludaban y se palmoteaban la espalda tan contentos, y cuando empezaron a entrar a la sala, ella siguió al grupo rezando y pidiendo a Dios algo de serenidad o iba a sufrir un infarto de la pura emoción.

Nunca en su vida había visto un Hamlet tan maravilloso, o eso le pareció

desde su butaca de la segunda fila, y cuando Michael Kennedy salió a escena ella se puso a llorar y siguió así todo el rato, por poco que estuviera en el escenario, y aquello acabó por desorientarla aún más. Había perdido completamente la chaveta y estaba de siquiátrico pensó, sola en medio de los verdaderos familiares y amigos de esa gente, llorando como una idiota.

Cuando acabaron la representación y estallaron los aplausos, se levantó como todo el mundo y aplaudió como una loca todas las veces que la compañía salió a saludar. El público les tiraba besos y rosas y ella solo podía mirar a Michael, que en el lado del escenario opuesto a su butaca, hacía reverencias y sonreía llenándolo todo con su maravillosa estampa. Era tan guapo y tenía tanto talento... no le cabía el corazón en el pecho y esperó pacientemente a que acabaran los vítores y que el público saliera poco a poco de la sala, para salir ella y encaminarse primero al cuarto de baño y luego al hall, donde habían acordado verse.

Él le dijo que el día del estreno los actores salían a saludar al hall porque se trataba de ver a la familia y a los amigos, que lo esperara allí para decirle hola, y eso se dispuso a hacer, observando a la gente, especialmente a las chicas guapas que iban todas muy sexys, y oyendo de refilón las conversaciones y las risas de personas que la ignoraban totalmente, lógico, si no conocía ni a dios allí.

El ratito de los saludos se le hizo interminable, de repente empezaron a salir los actores y a abrazarse con el personal, localizó a uno de los chicos que había actuado en Madrid, pero no se atrevió a saludarlo, y espero cada vez más cerca de la puerta, poniendo cara de póker y aparentando tranquilidad, mirando el reloj, donde pasaban los minutos, y hacia la calle oscura, adónde tendría que salir para buscar el metro de Barbican. Precisamente esa estación de metro que no le gustaba un pelo.

—Hola —contestó al teléfono móvil, con un agradecimiento enorme por tener algo que hacer, y escuchó la voz amiga de Cruz.

—¿Qué haces?

—Espero en el hall para saludar, pero aquí no aparece y creo que me voy a ir, son las diez y media y me da un poco de repelús el trayecto al metro... es muy solitario.

—Pues pégate a la gente que se vaya hacia allí.

—Lo intentaré...—miró a través del enorme cristal de la puerta y suspiró—, está lloviendo.

—No pasa nada, cuando salga el mogollón te acoplas al grupo y te metes al metro.

—Sí, eso haré, quince minutos más y me largo... —miró hacia el interior y al fin vio aparecer a Michael Kennedy, que iba vestido completamente de negro, el pelo mojado peinado hacia atrás, y perdió literalmente el aire de los pulmones—, ya...

—¿Qué?

—Ya veo a Michael, estupendo, lo saludo y me largo, hace mucho frío y... —de repente cruzaron una mirada y él le hizo un gesto con la mano para que esperara—, voy a colgar.

—Vale y ten cuidado...

—Sí... —colgó oyendo la última frase y respiró hondo viendo como él acababa de saludar a un grupo de personas y se encaminaba hacia ella con una sonrisa enorme. Ella la devolvió, temblando como una hoja y antes de acercarse lo suficiente, unas chicas rubias lo interceptaron para abrazarlo. Instintivamente Vera dio un paso atrás y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no coger la puerta y salir pitando de allí.

—Vera... —dijo él, acabando de recibir los mimos de sus amigas, y la llamó con la mano, pero ella no se movió de su sitio, ni siquiera podía parpadear, mucho menos avanzar un centímetro, así que se quedó quieta como un palo junto a la puerta—, ¡has venido!

—Hola y enhorabuena, jo, qué maravilla —soltó viendo como él se la quedaba mirando de arriba abajo, descaradamente y con una sonrisa en la cara—, realmente estupenda y yo he visto Hamlet unas quinientas veces, por medio mundo y...

—Pensé que al final te echarías atrás y pasarías de mí.

—No, te dije que vendría. Me ha encantado, muchas gracias por la entrada.

—Gracias a ti por venir... —Silencio. Él la miraba fijamente y ella estaba roja como un tomate, bajó la cabeza y se aferró a la mochila y al abrigo con todas sus fuerzas.

—Bueno, ha sido un placer, seguro que será un exitazo. Ahora te dejo seguir con tus cosas... —se volvió hacia la puerta y se detuvo con la mano en el cristal, él seguía quieto y silencioso y pensó que si quería volver a verlo debía ser valiente y abrir la boca—, ¿crees que mañana podremos tomar un café?, me voy al aeropuerto a las dos, tal vez...

—¿Un café?

—Sí, pero si no puedes, no pasa nada, otra vez será, Michael. Ahora me voy, es tardísimo y tú tienes un montón de compromisos.

—¿Un café? —repitió y Vera asintió muy incómoda.

—Déjalo, ni te preocupes...yo... debería irme...

—Hostia puta, Vera, pensé que serías más lanzada...

—¿Qué?

Parpadeó al verlo superar la distancia que los separaba. Con el corazón en la garganta miró sus ojos enormes acercándose a ella, la mano levantándose para sujetarla por el cuello y el siguiente paso fue su aliento cálido y delicioso pegado a la boca. Michael Kennedy la miró una vez más a los ojos y luego le plantó un beso que la hizo tirar la mochila y el abrigo al suelo. Sintió la lengua cálida y enérgica separándole los labios y ese beso húmedo y apasionado poniéndole la vida del revés. Lo supo en ese mismo instante, nada, nunca más, volvería a ser igual para ella, y devolvió el beso con la misma entrega y sin cortarse un pelo, que no estaban para juegos.

—Tú esta noche te vienes conmigo, señorita Vera.

—Vale —susurró mirándolo a los ojos, eran tan bonitos que te quitaban la respiración y mucho más a esa distancia, y se arregló el pelo recogido con dedos temblorosos.

—¿Dónde tienes tus cosas? —Preguntó él con total naturalidad.

—Sólo es esa mochila —le indicó el suelo.

—Genial, vamos —se agachó y agarró la mochila y el abrigo, le sujetó la mano, entrelazó sus dedos con los suyos, gesto que a Vera casi le cuesta un desmayo, y tiró de ella hacia el interior del hall donde se dedicó a presentarle a sus compañeros y amigos.

Vivir en una nube fue lo que ella experimentó aquella noche. Tras las presentaciones y las charlas en el hall del Barbican, ella bien sujeta a su brazo y emocionada mirándolo a tan corta distancia, se fueron a cenar con la compañía. Se enteró de muchas cosas de Michael, como que era un poco supersticioso, muy maniático en el trabajo, exigente, puntilloso y bastante mal genio. Cosa que la sorprendió, porque parecía un tipo esencialmente agradable y simpático, y acabaron bailando en un pub de Camden Town hasta muy tarde, besándose todo el tiempo, como si fuera lo más natural del mundo, como si siempre hubiesen vivido así, y como si pensaran hacerlo el resto de su vida. Era como una peli, un sueño hecho realidad, y cuando él la agarró nuevamente de la mano, le puso el abrigo y

le dijo que se iban a casa, decidió llamar a Cruz y avisarle que estaba perfectamente y que todo iba a las mil maravillas. Su hermana se puso a gritar de felicidad al otro lado del teléfono y empezó bombardearla a preguntas, pero no le hizo ni caso, le colgó y subió las escaleras de ese cochambroso edificio un poco piripi, pero de la mano del tipo más guapo, sexy, talentoso y maravilloso que había tenido el placer de besar en toda su vida.

—¿No deberíamos hablar? —se atrevió a preguntar dentro de esa buhardilla diminuta y helada mientras él comprobaba las monedas del contador de luz y encendía un radiador. Estaba maravillada con su suerte y loca por él, pensaba meterse en la cama con ese monumento sin rechistar, pero necesitaba poner el freno y racionalizar un poco el asunto o acabaría metiendo la pata.

—¿Hablar de qué?, ¿del montaje?, creo que en general ha quedado genial.

—No, de... nosotros.

—¿De qué quieres hablar? —se sacó la camisa y casi le provoca un pismo. Era fuerte, fibroso, un cuerpo esculpido al milímetro, con una piel perfecta, sin tatuajes, suave y saludable, y vio cómo se sacaba las botas y los pantalones casi con la boca abierta.

—No sé, es que no me esperaba que...

—Te fiché la primera vez que te vi en Dublín, antes de que tú me mirarás a mí yo ya os había visto en la barra y aunque tu hermana también está muy buena, tú parecías brillar en medio de tus amigas... —Vera tragó saliva y se sentó en una silla—, os invité a la fiesta para entrarte a saco pero apareció Isis y... y luego el destino me compensó y te pillé en Madrid, preciosa y perdida, en medio de aquella locura de manifestación. Todo encajó, no pienso dejarte escapar. ¿Suficiente?

—Sí...

—Cuando dos personas convergen de este modo y se gustan, no hay nada más que hablar.

—Vale.

—Vale, suéltate el pelo.

—¿Qué?

—Suéltate el pelo, por favor, me encanta tu pelo.

—Yo, es que... —estaba medio borracha y conmovida con tantas novedades y se quedó quieta, un poco cohibida, sin saber qué hacer.

Michael se acercó y le besó la cabeza antes de ayudarlo con las horquillas y la goma del pelo, luego le dejó caer la larga melena oscura sobre los hombros y la volvió a besar, cada vez más excitado y ya no paró, la llevó a la cama y la desnudó en un tris.

Hicieron el amor como si se conocieran desde siempre, sin florituras ni locuras de ningún tipo, simplemente se besaron y se acariciaron, y el entró en su cuerpo diciéndole al oído lo preciosa que era y lo mucho que la había estado deseando durante las últimas semanas. Sin poder creérselo todavía, ella confesó algo parecido y se abandonó a una noche loca, sexy y muy divertida, en una cama no muy grande, con la lluvia amenazando con romper los cristales y completamente entregada a ese tipo del que apenas conocía nada, pero que le parecía haber estado esperando toda su vida. Fue maravilloso, al menos para Vera Saldaña, que cuando despertó al día siguiente y miró al guapísimo hombre desnudo que tenía al lado, se sintió la mujer más afortunada y feliz del universo.

—No te vayas —le dijo cuando la vio salir del baño vestida y lavándose los dientes. Él seguía en la cama, tapado hasta las orejas con el edredón.

—Mi avión sale a las cinco desde Stansted, tardo dos horas o más en llegar y... —le sonrió mirándolo a los ojos—, no sé si sueles viajar en low cost, pero es mejor no llegar muy tarde o acabaré sin asiento.

—Pórtate mal y vuelve a la cama, Vera.

—Creo que ya me he portado muy mal por hoy —se puso roja recordando las cuatro veces que lo habían hecho y le dio la espalda—, en serio, tengo que irme.

—Es viernes, vete el domingo ¿o ya tienes planes con otro?

—Sinceramente, no puedo perder el vuelo, no tengo dinero para otro billete.

—Eso es lo de menos, yo te lo pago.

—Sí, claro, mejor te guardas ese dinero y me vas a ver a Madrid, ¿vale?... ¿Qué haces? —Se giró y lo vio rebuscando debajo de la cama, sacó un portátil y lo encendió—, Michael.

—Dame un momento, el wi-fi es un poco lento.

—No... mira...

—¿Tienes algo que hacer en Madrid?

—No, pero...

—Pues quédate y vuelves a ver Hamlet, hoy y mañana, y así la habrás visto unas 502 veces —le guiñó un ojo y ella se acercó, se sentó a la orilla

de la cama y le acarició el pelo—, me apetece que te quedes, acabo de cobrar un anuncio y puedo pagarte un maldito billete de vuelta a España.

—¿En serio?

—Completamente, pero antes quiero que hagas algo por mí.

—¿Qué? —Lo miró con los ojos muy abiertos y él sonrió de oreja a oreja.

—Baila flamenco para mí.

—¿Qué?! No tengo mis zapatos y sin falda...

—¡Eh! —La hizo callar y le puso la mano en la boca—, por favor, no me hagas suplicar, vamos, porfa, ¿eh?

—La madre... —se puso de pie y descalza marcó el compás de una Alegría con las palmas, levantó los brazos en primera, rotó las manos despacio, pasó a segunda sin perder el ritmo y giró sin la falda de ensayo, pero como si la tuviera, luego lo miró con las manos en las caderas y él parpadeó con los ojos abiertos como platos.

—Vale, no pienso comprarte ese billete para el domingo.

—Jope, qué fracaso.

—No pienso dejar que te vayas, nunca más... —dejó el portátil a un lado, se estiró y la agarró por la cintura, la tiró en la cama y empezó a arrancarle la ropa en medio del ataque de risa que le entró—, no te rías, jovencita, estás secuestrada.

Dos años más tarde estaban casados.

En personas como ellos, con sus respectivos estilos de vida, su edad y sus proyectos, aquello se casarse parecía algo extraordinariamente innecesario, pero lo hicieron. Después de pasarse casi dos años de viaje en viaje, viviendo pegados al teléfono, echándose de menos y luchando contra imprevistos como tener que dormir separados en casa de la madre de Vera cada vez que Michael podía aparecer en Madrid, decidieron dar el paso del matrimonio y lo hicieron felices e ilusionados.

Contra todo pronóstico y tras ese primer encuentro en Londres, se hicieron inseparables. Vera regresó en una nube a Madrid y dos fines de semana después, tras cientos de llamadas de teléfono, voló nuevamente a Londres y se quedó una semana entera con el hombre de sus sueños, que siguió triunfando a lo grande en Barbican con su Hamlet.

Los primeros meses de relación pasaron volando. En cuanto él acabó en febrero con su compromiso en el teatro, empezó a volar a Madrid para visitarla, primero un fin de semana, luego un puente y en primavera, con

el calor, decidió quedarse una semana y hasta diez días en España para desesperación de Pilar Ortega, la madre de Vera, que pasó de adorar al novio de su hija, ese espectacular irlandés de ojos imposibles, a no poder soportar que llamara a su puerta, con la mochila al hombro y la sonrisa perenne, poniendo su apacible hogar patas arriba.

Lo primero que estableció es que él se quedaba en el sofá, lógicamente porque Vera y Cruz compartían cuarto, y lo segundo, que no podía estar en la casa en ausencia de Vera. Al principio él llegaba y con un desparpajo fuera de lo normal, esperaba a que su novia volviera de la universidad viendo la tele con los pies sobre la mesilla, fumando dentro de la casa o apoderándose de la terracita para leer guiones o libros durante horas. Vera le suplicó un millón de veces que fuera comprensiva con él pero resultó imposible y acabaron como el rosario de la aurora, sin dirigirse la palabra durante una semana y Michael exiliado al cuarto de invitados de su abuela Teresa, que vivía a dos calles de su casa, pero que tampoco los dejaba dormir juntos o besarse en su presencia. Un desastre total.

Por otra parte sus clases y sus actividades solidarias (por aquel tiempo se hizo voluntaria de la Cruz Roja y empezó a colaborar con inmigrantes y mujeres maltratadas) le impedían volar a Inglaterra o Irlanda tanto como querían y necesitaban. Michael era un tipo con una profesión peculiar, que a veces trabajaba doce horas diarias durante una semana y luego se tiraba quince días sin un maldito casting, lo que lo convertía en un novio posesivo y demandante de atención. Ella, que adoraba hasta el aire que respiraba, se sentía halagada y feliz de ser necesitada y amada por él, y de esa forma, pero la realidad es que vivía en un continuo agobio, sin dinero para solventar la distancia y preocupada por el resultado de todo aquel noviazgo a distancia, que había empezado como una aventura divertida, pero que demasiado pronto se había convertido en una relación seria que ninguno de los dos había planeado tener.

Era como un sueño, uno verdadero y principalmente eran felices. El tío guapo, rompecorazones y arrollador que parecía ser Michael Kennedy no era para tanto y Vera descubrió en seguida que dentro de todo actor vivía un ser humano inseguro, frágil y extremadamente sensible. Él y todos sus amigos eran así, desde el más exitoso, como James Wilson, su compañero de escuela que había dado el pelotazo con una peli de cine independiente y se había convertido la estrella más fulgurante del momento, hasta el último recién llegado a Londres, que se paseaba por los castings con el

Book debajo del brazo.

Cada vez que se sometían a un casting, el que fuera, pasaban un calvario, algo completamente comprensible, y Vera se preguntaba qué podía mantener la fe en esa gente talentosa y estupenda, que era víctima del rechazo continuamente. Era duro y aquello la conmovía lo suficiente como para vivir todo el tiempo pendiente de Michael y su bienestar, animándolo y empujándolo, y dándole la fuerza que a veces a él le flaqueaba. Ante el rechazo profesional se ensimismaba y dejaba de hablar, pero no quería estar solo, la quería cerca, así que se acostumbró a acompañarlo en silencio, a leer o estudiar en casa sin mirarse, hasta que una buena mañana se levantaba con otro talante, como si no hubiese pasado nada y todo volvía a empezar.

Formaban un buen equipo, lo supieron en seguida, pero ambos poseían también genio y las peleas no tardaron en llegar. Los primeros meses de locura sexual no fueron suficiente bálsamo para apaciguar los ánimos y pronto empezaron a discutir, lo mismo de política, que por no poder verse tal o cual fin de semana, por las actividades revolucionarias de Vera, porque no me has cogido el teléfono anoche o por lo peor de todo: los celos.

Michael Kennedy, que llevaba más historias amatorias a su espalda que Giacomo Casanovas, era controlador y celoso, sin embargo, lo negaba y se las daba de bohemio, liberal y tolerante. Falso. En cuanto coincidían con sus amigos en Londres, la agarraba de la mano y no la soltaba, no le gustaba que quedara en Madrid con sus amigos para salir de juerga sin él y menos aún con Björn Persson para tomar un café. Era sutil y manipulador y no lo prohibía, porque obviamente no podía prohibirle nada, pero se agarraba unas pataletas infantiles tremendas por cualquier cosa. Berrinches que ella pronto aprendió a detectar y a apaciguar sin darles mayor importancia. Tenía veinte años, una vida muy ocupada y no pensaba perder el tiempo discutiendo chorradas con un novio que vivía a cientos de kilómetros de distancia.

Todo era producto de la pasión y de la sensibilidad con la que él se manejaba, y pudo torearlo, lo mismo que tuvo que aprender a tolerar sus escenas subidas de tono en el teatro o en alguna serie de televisión, con unas actrices guapísimas y maravillosas, con las que luego se iba de cena tras el trabajo. Eso sí que carecía de importancia, decía él, convencido de que todo el mundo se tragaba que no sentía nada cuando besaba o tocaba a

una chica medio desnuda delante de la cámara o delante del patio de butacas. Podían discutir horas y horas al respecto y ella seguiría sin creerse una mierda que le era indiferente besar a una compañera, pero todo su entorno parecía opinar lo mismo, que era irrelevante y profesional, y decidió que si quería seguir con él, debía empezar a mentalizarse y aceptar aquello como una realidad contra la que no podía luchar. Era jodido, pero no quedaba otra alternativa.

A los cinco meses de salir juntos y considerándose ya novios, él cobró el dinero de una colaboración en la tele y la invitó a Galway a conocer a sus padres. Sean y Catherine Kennedy la recibieron con los brazos abiertos, chapurreando en español, y la instalaron en la habitación de Michael con toda la naturalidad del mundo. Fue como estar en otro planeta y disfrutaron juntos de un fin de semana espectacular conociendo a sus parientes y amigos, a sus hermanos mayores: Sean, que era abogado y trabajaba para el ayuntamiento, y Molly, que era psicóloga y estaba a punto de marcharse a los Estados Unidos para acabar su doctorado en California.

Unas personas peculiares, liberales, muy interesadas por su rollo vegetariano, que le prepararon menús solo para ella, y que le hicieron mil preguntas sobre sus actividades sociales en España. Eran más mayores que sus padres, pero mucho más abiertos y trataban a Michael, y a su trabajo, con un respeto que la conmovió. Él ya le había contado que ellos lo apoyaban económicamente cuando las cosas iban peor, pero oírlos hablar del talento de su hijo pequeño con tanto orgullo la hizo quererlos de manera instantánea.

Eran una familia estupenda y lamentó no poder darle algo parecido en España. Ni su madre con sus neuras, ni su padre con sus brillantes preguntas: “¿Y piensas seguir siendo actor mucho tiempo?”, habían sido muy acogedores con él, pero a él parecía importarle poco y siguió trabajando por su relación con la misma pasión que dedicaba a la actuación, y ella lo amaba con toda su alma por eso.

En un abrir y cerrar de ojos se dio cuenta de que llevaban siete meses de noviazgo y seguían sobreviviendo. Un verdadero milagro, así que su primer verano juntos, a finales de junio, se trasladó a Londres, consiguió un trabajo de camarera para ayudar a pagar los gastos de la buhardilla y empezó a averiguar la posibilidad de hacer un curso puente en la Universidad de Westminster, para acabar la carrera en allí, o para

presentarse al Qualified Lawyers Transfer Test, el examen que le podría permitir ejercer como abogada, en un futuro, en Inglaterra.

Un futuro en Inglaterra, con Michael, que hablaba de los próximos años o “cuando ganemos dinero y podamos...” con total naturalidad.

Cruz era la que más la empujaba a dar pasos concretos. Su hermana creía que no era del todo descabellada la posibilidad de acabar la universidad en Londres, no necesariamente tenían que vivir juntos, había mil opciones para compartir piso y de ese modo continuar la relación como la gente normal, decía. Estaba encantada con su historia, porque Vera era feliz y porque Michael Kennedy le parecía un diez, y ella, que ya lo tenía claro desde hacía tiempo, decidió construir sobre seguro y empezar a planear con la cabeza, como siempre, los próximos pasos a dar. Una idea genial que se le desplomó de golpe, cuando a finales del mes de agosto la realidad la golpeó de frente y la mandó con sus cosas de vuelta a Madrid, más herida de lo que era capaz de reconocer y decidida a no volver a verlo en lo que le restara de vida.

El trabajo en un restaurante indio de su barrio le ocupaba todas las noches. Entraba a las cuatro de la tarde y salía a las once de la noche, después de recoger y limpiar el local con sus compañeras. Era pesado y agobiante, pero no pagaban mal y además de permitirle vivir más tranquilamente y sin depender totalmente de Mike, le estaba permitiendo ahorrar un poco para sus planes a corto plazo. En la universidad le habían hablado de solicitar a la Law Society el “Certificado de Elegibilidad”, con ese certificado podría preparar las materias que le permitieran presentarse al QLTT (Qualified Lawyers Transfer Test) en un centro escogido por la propia Law Society, y todo ese proceso era carísimo, necesitaba de todo el dinero que pudiera ir juntando, además de la ayuda de su padre, que a regañadientes estaba decidiendo apoyarla o no con el proyecto. En circunstancias normales, es decir, sin ese *novio guaperas* de por medio, como lo llamaba él, la cosa hubiese ido mejor, podría haber financiado sus estudios y en paz, pero con Michael en la ecuación, su padre estaba dudando si aquello era una buena idea o simplemente se trataba de una excusa para estar más cerca del “actor ese” que le había robado el sentido común.

Vera ya estaba cansándose de sus interminables e inútiles charlas telefónicas, de las largas explicaciones, de sus preguntas incesantes, y esa noche, la del jueves 30 de agosto, cuando cerraron el local dos horas antes

de lo normal por un fallo eléctrico, se pasó primero por un cibercafé para enviar a su padre un email con todo el programa de los cursos, los modos de pago y demás detalles, antes de volver a casa.

Michael había tenido un casting eterno en Chelsea, la había llamado al restaurante destrozado y con ganas de pegarse un tiro y habían quedado en el Pub de la esquina, al lado de su trabajo, para tomarse algo con los amigos y despotricar contra todo dios antes de regresar juntos a casa. Una buena idea que ya no le apetecía y que era complicada si había salido antes, así que lo llamó mil veces al móvil, pero como no lo pilló, decidió ir a casa y sorprenderlo allí, hacer la cena y acostarse pronto para ver la tele juntos y descansar.

Caminó a buen ritmo hacia su edificio y antes de llegar, a cien metros, se le soltó el cierre de la alpargata y tuvo que agacharse para sujetarla, se hizo el nudo, levantó los ojos y al otro lado de la calle, saliendo de su portal, vio la inconfundible figura de Isis Kaddour pisando la acera. Llevaba una mini falda escandalosa y un top negro, sin sujetador, que dejaba a la vista toda su espectacular belleza. Llevaba el pelo rapado y unos taconazos de infarto. Vera sintió el pulso en los oídos y se enderezó despacio, rogando a Dios porque no apareciera Michael... tal vez había ido a visitar a otra persona, quiso pensar, tal vez estaba ahí por casualidad.

Pero no lo estaba, dos segundos después, Michael Kennedy aparecía en el portal con un cigarrillo en la mano. Lo vio cerrar la puerta de madera despacio, con sus vaqueros desteñidos y su camiseta blanca de algodón, y estirar la mano para depositar el cigarrillo en la boca de Isis. Acto seguido, la agarró por la cintura y la empujó hacia el metro, o hacia la esquina contraria desde donde seguía ella la escena paralizada y con las lágrimas mojándole la cara.

Tardó exactamente cinco minutos en reaccionar, cruzó la calle corriendo, llegó al edificio, subió a la buhardilla, abrió la puerta de golpe y se plantó en medio del saloncito, mirándolo todo con ojos escrutadores. La cama estaba hecha y en la encimera de la diminuta cocina había dos latas de cerveza vacías. Entró al cuarto de baño y comprobó que acababan de usar la ducha, la cortina estaba mojada, las toallas húmedas y en el botiquín, que abrió con desesperación, encontró la caja nueva de los preservativos desgarrada y abierta... no cabía la menor duda, sin embargo, se fue a la lavadora, metió la mano en el bombo y sacó las sábanas limpias que ella misma había puesto esa mañana en la cama. Al

menos había tenido la decencia de cambiar las sábanas, pensó, hecha un mar de lágrimas. Agarró su maleta y metió todas sus cosas de golpe, desordenadas y a la carrera. Diez minutos después iba camino del metro, con la mochila al hombro y el trolley sonando contra los adoquines. No podía dejar de pensar en ese estúpido ruido mientras moqueaba como una cría, llorando sin parar, decidida a llegar al aeropuerto lo antes posible.

Afortunadamente estaba a tiempo y pudo coger el último Gatwick Express de la Estación Victoria. Contaba con dinero suficiente para el tren y para pagarse un billete de urgencia, sólo ida, a Madrid. Total, ya no necesitaría de sus ahorros, y llevaba dos meses matándose a trabajar en el “Bombay Camden”.

Cuando el tren pasó por encima del Támesis, miró el paisaje y apenas lo pudo ver por culpa de los lagrimones que no paraban de ninguna de las maneras. No se podía creer que el hombre por el que había perdido la cabeza, por el que estaba en Londres currando como una loca, en lugar de estar haciendo trabajos sociales en Perú o en Somalia, como pensaba en un principio, la había traicionado de esa manera. No podía entender cómo, si habían hecho el amor en esa misma cama tan solo unas horas antes, podía meter a otra mujer allí. Era horroroso y comprendió que aquello era demasiado grande, demasiado doloroso para asumirlo con algo de cordura y madurez.

Se bajó en su destino y solo entonces miró el móvil, tenía unas diez llamadas perdidas de Michael, otras tantas de Cruz y varios mensajes escritos que no quiso abrir. Se metió en el aeropuerto, limpiándose las lágrimas para que dejaran de observarla con cara de lastima, llegó a la primera terminal de salidas y buscó información. No podía viajar hasta las seis de la mañana del día siguiente, pero no le importó, compró el billete por una pequeña fortuna, pasó el control de pasaportes y entró a la zona de espera, esa parte neutral y medio vacía donde milagrosamente, de repente, se sintió segura y ajena a cualquier mal.

—Hola —llamó a Cruz y ella contestó a la primera señal—, estoy...

—¿¡Dónde coño te metes?! Mike me ha llamado un millón de veces, dice que no apareciste en el pub, que fue a buscarte al restaurante y que ya estaba cerrado, que no estás en casa y que no coges el puto móvil... ha llamado a tu jefe pero...

—Para el carro —le dijo y suspiró—, estoy en el aeropuerto y no creo que a Mike le importe mucho, así que vamos a tener la fiesta en paz.

—¿En el aeropuerto?, ¿por qué?

—Cerramos el restaurante temprano, dos horas antes... —agarró el pañuelo de papel y soltó un sollozo—, y me encontré a Michael y a Isis saliendo de casa.

—¿Qué?! Pero bueno...

—Subí a la buhardilla y habían cambiado las sábanas, se habían dado una ducha y la puñetera caja de preservativos que compramos juntos él y yo esta mañana estaba abierta... no me digas pero bueno...

—Solo es una expresión, Vera —Cruz se sentó en la cama y cerró la puerta del dormitorio. Su madre estaba viendo una película, tan tranquila, y no quiso preocuparla—, ¿cómo estás?

—¿Cómo voy a estar? Estaba cantado que al final iba a pasar esto, pero creí... nunca ha dejado de pensar en ella, lo sé, sabía que su historia fue muy potente y que al final ella iba a venir y todo volvería a empezar, ¿qué coño pinto yo en medio de ellos dos?

—No digas eso...

—Si en el fondo siempre supe que yo no era más que un intento de olvidarse de Isis, que lo vuelve loco... —se sonó y miró al cielo—, tienen una intimidad tan evidente, Cruz... no hace falta ver mucho para percibir lo mucho que se gustan... Michael la agarró por la cintura y le puso un pitillo en la boca con una complicidad que, bueno...

—Pero él jamás te habla de ella, nunca...

—Porque nunca habla de nada íntimo, en el fondo es un misterio, pero sus amigos sí, sí que hablan y James me dijo que llevaban cuatro años dejándose y volviendo y que ella era lo peor que le había pasado en su vida, pero que conmigo, que yo, que yo...

—No llores más, no te tortures. ¿A qué hora sale tu vuelo?

—A las seis de la mañana.

—¿Y dónde estás?

—En Salidas, en la sala de espera, hay más frikis como yo haciendo noche aquí.

—Vale, bueno, lo siento mucho, en serio, pero ya pasó. ¿Vale?

—Vale.

—Ahora coges tu avión y el pasado que se quede atrás. Mañana será otro día y todo volverá a empezar de cero, ¿de acuerdo?

—Lo sé.

—Te quiero un montón, hermanita.

—Lo sé —se echó a llorar y Cruz con ella—, ¿por qué me ha hecho esto, Cruz?

—Porque es un gilipollas, un cabrón egoísta, por eso y porque piensa con la polla, como todos los demás.

Llegó sin dormir a Madrid, se pasó toda la noche repasando sus últimos meses y decidiendo que no era para tanto y que se repondría en seguida de toda esa mierda, pero no fue así. En Barajas estaban Cruz y Pedro, su novio, para llevarla a casa y entró en el piso como una sonámbula, se metió en la cama y durmió doce horas seguidas. El trajín del restaurante, de la vida de locos que había vivido con Michael esos dos últimos meses en Londres, y sobre todo la pena, la partieron por la mitad, y solo pudo dormir sin parar.

Aunque no quiso soltar prenda a su madre, ella se enteró por boca del propio Michael de lo que había pasado. El muy impresentable la llamó a casa mil veces y finalmente tuvo la insensatez de quejarse con su “suegra” por su abandono repentino. Claro que obviando el asunto Isis, lo que cabreó aún más a una Vera hecha trizas, sí, hecha polvo, pero no tanto como para no poder contestar el puñetero móvil, una semana después de llegar a Madrid, con la clarísima intención de mandarlo a la mierda.

—¿Qué quieres? —ladró al teléfono y él suspiró.

—Gracias por contestar.

—¿Qué coño quieres?

—Vale, ok, sé que estás cabreada y dolida conmigo pero...

—No te haces una idea, así que por favor deja de llamarme y sobre todo, deja de llamar a mi casa.

—Vera.

—Adiós.

—No, no por Dios, escúchame —oyó algo parecido al llanto y se puso de pie muy incómoda—, solo escúchame. Ya sé por tu hermana lo que viste, la idea que te hiciste...

—No me hice ninguna idea, no soy estúpida y era bastante evidente.

—Vale, es cierto, no te voy a mentir, de hecho esa misma noche pensaba contártelo todo.

—Genial.

—Solo necesito que sepas que jamás quise hacerte daño, que entiendas que no fue nada importante, solo...

—¿Sabes que no necesito oír todo esto, Michael?, ¿por qué no me

ahorras la molestia?, ¿eh?

—Yo te quiero.

—Vale, gracias. Tengo que colgar.

—No, no, no puedes dejar esto así, no nos lo merecemos. He cometido un puto error, un desliz sin importancia con una persona que no significa nada para mí.

—Ese es tu problema, no el mío.

—Isis... —tragó saliva y Vera sintió como las lágrimas le subían instantáneamente a los ojos.

—No quiero oírlo.

—Por favor... un minuto... se casa en octubre, con un ruso muy rico, con el que ya vive en Los Ángeles, vino a Londres a cerrar unos asuntos, me llamó y...

—Lo siento mucho.

—¿Qué? —Preguntó un poco desconcertado y Vera se pasó la mano por la cara.

—Siento mucho que se case con otro tío, de verdad, me imagino que debe ser durísimo para ti. Lo siento mucho, pero no es asunto mío, así que por favor deja de llamar. Adiós.

—No he dicho eso, yo...

Colgó y se tiró otra semana llorando. A mediados de septiembre se fue a Dubai con Cruz para ver a su padre y regresó mucho más calmada. Él no volvió a llamar y cortó rápido las preguntas y las dudas de todo el mundo haciendo oficial su ruptura a través de sus amigas más cotillas, que corrieron la noticia del fin de su romance con semejante monumento irlandés, antes de empezar las clases a finales de septiembre.

El 10 de octubre, día de su veintiún cumpleaños, ya comprendió que se estaba recuperando. Lo echaba mucho de menos, soñaba casi a diario con él, se acordaba de sus desayunos en la cama, que siempre acababan con ellos haciendo el amor sobre los restos de las tostadas, de su delicioso aroma, de sus besos, pero al menos ya no lloraba tanto y empezó a fantasear con la idea de que era una historia estupenda para contar a sus nietos, dentro de muchos años, cuando pudiera hablar de Michael Sean Patrick Kennedy en voz alta y con una sonrisa en la cara.

Su actividad en la Cruz Roja se multiplicó. Hizo un curso de asistencia a las mujeres inmigrantes maltratadas, de apoyo familiar y orientación, y empezó a trabajar más directamente con dos hogares de acogida

decidiendo, de paso, que el medioambiente era importante, pero que seguramente el mundo necesitaba más de sus servicios como abogada de personas sin recursos, que su lucha titánica contra las multinacionales contaminantes.

En la facultad se esmeró más que nunca, le quedaba solo ese curso para acabar, luego haría un master en derecho internacional, que su padre estaba encantado de financiar, y tal vez se largaría un par de años a trabajar a Latinoamérica o a Marruecos con una ONG. Era la mejor opción y estaba ilusionada.

Empezó las clases de baile a mediados de octubre, en el curso avanzado. Volvió a bailar flamenco dos veces a la semana, a mediodía, la única hora que tenía libre, y siguió dando clases de inglés para pagar sus gastos. Una vida ocupada, ordenada y tranquila, que la mantenía lejos de los recuerdos, los malos rollos y esa sensación de ridículo total que le invadía el alma cada vez que se veía a sí misma, como una idiota total, observando a su novio con ese monumento de mujer, saliendo de su casa en Camden Town.

Todo muy bien, bajo control, sí, pero como dicen los irlandeses: “Dios se ríe mientras los hombres hacen planes”, y eso fue exactamente lo que sucedió una noche de principios de diciembre, cuando la obligaron a salir de casa para ir a una fiesta a un dichoso pub irlandés del centro. Era el cumpleaños de su amiga Marta y no se pudo negar. Cruz la obligó a cepillarse el pelo, maquillarse un poco y ponerse algo decente antes de llevarla a rastras, primero a cenar con las chicas, y luego a tomar algo al O’Neills, donde a esas horas de la noche no cabía ni un alfiler.

No le apetecía nada, en absoluto, entrar a un sitio así. En cuanto puso el pie dentro se acordó que Michael le había comentado una vez que odiaba esos sitios, “sucedáneos de los bares irlandeses auténticos, fuera de la tierra”, le dijo, que solo eran franquicias sin alma ni sabor, y que se negaba en redondo a visitarlos. Tal vez él, pensó, oyendo el cantarín acento *irish* por todas partes, y caminó con las amigas hasta el final del local, esquivando los piropos y las miradas de los guiris dispuestos a ligar con una nativa española a cualquier precio.

Era muy incómodo. Antes de pedir la primera ronda ya le habían entrado dos tíos, y cuando el camarero llegó con un bol gigante de nachos y les dijo que era una invitación de un chico de la barra, quiso coger el abrigo y salir pitando de allí, pero no la dejaron. Había un concierto en directo y

además querían verla desatarse un poco, ligar, enrollarse con alguien o simplemente beber después de tres meses de agonía total.

Completamente en contra de esa opinión, pero sin querer arruinar la noche de nadie, se quedó y cerró la boca. Buscó un taburete y se sentó alrededor de la única mesa vacía que había y que les consiguió el camarero muy amablemente, y esperó a que empezara el concierto de una verdadera banda irlandesa, recién llegada de Dublín, les dijeron. Un buen plan hasta que llegara la hora de marcharse.

Los chicos, muy guapos y muy divertidos, salieron al diminuto escenario a las doce y media de la noche, entre los vítores y los gritos del público, y en seguida empezó a encontrarse mal. Un peso enorme se le asentó sobre los hombros y oír *Galway Girl* a tan corta distancia, con la flauta, el violín y el bodhrán a buen ritmo, la hizo emocionarse hasta las lágrimas. De repente empezó a pensar en Michael y en esos momentos tan bonitos que habían compartido, en la locura total dentro de su buhardilla, donde se había sentido la mujer más dichosa del planeta, en su viaje a Galway para conocer a su familia, en sus reencuentros acalorados en el aeropuerto cada vez que se volvían a ver... y antes de sufrir un ataque de llanto incontrolado, decidió disculparse e irse a casa. Era tarde, no podía más y necesitaba salir de ahí sino quería sufrir una recaída de la que no pudiera recuperarse.

Se pasó la mano por la cara, tragándose las lágrimas, se acercó a Cruz despacio, para hablarle al oído, pero antes de finalizar la tarea el brillo de unos ojos enormes la dejó a medio camino y sin moverse. Al otro lado del escenario, a una distancia considerable, Michael Kennedy en persona la miraba fijamente y sin moverse, como una estatua de sal, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Fue igual que recibir un golpe en el esternón, se enderezó en la butaca y bajó la cabeza, decidiendo si era más maduro quedarse allí o salir corriendo, agarró la mano de su hermana y ella la miró ceñuda. Cruz, alcanzó a decir muy bajito, nada más, porque dos segundos después Michael estaba al lado de la mesa, con su chaqueta de cuero y el pelo más largo, dispuesto a saludar a todo el mundo como si tal cosa.

—Hola, buenas noches —dijo en inglés y todas lo saludaron tan animadas, mirando de reojo a Vera, que se puso tensa de la cabeza a los pies—, vaya casualidad.

—¿Cómo dices? —Gritó Cruz en medio de la música y le hizo un gesto

como que no se enteraba de nada—

—Es igual —dijo él, rodeó la mesa y se puso al lado de Vera—. Hola, ¿podemos charlar fuera dos minutos?, es un milagro haberte encontrado aquí, he venido con la banda, el cantante es mi primo, iba a llamarte mañana...

—¿Qué? —lo miró ceñuda y no se movió.

—No me jodas, solo quiero hablar contigo, Vera, coño, no me hagas suplicar, ¡joder!

—¡Oye! No te dirijas a mi hermana en ese tono —Cruz se bajó de la banqueta y lo enfrentó con muy malos modos—, ¡quién coño te crees que eres!

—¿Perdona? —Él la miró sonriendo y Cruz dio un paso al frente, decidida a partirle la cara—, solo intento hablar con tu hermana, no contigo.

—Pero ella no quiere ni verte, ¿no te enteras?

—¡Ya está bien! —Vera saltó de la silla y la sujetó del brazo—, no tengo cinco años, ¿vale?, gracias, pero creo que puedo con esto. Agarró el abrigo y el bolso y salió hacia la calle con Michael pisándole los talones, llegó fuera, donde había un millón de gente, o eso le pareció, se giró y lo miró a los ojos intentando mantener la calma—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —Él encendió un pitillo y ella siguió el movimiento con la misma adoración que había sentido antes, en otra vida, cuando observarlo incansablemente se había convertido en su mayor distracción—, ¿empezamos de cero o volvemos a la casilla de salida?

—¿Cómo dices? —Dios bendito, ¿cómo se podía ser tan guapo?, pensó desviando la vista—, explícate, tengo que irme a casa.

—¿Tan pronto?, ¿tienes otros planes?

—Eso no es asunto tuyo, ¿me vas a decir que pasa de una vez o me voy a buscar un taxi?

—Lo que más que gusta de ti es que eres transparente...—ella frunció el ceño y él movió la cabeza—. Es cierto, Vera, te conozco, sé que no te has olvidado de mí, yo tampoco puedo olvidarte, te quiero, dame otra oportunidad, por favor.

—No quiero ni oír tu voz de capullo mentiroso e infiel, déjame en paz.

—Eso, venga, échalo fuera —lo miró furiosa, se dio la vuelta y empezó a caminar hacia Alcalá hecha una furia—, ¡Vera!

—Hola, preciosa —le dijo un tipejo en inglés, cruzándose en su camino,

pero ella lo ignoró, apartándose para seguir andando.

—¿A quién coño te diriges, gilipollas?! —Oyó el vozarrón de Michael enfrentando a ese pobre incauto y siguió taconeando sin mirar atrás—, ¡Vera!

—¡Mira, tío! —al fin paró a la altura de Sevilla, giró y lo miró a la cara—, no entiendo a qué vienes con estas cosas, a qué tus llamadas de teléfono, a qué tanto teatro... ya sé que eres más dramático que la mayoría, que yo debo ser una especie de robot sin sentimientos o algo así para ti, pero me importa una mierda, yo al menos no miento, ni engaño, ni hago daño a la gente, así que déjame en paz. Me pareces lo peor que me ha pasado en la vida y no quiero volver a verte.

—Te quiero —dijo él con esos ojazos vidriosos y se puso una mano en el pecho.

—Genial, no sé cómo no te han dado ya el Oscar.

—Estoy hablando en serio y si te llamé un millón de veces, he respetado tu espacio, y ahora te sigo por la calle como un imbécil es porque no puedo dejar de pensar en ti. Te amo, Vera, y al contrario que tú, yo pienso que eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Sí, claro, pero te encanta acostarte con tu ex.

—Eso fue un error, el último, se acabó.

—Pues lo siento por ti, seguro que la echas mucho de menos.

—Mierda —dejó caer los brazos y suspiró—, vale, lo siento, está visto que no tengo ni la más mínima posibilidad.

—Exacto, para mí se acabó, me hiciste mucho daño —levantó una mano para hacerlo callar—, y que me lo hubieras confesado en su momento hubiese tenido el mismo efecto. Yo creo en la confianza y el compromiso, en la lealtad, no creo en nada más y prefiero no volver a verte, por favor. Todo esto me hace ya mucho daño —hizo un puchero y se echó a llorar—, apenas nos conocemos, tampoco es para tanto, solo fueron nueve meses, quiero pasar página, necesito superarlo.

—Mi vida... —dio un paso al frente y la abrazó. Como era mucho más alto, la acurrucó en su pecho y la apretó con fuerza besándole la cabeza—, perdóname, por favor, te lo suplico, perdóname, Vera, perdóname.

—¿Para qué?

—Porque te amo, tú me amas y podemos empezar de nuevo. Si no vuelves conmigo me hundiré del todo, te necesito, jamás quise hacerte daño, solo fui débil, soy un puto ser humano débil y estúpido que comete

errores, pero que te necesita... —buscó sus ojos negros y le limpió las lágrimas con los pulgares—, ¿cómo puedo sobrevivir sin ti?, ¿eh?, dímelo ¿cómo puedo seguir respirando si no estás conmigo, Vera? Tú eres mi agua de lluvia.

—¿Qué?

—Eres lo único que necesito para sobrevivir.

Con veintiún años y un amor sin límites creciendo en su corazón, Vera Saldaña perdonó, olvidó todo y empezaron de cero. Esas navidades las pasaron separados pero la Nochevieja Michael apareció en Madrid, para comerse las uvas juntos, y para regalarle un anillo de compromiso precioso, un solitario pequeñito pero maravilloso, con el que le pidió matrimonio. Ella se lo tomó como algo simbólico y dijo sí, pero él no estaba bromeando y desde entonces no paró de hablar de la boda y de su mudanza definitiva a Londres.

Cruz, que ya no lo perdió de vista, esperando que volviera a meter la pata, opinó que la gente como Michael Kennedy, es decir los actores, eran unos dramáticos e histriónicos de manual y que necesitaban emociones y adrenalina a tope para sobrevivir, en resumen, que no podían mantener una relación normal y que todo lo llevaban al límite, así que le rogó poner el freno y al menos acabar la carrera en Madrid.

Así lo hizo, acabó en junio, otra vez en medio de viajes de ida y vuelta Madrid-Londres, Londres-Madrid, y de interminables noches de chat y llamadas de teléfono. Él siguió con sus audiciones y sus trabajillos mal pagados. Hizo dos cortos, participó en un montaje de Ibsen en el Soho y cuando Vera estaba a punto de llegar a Londres con todas sus pertenencias, consiguió, al fin, que la agente de su mejor amigo, James Wilson, lo recibiera y lo fichara para su agencia de actores. Estaba clarísimo que la carrera de un actor dependía del agente que tuviera. Todo el mundillo opinaba lo mismo, y por esa razón eran sagrados, casi nadie llegaba a los más importantes, a los que de verdad cortaban el bacalao y manejaban las audiciones de peso, nadie salvo las estrellas consagradas o a punto de consagrarse. Michael llevaba años luchando por conseguir una entrevista personal con uno de ellos, sin ningún éxito porque había miles como él que pretendían lo mismo, pero el milagro se produjo cuando su mejor amigo, James Wilson, fulgurante estrella en alza, logró a base de chantajes y amenazas que su agente, Julia Fox Bunbury, le regalara diez minutos de su tiempo y revisara su *book* y su Currículum con atención.

Dos días después lo llamaron para darle la bienvenida a su prestigiosa agencia de actores y Michael Kennedy empezó a soñar de nuevo, convencido como estaba, de que con Vera en casa y Julia Fox Bunbury cuidando de su carrera, su vida podría llegar a ser perfecta.

Vera por su parte dejó España en medio de discusiones y malos rollos. Su madre le rogó hasta el final que se tomara un respiro, algo de distancia, y se fuera de voluntariado a alguna parte antes de mudarse definitivamente con ese novio suyo, sin oficio ni beneficio, que la tenía completamente ciega y enamorada. Su padre le negó a última hora la financiación del Qualified Lawyers Transfer Test, aunque ya había conseguido el Certificado de Elegibilidad de la Law Society, intentando presionarla para que se quedara en Madrid, pero solo logró que su brillante hija se largara de casa sin ningún respaldo y sin ninguna esperanza de ganarse la vida como abogada en Inglaterra, porque sin aprobar ese examen no había forma, y sin dinero no podía prepararlo en condiciones.

Las presiones fueron tales que solo consiguieron que saliera corriendo de casa. Apenas se despidió de nadie, salvo de su abuela Teresa, que le puso los pendientes de oro blanco y amatista en la mano y le dijo que los vendiera si eso ayudaba a solucionar un poco sus problemas. La hizo llorar abrazada a su cuello acogedor y oloroso a violetas, cogió los pendientes y le prometió que los usaría solo si estaba en peligro de muerte, pero su abuela le aseguró que las joyas estaban para esos momentos y que no fuera tonta. Sin embargo, Vera los escondió en su mochila, y se fue al aeropuerto convencida de que saldría adelante, en octubre cumplía veintidós años, y ya no tenía edad para esperar ayuda de sus padres, ni de nadie, tenía que salir sola a flote y lo haría.

En Londres todo se volvió color de rosa a pesar de las estrecheces económicas y las preocupaciones. La primera semana que llegó a la buhardilla la pasaron encerrados, en la cama, haciendo el amor y soñando con planes imposibles para cuando la vida le sonriera y les fuera bien. Michael era muy optimista, estaba feliz de tenerla a su lado y eso lo convertía en el más entusiasta de los compañeros de viaje, aunque no tuvieran un duro en el banco y los Kennedy, desde Galway, tuvieran que mandar de vez en cuando un cheque para ayudarles con el alquiler.

—No me siento nada bien con el dinero de tus padres —le dijo una mañana antes de irse a trabajar al Bombay Camden, donde la habían

reincorporado con los brazos abiertos. Michael apartó los ojos claros del ordenador y le sonrió—, me da mucha vergüenza.

—Es temporal, ellos lo saben.

—¿Ah sí?

—Claro que sí, en cuanto tenga un trabajo decente, lo demás vendrá rodado. ¿Lo dudas?

—No, pero...

—Nena... —se inclinó y le agarró la mano—, falta menos, todo irá bien, la semana que viene tengo el casting con los americanos y si eso sale...

—Lo sé —era la primera gran oportunidad que le pasaba el agente y estaba muerta de miedo por el posible rechazo, pero sonrió y se acercó para besarle en los labios—, claro, me voy.

—Te pagaré los cursos para el QLTT y nos casaremos en octubre.

—Vale... —se apartó y caminó hacia la puerta, él saltó de su sitio y la interceptó para abrazarla.

—Si no sale lo de los americanos, aceptaré ese trabajo como modelo, te lo prometo, y el dinero cubrirá todo los gastos.

—¿En serio? —Tenía muchas ofertas como modelo pero se negaba en redondo a desperdiciar su talento, decía, sus estudios y su esfuerzo, en un trabajo que al final lo acabaría alejando irremediabilmente de la actuación y sobre todo, del respeto de sus compañeros de gremio, para los que se convertiría en un “modelo que quiere ser actor”, así que oírlo decir aquello la sorprendió.

—Palabra de honor —la agarró por la cintura, bajó las manos por sus caderas y le atrapó el trasero respingón con fuerza—, no puedes estar más buena, Vera.

—Ya, vale, debo irme —se echó a reír y él la atrapó contra la pared.

—Nos casaremos el día de tu cumpleaños en Galway ¿de acuerdo?, ya le he dicho a mi madre que hable con el padre Flannagan, será una boda pequeñita y sencilla, pero la mejor del mundo porque tú me darás el sí quiero, ¿eh?

—Vale...

—No, va en serio, ¿en octubre te convertirás en la señora Kennedy, Vera?

—¿Por qué no esperamos un poco?

—Porque no hace falta, la semana que viene nuestra vida cambiará y necesito echarte el guante cuanto antes.

Y cambió. Los productores americanos de una de las películas más esperadas de la década, llegaron a Londres para hacer un casting que llevaban realizando por medio planeta, y Michael se presentó para el papel de un australiano de manual, que era un secundario muy importante para el director de la cinta, uno de los más famosos del momento, y que pretendía con esa peli dar un giro radical a su carrera.

Recibió el guion dos días antes de la prueba, se volvió irascible y mal genio durante cuarenta y ocho horas, pero llegó al casting con la confianza suficiente para superar la primera criba, luego la segunda y cuando lo llamaron para la tercera, que era delante de Conrad Milles, ese director caprichoso e imprevisible que tanto admiraba, Vera fue capaz de pasarse por la iglesia de St. Mary y rezar de rodillas por él. La suerte estaba echada, y aunque confiaba en su talento y su carisma para conseguirlo, era casi imposible que lo hiciera y el miedo a que lo rechazaran apenas la dejaba respirar.

—Señorita Vera, la buscan —le dijo esa tarde el señor Nehru, su jefe, llamándola con la mano, y ella se puso tensa. Mike llevaba horas desaparecido, no sabía nada de él y se estaba temiendo lo peor, así que salió al comedor con el corazón en la garganta y temiéndose un desastre de dimensiones estelares. Pisó el hall y se encontró con Michael serio y quieto, vestido de negro y con la mochila al hombro.

—Hola, cariño... —articuló con ganas de echarse a llorar—. ¿Qué tal?

—Me lo han dado... —sonrió y tiró la mochila al suelo.

—¿En serio?

—Sí, me lo han dado... —repitió con un marcado acento australiano, abrió los brazos y Vera saltó para comérselo a besos mientras él la hacía girar ante de la mirada divertida del señor Nehru.

—¿Has avisado a tus padres?, ¿a James?

—No, he venido a decírtelo a ti primero, no lo sabe nadie aún —Vera lo agarró del cuello y lo besó mil veces llorando como una Magdalena—, te quiero, preciosa, te quiero ¿lo sabes?

—Sí, estoy muy orgullosa de ti.

El rodaje se inició en Londres dos meses después, en septiembre, y con el adelanto del contrato pagaron su matrícula en uno de los centros recomendados por la Law Society para preparar el QLTT. Vera se negó en redondo pero él no le hizo caso, cogió los datos de la cuenta bancaria de la universidad e hizo el ingreso sin más. Lloró un par de días por el gesto

y le pidió a Cruz que se lo contara a sus padres, porque ella era incapaz de hacerlo sin restregárselo por la cara, y que les informara de paso que se casaba el 20 de octubre en Galway, aunque no hacía ninguna falta que fueran.

Las prisas impidieron conseguir el 10 de octubre para la boda, pero sí el 20 del mismo mes, y se fueron a Irlanda con James y Jill, y un par de amigos más, para celebrar una ceremonia discreta y un pequeño almuerzo en el restaurante de sus suegros, sin más intención que disfrutar del mejor día de sus vidas.

A pesar de su edad, de la fragilidad de su economía, de su futuro lleno de incógnitas, y de los problemas del pasado con Michael, no dudó ni medio segundo en casarse. Estaba feliz, más enamorada de lo que nadie podía estar en todo el universo, y la seguridad de que hacía lo correcto la llevó al altar en volandas, sonriendo y llorando a la par, viendo por el rabillo del ojo a su madre hecha un mar de lágrimas y a su padre, a su lado, más tenso e incómodo de lo que lo había visto en toda su vida. Michael, guapísimo y emocionado, la agarró de la mano y no la soltó en toda la ceremonia, se intercambiaron los anillos llorando y se prometieron amor eterno delante de cuarenta personas, entre amigos y familiares, que juraban a pies juntillas que ella estaba embarazada.

Finalmente en el brindis de honor el propio Mike desmintió las especulaciones y les juró que no se casaban de penalti sino solo por amor, cosa que alivió a sus padres, que apenas se hablaron durante la fiesta, y que arruinaron cualquier acercamiento familiar por culpa de sus rencores, sus malos modos y sus tensiones absurdas. Vera se dedicó a su abuela y a su hermana, que estaban allí para apoyarla, y al final consiguió disfrutar al máximo el día más feliz de su vida.

Sin luna de miel se quedaron en Galway, retozando en la cama de un hotelito con encanto, todo el fin de semana, tras lo cual regresaron a su buhardilla de Camden Town para retomar la normalidad. Vera empezó las clases por las mañana, por la tarde iba al restaurante y en medio a clases de flamenco a una academia que le recomendó su profe de Madrid, sin embargo, sabía más que las maestras y pronto le ofrecieron dar clases como profesora suplente, lo que le permitió dejar la hostelería y hacer algo que le encantaba, se le daba bien y era bastante mejor pagado que el Bombay Camden.

Michael siguió con sus castings y en seguida le dieron otra película para

rodar en Inglaterra, en medio apareció una serie en Irlanda y ya fue un no parar. Cuando se estrenó “Green Hill”, su primera gran oportunidad, las críticas lo destacaron de inmediato, solo aparecía en veinte minutos en el metraje, pero brilló con tal luz que empezó a dar entrevistas y a sorprender a todo el mundo con su acento irlandés. Nadie se podía creer que ese australiano de la pantalla se había criado en Galway, y antes de un mes su agente lo llamó a su oficina para enseñarle diez guiones que tenía solo para él.

Como era tan tremendamente atractivo, decían algunas críticas, se dedicó a dar reportajes con unos posados espectaculares. Julia Fox Bunbury y su equipo decidieron explotar su lado salvaje y algo canalla, su belleza varonil innegable, decían ellos, le hicieron un *nuevobook* y se lanzaron a la conquista de América con un Michael empeñado en seguir con sus clases de dicción, sus talleres de interpretación y de teatro en el Reino Unido, lo que lo enfrentó varias veces con ellos, aunque al final consiguiera imponer algo de su criterio a la hora de elegir papeles y de explorar su imagen pública.

Vera seguía la evolución ascendente de su marido con la boca abierta, recortando y escaneando todo lo que saliera de él en prensa, en la televisión o en el cine, que cada día era un poco más. Cuando acabó el primer curso para el QLTT, a Mike ya lo reconocían por la calle o cuando iba a recogerla a la universidad, les hacían fotos corriendo por el parque o saliendo de una cena y comprendieron que era hora de cambiar algunos hábitos de vida.

Su primer aniversario de boda lo pasaron en su nuevo apartamento de Kensington, que la propia agencia de Julia Fox Bunbury tuvo la amabilidad de conseguir para ellos. El alquiler era unas diez veces más caro que el de Camden, pero podían permitírselo y necesitaban algo más de comodidades. Por supuesto ya no había contador de electricidad con monedas, tenían calefacción, una cocina pequeña pero preciosa, salón y un dormitorio suite con un cuarto de baño de ensueño. Eso sí, Michael Kennedy apenas paraba por casa. Empezó a rodar dos películas simultáneamente, a viajar a los Estados Unidos con tanta regularidad que aprendió a dormir en cuanto pisaba el avión para llegar despejado al otro lado del charco, y se pasaban tantas horas colgados al teléfono como cuando ella vivía en Madrid.

Siguió siendo dependiente y maniático, le contaba todos los detalles de

los rodajes, la llamaba a cualquier hora solo para quejarse o para oír su voz, se le ocurrió jugar con el sexo telefónico, algo que a Vera le costaba poco porque seguía locamente enamorada de su voz, para aplacar el deseo y la añoranza. Ella aprobó el Qualified Lawyers Transfer Test más sola que la una, interesándose por varios proyectos solidarios en iglesias católicas de los barrios más deprimidos de Londres, en las actividades de la Cruz Roja, y en el primer gabinete jurídico que le ofreció hacer prácticas, y dónde después se quedó con un trabajo remunerado, humildemente, pero digno, que la convirtió en abogada de verdad a los veinticuatro años.

En su tercer aniversario de boda Vera viajó a París para poder verlo en medio de un rodaje y se dieron cuenta de que el tiempo pasaba volando y que la vida se les había puesto patas arriba demasiado de prisa. Michael, que lo mismo estaba feliz, que se deprimía por cualquier cosa, anunció a su agente que necesitaba bajar el ritmo o caería enfermo, y decidió firmar poco y la mayoría en Gran Bretaña o Irlanda para intentar retomar una vida más serena. Por supuesto la otra solución era que ella dejara el trabajo y todo lo demás y se dedicara a seguirlo por esos mundos de Dios, pero ambos sabían que no era justo, ni factible y que acabarían reprochándose en un futuro, así que resignados decidieron vivir lo que les tocaba lo mejor que se pudiera, porque el futuro seguía siendo incierto en la vida de cualquier actor y la suerte les podía dar la espalda de la noche a la mañana.

Su trabajo en el gabinete jurídico de Notting Hill, donde dedicaban el 70% del esfuerzo a los casos gratuitos y de familia, le encantaba. Gracias a la buena salud de su economía familiar podía permitirse trabajar horas y horas sin minuta, y pronto empezó a destacar por guerrera y peleona, y por ponerse delante de cualquier manifestación que le pareciera justa. Michael se moría de la risa cuando le contaba alguna de sus hazañas, siempre obviando los malos rollos o los problemas que a veces tenía con la policía o con algún marido descontento, y mientras él trabajaba lejos de casa, ella llegó a llenar su vida con tantas actividades que cuando él volvía, se quejaba de que no le prestaba ninguna atención. Pero lo hacía, él era y sería siempre su prioridad absoluta y a pesar de su fama, sus fotos sexys y sus desnudos en la pantalla, para ella seguía siendo simplemente el amor de su vida, su chico favorito y aparcaba lo que fuera por mimarlo y comérselo a besos cuando lo tenía cerca.

—La próxima vez que vea a Charlize Theron abrazándote de ese modo, voy y le parto la cara. No sabe con quién se juega los cuartos, por muy grande que sea —lo miró de reojo y él se echó a reír a carcajadas—, va en serio.

—Solo es trabajo —estiró la mano y le acarició el pelo largo, ondulado y oscuro que le caía sobre la espalda como una cascada. Estaban en esa suite de lujo del hotel Bell-Air, desayunando desnudos en la cama, tras la noche de los Oscars, y Vera repasaba la prensa con ojo crítico y muy seria —, es muy maja pero no me gusta y además, tiene novio.

—No creo que eso sea un problema.

—¿Estás celosa, pequeña?, ¿en serio?

—No, pero todo el mundo tiene un límite y anoche me pasé cuatro horas viendo como todas esas mujeres famosas, guapas y elegantes manoseaban a mi marido.

—Mi marido... —susurró él, tiró de su cuello y la recostó en la almohada para besarla despacio y saboreando hasta el último rincón de esa boquita que sabía a caramelo—, me encanta ser tu marido y no solo Michael.

—¿Qué dices? —Le acarició la barbilla rasposa de barba y buscó sus ojos que ya estaban perdidos debajo de las sábanas.

—Siempre hablas de mí como Michael: te presento a Michael, este es Mike, mira, ahí viene ese...

—¿Ahí viene ese? —se echó a reír a carcajadas y él la miró muy serio.

—Sí, claro, te he oído.

—Ya, pobrecito —le acarició el pelo y lo besó—, mi amor...

—¿Qué?

—Cumpló veintiséis años el próximo mes de octubre.

—Lo sé, pero faltan siete meses.

—Sí, pero he estado pensando en...

—Voy a comprobar la agenda, creo que he logrado dejar libre todo el mes de octubre pero...

—No es eso, Michael, he estado pensando en quedarme embarazada.

—¿Qué? —se apartó como un resorte y la miró con los ojos abiertos como platos—, ¿embarazada?, ¿ahora?

—Ahora o cuando llegue, tampoco es seguro que sea instantáneo. ¿Qué pasa?

—No quiero hijos, no al menos por ahora, Vera, apenas te veo, las paso

putas ya de tenerte lejos, no quiero ni imaginar lo que sería mi vida si te dejara sola y con niños en casa.

—¿En serio? —Se sentó en la cama y se tapó con las sábanas—, ¿y cuándo podremos tener niños?, quiero tener hijos, lo sabes.

—Y tienes veinticinco años, por el amor de Dios, tenemos toda la vida por delante.

—Quiero ser una madre joven y tú cumples treinta y cuatro años en abril, ¿no te apetece?

—No —saltó de la cama, completamente desnudo y se fue al lado contrario de la habitación para buscar el tabaco, sacó un pitillo y lo encendió—, no ahora. Al fin mi carrera está despegando, tú tienes ese trabajo de locos, sin horarios ni tranquilidad alguna, en lo último que quiero pensar ahora es en tener hijos. No, por favor, ¿eh? Es que no me apetece ni hablar del tema.

—Vale —sin poder controlarlo se echó a llorar y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, apartó la prensa y se bajó de la cama poniéndose el albornoz—, está bien.

—Cariño, no llores —la siguió al cuarto de baño y la pilló abriendo el grifo para lavarse la cara—, Vera, escucha.

—Yo quiero un bebé.

—Y lo tendremos, pero más adelante.

—Si tengo que esperar a que no viajes o a que no estés fuera de casa mucho tiempo, no lo tendremos nunca.

—Cielo...

—Todas las parejas que conocemos tienen hijos y sobreviven a pesar de tener tú mismo trabajo, es cuestión de voluntad.

—En todas las parejas que conocemos, las mujeres son al menos diez años mayores que tú, no es lo mismo. Podemos esperar un poco.

—No es cuestión de la edad —lo miró sin permitir que la tocara—, es una necesidad, me apetece mucho ser madre, te quiero, estoy enamorada de ti y quiero tener un hijo tuyo, ¿no lo entiendes?

—Y yo quiero tener una docena de hijos contigo pero no ahora, no es el momento, dame un poco de tiempo.

—¿No crees que sería una buena madre por qué soy joven?

—No es eso, no creo que vaya a existir mejor madre que tú, se trata de mí, estoy sobrepasado con mi trabajo y todo lo que me está pasando. Es muy grande, apenas puedo asimilarlo y si además tengo que pensar en ti

embarazada, en un bebé, creo que colapsaré y no podré seguir adelante.

—¿Nos casamos para formar una familia o para ser eternamente tú y yo?... necesito saberlo... —Preguntó muy seria y Michael Kennedy se apoyó en la pared encogiéndose de hombros.

—¿Estás pensando en dejarme?

—Sólo he hecho una pregunta.

—Nos casamos porque nos queremos, porque estoy loco por ti, porque si estás lejos me muero por dentro, porque te necesito y... —suspiró—, también para formar una familia, por supuesto. Quiero que me des hijos, Vera, solo te suplico que esperemos un poco, dame un respiro, por favor.

Los éxitos de Michael Kennedy empezaron a sumarse a la par que su popularidad ascendía de forma vertiginosa. Su desnudo frontal en una película independiente lo elevó a los altares de los sex symbol mundiales y Vera tuvo que leer con algo de pudor comentarios como que no se había visto una “herramienta” mejor en Hollywood desde Errol Flynn, y chascarrillos semejantes que no solo se hacían lejos de ella, sino también en su entorno más cercano, donde el cachondeo duró meses.

Aprendiendo a ignorar estos comentarios sobre la guapura de su marido, los clubs de fans que crecían como setas, los blogs y las cuentas de Facebook donde lo idolatraban a unos niveles desmesurados, su agente decidió contratar un Community Manager y un publicista que se hizo cargo del control de su imagen. De repente la gente que iba al gabinete la miraba con más atención y se pilló más de una vez en la portada de alguna revista cuando iba a comprar el periódico. Una vergüenza. Incluso en España se hicieron “famosillos” al saberse que la mujer de Michael Kennedy era de Madrid, y llegaron algunos paparazzis españoles a Londres para hacerles fotos.

Afortunadamente Mike, que era extremadamente sensible e imprevisible en su trabajo o en su relación con ella, se tomaba el rollo de la fama con una calma pasmosa. No se escondía, salían al cine o correr por Hyde Park con normalidad, iba a por el pan y el periódico el domingo por la mañana, o la besaba o abrazaba en público como había hecho siempre, asunto que, milagrosamente, aplacó la atención de la prensa sensacionalista, más necesitada de escándalos y misterios, que de una pareja sosa y normalita como ellos.

En su quinto aniversario de boda él apareció en el apartamento con un cofre metálico precioso y que contenía las llaves de su primera casa

propia. Un chalet pareado, de estilo georgiano, enclavado en el corazón de Chelsea, con cuatro habitaciones y sus respectivos baños, salón comedor, salita, despacho, cocina, office, garaje, terraza y jardín. Una verdadera monada, vecino al de James y Jill Wilson, que Vera se quedó mirando como si no fuera con ella.

—¿Qué?, ¿no te gusta?, espero que sí porque ya he dado la entrada. ¿Vera? —Se puso las manos en las caderas y la observó un poco decepcionado por su reacción.

—Es precioso, solo que me hubiese encantado participar en el proceso.

—¿Qué proceso?

—Buscarlo, encontrarlo, pagar la entrada...

—Es idéntico al de James, y a ti te vuelve loca su casa.

—Claro, pero ellos tienen tres hijos y nosotros no, nosotros no necesitamos tanto espacio.

—Hostia puta, Vera, ese es un golpe bajo —tiró los papeles del contrato al suelo y empezó a pasearse por el salón furioso, rascándose la barba para no ponerse a gritar.

—¿Golpe bajo?, ¿qué golpe bajo? La casa es maravillosa, por supuesto que lo es, solo digo que es demasiado grande para dos personas.

—Cada vez que discutimos por algo sale, de una manera u otra, el dichoso tema de los hijos.

—¿Ah sí?, ¿el dichoso tema de los hijos?

—Vale, vale —levantó las manos y la miró intentando calmarse—, si no quieres la puñetera casa la vendo y en paz, ¿de acuerdo?

—No he dicho, en ningún momento, que no la quiera. Me encanta, estoy muy agradecida de que la compres para los dos, muchas gracias.

—Eres increíble, tía, de lo digo en serio —bufó indignado, se le llenaron los ojos de lágrimas, agarró la puerta y se fue. Vera recogió los papeles del contrato, se cruzó de brazos y se echó a llorar.

Tema tabú en casa de los Kennedy: los niños. Desde que se le había ocurrido hablar abiertamente de hijos en Los Ángeles, Michael andaba a la defensiva, cualquier cosa lo hacía hilar fino y traducir que ella hablaba de embarazos, bebés y pañales, y se le erizaba la piel de todo el cuerpo, o eso decía, y ella empezó a temer que fuera cierto y que se estaba obsesionando con la idea.

No es que mirara a los niños de los demás por la calle o llorara a escondidas por el asunto, no, pero igual él tenía razón y estaba un poco

sensible. No lo sabía bien, lo único que sí sabía es que no quería arruinar su felicidad, el buen momento que tenían, sus cientos de proyectos, solo por sus carencias y se quiso morir por lo que acababa de pasar. Una casa propia y en Chelsea, era lo máximo a lo que se habían atrevido a soñar cuando vivían en Camden Town y fantaseaban con su futuro, y haberla recibido de esa forma no tenía perdón de Dios.

Salió a la carrera a la calle y se lo encontró en el jardincito, apoyado en la puerta de hierro de la entrada. Dio dos pasos y se le abrazó al pecho. El tardó en reaccionar, pero lo hizo, hundiendo los dedos en su pelo suelto y acariciándole la cintura. Vera lo miró a los ojos y lo besó en los labios mil veces antes de hablar.

—Perdóname, por favor, ¿sí?, perdóname, a veces soy insoportable, no sé lo que me pasa. Pero me encanta, de verdad, es preciosa.

—Solo quiero verte feliz, volver a casa y encontrarte aquí, Vera, esperándome.

—Y así será.

—¿Estás segura?

—Claro, mi amor —le acarició la barba abundante y pelirroja, que era parte de su próximo papel, y él pegó la frente a la suya—, la dejaremos preciosa y será el hogar más feliz de Londres.

—Al menos el más sexy...

—Eso por descontado —se echó a reír y lo miró a los ojos—, siento mucho si me he vuelto rara y algo obsesiva con el tema de los niños, pero juro por Dios que es involuntario, no lo hago a posta, pero intentaré controlarlo.

—Tendremos hijos, los que queramos, pero por ahora...

—Lo sé, mi vida, lo sé.

—¿Qué pasa con los nuevos vecinos?! —Jill y James aparecieron con una botella de champagne y cuatro copas, y ellos se separaron para recibirlos con los brazos abiertos.

—Por Vera y Michael Kennedy —dijo James levantando la copa—, que espero no sean ni ruidosos, ni unos vecinos indeseables, ni monten fiestas indecentes a las que no nos inviten.

—¡Sláinte! —dijo Mike y todos respondieron con la copa en alto.

—¡Sláinte!¹

—¡Vera!

—¡Vera! —Llamó otra vez Jill y Vera regresó de golpe al presente,

observó la taza llena de agua caliente, subió los ojos y le sonrió—, Francis me ha preguntado un millón de veces cuando vais a meterle mano a la decoración de arriba.

—¿Eh? —Suspiró y se pasó la mano por el pelo más corto, se lo había cortado por encima de los hombros y aún se sentía rara—, por ahora no. No quiero que mi casa parezca un catálogo de El Corte Inglés.

—¿Qué? —preguntó Jill y Vera de echó a reír.

—De unos grandes almacenes.

—¿En serio?, ha hecho un trabajo maravilloso aquí.

—Sí, por supuesto —miró su preciosa cocina y el salón al otro lado de la barra americana y recordó los dos meses que se había pasado Francis Witherspoon decorando solo la planta baja, el despacho, el dormitorio y el baño principal. Había sido una pesadilla y sintió escalofríos—, pero queremos ir poco a poco, como la gente normal, no hay prisa.

—Es que tendríais que haberlo dejado todo hecho antes de mudaros y ahora no te daría tanta pereza.

—Si esperamos a que acabe con toda la casa, aún seguiría en Kensington con Mike despotricando por tanto gasto. No, gracias, el resto lo haré a mi manera y con la ayuda de Cruz —con su hermana, que era licenciada en bellas artes y una decoradora aficionada maravillosa, visitaban mercadillos, tiendas de muebles pequeñas y rincones parecidos cada vez que pasaba por Londres y eso le parecía mucho mejor que estar peleándose, día sí día también, con el diseñador de interiores más famoso de Chelsea, que solo era amable si tenía a Michael enfrente.

—¿Cuándo viene Cruz?

—El próximo fin de semana, ¿te he enseñado a Dante, el nuevo novio?

—No... —Jill se inclinó con curiosidad para ver la foto que Vera empezó a buscar en el móvil, pero en ese preciso instante una llamada de Michael las interrumpió.

—Hola, mi vida... —contestó haciendo un gesto de disculpa—, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Has oído mi mensaje?, ¿lo de Taylor McIntoch?, todo el mundo opina por aquí que las nominaciones a los Bafta y al Oscar están cantadas... ¿Michael?

—Necesito que vengas.

—¿Qué?, ¿qué pasa?, ¿estás bien? —Se apartó de la cocina y salió al

enorme salón con el corazón en la garganta.

—Estoy bien, solo quiero que vengas. Sale un vuelo a las nueve de la noche, cógelo, ¿quieres?

—Pero...

—No tienes una vista hasta el próximo miércoles, puedes hacerlo, no me hagas suplicar.

—Sí, pero —suspiró viendo como Jill se bajaba de la silla con intención de marcharse—, ¿qué sucede?, ¿estás bien?, ¿no me vas a decir qué te pasa? Creí que intentarías venir el próximo jueves.

—Sólo necesito que prepares una maleta, te vayas al aeropuerto y cojas el vuelo de las nueve de la noche, ¿te parece muy complicado?

—¿Por qué me hablas así?, ¿estás enfadado conmigo?

—No, Vera, por favor —notó como suspiraba y luego oyó como susurraba con la voz más ronca de lo habitual—, solo quiero verte. Mañana lo tienes libre, pensabas ir a Irlanda todo el fin de semana, solo cambia de planes y ven a verme a Nueva York. No puedo pasar ni un día más sin tocarte, ¿ok?, quiero estar con mi mujer.

—Vale.

—Gracias —colgó y la dejó con una desazón enorme en el pecho, miró a su amiga y se encogió de hombros.

—¿Qué le pasa? —Preguntó Jill al ver su cara.

—Quiere que vaya a Nueva York esta noche, no me dice que le pasa, solo que necesita verme.

—Oh Señor —bufó Jill cogiendo su abrigo—, ¡actores!, ¿qué piensas hacer?

—Organizarlo todo e ir, no lo veo muy bien, lleva quince días allí quejándose continuamente y... será mejor que empiece a llamar a todo el mundo.

—De acuerdo, buen viaje —Jill se acercó y le dio dos besos.

2

Michael Kennedy miró su teléfono de última generación, el regalo que le había hecho uno de los productores de la nueva película, y lo tiró encima de la cama con todas sus fuerzas. Se levantó y se fue al cuarto de baño para meterse bajo la ducha caliente.

Bruce, su entrenador personal, le había dado una caña tremenda esa mañana y sin embargo no podía quitarse a Vera de la cabeza. A veces la deseaba como cuando era adolescente y se volvía loco por alguna profe del cole o alguna amiga de su hermano. Era incómodo, frustrante, y de nada servían el sexo telefónico o el deporte a destajo que hacía, no, solo quería que ella apareciera allí en ese mismo instante, para abrazarla, hundirse en su cuerpo perfecto y acogedor, y hacerle el amor durante horas.

Ningún hombre de su edad podía vivir así, con esa abstinencia, no era sano, y de ahí que le acojonara tanto tenerla lejos. Lo aterraba, cada día más, y debía empezar a tomar medidas al respecto. La primera, obligarla a viajar ese fin de semana, ya estaba bien de funerales, vistas preliminares, juicios o asambleas sindicales. Ya estaba bien, ¡joder!, un tío necesita a su mujer al lado, más aún si tu mujer era como Vera.

Desde que la había visto por primera vez en un pub de Dublín, hacía siglos, la deseaba. Aquella noche su radar de tías buenas la localizó en la barra, junto a un grupo de amigas. Extranjeras todas, se dijo, carne fácil y sin complicaciones. Ella llevaba unos vaqueros negros ceñidos, de talle muy bajo, que dejaban a la vista un trasero perfecto, espectacular, unas piernas torneadas y un vientre liso y tenso, que le provocó una erección instantánea. Tenía la piel blanca y el pelo largo muy oscuro, igualito a esos ojazos almendrados tan luminosos, brillantes, que destacaban en su carita de ángel como dos faros. Era una muñeca, igual que su hermana: gemelas, el sueño de cualquier hombre.

Eran iguales, pero Cruz, más atlética y desenvuelta, llevaba el pelo corto y se movía con más seguridad, algo de lo que él ya estaba un pelín cansado. Por un segundo fantaseó con la posibilidad de ligárselas a las dos, pero en seguida descartó la idea y se decantó por Vera, que era de esas princesitas preciosas, a las que apetece llevar a casa y meter en una urna de cristal para que no se rompan.

Antes de ponerse manos a la obra, Cruz se le plantó al lado con la excusa del acento australiano y todo salió rodado. Aún y a pesar de la aparición estelar de Isis, pudo reconducir la noche y conocer a Vera Saldaña, que además de ser una preciosidad de ojos negros, era una cría madura, inteligente, brillante, llena de ideas e intereses. Algo muy diferente a lo que él estaba acostumbrado.

Cuando conoció a Vera acababa de cumplir veintiocho años y llevaba tal rosario de ligues a la espalda, que su hermana decía que tomaba antibióticos cada vez que él se duchaba en casa. Desde los catorce años se había tirado a todo lo que se meneaba, sin ningún esfuerzo, y cuando se mudó a Londres para estudiar en la Royal Central School of Speech and Drama, aquello se convirtió en el paraíso del sexo sin compromiso.

Salió con media escuela, se ligó a otras tantas mujeres guapas y divertidas, de todas las edades, que fueron convirtiéndolo en un tío un poco apático y reservado. Cargó con las más desquiciadas del lugar, porque el sexo con las locas de atar es de primera, y encadenó relaciones de siquiátrico con varias modelos o actrices a las que siempre acabó acompañando al hospital o a una clínica de desintoxicación cuando la cosa se volvía muy heavy.

Una de sus historias más duraderas fue la de Isis Kaddour, una chica de Dublín, hija de senegaleses, espectacularmente guapa, que trabajaba de modelo cuando no iba borracha o drogada por los pubs de Londres. Estaba tan buena que no le importaba que se metiera coca, Speed o drogas de todo tipo, le gustaba el sexo salvaje con ella, apenas hablaban y simplemente se dedicaban a fornicar como animales a cualquier hora y en cualquier parte. Era una tía complicada, casi tanto como él, salvo que él pasaba de las drogas, y al final acabaron distanciándose y ella buscándolo solo cuando tenía problemas de pasta o quería meterlo en la cama.

Ese era su historial amatorio, más bien sexual, cuando conoció a Vera en Dublín, y luego la encontró milagrosamente en Madrid, en una manifestación descontrolada donde la pilló sola, en medio del fuego cruzado entre la policía y unos radicales de ultraderecha, con su cara de ángel, sus vaqueros desteñidos y un jersey rosa, sin moverse y a punto de recibir una paliza de campeonato. Su alma de caballero andante salió a la superficie como un obús soviético, cruzó la calle y la sacó de allí sin pensárselo dos veces.

Ese fin de semana en Madrid se enamoró de ella, así de simple, se

enamoró viéndola bailar sevillanas con su hermana y unas amigas en un bar al que llevaron a la compañía, perdió completamente el norte por esa mujercita de veinte años que se expresaba como si tuviera treinta y cinco, y que era más culta e inteligente que la mayoría de la gente que él conocía. Era madura, divertida y además estaba tremenda. Una fuerza de la naturaleza. Tiró el anzuelo y esperó con calma porque quería hacer las cosas bien, se moría por llevársela a la cama, pero también le gustaba hablar con ella, mirarla a los ojos, y esa mezcla tan novedosa le daba más miedo del que podía soportar.

Afortunadamente la suerte estaba echada y Vera Saldaña fue suya en seguida. Dejó a ese estúpido cabrón arrogante de Greenpeace y se entregó a una relación con él que no tenía precio. Se fue a Londres a trabajar en un restaurante para estar con él, se instaló en su buhardilla de mierda sin quejarse, y lo empezó a querer con esa decisión apasionada y a la vez cerebral que ella imprimía a todo. Era el amor de su vida y aunque a punto estuvo de perderla por culpa de un desliz estúpido y sin importancia, el último con Isis, la había recuperado y la había secuestrado para casarse con ella y quedársela para siempre en Londres.

Poco importaba ya que sus padres se opusieran tanto a su relación, de hecho le divertía horrores mirar a su suegro a la cara y sonreírle sabiendo, fehacientemente, que aquel tipo engreído no soportaba la idea de que él se tirara a su preciosa y brillante hijita. Era un tío egoísta, estirado y materialista que no le merecía mucho respeto, pasaba de él, pero el resto de la familia sí le gustaba. La abuela Teresa, que fue la primera en darle asilo cuando tenía que ir a Madrid para estar con su chica, su suegra cañón, que estaba estupenda a sus cincuenta y tantos, y su cuñada Cruz, que era una especie de tío en el cuerpo de una tía buena, que decía palabrotas cada dos palabras, bebía como un cosaco y adoraba a Vera con una lealtad y un sentido de la protección que él respetaba muchísimo. Gracias a Dios Cruz lo quería, habían logrado superar los primeros resquemores, los celillos por la atención de Vera, y al final formaban un buen equipo, o eso creía él, que tenía que alojar en su casa, sin rechistar, a todos los novietes que a ella se le antojaba invitar a Londres.

Ochos años de relación, seis de matrimonio, que solo podían tener un balance positivo. Salvo las causas perdidas de su mujer, que no cesaron ni cuando él empezó a ser famoso, sus interminables horas de trabajo, su entrega a todo tipo de batallas legales y sociales, que la tenían la mayor

parte del tiempo al borde de acabar en un calabozo, o algo peor, su relación con Vera era óptima. Estaba loco por ella, su amor y su apoyo lo habían aupado a la posición profesional que estaba teniendo. Solo con una mujer como ella al lado se podía tener la paz y la estabilidad que se necesitaba para afrontar con algo de cordura el éxito, la fama y el dinero que le había llegado a los treinta, y después de llevar media vida luchando por llegar, así que no le importaba reconocer en voz alta que la necesitaba más que respirar, que era un marido dependiente y demandante de atención, y que a pesar de que las revistas de medio planeta lo habían nombrado el actor más sexy del año, él solo tenía ojos para ella.

Solo para ella, aunque hubiera quien se empeñara en lo contrario.

—Hola... —salió de la ducha y contestó al móvil.

—Ya tengo el billete, me voy al aeropuerto en una hora.

—Genial.

—Voy a ir de todos modos ¿me vas a decir que te pasa?

—Quiero tumbarte en esta cama —miró la enorme cama blanca inmaculada, colocada estratégicamente frente a un ventanal enorme con vistas a Manhattan y se secó con la toalla—, voy a entrar dentro de ti y no pienso salir nunca más.

—Vale —suspiró ella, resignada—, si no quieres hablar, no puedo hacer mucho más.

—Te amo.

—Yo también te amo, Michael.

3

Desde que viajaba en primera clase y en esas líneas aéreas tan sofisticadas, ocho horas de vuelo podían pasar muy rápido. Despegaron de Londres a las nueve de la noche en punto y según el horario previsto, aterrizaría a medianoche, hora local, en Nueva York. Le daba tiempo a trabajar en el alegato de Indhira White y preparar la vista que tenían dentro de seis días en Windsor, además, pensaba dormir.

Ocho horas después, cuando la azafata le puso una taza de café junto a la butaca y le sonrió, indicándole que estaban a punto de tomar tierra, se levantó y se fue al cuarto de baño para lavarse los dientes y cepillarse el pelo. Estaba horrible, pero quién no lo estaba a esas horas y dentro de los servicios de un avión, así que se resignó a parecer ojerosa y agotada. Se perfumó un poco y aterrizó en Manhattan encendiendo el móvil para avisar a Michael que ya estaba allí. Suponía que Blanch, su asistente personal, estaría esperándola, o habría mandado un coche, no le cabía la menor duda, y pasó el control de pasaportes tan tranquila, acarreando su trolley pequeño y la bandolera con el ordenador, soñando con llegar a ese maravilloso hotel y meterse en la cama.

—¿En serio? —dijo cuándo lo vio a él, en persona, de pie, con una gorra de béisbol metida hasta las orejas, en la puerta de llegadas. Se acercó sonriendo, Michael la agarró en brazos y le pegó un beso húmedo y eterno que tuvo que parar para mirarlo a los ojos—, ¿cómo es que has venido tú?

—A estas horas hay poca gente. Joder, qué bien hueles —abrió la boca y le lamió el cuello antes de seguir besándola—Vamos.

—¿Has venido conduciendo?

—No, no tendré esa suerte —salieron al frío de la noche y un coche de alta gama se les acercó en un santiamén. El chófer bajó y se ocupó de sus maletas—, Justin, esta es mi mujer. Vera, este es Justin, mi conductor oficial aquí.

—Buenas noches, señora —dijo Justin y Vera lo saludó subiéndose a la parte trasera.

—¿Estás bien? —Le cogió la mano, se acercó y le besó la mejilla en cuanto el coche se puso en marcha, él asintió y le apretó la mano—, ¿seguro?

—Ahora sí —le clavó esos ojos enormes y transparentes y sonrió—, ¿dónde está mi pelo?

—¿Tu pelo? —Se tocó la melena más corta y suspiró—, ya te lo había enseñado.

—Pero quiero mi pelo largo.

—Señor —bufó y se le acurrucó en el pecho.

Subieron al ascensor del hotel, Michael tiró la maleta al suelo, al arrinconó contra el espejo y la besó intentando sacarle el abrigo. Vera le sujetó la cara y quiso pedir un poco de calma pero fue imposible. Estaba completamente excitado y en ese punto exacto del proceso sabía que era del todo absurdo razonar.

Entraron en la suite a trompicones, se apartó para mirarlo a los ojos, sacarse el abrigo y ver como él hacía lo suyo con la chaqueta de cuero y las botas, y retrocedió por la alfombra intentando no caerse. No conocía en absoluto ese sitio, aunque se lo había enseñado a través de Skype, e instintivamente caminó hacia la luz tenue que llegaba desde el fondo. El dormitorio, se dijo, sin que él dejara de mirarla fijamente mientras se desnudaba.

—Un segundo...

—No —la empujó sobre la cama y le arrancó literalmente las botas y los vaqueros. Le separó las piernas y se quedó entre ellas, de rodillas, acariciándole el vientre con la mano abierta. Tenía una erección descomunal y ella empezó a sentir un calor abrasador que le subía por los muslos hasta el estómago...

—No sé cómo pues ser tan suave —deslizó las dos manos abiertas por su abdomen, llegó a la camiseta, la levantó y se la sacó sin ningún esfuerzo por encima de la cabeza, luego retrocedió, le atrapó un pezón con la boca abierta por encima de la seda del sujetador y el golpe de electricidad que la recorrió de arriba abajo la hizo gemir—, ¿me quieres dentro?

—Sí.

—¿Segura? —tiró del sujetador, lo rompió con los dientes, le atrapó los dos pechos con las manos y los olió, lamió y mordió hasta que las caderas de ella empezaron a reaccionar sin ningún control—, Vera...

—Oh Dios... —soltó en español, sintiendo la erección concreta y enorme rozándole el vientre—, por favor.

—¿Por favor? —Se apartó un segundo y buscó sus ojos—, ¿qué?

—Ya vale —se incorporó, lo agarró por el cuello e intentó besarlo pero él se apartó, la hizo girar y se le puso le detrás respirando muy fuerte. Comprobó con los dedos que estaba húmeda y acto seguido la embistió con un golpe contundente que la hizo apretar el edredón y soltar un grito.

—Vera, Vera —repetía sin poder detenerse, completamente fuera de sí, mordiéndole el hombro y apretándole los pechos con la mano libre mientras con la otra se sujetaba contra el colchón. Vera cerró los ojos y se dejó llevar, pero la energía desbocada y el peso de su cuerpo empezaron a ser incómodas y a punto estuvo de protestar pero no hizo falta, él de pronto se apartó, la giró nuevamente y la penetró de frente, mirándola a los ojos y besándola al fin en medio de innumerables palabras de amor—, te amo.

—Y yo a ti, mi amor —el balanceo era delicioso y levantó las piernas para abrazarlo por la cintura. Mike la sujetó por el trasero intentando llegar hasta el fondo de su cuerpo, hundió la cara en su cuello y aumentó la velocidad y la intensidad del movimiento hasta que llegaron juntos a un clímax profundo, descomunal, que los dejó con la respiración entrecortada—, te quiero.

—Yo también —aún dentro de ella, apoyó los codos en la cama y la miró a los ojos, Vera levantó la mano y le acarició las cejas, las pestañas, la nariz y la boca con un dedo—, no quiero que te vayas.

—Acabo de llegar.

—Y ya estoy temiendo que llegue el domingo, recojas tus cosas y me dejes solo.

—Estás trabajando, no te dejas solo —se incorporó y lo besó en la boca, le mordió el labio superior y consiguió que le regalara una caricia rápida con la lengua—, ¿qué pasa?

—Nada —se separó de ella y se desplomó en la almohada tapándose los ojos con el dorso de la mano—, cada vez se me hace más duro, eso es todo.

—Porque no has parado de encadenar rodajes fuera de casa, pero acabado este, tienes el de Londres y los dos meses con Hamlet en el Globe.

—Conozco mi puta agenda, no hace falta que la repases conmigo.

—Está bien, vale... —se sintió fatal, se levantó y se fue al gigantesco cuarto de baño, abrió la ducha de cascada, esperó a que se calentara y se metió debajo con los ojos cerrados. No sabía qué era lo que estaba pasando, pero algo pasaba y empezó a sentir una desazón cada vez más

fuerte subiéndole por el pecho. Salió de la ducha, se secó y volvió a la cama. Él había encendido la tele de plasma y estaba zapeando distraído, la miró de reojo y apartó el edredón para que se metiera debajo—, no me voy el domingo, tengo billete para el martes por la mañana pero si realmente pasa algo grave y necesitas que me quede, Sharon se puede hacer cargo de la vista del miércoles...

—¿Algo grave? —La miró a los ojos y ella pensó, una vez más, en cómo era posible que fuera tan guapo.

—Ya sabemos el estrés que te produce rodar y que...

—¿Algo grave? —Repitió y ella suspiró—, ¿cómo qué?

—No lo sé, no sé qué coño te pasa, pero algo pasa porque por muy agobiado que estés, no sueles hablarme así, y mucho menos me pides que cruce el océano para luego tratarme de esta forma.

—¿Te estoy tratando mal?

—¿Ah no?

—Pues no.

—Si no me soportas y solo quieres echar un polvo, deberías buscar otras alternativas, te lo digo en serio —se bajó de la cama, se puso la camiseta que reposaba en el suelo y se fue al salón a buscar su maleta.

—Vera —él llegó detrás con las manos en las caderas—, ¿qué demonios...?

—Me largo, me voy al aeropuerto, puedo esperar el próximo vuelo que salga mañana, no será la primera vez.

—La madre que te parió.

—No puedes hablarme así. He cogido un puñetero avión y he venido, ¿no es eso lo que querías?, ¿qué viniera para follar contigo?, pues ya está, muy agradecida, pero yo me largo.

—¿Desde cuándo hablas tan mal?

—Vete a la mierda —se puso las braguitas y los vaqueros mientras él seguía en silencio, como un pasmarote de pie y sin ropa en medio de la moderna y elegante suite. Era un poco chocante y cerró la maleta con la intención clara de salir de allí cuanto antes.

—Tú no vas a ninguna parte —la agarró por el brazo y ella lo esquivó—, siento mucho si he usado un tono inadecuado. Mil perdones.

—Búscate a otra para tomarle el pelo, Michael, seguro que tienes una fila esperando en el hall. Ya lo sabemos.

—¿Qué coño estás insinuando?

—Yo no insinúo nada, solo digo que me largo —se puso el abrigo y la bandolera y él le sujetó el trolley para no dejarla avanzar.

—Ya es suficiente, ¿ok?, lo siento, de verdad, siento si te he hablado mal. Perdóname, lo siento —se puso una mano en el pecho y ella se quedó quieta—, los problemas con el director son mucho peores de lo que te he contado por teléfono, le he exigido a Julia que rescinda el contrato porque no puedo más, pero ni puto caso. Mis compañeros son una panda de indocumentados que no entienden ni lo que es una réplica y... ¿qué coño hacías comiendo con ese gilipollas de Greenpeace en un restaurante de Notting Hill?

—¿Qué? —Parpadeó ya completamente fuera de juego y él entornó los ojos—. ¿Con Björn Persson?, ¿y tú como sabes eso?

—No por ti, claro.

—Madre de Dios —soltó y se sentó en el brazo de una preciosa butaca de cuero blanca que había junto a la puerta—, ¿eso es todo?

—¿Qué hacías comiendo con él?

—Una chica de su grupo fue detenida y necesitaban asesoría jurídica.

—¿Por qué tú?

—Será porque soy su amiga y la única abogada gratuita que conocían en Londres, ¿cuál es el problema? —él agarró su Tablet, buscó muy atento y luego se acercó para enseñarle la página web de una revista donde aparecía un reportaje suyo con Björn, comiendo en una terraza y luego caminando del brazo por la calle. “¿*La señora de Michael Kennedy con otro?*” rezaba el mal intencionado titular. Ella lo leyó y se echó a reír—, Michael...

—Julia y su equipo están que trinan, este tipo de chorradas son precisamente las que queremos evitar y no entiendo que no me dijeras nada al respecto.

—No es mi culpa si hay algún ocioso que hace este tipo de fotos y si no te lo dije fue porque carece de importancia, era trabajo y tú ya estabas lo suficientemente agobiado aquí con tu película.

—No quiero verte cerca de ese capullo.

—Es mi amigo.

—¿Ah sí?, no lo sabía.

—¿Me estás hablando en serio o es una maniobra de distracción para evitar contarme lo que de verdad te pasa?

—Mira, Vera, está claro que esta noche no se puede charlar contigo,

volvamos a la cama. Mañana será otro día.

—¿No sé puede charlar conmigo?

—Vuelve a la cama —le dijo serio y con un tono muy severo y ella se levantó, dejó la maleta y regresó al dormitorio—, te quiero, pero a veces no sé qué hacer contigo.

—No tengo cinco años.

—Vale, perfecto, métete en la cama ¿quieres?

—Porque son las dos de la mañana, que sino... —protestó pero se desnudó y se metió en la enorme cama comprobando, por primera vez, la suavidad de esas sábanas blancas como la nieve. Giró la cabeza y observó a su marido, ese monumento que llenaba portadas y portadas de revistas con su estampa inmejorable, sin saber qué decir. Era increíble que alguien como él se mostrara celoso, nadie lo creería, pero era cierto, así era la fragilidad humana, determinó sin quitarle los ojos de encima. Él apagó la luz y se giró para abrazarla con todo el cuerpo.

—Como vea a ese sueco de los cojones cerca, le parto las piernas.

—Necesitas un descanso, Michael, te lo digo en serio, estás perdiendo la chaveta.

4

—Para el carro —James Wilson levantó una mano y Michael dejó de encerar la moto para mirarlo a los ojos—, ¿lo sabe Vera?

—¿Quieres que le diga a mi mujer que una compañera de rodaje me metió la lengua hasta la tráquea?

—Sí.

—¿Sí?, ¿conoces a Vera?

—Sí y por esa razón creo que es mejor poner el parche antes de la herida.

—No, no voy a darle estatus de importancia a una chorrada.

—Una chorrada que a punto estuvo de hacerte abandonar el rodaje y buscarte de paso una demanda del carajo.

—El rodaje lo quería abandonar desde el minuto uno —siguió sacando brillo a su preciosa moto como si nada, aunque aún se le erizaba la piel al recordar como Rosaline Freeman, esa preciosidad de piel oscura lo había puesto en un aprieto, en medio del rodaje de la escena más caliente de la película, al besarlo de verdad mientras lo manoseaba sin freno delante de una panda alucinada de técnicos y especialistas—, era todo un puto despropósito.

—¿Y hablaste con Rosaline al respecto?

—Claro, mil veces, le dije que no me sentía cómodo, que ya es jodido para los tíos parecer profesionales... en fin, intervino el director, incluso Blanche, que se puso echa una fiera, pero dio igual, ella dale que dale... una loca.

—¿Y?

—¿Qué? —se apartó de la moto, agarró el pitillo que había dejado en una maceta y le pegó una calada profunda.

—¿Qué decía ella?

—¿Ella?, pues que había mucha química entre nosotros, que quería darle realidad al tema y que no le importaba follar de verdad y en directo si eso enriquecía el proyecto.

—No... —James soltó una carcajada y Mike movió la cabeza.

—Ya te digo, loca de atar. También me dijo que sabía que me ponían las chicas de raza negra y...

—Eso es verdad.

—No, no me jodas, Jambo.

—Las últimas diez tías que te conocí antes de que apareciera Vera eran negras. ¿No te acuerdas?

—¿Sí? —se detuvo un momento haciendo un repaso y tuvo que reconocer que sí—, casualidad.

—¿Y no lo intentó fuera del set de rodaje?

—También y entonces llegó Vera y todo se calmó. Los últimos diez día de rodaje no fueron del todo un infierno.

—Pero Vera sin saber de la misa la media... jodido.

—Solo le pedí que fuera, se quedó una semana allí y luego acabó todo. Rosaline recibió el mensaje, incluso se atrevió a ser extremadamente amable con ella y fin de la historia.

—Y está buenísima —susurró James viendo como él se agachaba para repasar los cromados.

—Está tremenda pero ese no es mi problema. Estoy loco por mi mujer ¿sabes?

—Sí, pero una belleza afroamericana como esa seguro que te cambió los muebles de sitio.

—Tampoco es para tanto.

—Siempre te fue el ébano, amigo...

—¿A quién le va el ébano? —Cruz apareció de un salto en el garaje y Mike dio un respingo—, ¿eh?, ¿os van las chicas de piel oscura, muchachitos?

—¿Y a ti? —preguntó James Wilson muerto de la risa y ella asintió.

—A mí me va todo.

—No le digas eso que igual se lo cree y empieza a fantasear contigo y una orgía lésbica de lo más sórdida.

—¿En serio? —Cruz miró primero a su cuñado y luego a su guapísimo amigo, actor de moda y carne de portadas, con los ojos entornados—, ¿va a ser verdad que los actores sois unos salidos?

—Leyenda urbana —bufó Michael atento a su Harley.

—No, Jamie, no me van las chicas, de momento, pero no lo descarto. Si me animo algún día, te lo cuento.

—¡Dios bendito! —Exclamó James con su acento escocés y Cruz se acercó más a la moto para mirarla de cerca.

—El novio de mi santa madre acaba de decirle a tu mujer que la fiesta de los toros es patrimonio cultural y que debería respetarse —él se enderezó

y la miró frunciendo el ceño—, menos mal que no alojan aquí y que tienen hotel.

—¿Y los has dejado solos?

—Sí, quiero que mi hermanita le pegue un buen repaso al cabrón. Que sufra un poco, igual se larga.

—Ay Señor...

Tiró el trapo de gamuza a la caja de las herramientas, miró a Cruz moviendo la cabeza y subió la escalera hacia la cocina temiéndose lo peor. La pobre Pilar, su suegra, no conseguía que ni uno solo de sus novios fuera aceptado por sus hijas y ya estaba hartándose del acoso y derribo. Uno muy parecido al que le habían intentado infringir a él mismo unos años antes, así que se animó a defender al pobre incauto que había tenido la desdicha de viajar con ella ese fin de semana a Londres.

—Si no eres capaz de comprender que un animal acosado, herido, estresado y maltratado es incapaz de defenderse, no pienso seguir discutiendo contigo —Vera de pie, descalza sobre la mullida alfombra de piel (sintética) blanca que cubría casi todo el salón, hablaba con ese tono contenido pero belicoso que usaba en ese tipo de disputas y Michael se acercó a ella despacio—, tu ignorancia no es mi responsabilidad, así que no voy a gastar ni un segundo más de mi tiempo contigo.

—Una bestia de cinco mil kilos puede defenderse perfectamente, nacen para eso.

—¿Y tú has nacido para no evolucionar y no aportar nada sano a la sociedad dónde vives?

—Nena... —la sujetó por la cintura y ella se apartó—. ¿Cuánto falta para la cena?

—¿Qué? —Lo miró con los ojos negros echando chispas y él sintió unas ganas irrefrenables de cogerla en brazos, echársela al hombro y llevarla al dormitorio.

—Tenemos hambre ¿y Jill?

—Fue un segundo a su casa, ahora viene y cenamos.

—Sólo intento explicarte, porque eres muy joven, que nada es blanco y negro y que todas las cosas tienen sus matices —pronunció el condescendiente Pepe, ese pobre imprudente, y Mike echó una mirada elocuente a su suegra, que permanecía sentada a su lado muy incómoda. No es que él hablara un castellano perfecto, pero entendía bastante y supo que el pobre Pepe la acaba de cagar del todo.

—¿Tú me vas a explicar algo a mí?, ¿en serio? —Soltó una carcajada—, a ver, ilústrame. Como nací ayer y no tengo ni puta idea de nada, igual tú, que eres una mente brillante me enseñas algo.

—Hija por Dios —Pilar se puso de pie muy ofendida—, ya está bien. Solo hemos venido a cenar tranquilos y te pones así, no hay forma humana de mantener una charla tranquila contigo.

—¿La culpa es mía?, ¿te das cuenta de la estupidez que estás diciendo?

—Oye, Vera, no hables así a tu madre —Pepe se levantó a su vez, cogiendo a Pilar por los hombros.

—¿Disculpa? —Intervino Cruz, que se había personado en el salón en completo silencio y Michael optó por ponerse en medio del grupo con las manos en alto.

—Ok, tengamos la fiesta en paz, ¿vale? ¿Cariño? —La miró a ella abriendo mucho los ojos—. Estamos aquí para cenar en familia y vamos a hacer el esfuerzo de llevarnos bien, ¿de acuerdo?

—Pues alguien debería aprender modales, porque vaya mocosa insoportable —soltó Pepe y Michael se giró y lo señaló con el dedo.

—No te pases, estás en mi casa y a mi mujer la respetas, ¿de acuerdo?

—Creo que será mejor que nos vayamos —Pilar se fue llorando a buscar sus abrigos y Vera siguió acribillando a ese impresentable con los ojos entornados—, no vengo a verte para que me avergüences.

—Pilar... —Michael salió detrás de su suegra y luego la acompañó a la calle intentando templar los ánimos, pero era imposible—, oye, ya sabes cómo es tu hija, ¿no podías advertirle a tu novio...?

—No se puede hablar con ella —contestó en inglés—, todo es una guerra o un drama, no sé cómo la aguantas.

—Porque yo soy aún peor, ¿os pido un taxi?

—No, si en King's Road cogemos uno en seguida, gracias, cariño —le dio un beso en la mejilla y él le hizo una venia al tal Pepe, que era imprudente y poco diplomático, por lo tanto, al que le quedaban dos telediaros en esa familia. Los vio alejarse hacia la calle principal y sintió vibrar el teléfono en el bolsillo de los vaqueros—, hola.

—Hola, guapo.

—¿Quién es?

—Soy Rosaline, tu Rosaline.

—No tengo ninguna Rosaline pero hola ¿Qué tal?

—Estoy en Londres, ¿podemos quedar?

—Estoy cenando con mi mujer y unos amigos, no puedo.

—¿Y mañana?, estaremos por aquí unos días, mi agente me tiene preparadas varias audiciones.

—No puedo, estoy descansando y solo tengo tiempo para Vera, creo que te lo he explicado al menos un millón de veces.

—Tú te lo pierdes.

—Ok, genial, adiós —colgó incómodo, llevaba años lidiando con gente así, pero siempre era violento, y suspiró, hizo amago de entrar en su casa y se encontró con Jill, que llevaba unas botellas de vino en la mano—, joder, me has asustado.

—¿Quién era?

—¿Quién?

—La de la llamada.

—Una compañera de rodaje ¿por?

—No sé, se te puso la mandíbula tensa, se te fue el color de las mejillas, ¿pasa algo?

—No —se echó a reír y ella frunció el ceño.

—Que sepas que tu mujer anda con la mosca detrás de la oreja, así que mejor será que te sigas comportando como un buen chico.

—¿La mosca detrás de la oreja?

—¿Y a mí que me cuentas?, ella dice que te conoce como si te hubiera parido y que a ti algo te pasó en Nueva York.

—Chorradas, entremos, hace un frío que pela. Te has perdido una buena...

—¿Ah sí? ¿Vera se cargó al capullo?

—Pobre capullo, no sabía dónde se estaba metiendo —entraron al salón y vio a Vera y a Cruz poniendo la mesa muy serias—, nena...

—Lo siento mucho, en serio, lo siento, pero es que a estas alturas... —se dio la vuelta para mirarlo a la cara—, me parece increíble.

—Está bien, ¿cenamos?

—Lo siento —se acercó y lo abrazó muy fuerte. Michael deslizó la mano por su espalda, se detuvo en su precioso trasero y lo apretó con propiedad— y muchas gracias.

—No te preocupes, ya me lo compensarás.

5

Paró un taxi, metió a la señora O'Connell y a sus dos hijas dentro, le dio a la niña mayor cuarenta libras para que pagara el trayecto y se quedara las vueltas, y les dijo adiós con la mano. Las pobres no estaban para subirse al metro después de la tarde que habían pasado en la conciliación.

Se había hecho tardísimo y todo por culpa del padre de familia, Sean O'Connell, un macarra de medio pelo con el que era del todo imposible mantener una conversación coherente. La esposa se quería divorciar, él no, y las niñas tampoco querían verlo, ni siquiera bajo supervisión profesional en un punto de encuentro, así que la cosa había acabado fatal, sin muchas esperanzas de entendimiento y a esas horas de la tarde. Lo que estaba claro es que el divorcio iba para delante contra viento y marea y no pensaba darle cuartelillo, ni uno más, a ese tipo. Ni una conciliación más, ahora todo sería llevar el asunto a los juzgados y empezar el proceso sin más dilación.

—¿Y qué haces tú con tu cara bonita y tu ropa de firma metiéndote donde no te llaman? —se giró hacia el centro municipal donde se había celebrado el encuentro y vio a ese tipejo mal encarado acercándose con muy malas intenciones. Echó mano al bolso y sujetó el spray defensivo que le había regalado Molly para su cumpleaños.

—¿Cómo dice?

—¿Crees que no sé quién eres?, ¿eres una zorra muy rica, no?, tú marido es ese capullo famoso... ese niño bonito que no tiene ni dos hostias.

—Apártese o no respondo —le dijo sin moverse. Si dabas un paso atrás estabas perdida y trató de parecer serena.

—¿Quieres que te dé mandanga de la buena, zorra engreída?

—¡Señora Kennedy! —Gritó uno de los policías que custodiaba la entrada y ella lo miró un segundo antes de rociar a ese capullo con spray de pimienta—, ¿algún problema?

—Creo que este señor sí tiene algún problema.

—Circule, amigo —dijo el policía con esa cortesía que suelen utilizar los policías británicos y O'Connell se marchó jurando en arameo—. ¿Le llamo un taxi, señora Kennedy?, ¿cómo es que ha salido sola a estas horas y con semejante ganado suelto...?

—Mi pasante se acaba de ir. Gracias por intervenir.

—De nada, buenas tardes.

Se despidió a la carrera y miró la hora mientras se subía a un taxi. Eran las seis de la tarde y tenían una cena benéfica a las ocho en el Museo de Ciencias Naturales. Encendió el móvil y vio más de veinte llamadas perdidas de Michael y otros tantos mensajes escritos. Estaría preocupado y cabreado, había prometido estar a las cuatro en casa para ver a la estilista y arreglarse con calma, además de tomar algo tranquilamente antes de salir, pero a esas horas ya resultaba del todo imposible.

Pensó que se pondría algún vestido negro y se recogería el pelo, con eso sería suficiente. Marcó el número de Mike, que acababa de empezar a rodar en los estudios Pinewood, a una hora de Londres, y le dio fuera de cobertura. Abrió la Tablet para ver la agenda del día siguiente y en seguida le entró la primera llamada, contestó sin mirar el número entrante y la voz de Blanche la hizo sonreír.

—Mi vida, ya voy...

—Gracias, mi amor, pero soy yo...

—¡Blanche! ¿Qué tal?, dile a tu jefe que respire hondo, ya voy en un taxi camino de casa.

—¿Dónde te metes?

—En una conciliación en Elephant & Castle.

—Mi jefe estaba que se subía por las paredes, por eso después de ponerse más guapo de lo humanamente aceptable, lo facturé con James y Jill camino del Museo, iban a tomar una copa en un sitio de ahí al lado.

—Genial, yo me ducho, me cambio y me voy corriendo.

—Juventud, divino tesoro... yo llevo todo el día en la peluquería.

—Qué exagerada.

—Es verdad pero no importa, te llamo por otra cosa.

—¿Qué ocurre?

—¿Has leído el guion de Australia?

—Casi, casi... —mintió, le había echado una hojeada rápida en medio del trabajo, pero le faltaba meterle el diente a fondo.

—Se trata de un director en alza, la revelación de la década —suspiró Blanche— y en Australia, el hijo pródigo rodando allí sería una pasada, en resumen, Julia me ha pedido que te suplique que nos ayudes con esto y animes a Mike.

—El guion no me parece mal, es interesante pero tengo que leerlo con

más calma.

—Lo sé, pero de antemano podrías animarlo un poco, está completamente en contra de rodar comedias románticas, bélicas con tintes románticos, históricas como héroe romántico o cualquier cosa que lo convierta en galán romántico y eso cierra muchas posibilidades. Con su facha y su carisma debería... ¿Vera?

—Yo no he influido en absoluto en esa decisión, siempre ha evitado encasillarse en papeles de galán romántico. Le horrorizan los compañeros que se han pasado a Hollywood con comedias románticas de dudosa calidad donde solo explotan su físico, ¿qué te voy a contar yo a ti que tú no sepas?

—Lo sé, cariño, y no te culpo en absoluto, solo te transmito lo que dice mi jefa. Michael Kennedy es el rostro más buscado del momento y la película australiana es perfecta para consolidarse a nivel mundial.

—Leeré mejor el guion y con propiedad podré darte una opinión al respecto.

—Te he pasado cuatro más de la criba que hicimos esta semana, los he dejado en tu mesa del salón.

—Joder, deberíais pagarme por leer guiones.

—Esa es culpa de tu hombre, que quiere que lo veas todo.

—Vale... ¿sabes si Alison me dejó algún vestido?, tengo uno negro pero...

—Te dejó uno espectacular en el dormitorio.

—Genial.

—Y no creas que te estoy presionando gratuitamente con lo de Australia, el guion es muy bueno, aunque tenga que aparecer sin camisa un par de veces y acabe enrollándose con la protagonista que bebe los vientos por su personaje, la historia es estupenda, créeme.

—Y te creo, es que no he tenido tiempo de leerlo bien y prefiero opinar sobre seguro.

—Vale y ya sé que Mike quedó un poco traumatizado después de la experiencia con Rosaline en Nueva York, pero no volveremos a tolerar nada semejante. Palabra de honor.

—¿Cómo dices? —Vio cómo se acercaban a su casa y percibió el cambio en la voz de Blanch—, ¿qué pasó en Nueva York?

—Nada, Vera, ya sabes, las típicas tensiones entre compañeros.

—Estás mintiendo y se te nota —pagó el taxi, se bajó y entró a su casa

donde la recibió el calorcito de la calefacción, subió corriendo al dormitorio y puso el teléfono en manos libres—, habla, ya la has cagado y puedo pasarme toda la noche interrogándote.

—¡Joder!

—Habla, me estás preocupando.

—Nada serio, te lo juro por Dios. Pensé que Michael te lo había comentado pero está visto que...

—Es igual, dime que pasó.

—Pues que ella, Rosaline, se pasó un poco de convincente en la escena de sexo que tenían, lo besó en serio, lo manoseó e intentó que pasaran de la ficción a la realidad ahí mismo, delante de las cámaras. Tuvimos que intervenir el director y yo, pero la situación fue muy incómoda. Sobre todo para Michael, que si ya estaba un poco intratable, convirtió algunos días de rodaje en un infierno.

—Bueno, eso explica algunas cosas —dijo, desnudándose para meterse debajo de la ducha—, me hizo ir de urgencia a los Estados Unidos y no quiso decirme qué le pasaba, pero ahora ya sé lo que de verdad pasaba. Gracias.

—Espero que esto no signifique un conflicto serio entre vosotros, Vera, porque antes me pegó un tiro. Fue un momento incómodo, de los miles que se pueden dar en un rodaje.

—Vale, no te preocupes. Me voy a duchar y a ver si llego a tiempo.

—Vera...

—Luego hablamos, un beso.

Colgó y se metió en la ducha con un montón de sentimientos encontrados en el corazón. Por una parte tenía ganas de matar a esa tal Rosaline, que era una chica de raza negra muy guapa, y por otra, no se explicaba el por qué Michael no le había contado nada. Tal vez para él la situación incómoda no había sido una más en un rodaje, ni carecía de importancia y por el contrario, había llegado a ser tan intensa que por eso la había puesto a ella de parapeto. “Necesito estar con mi mujer”, le dijo en esa llamada desesperada desde Nueva York.

Tal vez la cosa había llegado a mayores y por eso había pedido auxilio como un crío. Salió de la ducha, se vistió y partió al Museo de Ciencias Naturales tranquila, muy serena, pero con un montón de preguntas debajo del brazo.

6

Perfecto, otro photocall haciendo el pasmarote junto a Jill y James. Ya hacían bromas en la prensa porque siempre posaban juntos y se estaba hartando de explicar que su mujercita, que pasaba de ese tipo de chorradas, tenía una vida profesional ajena a la suya y que pocas veces podía acompañarlo a eventos como aquel, una elegante gala benéfica donde estaba todo el que tenía que estar, donde uno ve y se deja ver, y de paso colabora con una buena causa.

Julia y su equipo insistían en hacerlos aparecer en eventos de ese tipo, de vez en cuando, y estando en Londres no se había podido negar, además servía para ver amigos, compañeros y colegas, cenar estupendamente y disfrutar de una noche diferente con su mujer, si ella conseguía llegar aunque fuera a los postres.

La había llamado mil veces durante la tarde y justo antes de que la preocupación fuera en aumento y decidiera llamar a Scotland Yard, se dignó a contestar al teléfono en un taxi camino del museo. Bendito sea Dios. Así que se dispuso a esperarla sin alterarse, respirando hondo y saludando a gente como Angelina Jolie, a la que Vera había encandilado en Los Ángeles durante una cena posterior a los Oscars, hablándole de su gabinete jurídico gratuito en Londres y de su proyecto social en una iglesia católica de la zona más pobre de la ciudad. Ambas habían hecho muy buenas migas y como Vera tenía el don del entusiasmo a flor de piel, Angelina estaba como loca por saludarla, presentarle a unas cuantas personas y comentarle algunas cosas, dijo delante de Julia, que se quedó alucinada escuchando la historia.

—Lo siento, siento la tardanza —De repente llegó a la mesa a la carrera, sacándose el abrigo, y dejó a la vista un vestido negro, de seda, ceñido y con la espalda al aire hasta la cintura, que casi le provoca un infarto. Se levantó aliviado de verla al fin, estiró la mano, la agarró por las caderas y la besó en los labios.

—Madre de Dios, estás espectacular, ¿mejor nos largamos de aquí? —le susurró al oído, pero ella se apartó y miró con una sonrisa al camarero que se acercó amablemente para ocuparse de su abrigo y el paraguas.

—Mil gracias, no encontré el guardarropa a la entrada y ya venía bastante tarde.

—No se preocupe, señora, yo me ocupo.

—Gracias —repitió y se sentó, miró a todo el mundo y saludó a Jill acariciándole el brazo—, no me ha dado tiempo ni a peinarme.

—Estás insuperable, te queda genial —le acarició la falda de seda estrecha, que le llegaba justo debajo de las rodillas y luego la melena sobre los hombros que se había secado boca abajo y a la carrera en el cuarto de baño—, guapísima, Vera, en serio.

—¿Sí? —se puso el pelo detrás de la oreja y miró el primer plato, un consomé, que ya le estaba sirviendo una camarera muy atenta—, gracias.

—Sí, perfecta. Tú tranquila.

—¿Estás bien? —Él se acercó, observando como ella lo ignoraba, y le acarició la espalda desnuda con placer, sintiendo esa piel sedosa y tibia que lo volvía loco bajo la yema de los dedos. Avanzó por debajo de la tela casi hasta rozarle la curva del pecho, pero por su propio bien se detuvo, la besó en el cuello y ella lo miró a los ojos—, ¿eh?, ¿qué ocurre?, ¿todo bien en el trabajo?

—Sí, perfectamente, ¿y tú?

—Bien, acabamos a las tres y a las cuatro estaba en casa. Nos han llevado la librería nueva para el despacho.

—No la he visto, antes de salir tuve que mandar unos informes por email y se me fue el santo al cielo.

—¿No me das un beso?

—Ya te di un beso.

—Uno de verdad.

—No estamos solos, ¿vale?, no empecemos... —le clavó esos ojazos negros enormes y él le sostuvo la mirada, se inclinó, le sujetó la barbilla y le dio un beso casto, pero atrapándole la boca de un mordisco. Vera bajó la cabeza, seria, y supo que algo marchaba mal, muy mal, y se pasó el resto de la cena incómodo, con la mano encima de su muslo mientras ella se dedicaba a charlar con todo el mundo menos con él.

Acabar de cenar, ponerse de pie y Angelina Jolie los llamó a su mesa, así que no le quedó otra que acercarse y aprovechar de saludar a su marido, un Brad Pitt al que admiraba muchísimo, y con el que tendría la enorme suerte de trabajar en su próximo proyecto en los Estados Unidos. De hecho Pitt era el productor de la película, una bélica, y lo había llamado personalmente para ofrecerle el papel, así que siguió a Vera hasta ellos muy sonriente y se sentó junto a la pareja pensando en salir a fumar

un pitillo con James en cuanto pudiera escaquearse un poco.

—¿Qué tal?, ¿cómo estás?, ¿cómo va el gabinete? —preguntó Angelina muy amable y Vera suspiró.

—Mucho trabajo, hemos contratado a dos pasantes más, por el sueldo mínimo y media jornada, pero al menos estamos sacando la faena adelante. Vuestra ayuda fue impresionante, Angy, te lo digo en serio, increíble.

—¿Pero qué dices?, ojalá pudiera hacer mucho más. En este viaje nos gustaría ir a visitaros, ¿crees que puede ser posible?

—¿En serio? —Exclamó Vera con los ojos muy abiertos y Michael no pudo evitar sentirse tan orgulloso de ella, que era fuerte e inteligente, pero a la vez tan transparente como una niña pequeña. Estiró la mano y la posó en el respaldo de su silla—, por supuesto, pero seguro que levantamos un revuelo considerable.

—Eso es igual, mañana por la mañana podemos ir.

—Bueno, tengo una vista a las doce... —sacó el teléfono móvil y Angelina le cogió la mano.

—No te preocupes, dime a qué hora.

—A las nueve, si queréis, está más tranquilo y os podremos enseñar un poco aquello.

—Genial, ¿y qué tal va lo de los niños?

—¿Niños? —se sonrojó. Michael sintió un extraño frío bajando por la espalda y entornó los ojos sin querer—, pues nada, aún no nos decidimos.

—¿Ah no?

—No, Mike... bueno, él no quiere y seguimos negociando —bromeó y él sintió los espectaculares ojos de Angelina Jolie encima.

—Tendrás que empezar a pensar en tenerlos por tu cuenta, Vera, es más sencillo —bromeó la actriz y Vera asintió mirándolo de reojo—. Mira, ahí está Rhys-Charles, es un colaborador maravilloso de nuestra fundación, vamos a verlo, te lo quería presentar.

—Muy bien, vamos...

Se pusieron todos de pie, observó cómo su mujer desaparecía, sin mirarlo, camino de esa gente y se dispuso a salir a la terraza para fumar. En el camino se encontró a una compañera de rodaje y a dos modelos que ya le habían tirado los tejos y pasado sus números de teléfono en el bar, antes de la cena mientras esperaba a Vera, pero consiguió zafarse de tanta carantoña y apareció en una de las terrazas principales del Museo, con

vistas a Cromwell Road y habilitada para los comensales que quisieran ahogar sus ansias de tabaco. La vista era espectacular, llovía a mares, pero se asomó para mirar la fachada de ese edificio impresionante, que desde luego era una de las más hermosas de Londres, y meditó un segundo sobre lo que había dicho su mujer delante de Angelina y Brad: “Mike no quiere... pero lo estamos negociando”

Quizás ahora estaban pensando en él como en un monstruo sin sentimientos, y aunque le importaba una mierda lo que pensarán, Vera había sido muy injusta soltando aquello, porque no era cierto. No es que no quisiera hijos, no los quería en ese momento y en todo caso, se trataba de su intimidad y no estaba muy contento de que charlara de esos temas con compañeros de trabajo a los que veía de pascuas a Ramos.

—Estás aquí... —oír su voz lo sorprendió y se giró hacia ella de un salto.

—¿Ya has acabado de relacionarte?

—Sólo ha sido un minuto, Angelina y Brad tenían que irse.

—¿Y?

—Bueno, me han presentado a unas personas a las que jamás les hubiera podido hablar del gabinete por mis propios medios, así que estupendamente. Les mandaré un informe y les contaremos nuestras actividades... seguramente se animen a auspiciarnos de alguna manera.

—Genial.

—¿Puedes entrar un momento?, hace frío.

—Vale —espachurró la colilla en un cenicero y la siguió dentro de la sala que estaba calefaccionada y bastante solitaria, ella suspiró y lo miró a los ojos.

—Debería esperar a llegar a casa, pero como sé que tenéis planes de quedaros un rato más y después ir a tomar algo ... yo... si no lo digo reviento —Michael sintió otra vez un escalofrío helado por la espalda pero ni parpadeó—, me he enterado de tu asunto con Rosaline Freeman en Nueva York.

—¿Qué asunto?

—No nos enzarcemos en una discusión eterna, solo sé que ella te “acosó” —hizo el gesto de las comillas con los dedos y él dio un paso atrás— y que te afectó lo suficiente como para que me hicieras ir a verte... luego te inventaste el enfado por mi comida con Björn, para distraerme, claro, como sospeché desde el minuto uno. Lo que me hace pensar y sobre

todo, lo que me hace preguntar: ¿pasó algo más con Rosaline?

—No.

—¿Seguro?, prefiero saberlo.

—Nada más salvo que me besó e intentó follar conmigo delante de unas cuarenta personas, ¿te parece poco?

—No hace falta ser grosero, solo estoy haciendo una pregunta...

—¿Quién coño te fue con el cuento?

—Eso es igual, aunque al parecer ya es la comidilla de media profesión. Me enteré y ya está. Me hubiese gustado que me lo contaras tú.

—¿Para acabar enfadados y discutiendo a gritos?

—No estamos gritando... Michael... —lo miró a los ojos y tragó saliva —, no quiero acabar siendo una mujer que pide explicaciones, no quiero que me ocultes cosas, me mientas o te inventes excusas para mí, por favor te lo pido, no me conviertas en mi madre, ¿quieres?

—No comenté nada porque me pareció mejor pasar página.

—¿Pero te afectó?

—Por supuesto, fue muy incómodo y poco profesional.

—Vale... ¿no me usaste de parapeto en Nueva York para no caer en la tentación?

—¿Pero qué dices? —Esa mujer era increíble, leía mucho más allá de lo humanamente aceptable y se sintió muy incómodo—, me moría por verte, cada vez llevo peor la distancia y se juntó todo ese asunto, pero no te usé de parapeto, tengo treinta y seis años y bastante experiencia en algunos terrenos. No me ofendas con tus dudas.

—Es una mujer guapísima y...

—Y me ha llamado después, varias veces para quedar y me he negado en redondo. ¿Qué más puedo decir?, estoy loco por ti, no tengo que demostrarte nada.

—Muy bien —se limpió una lagrimita rebelde y él se sintió fatal, pero ya que estaban hablando, el turno de preguntas pasaba directamente a su terreno.

—¿Cómo se te ocurre decir hace un rato, delante de esa gente, que no quiero tener hijos?

—¿Qué? —parpadeó y movió la cabeza.

—¿Ahora cuentas nuestras intimidades a la gente?

—En Los Ángeles hablamos de todo, durante dos horas, y le dije que quería tener hijos y tú no. Ni siquiera pensé que se acordaría de aquello,

ahora me pregunta y yo respondo.

—No es verdad que no quiera hijos, no los quiero ahora.

—Qué es prácticamente lo mismo.

—¿Qué demonios...?

—Llevamos seis años casados y seguimos sin poder hablar del tema, para mí es que no quieres niños. Mejor que me haga a la idea.

—Eso es muy injusto, quiero hijos, una familia, pero solo necesito tiempo.

—Y te lo estoy dando.

—¿En qué estás pensando? —avanzó un paso y se inclinó para mirarla de cerca. Un brillo extraño en esos enormes ojos oscuros le puso los vellos de punta así que prefería asegurarse de que todo iba bien—, ¿eh?, Vera, mírame.

—¿En qué voy a estar pensando?

—¿En dejarme?, ¿te vas a ir con otro que te dé niños, un perro y una casita con la verja pintada de blanco?

—¿Te estás oyendo?

—¿Y tú?

—Ya está bien, Michael, no voy a seguir por ahí. Si quieres llevarme a tu terreno para obviar el asunto Rosaline, tú mismo, pero yo, paso.

—No hay ningún asunto Rosaline, solo fue un puto incidente con una compañera que está más loca de lo normal. Fin de la historia.

—Vale.

—Vale... —Observó cómo bajaba la cabeza y como cruzaba los brazos sobre el pecho y sintió esa ternura gigantesca que siempre lo desbordaba cuando la tenía delante, estiró la mano y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Te amo.

—Y yo a ti.

—¿Lo dejamos aquí?, no quiero seguir discutiendo contigo por personas o situaciones que no tienen nada que ver con nosotros. ¿Eh?, ¿lo dejamos ya?

—Está bien.

—¿Lo prometes? —Buscó sus ojos y la sujetó del cuello para besarla—, promételo.

—Lo prometo...

—¡Tortolitos! —Julia Fox Bunbury interrumpió descaradamente, llamándolos con la mano—, nos vamos a ese local de moda en Mayfair,

hemos conseguido mesa para ocho, vamos. Vera, estás espectacular con ese vestido, menudo cuerpazo, guapa.

—Gracias, lo compró Alison —Michael le besó la cabeza y la abrazó por las caderas para seguir a su agente.

—Te queda genial, ¿verdad Mike?... oye a propósito —esperó a que Michael se adelantara un poco para bromear con James, se giró y la miró a la cara—, me gustaría hablar contigo, ¿me llamas y quedamos a comer un día de estos?

—Si es por lo de Australia, ya lo hablé con Blanche.

—Oh, sí, pero no es eso, hay más. ¿Me llamarás?

—Claro.

7

A tres días de la navidad y seguían con la agenda repleta. Si había algo claro era que las fiestas navideñas disparaban los conflictos familiares, las disputas y los divorcios, y muchas mujeres acudían al gabinete buscando ayuda y orientación. Era de locos, y con una de las asistentes sociales de baja por maternidad, la cosa se estaba complicando mucho más de lo normal.

Tras levantarse con Michael a las cinco y media de la mañana y aprovechar que la acercara en coche a Notting Hill antes volar a su rodaje en Pinewood, llegó a la oficina a las seis y media y se dedicó a adelantar papeleo, a revisar correos, a leer sentencias y hacer todo aquello que nunca tenía tiempo de hacer con calma. A las ocho y media, cuando empezaron a llegar sus compañeras, ya estaba lista y llena de energía para enfrentarse a las citas de la mañana y a las doce y media, cuando salió de su despachito y se encontró de bruces con Julia Fox Bunbury entrando por la puerta principal, tenía casi liquidado el orden del día y se disponía a tomar una buena taza de té con Evelyn, su nueva pasante.

—Adiós, señorita Saldaña, la llamaré cuando vuelva de Lima.

—Estupendo, Iris, ahora disfrute de esos días en familia, se lo merece y cuando vuelva nos vemos, pídale a Joanna una cita y ya lo dejamos cerrado.

—Claro, señorita Saldaña —repitió en español—, adiós y feliz navidad.

—Feliz navidad —dio dos besos a su clienta peruana y miró a Julia con cara de pregunta.

—¿Señorita Saldaña? —Parafraseó ella con un acento pésimo, luciendo tan fuera de lugar allí, con su abrigo de cuero hasta los tobillos, su foulard de seda natural y su gorro de lana metido hasta las orejas.

—Ese es mi nombre —le hizo un gesto para que la acompañara a su humilde oficina y le indicó la puerta de cristal donde se podía leer: Vera Saldaña-Kennedy. Lawyer—, lo que pasa es que nadie me hace caso, al parecer lo de Saldaña les suena imposible y se quedan solo con el Kennedy.

—Ya, ya —Julia entró al despachito comprobando que a pesar de ser diminuto, estaba limpio, ordenado y era muy luminoso. De paredes blancas, estaba forrado de arriba abajo con estanterías de madera llenas de

libros y algunas fotos, y dos plantas de interior muy grandes crecían junto a una ventana igualmente grande—, qué monada.

—Gracias, vaya sorpresa —le dio dos besos y Julia declinó la invitación a sentarse—, ¿qué te trae por aquí?

—Vine a visitar a un artista muy bueno que me han recomendado, vive justo aquí al lado y como no me has llamado me he dicho: voy a intentar secuestrarla y llevarla a comer. Michael no acaba hoy hasta las seis ¿no?

—Sí, pero...—se lo pensó mejor y asintió cogiendo el abrigo—, está bien, vamos. Hay un bistró estupendo en la esquina, a veces comemos allí.

—Genial, tú mandas.

Se despidieron de todo el mundo y salieron al frío polar caminando de prisa. Julia le comentó que estaba siempre a la caza y captura de nuevos artistas, que era una pasión secreta, y que le encantaba verlos trabajar en su ambiente por muy cochambrosos o raros que fueran sus talleres. Vera le contó que su hermana estaba trabajando para una consultoría de arte muy importante, y ella se quedó fascinada con la novedad.

—¿En serio?, ¿pero ella no pinta? —Se sentaron en una mesita junto a la ventana y Vera asintió sacándose el abrigo.

—Sí, pinta y de hecho ahora al fin ha encontrado una casa en Madrid donde puede vivir y tener su taller, pero el tema de la compra de arte y las posibilidades que tiene de viajar y conocer nuevos valores le fascina.

—No me extraña, eso quisiera hacer yo pero no puedo. A ver si la próxima vez que venga quedamos y puedo charlar más tranquilamente con ella.

—Claro, por supuesto —pidieron un sándwich vegetal y un té y Vera la miró a los ojos. Esa mujer, que tendría más de cincuenta años y era muy atractiva, era una especie de dios en la tierra para la mayoría de los actores que había conocido antes de que Michael se hiciera famoso y por un segundo se acordó de todos ellos, la mayoría de los cuales seguían luchando por una oportunidad —, y dime, Julia, ¿de qué querías hablar conmigo?

—Así me gusta, siempre al grano.

—Deformación profesional.

—Quería saber si has pensado en acompañar a Michael al rodaje de Australia, si decide hacerlo, claro, serán dos meses y es uno de los mayores escollos que me está poniendo.

—Yo creo que el mayor escollo que está poniendo es que aparece sin

camisa el 80% de la película.

—Negociaremos eso y lo descartaremos.

—Bueno...

—¿Y tú qué piensas?

—¿Yo?, a mí el guion me parece muy bueno, no se trata de “Origen” ni mucho menos, pero está bien, sin embargo, entiendo su postura, porque sé que lleva años intentando sobreponerse a su físico...

—Pero él tiene ese físico, es guapo, las vuelve locas, y ese físico le ayudó a abrirse puertas, no puede esperar ahora que solo le ofrezcan a Ibsen o a Shakespeare.

—Supongo que aspira a un término medio, en todo caso —suspiró—, esto deberías hablarlo con él.

—Hablarlo contigo es mejor que hablarlo con él, que se me cierra en banda y ahora dice que no quiere pasar dos meses, o lo que sea, lejos de Londres.

—Yo no puedo hacer nada.

—Claro que puedes, tómate una excedencia, vete con él a Sídney el tiempo necesario y tenemos película.

—No puedo dejar mi trabajo.

—Es una excedencia.

—No puedo y Michael lo sabe. Perdona, pero no voy a discutir esto contigo.

—¿No te has planteado jamás que antes o después tendrás que ceder en favor del artista?

—No sé a qué te refieres.

—No conozco a ninguna pareja que sobreviva al estrellato.

—Yo sí.

—Me refiero a una que se haya enamorado y casado antes del estrellato. Si no sabes administrar bien lo que tenéis, antes de un año estaréis divorciados.

—Dios bendito —tomó un sorbo de té y movió la cabeza sin saber qué decir—, muchas gracias.

—No quiero ofenderte ni nada parecido, Vera. Solo constato una realidad, es complicado que un actor del nivel que está alcanzando tu marido pueda mantener una relación de pareja estable, ahora no. Tal vez más adelante sí y entonces pueda encontrar una mujer joven, de su profesión, que lo comprenda y que pueda seguirle el ritmo. Lo he visto

mil veces a través de los años.

—Vaya, gracias otra vez —dejó el *sandwich* y empezó a sentir un frío helado por la espalda.

—Creo que formáis una pareja maravillosa. Michael bebe los vientos por ti, tú por él, sois un gran equipo, de hecho él sigue cuerdo porque te tiene al lado, algo extraordinario, y por esa razón te digo esto. Antes de cagarla bien, deberías priorizar en Mike, que es el que ahora está en la cresta de la ola, dejar tu trabajo por una temporada y dedicarte a él. Acompañarlo a los rodajes, a los desplazamientos, darle calor de hogar... solo así podréis seguir tan bien como hasta ahora —sonrió de oreja a oreja y Vera entornó los ojos—, es por vuestro bien, os estimo a los dos, quiero lo mejor para mi gran estrella y para ti también.

—No sé ni qué decir.

—Nada, no hace falta, solo piensa en ello.

—Michael y yo creemos que lo nuestro es fuerte y goza de buena salud, a pesar de que nada es perfecto, pero agradezco tu interés.

—¿Sabes que hay muchas grandes actrices que solo quieren trabajar con él?, a diario me llaman productores diciéndome que tal o cual diva dice que si tiene que hacer un desnudo o una escena hot delante de la cámara, solo la hará si le traen a Michael Kennedy... no pongas esa cara... está buenísimo y además es un actor extraordinario, todo el mundo lo quiere, dentro y fuera de los platós, si yo fuera tú, dejaría mi trabajo por un tiempo y no lo perdería de vista.

—Creo que tienes muy poca fe en el ser humano.

—Por supuesto, llevo treinta años en esto, y si me disculpas —miró la hora y llamó a la camarera—, debería irme.

—¿Era eso lo que querías hablar conmigo?, ¿en serio?

—Sí, y puedes contárselo a Mike, ya se lo he dicho un par de veces a él también.

—Dios... —miró por la ventana y vio caer unos copos de nieve.

—Él tiene un miedo patológico a perderte y por esa razón no se atreve a asumir en voz alta que te necesita, que quiere que dejes tu trabajo y lo sigas por estos mundos de Dios... sé que lo tiene tan claro como yo, pero no lo reconocerá jamás en voz alta para que no te agobies, y me preocupa... —se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Bueno, preciosa, feliz navidad, pasadlo bien en Irlanda.

No hablaba de sus asuntos personales ni con su hermana y que esa mujer,

que tenía las llaves de la carrera de Michael en su mano, se atreviera a decirle algo semejante, la dejó en estado de shock durante un buen rato. No comió, ni se movió en más media hora, pensando en todo lo que había tenido el descaro de soltarle a la cara y cuando fue el propio Mike, el que la llamó por teléfono y la sacó de ese estado de perplejidad, no le dijo nada, se limitó a escuchar sus cuitas y a volver al trabajo como un día normal, aunque sabiendo, fehacientemente, que jamás volvería a mirar a Julia Fox Bunbury del mismo modo.

—¡Vera!

—¡Estoy arriba! —le gritó desde la segunda planta. Había llegado a casa temprano y hecho la cena, pero como él no llegó a cenar, finalmente había optado por darse una ducha y meterse en la cama a leer guiones. Levantó los ojos de la carpeta sacándose las gafas y le sonrió—. Hola, mi amor.

—Hola... —tiró la mochila y lo que trajera en las manos al suelo y caminó hacia la cama con una gran sonrisa. Sus ojazos azul celeste brillantes y el pelo revuelto, y ella pensó una vez más en que era el hombre más guapo del universo—. ¿Te ha dado tiempo a ir a bailar?

—Sí, una horita.

—Deberías poner la alarma cuando estés sola, sea la hora que sea...

—Vale, ¿cómo estás? —estiró los brazos y él se inclinó para besarla.

—Mmmm —protestó mirándola muy serio—, en nuestra cama, señora, están prohibidos los pijamas.

—No es un pijama, solo una camiseta, ¿qué tal la muñeca?

—Mejor —se enderezó y movió la mano simulando un ataque de esgrima—, hoy no me ha molestado.

—¿Cómo ha ido?

—Genial... —empezó a desnudarse mientras buscaba el mando de la tele y ella lo siguió con los ojos—, trabajar con los especialistas es la puta locura, aunque las escenas de espada se eternicen... ¿has cenado?

—Sí, hice una tortilla de patatas, ¿quieres un poco?

—Güau, me encantaría, tal vez más tarde.

—¿Y el maestro Fuensalida?

—Tuvimos dos clases de esgrima y se agradece.

—Me alegro. Te he echado de menos —cuando se metió en la cama, se acercó y le agarró la cara para besarlo—, un montón.

—Y yo a ti. He hecho de traductor para el maestro Fuensalida, creo que el español se me da cada día mejor.

—Eso espero, ¿tienes mucho que estudiar?

—No mucho, lo dejé en la mochila... pero veré un rato la tele... Vera... ¿dónde vas ahora? —La observó bajarse de la cama y soltó un silbido de admiración—, santa madre de Dios, eso me gusta mucho.

—¿Qué? —se miró las braguitas y la camiseta sin mangas y movió la cabeza.

—Volved a la cama ahora mismo, milady...—pronunció con un acento británico impecable y Vera se echó a reír, dejó el portátil en una mesa y se giró para mirarlo a la cara.

—Sabes...

—Estás tan buena que voy a correrme sin necesidad de tocarte.

—Vale, un segundo.

—No.

—En serio, escucha —se apoyó en la cómoda y suspiró—, hoy ha ido Julia a buscarme al trabajo y me invitó a comer.

—¿Qué?

—Sí y me advirtió, en buen plan, que si no dejaba mi trabajo, me dedicaba a ti y te prestaba más atención, estaríamos divorciados antes de un año.

—¡Señor!, ni caso, Vera, vuelve a la cama.

—Me da igual que esa mujer, que obviamente es una cínica descreída, no apueste por nosotros, porque no nos conoce, lo que me preocupa de verdad es que ella cree, o al menos eso me dijo, que tú opinas lo mismo y que no me lo dices porque no te atreves, porque tienes miedo a perderme si me presionas y que por eso prefieres callarte.

—Jamás he hablado con Julia sobre nosotros.

—¿Estás seguro?

—Siempre anda con que un actor como mejor está es arropado por los suyos y que debería viajar más contigo... pero nunca he hablado en serio con ella sobre nosotros, te lo juro por Dios. Está especulando y mañana la llamaré para que me explique qué coño pretende...

—Bien, no quiero parecer una chivata, pero fue muy raro y me dio muy mal rollo. Es cierto que estás en la cresta de la ola, que es tu momento, que tienes cientos de opciones mejor que yo al día, pero quisiera seguir creyendo que tú y yo estamos por encima de todo eso, de todos los malos augurios y que nos seguiremos queriendo siempre.

—No existe, Vera —se bajó de la cama y se acercó despacio a ella—,

mejor opción que tú en el mundo entero porque tú, señora Kennedy, has sido y seguirás siendo eternamente mi agua de lluvia.

—Lo mismo digo —sintió sus manos en las caderas y lo miró a los ojos—, aunque no esté siempre contigo, te quiero más que a mi vida, ¿lo sabes?

—Lo sé...

—Muy bien, ¿te traigo un trocito de tortilla?

—No —la sujetó y la tiró a la cama con un movimiento rápido, Vera se echó a reír y él se le puso encima para atraparla con todo el cuerpo—, primero te comeré entera y si sigo con hambre, me pido esa tortilla.

8

Llevar a toda la familia Saldaña Ortega a Galway en navidad, estaba siendo genial. Los años anteriores se habían dividido entre España e Irlanda, el primer año en el piso de Kensington se habían empeñado en reunirlos allí, pero finalmente volar todos a Galway y celebrar las fiestas en casa de sus padres era exactamente lo que necesitaba en medio de unos meses muy duros. Afortunadamente su suegra, la abuela Teresa y Cruz, había aceptado probar suerte con los Kennedy y lo estaban pasando de maravilla.

El 23 por la tarde ya estaban en Galway viendo a los amigos y familiares más cercanos y en Nochebuena su suegra y las chicas se habían ocupado de preparar una cena navideña a la española, espectacular, que acabaron a las tantas de la madrugada jugando a las cartas y apostándose chupitos de Anís el Mono a destajo. Las botellas las había llevado Cruz en la maleta y Vera había acabado bastante piripi, muerta de la risa, sin poder aguantar seria con las cartas en la mano.

Le encantaba verla así: relajada, sin ninguna prisa, sin tener que salir corriendo, ni leer, ni redactar, ni hacer nada salvo estar sentada a una mesa con la familia, con él, pasando la Nochebuena en casa, mientras fuera hacía un frío de muerte. Estaba preciosa y sexy, con sus pantalones negros ceñidos y esa blusa de gasa también negra, que le dejaba los hombros al aire. Guapísima con el pelo más largo, suelto y ondulado, la cara lavada y ese perfume de jazmín que cada vez que se acercaba a él lo ponía a cien. Un bombón, el de siempre, que se volvía incluso más simpática y divertida con dos copas de más.

Estiró la mano y le acarició el trasero suave y respingón. Eran las tres y media de la mañana y no podía dormir, abajo su madre aún trajinaba poniendo los regalos en el árbol y dejando a punto el desayuno de Navidad, y él solo podía pensar en el fin del rodaje de Londres, en el Hamlet que estrenaría en el Shakespeare's Globe, en la dichosa película de Australia, y en los dos proyectos que tenía que rodar antes de fin de año, una locura absoluta que le provocaba estrés y una sensación de vértigo continúa. Sin contar con la promoción de dos películas ya acabadas, una de ellas la que compartía con Rosaline Freeman, con la que tendría que coincidir en París y en Londres, hablando de la peli y dando entrevistas.

Julia había intentado que no coincidieran, era habitual que los actores de dividieran el trabajo y promocionaran por separado, pero la distribuidora se había negado y al final los habían obligado a estar juntos en esas dos ciudades. Total, decidió, era lo más profesional y natural del mundo y pensaba obviar cualquier asunto extraño entre los dos. El pasado era agua pasada y no tendría que verla hasta el verano. Aún quedaba tiempo y no había vuelto a saber directamente de ella, aunque ella sí se había encargado de declarar en un par de entrevistas que había sido un placer trabajar con él porque era su hombre ideal, el príncipe azul de sus sueños infantiles, obviando totalmente el hecho de que él estaba felizmente casado.

Algunas mujeres eran extrañas y no tenían mucho amor propio, pensó, acariciando el trasero y la curva perfecta de la espalda de Vera, que dormía desnuda sobre su pecho. Cuando ella llegó a vivir a la buhardilla de Camden, él le dijo que en su casa solo había una regla: en la cama se dormía desnudo y Vera había acatado la premisa con una sonrisa y sin rechistar. Desde entonces lo llevaban cumpliendo a rajatabla en casa, en hoteles o dónde les tocara dormir juntos, y era una costumbre deliciosa que esperaba no perder ni cuando tuvieran niños correteando por allí.

Hijos.

Su madre había comentado un par de veces que lo único que les faltaba para celebrar una navidad perfecta era tener nietos. Nadie le recordó que ella ya tenía nietos, los hijos de Sean, su hijo mayor, y las dos veces se hizo un silencio incómodo sumado a un fugaz halo de tristeza en la mirada de Vera. Odiaba ver que sufría por eso, no podía soportarlo, pero peor era la perspectiva de convertirse en padres justo en ese momento, con todo lo que tenían encima, viéndose tan pocas veces al mes y con tantos proyectos por cumplir.

La mera posibilidad de verse ante un parto, pañales, llantos o biberones le provocaba náuseas, tantas, que incluso lo comentó con James, que era padre desde hacía diez años, y él se limitó a decir que lo que realmente lo aterraba no eran los niños, sino la perspectiva de dejar de ser el bebé de Vera, el prota de su vida, para pasar a ser un actor secundario y tal vez, solo tal vez, tenía razón. Lo único que tenía claro es que era de locos contemplar la idea de los hijos en ese momento, Vera era muy joven, tenía veintiocho años y aún podían esperar... tendría que hablar con su madre y pedirle encarecidamente que abandonara las presiones subliminales y los

dejara en paz.

Como si estuviera oyendo lo que pensaba, Vera se movió y se apartó de él. Se desplomó en la almohada y él optó por acariciarle el abdomen liso con la mano abierta, ese vientre tenso que lo podía poner a cien en medio segundo y sin mediar palabra. Apartó el edredón y contempló aquella otra obra de arte de la naturaleza: sus pechos firmes, turgentes, coronados por esos pezones suaves y sonrosados que tardó muy poco en atrapar y saborear con la boca abierta.

Se inclinó y lamió el que tenía más cerca, sintió como se endurecía contra su lengua y como ella sufría una pequeña descarga eléctrica, en seguida atrapó el otro pecho con la mano y se le puso encima. Michael, susurró ella, y él se fue directo a su boca, la mordió, le separó los labios e introdujo la lengua sin muchas florituras, estaba realmente excitado y necesitaba devorarla de una sola vez, incluso ser un poco salvaje y someterla a su completa voluntad mientras Vera, caliente y sedosa, abría los ojos respirando con dificultad.

—Mike...

—Schhh —la penetró de un golpe seco y preciso. La acomodó como él necesitaba que estuviera y ya no paró ese balanceo salvaje que lo llevó hasta un orgasmo desatado y delicioso, inmenso, que lo hizo soltar un grito ahogado contra su cuello.

—Mi amor —susurró, acariciándole el pelo, él se apoyó en los codos y la miró a los ojos. Tenía la boca irritada, igual se había pasado un poco pero no le importó, de repente ella sonrió y todo lo demás, incluso lo bruto que podía llegar a ser, desapareció—, ¿qué hora es?, ¿ya ha venido papá Noël?

—Yo soy tu papá Noël.

—En serio, tengo que sacar unos regalos...

—No, pequeñaja, has dormido una hora como mucho, aún puedes seguir durmiendo... es que no me pude resistir.

—Vale —le acarició las pestañas y la boca con un dedo y él decidió darle su regalo especial. Se apartó de ella y buscó en el cajón de la mesilla —, ¿qué pasa?

—Te voy a dar tu regalo.

—¿En serio? —se sentó en la cama y se tapó con el edredón. Michael encendió la luz de la mesilla y la miró con los ojos nublados de amor.

—Despeinada y después de hacer el amor conmigo, eres la cosa más

preciosa del universo, Vera.

—Sí, ya, muy galante pero no me llames cosa —le tiró un cojín a la cabeza y él se echó a reír a carcajadas—, dame mi regalo, venga.

—¿Recuerdas cuando te pedí que te casaras conmigo? —ella asintió—, ¿exactamente?

—Por supuesto, el 2 de enero, en la cama de la pensión Vázquez, al lado de Ópera en Madrid, ¿por qué?

—Vale, pensaba dártelo el 2 de enero, siete años después, pero no me resisto a vértelo puesto...—le pasó la primorosa bolsita de Cartier y ella sacó la caja que contenía con los ojos brillantes.

—Creo que es perfecto, como tú —la vio sacar el anillo y se quedó quieto observando su reacción—, ¿no te gusta?, es un anillo de compromiso de verdad.

—Es precioso pero yo ya tengo un anillo de compromiso de verdad.

—Lo sé, cariño, pero este es el que yo hubiese querido darte hace siete años —le agarró el dedo donde llevaba el anillito diminuto junto a la alianza de matrimonio y se los sacó—, este es el que tú te mereces y puedes llevarlos juntos, encajan, ¿lo ves?

—Es cierto —se tocó los dos anillos, que juntos parecían uno solo, y lo miró con los ojos húmedos—, qué bonito.

—Lo mandé hacer a medida, sabía que no te querrías separar de esa baratija enana y...

—No llames baratija enana al mi maravilloso anillo —se incorporó y lo abrazó muy fuerte—, es precioso, muchas gracias, me encanta, me gusta de verdad, en serio, me parece perfecto y te habrá costado una fortuna.

—Eso es lo de menos.

—¿Sabes que hay momentos en los que siento que no te puedo querer más?...

—¿Ah sí? —Entornó los ojos, coqueto.

—Sí, y este es uno de esos momentos, pero no por la joya carísima de Cartier, sino por saber que yo jamás me separaría de mi anillo. Es un detalle gigantesco, inconmensurable, que lo mandarás hacer pensando en eso y no te puedo querer más.

—Te amo, Vera —estiró el dedo y le acarició la mejilla sonrosada.

—Yo más, mi vida, yo te quiero mucho más —saltó para ponerse encima de él y apoyó las dos manos sobre su pecho—, yo más y pienso demostrártelo concienzudamente hasta que amanezca y llegue Papa Noël.

9

—No para de llamarme y a mí me encanta, tía, no me seas aguafiestas.

—No soy aguafiestas, solo digo que tú no le des tanta cuerda al pobre hombre —entró en su casa y a la par que encendió la luz, activó la dichosa alarma—, ¿le has hablado de Dante?

—Sí, pero él también está acabando una historia neurótica con su chica...

—¿Ah sí? —tiró las llaves en la encimera de la cocina y miró la puerta trasera. Habían puesto un cristal nuevo y a Maravillas, su asistente, le había dado tiempo a dejarlo todo limpio y recogido—, no sabía que tú estabas acabando algo con Dante.

—Joder, Vera, eres más puñetera que tu santa madre.

—Cillian McBride es uno de los mejores amigos de Michael, los Kennedy lo adoran, se han criado prácticamente juntos y me preocupa que por un lío contigo en navidad, el chico sufra, le dé una depre o...

—No soy Mata Hari.

—No, pero le das cuarenta vueltas al pobre Cillian que...

—Qué está como un queso, no sé cómo no lo fiché en tu boda.

—Porque fuiste con Pedro de las Heras.

—Ah es cierto, ¿ya te arreglaron el cristal?

—Sí, veo que sí.

—¿Y Michael no está contigo?, después de lo de anoche...

—No, está trabajando el Pentámetro Yámbico² con William Percy, su profe de la Royal Central School que ha tenido la deferencia de dedicarle parte de su valioso tiempo.

—¿Pero no lo tiene ya muy masticado?

—Sí, pero los actores nunca dejan de estudiar y está entrando en estado de pánico total con Shakespeare, ya sabes lo autodestructivo que puede llegar a ser... —sonó el teléfono fijo y se fue directo a contestarlo—. Voy a dejarte, hermanita, me llama el contable de Michael.

—Uy “el contable de Michael”, qué poderío.

—Ya, sí, muy bien. Luego te llamo —colgó el móvil y respondió a Phillipe Whiteapple abriendo la nevera—. Hola, Phil, buenas tardes.

—Hola, Vera ¿cómo estás tú?, me enteré del intento de robo en vuestra casa.

—Bueno, solo llegaron a romper la puerta de la cocina y lo hicieron con una piedra y sin ningún cuidado, cosa que intriga a la policía... —suspiró—. En fin, que fue muy raro y afortunadamente pude activar la alarma de manera manual y salieron corriendo.

—Menudo susto, ya verás cuando se lo cuente a mi mujer, no dormiré en una semana.

—Pues no se lo cuentes, no pasó nada.

—Pero el susto te lo llevaste igual.

—Sí, eso sí, casi me da un síncope.

—Y estando sola.

—Por suerte estaba sola porque llega a estar Michael y seguro que sale a enfrentarlos o corriendo detrás de ellos y la cosa podría haber sido peor.

—Eso es verdad. Escucha, te llamo también por otra cosa. Los del seguro ya han aprobado lo de tu anillo, así que ningún problema.

—Qué rápidos —miró el enorme diamante del nuevo anillo de compromiso y bajó la mano de inmediato. Era precioso pero le costaba acostumbrarse a llevar una joya tan valiosa encima—, muchas gracias.

—Es el primer artículo de valor que aseguráis, sois unos chicos muy frugales, Vera—bromeó Phil—, me han dicho que es una pieza espectacular.

—Es muy bonito, sí.

—¿Y al fin te has animado a comprar un coche?

—¿Un coche?, no, ¿por qué?

—Vi la transferencia de 20.000 libras hecha desde la cuenta de la sociedad anónima y pensé... —Phil Whiteapple se calló de golpe y Vera dejó lo que estaba haciendo para prestar más atención.

—¿De la sociedad anónima?, no, ni siquiera controlo esa cuenta, seguro que es algo de Michael.

—Eso es, ni caso, seguro que fue él. Ya me lo reflejará en los papeles de fin de mes. Bueno... te dejo, voy a ver si me marchó a casa.

—Claro, Phil, muchas gracias por todo. Adiós.

Normalmente no prestaba demasiada atención al dinero. Tal como le había oído decir una vez a Antonio Banderas: el dinero te preocupa, y mucho, cuando no lo tienes... pero cuando los ingresos son regulares y tan altos como los que estaba teniendo Michael en los últimos dos años, el dinero deja de importar, te relajas y te olvidas de él. Más aún si no eres una persona materialista. Por supuesto sabía que tenían un par de cuentas

personales conjuntas, la suya propia, y una cuenta de la sociedad anónima que gestionaba los derechos de imagen y los ingresos profesionales de Mike. El propio Phillipe la había abierto para controlar el flujo de dinero, las inversiones, los impuestos, las donaciones y demás, y desde ella se nutrían las cuentas personales con las que se pagaba el día a día, los gastos normales y alguna cuenta de ahorro a plazo fijo, eso lo tenía más o menos claro y no necesitaba saber nada más. Nunca preguntaba ni se inmiscuía en esas cosas porque el grueso de sus ingresos eran gracias a Michael y no pretendía controlarlo al respecto, sin embargo, algo le chirrió de esa transferencia de 20.000 libras, era mucho dinero y no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba pagando.

Se sirvió un té y abrió el ordenador. La noche anterior habían intentado entrar en casa de manera violenta y gracias a Dios no había pasado nada, pero en medio de todo el revuelo, con la policía, los de seguridad privada del seguro, los vecinos, James y Jill, y medio Londres en su salón, había resultado del todo imposible localizar a Michael. Desaparecido en combate, sin teléfono, ni señales de vida. Nadie pudo dar con él en un par de horas y cuando lo hicieron, ya estaba entrando en casa muerto de preocupación y desolado por no haber estado con ella en un momento así.

Con su talante habitual, primero se agarró un cabreo monumental y luego empezó la autoflagelación por el sentimiento de culpa. Estaba muy afectado, apenas había dormido, pero hasta ese preciso momento, veinticuatro horas después, seguía sin decir dónde se había metido todo ese tiempo. Ella tampoco lo había preguntado y algo le hacía intuir que, tal vez, tampoco necesitaba saberlo.

Abrió la página del banco y se fue directo a las cuentas de la sociedad anónima, marcó la contraseña, que solía ser la misma para todo, y entró sin dificultad en los extractos de esa semana, bajó con el cursor hasta el último movimiento y comprobó que era del 5 de enero, del día anterior, concretamente de las ocho de la tarde, justo la hora del intento de robo. Clicó la pestañita para ver los detalles y la sangre se le congeló un segundo en las venas. Efectivamente, se trataba de una transferencia electrónica por 20.000 libras y su beneficiaria era Isis Kaddour.

—¡Vera! —gritó desde la entrada y ella casi se pega al techo del susto, se levantó de la silla y lo saludó.

—Hola, estoy en la cocina.

—Has puesto la alarma, buena chica —se le acercó y le besó la cabeza

—, ¿han cambiado los cristales?

—Sí.

—¿Qué hay de cenar?, ¿tienes algo pensado o salimos fuera?, ¿podríamos ir a ese italiano de King's Road?, ¿eh?, ¿nena? —Le pellizcó el trasero y ella se apartó para mirarlo a los ojos.

—¿Dónde estabas ayer por la tarde?

—Con Percy, en su casa —contestó demasiado rápido y ella no se movió.

—¿Hasta las nueve y media de la noche?

—Sí, ¿por qué?, ¿pasa algo?

—¿Y te dio tiempo de hacer una transferencia bancaria desde tu móvil?, ¿por veinte mil libras a tu amiga Isis?

—Vera...

—Odio, desde lo más profundo de mi alma, odio haberme enterado por casualidad de este tema, y además, odio tener que preguntarte por esto. En serio, es horrible.

—Te lo iba a decir pero con lo de ayer... —se puso pálido y los ojos le brillaban de una forma extraña, así que la cosa empezaba a aclararse sin necesidad de muchas explicaciones.

—¿Estabas con ella, verdad? Los ensayos en el Globe acabaron a las cuatro, me lo dijo James, que a las cinco estaba en su casa, y el encuentro con Percy no pasó de dos horas, incluso menos, el resto del tiempo estuviste con Isis, le hiciste la transferencia y luego apagaste el móvil. Mejor ni me imagino para qué... —se dio la vuelta y se fue hacia las escaleras, camino de su cuarto.

—¡Vera!, por Dios, escúchame —llegó arriba y la sujetó por el brazo evitando que se encerrara en el cuarto de baño—, me llamó, acaba de separarse y su marido la quiere dejar en la calle, necesita el dinero para volver a empezar y para pagarse un abogado decente, y es cierto, desconecté el móvil porque estaba destrozada, necesitaba hablar y es una amiga... solo quería hablar conmigo.

—No me mientas —se zafó de su manaza y él se pasó la mano por el pelo—, sé lo que ella significa para ti, tengo buena memoria.

—No significa nada para mí.

—Genial, es que no sé ni para qué me molesto en hablar contigo —miró a su alrededor y decidió largarse de allí. El bolso y el abrigo los tenía en la cocina, así que lo esquivó y bajó otra vez para recogerlos.

—Vera...

—Te he dicho que no quiero ejercer de espía, ni andar imaginándome cosas, ni necesito que tú me mientas.

—¿Adónde vas?

—No lo sé, pero no puedo ni mirarte a la cara.

—¿Por qué?, ¿Por qué le dejé dinero a una amiga?, a ti te importa una mierda mi dinero.

—No, porque sé que no solo le dejaste dinero, me juego una mano a que acabaste en la cama con ella, lo sé porque me estás mintiendo, te conozco.

—Vera...

—¡No me toques!

—No me acosté con ella pero sí la besé —soltó ya en el jardincito de entrada, ella se detuvo y giró despacio con las lágrimas subiéndole por la garganta—, estaba vulnerable... solo buscaba un poco de calor, nos dimos un beso y eso fue todo. Ella sabe que te quiero y que soy feliz contigo, solo está pasando por un mal momento. Solo fue un beso.

—Un beso es un acto de intimidad incluso mayor que...

—¿Qué edad tienes?, ¿quince? —Espetó moviendo la cabeza y ella se puso roja como un tomate—, eso es una chorrada, un beso es un beso, no tiene ni la más mínima importancia.

—Estupendo, la próxima vez que vea a Björn dejaré que me bese y podré darte mi opinión al respecto.

—¡Vera!

—Déjame en paz.

Se cerró el abrigo y se largó de allí. Hacía un frío de muerte y las lágrimas le helaron la cara mientras caminaba bajo la lluvia sin saber adónde ir o qué hacer. Lamentablemente no tenía familia o amigos íntimos donde refugiarse a esas horas de la noche y acabó entrando en un hotel de Park Lane agotada y llorosa. La miraron con bastante perplejidad, pero le dio igual, solo necesitaba un techo y una cama caliente donde dormir y donde espantar esos malos augurios que se le venían encima sin que ya nada pudiera detenerlos.

10

¡Mierda!, el vapor caliente de la tetera eléctrica salió disparado y le quemó la muñeca. La observó medio segundo, la agarró y la estampó con todas sus fuerzas contra la pila de la cocina. Maravillas, que apenas hablaba inglés, se asomó desde el salón, pero no dijo ni mu al verle la cara. No había dormido nada, se había pasado la noche entera llamando inútilmente a Vera, y estaba fatal.

Era absurdo llamarla porque no iba a coger el puto móvil, pero al menos las dos mil quinientas llamadas perdidas, y sus respectivos mensajes, le recordarían que él seguía allí, sintiéndose un puñetero cabrón desalmado.

Blanche le dijo, cuando la llamó desesperado buscando algo de ayuda, que podía localizarla fácilmente a través de Internet y lo hizo en el Hotel Dorchester de Park Lane. Vera se había registrado a las diez de la noche, con su tarjeta de débito, y automáticamente se había reflejado el cargo en su cuenta bancaria, magias de la Red. Dos mil pavos la noche, en una habitación doble de las más baratitas, una pequeña fortuna muy ajena al comportamiento habitual de su mujer, lo que venía a dejar claro que estaba muy, pero que muy cabreada.

Se tomó un sorbo de Coca-Cola, incapaz de prepararse ya un café, agarró la mochila y se puso el abrigo. Miró a Maravillas con la intención de despedirse pero ella se le acercó arrastrando la aspiradora.

—Me voy, Maravillas, ponga la alarma cuando se vaya, por favor —pronunció en su español macarrónico y ella sonrió.

—¿La señora hizo la compra por Internet?, es por estar atenta al reparto.

—¿La compra?, no lo sé... pero no se preocupe.

—¿Y está en la oficina o se ha ido de viaje?, es que mi hija tenía cita con ella a la una.

—¿Eh? —Entendió la mitad por culpa de su cantarín acento colombiano y se encogió de hombros—, no está de viaje.

—Vale ¿y la ropa para el tinte dónde está?

—No lo sé —un poco desesperado miró la casa y levantó las manos—, debo irme, seguro que Vera la llama durante la mañana.

—¿Usted cree, señor?

—Sí, claro, adiós.

—Quería cambiar las cortinas del dormitorio grande, ¿sabe dónde están?, ¿lo hago sola o la espero a ella?

—Sinceramente, no tengo ni idea.

—¿Y qué hacemos con la tetera?, ¿compro otra?, a la señora Vera le encantaba esa tetera...

—Es igual, adiós —salió a la carrera y se animó a encontrar un taxi. Desde luego, era un inútil en su propia casa pero no pensaba quedarse para que Maravillas se lo restregara por la cara.

No tenía ni idea de lo que le iba a decir a Vera cuando la tuviera delante, ¿la verdad absoluta?, no, no era viable, bajo ningún concepto. Paró un taxi, le dio al conductor el nombre del hotel y se subió detrás con el corazón acelerado.

Isis lo había llamado por sorpresa, ni siquiera tenía su teléfono, pero alguien de Dublín se lo había dado y allí estaba, llorando a mares al otro lado de la línea. No se iba a negar a ayudarla y le ofreció la transferencia bancaria de inmediato. Ella se tranquilizó pero le rogó una cita, diez minutos y un café, le juró, y el muy idiota dejó la casa de Percy y se pasó por su hotel de Russell Square esperando mantener una charla adulta y amistosa con la mujer más loca que le había tocado conocer en la vida. Por supuesto la charla la acabaron en la habitación de ella, para evitar a los curiosos que lo reconocían en todas partes, y aunque en un principio no le había surtido ningún efecto verla después de tantos años, ella consiguió engatusarlo y besarlo acaloradamente en cuanto la conversación se alargó más de lo necesario.

Al poco rato de oírla hablar le pareció insustancial y vacía, pendiente únicamente del dinero de su ex, de no sé cuántos cotilleos absurdos, de sus operaciones de estética, de sus secretos de belleza y de los tratamientos de última generación a los que debía someterse para volver a las pasarelas, decía, y él no fue capaz de recordarle que con cuarenta tacos la cosa se le ponía cuesta arriba y que era mejor buscarse un trabajo más normalito.

La cruda realidad es que Isis no tenía oficio ni beneficio y que jamás se había procurado una formación, un negocio o algo concreto con lo que sobrevivir cuando dejara de estar en la cresta de la ola. Ella era una tía buena, de primer nivel, que había desaprovechado un matrimonio millonario para situarse bien, y que ahora pretendía volver a empezar de cero mientras conseguía sablear a su marido, un ruso forrado que contaba con los mejores abogados para dejarla sin un penique. No le entraba en la

cabeza que no podía volver a Londres de repente y retomar lo que había dejado aparcado hacía siete años sin más, como tampoco le cabía en la cabeza que él estuviera casado de verdad, y que tuviera una vida y una mujer de la que no pretendía pasar para irse con ella de vacaciones o a la cama una semana entera.

—Dame un beso —le rogó después de que le hiciera la transferencia con el móvil—, solo necesito un beso, joder, no me dejes así, Michael. Por los viejos tiempos, solo necesito algo de cariño.

—Vale —Se acercó, ella lo agarró por el cuello y le dio un beso de los suyos, de esos que en otra vida lo volvían completamente tarumba, pero milagrosamente ya no sentía nada, así que la sujetó por las muñecas y la apartó.

—Larguémonos a Ibiza, Micky, necesito desmelenarme un poco.

—No puedo...

—Ahora estás forrado, larguémonos una temporada de aquí, estoy agobiada y necesito divertirme. Podemos ir a ese hotelito en San Antonio ¿te acuerdas?

—No, yo...

—Entonces deja que recoja mis cosas y me llevas a tu casa. No puedo seguir viviendo en un hotel.

—¿A mi casa?...

—¿Y si vamos a buscar algo de coca a Camden?, ¿te acuerdas de Robin, el camello de Catriona? Ahora que tenemos tanto dinero, nos recibirá con los brazos abiertos...

—No y me largo.

—Ok, nos quedamos aquí, métete en la bañera y te mimaré un poco.

—¡No!

—¿Por qué?!, joder, hace siglos que no estamos juntos y me muero de ganas.

—Mira, me largo, mi mujer me espera en casa ¿sabes? —Se puso de pie y ella se echó a reír—, ¿de qué te ríes?

—¿Pero de verdad estás casado?

—Me casé en Galway hace seis años —le enseñó la alianza y caminó hacia la puerta—, debes ser la única persona en el puñetero universo que no lo sabe.

—Pero ya estás harto, seguro que sí, seguro que ese chochito blanco no te da lo que tú y yo sabemos que te gusta, ¿verdad?

—Debo irme.

—No... mi bebé no se va —se puso de rodillas y lo sujetó por las piernas, él intentó zafarse pero no pudo—, siempre has sido mi bebecito y este otro bebecito también es mío, solo mío, por siempre jamás.

—Déjalo ya, Isis —se apartó de un tirón y ella se levantó como una pantera—, en serio.

—Si estás empalmado... no creo que tu mujer ni te la ponga dura, ¿cómo es que se llama?, ¿es muy bajita, no?

—Déjame, ya es suficiente —como era fuerte y muy alta, lo agarró y lo estampó contra la pared sin mucho esfuerzo. La única opción era darle un puñetazo para apartarla pero obviamente no hizo nada y dejó que lo besara mientras le tocaba la entrepierna con torpeza y algo de violencia—, ¡Isis, coño!

—Métemela, Mike, métemela, te encantaba follar conmigo.

—Déjalo.

—¿Qué sabrá esa mocosa lo que a ti te gusta de verdad?, ¿eh?, ¿Qué mentiras le cuentas?

—Me largó —Ella se arrodilló e intentó bajarle los pantalones, pero no aguantó más y la apartó con brusquedad. Isis cayó de espaldas al suelo y él la miró con una mezcla de repulsión y lástima que le revolvió las tripas, pero no dijo nada, se arregló la ropa y salió de allí sin mirar atrás.

—¡Vuelve aquí!, no seas marica, Michael Kennedy—, ¡Cabrón de mierda!

Por supuesto se arrepintió en ese mismo instante de haberle dejado el dinero que seguramente acabaría engrosando la billetera de algún camello, de habérselo ocultado a Vera y de haber tenido la mala idea de acudir a verla al hotel. Una serie de catastróficas decisiones que esperaba no le afectaran demasiado, sin embargo, la vida es una puñetera desgracia y en cuanto pisó la calle y encendió el teléfono, se enteró del intento de robo en su casa, estando Vera sola allí. Lo demás ya era historia y ahora solo pretendía contarle una verdad que ella fuera capaz de digerir, que le creyera y que pasaran página cuanto antes. No le importaba nada más.

—Hola, ¿ha llegado mi mujer? —después de estar en el hotel y no pillarla, se fue directo al gabinete de Notting Hill, donde tenía prohibida la entrada porque solía montarse un pequeño revuelo cuando aparecía por allí, pero aquello era fuerza mayor, así que abrió la puerta y se acercó a la recepcionista con paso firme.

—Señor, señor... Kennedy... —balbuceó ella con la boca abierta—, sí, bueno, no, está desayunando en el bistró de la esquina, llegó muy temprano y...

—Gracias —le hizo un gesto de despedida con la mano y se encaminó hacia aquella pequeña cafetería que a Vera parecía gustarle tanto. Llegó al local y la divisó a través del enorme cristal, tomando un café con la mirada perdida, triste y pálida. Se sintió como un monstruo por ser capaz de dañarla siempre y tan fácilmente, pero no estaba allí para auto flagelarse, tragó saliva y entró decidido, dejó la mochila en el suelo y se sentó a su mesa antes de que ella pudiera reaccionar—, hola.

—¿Qué haces tú aquí? —Agarró el bolso y miró a los demás comensales.

—¿Tú que crees?, ¿eh?

—No me apetece hablar contigo, la verdad es que estoy agotada y no quiero discutir.

—Yo tampoco quiero discutir, solo quiero que guardes silencio y me escuches. Después puedes tirarme el café a la cara y largarte.

—Joder —soltó en español y llamó a la camarera para que les sirviera café. Esperó a que le trajera una taza, cruzó los brazos sobre la mesa y se dispuso a escuchar sin decir una sola palabra. Él no se ahorró detalles y le desgranó paso a paso aquellas dos horas con Isis en su hotel. Todo lo que le había dicho y todo lo mal que se había sentido. Lo duro que había sido verla en caída libre y sin esperanza.

—He tirado veinte mil libras al retrete, lo sé, pero creí que debía ayudarla. A partir de ahora no creo que vuelva a molestar... —buscó sus ojos—, ¿en qué piensas?

—Quiero creerte, volver a casa y olvidarme de todo esto, pero me cuesta mucho.

—Lo sé, me lo imagino, Vera, pero te juro por Dios que te digo la verdad. Por favor, por una vez en tu vida confía en mí.

—Yo siempre confío en ti...

—Vale, pues... —suspiró—, no sé qué más puedo decir. Te he contado lo que pasó, siento mucho haberlo ocultado, pero si no te dije nada fue porque no quería darle mayor importancia...

—¿En serio? —Le clavó los ojos negros y él se apoyó en el respaldo de la silla.

—Principalmente porque sabía que te enfadarías y acabarías largándote

de casa.

—Eso me cuadra más.

—Tampoco quise ofenderte con el asunto del beso, no quise burlarme de ti... sé que tenemos perspectivas diferentes sobre ciertos asuntos, sobre todo a nivel de intimidad o contacto físico... sabes que soy un cínico recalcitrante al que muy pocas cosas le parecen trascendentales, no soy como tú... pero entiendo perfectamente tu postura y tus sentimientos... lo siento. Lo siento mucho.

—Vale, gracias.

—Voy a tomarme la mañana libre, no he dormido nada, creo que tú tampoco, ¿por qué no nos vamos a casa, dormimos un poco y luego seguimos charlando?

—Tengo citas esta mañana y una vista a las tres, no puedo, pero seguiremos hablando —se puso de pie, dejando el dinero de la cuenta en la mesa y él la siguió a la calle—, te veo más tarde en casa.

—Estupendo... ¿nena?

—¿Qué? —Detuvo el paso, se giró y lo miró a los ojos.

—Te quiero y el otro día... con Isis... comprobé que te quiero mucho más de lo que soy capaz de...

—Yo también te quiero.

Interrumpió, se acercó y lo besó en los labios. Michael Kennedy sintió que volvía a respirar, que le volvía el alma al cuerpo, y la siguió con los ojos hasta que entró al gabinete con paso firme y saludando a la gente que llegaba a esas horas a la oficina. Respiró hondo, se puso la gorra y echó a andar de vuelta a casa.

11

Cogió la copa de vino y se sentó en la alfombra junto a Michael, que sin mirarla, le agarró la mano y le entrelazó los dedos con fuerza. Ella lo observó de reojo y prestó atención a la acalorada defensa que estaba haciendo del cine británico de acción en contra de la factura y el despliegue de medios técnicos de su homólogo americano. Acababa de rodar en Inglaterra una templarios muy realista y plagada de escenas de lucha y batalla, y podía afirmar que trabajar directamente en el barro y con una espada de varios kilos en la mano, era mucho más sencillo que hacerlo en realidad virtual y con un croma a la espalda.

—Los efectos especiales son un reto cojonudo para cualquier trabajo de interpretación —lo interrumpió Kevin Richardson, un actor bastante conocido, con una sonrisa—, a mí me van más los cables y un fondo verde que pasar frío en Lancastershire a las siete de la mañana.

—Será que Michael es un actor más visceral, más sensitivo—opinó Geoffrey Watson, su anfitrión ese fin de semana en el campo, y el prestigioso director que se había hecho cargo de su “Hamlet” en el Globe —, y tú más práctico, Kevin, pero yo creo que todas las opciones son buenas.

—Pues no...

Se desató otra discusión de esas interminables en las que solían enzarzarse los actores y ella miró por la ventana. Fuera estaba nevando y aquello era como un cuento de hadas. Geoffrey Watson, que además de talentoso era muy rico, había invitado a los actores principales de “Hamlet” a pasar el fin de semana en su castillo cercano a Windsor, en el corazón de Berkshire. Un castillo o mansión muy parecida a la que salía en la serie “Downton Abbey”, y que la tenía fascinada. Por supuesto, gracias a la fama y los amigos famosos de Michael, habían visitado varias residencias de ese tipo pero aquella era muy acogedora y les habían asignado una habitación primorosa, estilo años veinte, que la había dejado con la boca abierta.

Lamentablemente, y debido al protocolo, no habían podido quedarse retozando en la cama con dosel toda la mañana del sábado, como les hubiese encantado, sino que se habían levantado a las ocho de la mañana para desayunar en grupo y luego salir a pasear a caballo o a pie por la

propiedad. Solo había montado de pequeña, y no le apetecía entretenerse en la parafernalia de la hípica para disfrutar de la mañana, así que muy abrigada, se despidió de Mike, que sí montaba muy bien, y se dedicó a pasear junto a lady Camille, que era la aristocrática mujer de Geoffrey Watson, y la dueña original de la casa. Una mujer fascinante, amante de astrología y los libros, que le contó un millón de historias sobre su familia antes de interesarse por su gabinete jurídico gratuito en Notting Hill.

A lady Camille la enamoró el proyecto, que Vera le explicó que no era idea suya, sino de unos abogados que lo habían iniciado en los ochenta y que ella solo se limitaba a seguir trabajando por mantenerlo con vida, pero quedó tan fascinada de tener a la mujer de un actor tan singular en su casa, que en un pis pas, empezó a maquinar una serie de iniciativas solidarias con las que poder colaborar.

Se habían pasado la comida hablando de lo mismo, Lady Camille animando a todo el mundo a interesarse por su trabajo y Michael le contó, mientras se cambiaban antes de la cena, que Geoffrey los había invitado a volver lo antes posible, pero solos, porque era muy estimulante tener a personas como ella cerca. Un idea un tanto extravagante que los hizo reír al unísono, dentro de ese cuarto de baño gigantesco que parecía sacado del palacio de Versalles.

Dos semanas después del incidente con Isis todo iba bien entre los dos y no habían vuelto a hablar del tema. Michael pasó página en seguida, como siempre, convencido de que su confesión y su arrepentimiento en el café de Notting Hill habían sido suficientes para que ella lo perdonara, sin imaginarse, ni en sueños, que en realidad había sido Cruz la que había obrado el milagro de tranquilizarla y apaciguar la pena y no él, que seguía estando en cuarentena, porque le costaba olvidar que había besado a esa mujer en su hotel, mientras ella lo esperaba en casa.

No era rencorosa, pero sí recordaba muy bien aquella noche en Camden Town, cuando lo vio al lado de Isis, después de haberse acostado con ella en su propia cama. Cada vez que lo pensaba se le humedecían los ojos, escocía, y le costaba asimilar con normalidad que él había corrido en su socorro, siete años después, con un cheque, a su hotel y había acabado besándola. ¿A quién le podía parecer normal aquello?, a nadie, o al menos a nadie como ella, aunque para Cruz la cosa tenía un cariz muy diferente.

—No llores, calma y buena letra. No pasa nada —le dijo por teléfono

cuando la llamó llorando desde el hotel—, si dice que no pasó nada y solo la besó, yo le creo.

—Me da igual, la besó, a la mujer de su vida y en su hotel, ¿qué puedo esperar ahora?

—Tú eres la mujer de su vida.

—No, ella siempre lo fue y a las pruebas me remito. No tardó ni dos segundos en soltarle la pasta y salir corriendo en su rescate...

—Eso es muy propio de Michael, que va un poco de caballero andante. Precisamente eso te encanta de él.

—Sí, pero no con Isis —soltó un sollozo y Cruz suspiró.

—¿Y qué coño haces huyendo de TU casa y dejando a TU marido a merced de Isis?

—No dejo a nadie a merced de nadie y aunque esté delante, si quiere ponerme los cuernos lo hará... si no lo hizo ya...

—Si dijo que solo la besó, yo le creo.

—Vale... es igual... voy a intentar dormir.

—No, no, esto lo aclaramos tú y yo ahora. Lo primero es que eres una mujer adulta, casada y con un hogar conyugal, no puedes a la primera pelea largarte de casa y no enfrentar los problemas. Tienes que dar la cara y aguantar el tipo allí, en tu salón, y no abandonar el barco, eso no es propio de ti.

—Yo jamás abandono el barco...

—No, claro, cuando se trata de causas racionales, que tú controlas con la cabeza, te puedes pasar días y días guerreando y dando la cara, pero en cuanto te toca el corazón de verdad, agarras carretera y manta. Que nos conocemos, Vera. Mike también te conoce y sabe que tu primera reacción es salir corriendo... hemos compartido notas.

—¿Qué?!, ¿qué coño...?

—Sí, cuando hablamos a tus espaldas.

—Joder, estupendo.

—Es broma, Verita. Quiero decir que los que te conocemos sabemos cómo eres pero, sinceramente, ya no puedes seguir comportándote así, somos adultos. Vuelve ahora mismo a casa y habla con él, míralo a los ojos y créele. Solo ha sido un puto beso, ya sé que tú, que no has tenido más novio que el capullo sueco ese y tu marido, lo magnificas todo pero, cariño, para los demás un beso, o incluso un polvo mal echado, no van a ninguna parte. A veces me preocupa lo princesa Disney que eres.

—¿Qué?!

—No te enfades. Eres lista, piensa, reflexiona y deja de hacer una montaña de un grano de arena, ¿vale? Habla con Michael, al que quieres con locura, cierra este asunto y en paz.

—Vale.

—Promételo Vera si no quieres que vaya a Londres y te obligue a hacerlo.

—Te lo prometo.

Después de eso durmió, se fue a trabajar y él apareció con sus ojos tristes en el café. Fin de la historia, no pensaba ahondar más, aunque se sintiera amenazada por todas las Isis del mundo, debía valorar lo que tenían ellos, que estaba muy por encima de todos los demás.

—¿Cómo demonios sabes eso?! —gritó Jill y Vera volvió de golpe al salón de los Watson. Era muy tarde y ya estaban medio achispados hablando de Tarot, predicciones, regresiones y Mancias varias con Olivia, la hermana de Geoffrey Watson, que se dedicaba a las ciencias ocultas desde los años setenta, y que se acababa de sumar a su tertulia nocturna junto a la chimenea.

—Sé leer en el alma de las personas.

—Jamás le había contado eso a nadie.

—Pues deberías buscar a esa amiga tuya, a la que tanto daño hiciste, y tu vida será mucho mejor.

—Pobre Claire... tienes razón —Jill miró a Vera, que no se había enterado de la misa la media, y le guiñó un ojo.

—¿Y tú, ojos negros?... vaya belleza mediterránea más deslumbrante tenemos aquí —susurró Olivia Watson posando los ojos sobre ella. Vera se puso tensa instintivamente y Michael la agarró por la cintura y la pegó más a él—, tú tienes un vacío que no consigues llenar, aunque lo tienes muy fácil, Vera, ¿no? Vera Saldaña—Kennedy, ya me lo dijiste este mediodía.

—Eso es.

—El vacío está ahí —le señaló el vientre con el dedo donde llevaba un anillo gigantesco y ella sintió un escalofrío—, una mujer bellísima y plena, fértil, que florecerá al máximo cuando la fecunden y dé a luz muchos hijos sanos y hermosos...

—Olivia, no seas pesada —interrumpió la anfitriona y Vera miró a Jill con los ojos muy abiertos.

—Sí, venga —intervino Jill—, mira a mi marido y dime si se convertirá en un gordo calvo y apacible como su padre...

—Vera, puedes salir a la calle y buscar... hay un millón de buenos hombres que querrán fecundarte y darte hijos. No tienes por qué seguir esperando.

—¡Madre de Dios! —Exclamó Mike con su marcado acento irlandés y todos soltaron una risita nerviosa—, estoy aquí, ¿sabes?, soy su marido.

—¡Pues deja que llene su vacío de una vez!

—¡Bien!, déjalo ya, hermana, estas asustando a mis invitados—, Geoffrey Watson se levantó de su butaca y se fue hacia el bar—, ¿alguien quiere un brandy?

—Yo, sí.

—Claro...

—Uno cargadito —soltó James y se levantó seguido por el resto del grupo. Vera no se pudo mover, era imposible teniendo los ojos de esa mujer encima y empezó a sentir unas ganas enormes de echarse a llorar—

—¿De dónde sales tú?, ¿del siglo XVI? —Oyó susurrar a Michael con ese tono desagradable que usaba justo antes de estallar en un enfado monumental.

—¿Cómo dices?

—¿Fecundar?, un término un poco arcaico—, en ese momento Olivia dejó de mirarla tan intensamente y les sonrió.

—Sólo leo en el alma de las personas.

—Pues a nosotros nos dejas en paz —se levantó de un salto, la agarró de la mano y se encaminó hacia las escaleras con paso firme—, es tardísimo, Geoffrey, creo que Vera y yo nos vamos a la cama.

—Claro, buenas noches.

12

—Hola, sexy boy...

—Hola —sonrió oyendo la voz ronca de esa modelo, ángel de Victoria's Secret, a la que había conocido en el estreno de "Hamlet". Estadounidense, concretamente una afroamericana de veinte años espectacular, que había llegado al Globe acompañando a la directora de una prestigiosa revista de modas, y que se le había insinuado desde el minuto uno. Directa y divertida, en otra vida habría acabado tirándosela en el cuarto de baño antes de salir del teatro, pero en el presente, la rechazó con caballerosidad y le dio su número de teléfono. No era cuestión de cerrarse puertas, ni de ser grosero, y además, le enterneció que ella le enseñara su Iphone, donde una foto suya ocupaba el fondo de pantalla—, ¿Qué tal?

—Bien, gracias ¿y tú?

—En una sesión, para una campaña solidaria.

—Genial ¿dónde estás?, ¿puedo ir a verte?

—No, lo siento... esto es privado —levantó los ojos y buscó a su mujer. Vera lo había convencido para grabar un anuncio y posar para la campaña "Salvemos el Ártico" de Greenpeace, que coordinaba su amiguito Björn Persson, y había accedido sin imaginar que el sueco capullo ese estaría presente en todo el asunto.

—Qué pena, me voy mañana a Nueva York, ¿Cuándo te podré ver?

—Es un poco complicado, pero cuando pase por Manhattan te llamo y nos vemos, ¿de acuerdo?

—¿Y esta noche a cenar?, venga, invítame a cenar.

—¿Tú sabes que estoy casado, Candy?

—Bueno, yo... creo que sí... pero es igual ¿no te estabas separando?

—¿Dónde has oído eso?

—No sé, lo leí en algún sitio.

—Totalmente falso, estoy casado y no puedo invitarte a cenar esta noche. Seguiremos en contacto —soltó, localizando a Vera junto a Persson en el pequeño set de grabación—, nos llamamos...

—¿Sexo sin compromiso? —Oyó que susurraba Candy muy sexy pero pasó y le colgó, viendo aparecer a la maquilladora, que se acercaba sonriente a la silla donde lo habían instalado con un café en la mano—, no, por favor.

—¿Qué? —Dijo ella con la brocha en la mano.

—No voy a maquillarme.

—¿Cómo qué no?

—No, es un tema solidario, no un posado para Vogue, así que por favor, aleja eso de mí.

—Sólo para los brillos, un poquito...

—No, he dicho que no.

—¿Pasa algo? —Vera se acercó y lo abrazó por los hombros, él estiró la mano y la asió por la cintura mirándola a los ojos—, ¿eh?

—No voy a maquillarme, ¿ok?, es absurdo para hablar de Greenpeace. No es trabajo.

—Vale —ella le acarició el pelo rapado y le besó la cabeza. Sentir su aliento calentito y suave tan cerca lo tranquilizó de inmediato, deslizó la mano por sus caderas, y ese minivestido marrón tan sexy, y le apretó el trasero respingón—, como quieras.

—Unos polvos y en paz.

—Por supuesto —asintió la maquilladora, Vera se apartó y la mujer le puso una capa de polvos muy rápido y sin entretenerse.

—Muchas gracias.

—De nada.

—¿Ya estamos? —preguntó Björn Persson viéndolos llegar al set y quiso estrangularlo ahí mismo. No era desagradable, pero le parecía un puto gilipollas al que Vera trataba demasiado bien, así que pretendía acabar cuanto antes con eso y largarse de allí antes de terminar estampándole la cara contra la pared—, tenemos el texto en unos carteles, te los irán poniendo despacio ¿te parece bien, Michael?

—¿Cuántas líneas son?

—Tres.

—¿Y crees que no me puedo aprender de memoria tres putas líneas de texto?

—¡Mike! —Vera se giró para mirarlo y él agarró el cartel de un tirón.

—Si te parece mal o quieres hacerlo en otro momento, no hay problema —intervino Persson, haciéndose el comprensivo—, ha sido un atraco traerte aquí en tu día libre.

—Está bien, empecemos... —ladró y se sentó en el taburete, delante de un croma, donde debía hablar del Ártico y de la campaña de Greenpeace por salvarlo, luciendo una camiseta negra con el logo de la ONG. Pan

comido. Encendieron la cámara, respiró y soltó el guion de tres líneas con calma y una media sonrisa. Cortaron e hicieron otra toma en otro tono, así dos veces más y el director dijo ¡corten! Fin de la historia.

—Mil gracias —Björn Persson aplaudió y con él todo el equipo—, ahora te haremos las fotos y...

—Muy bien.

—Gracias, Michael, muchas gracias.

—Ok... de nada.

Llegaron dos fotógrafos con la parafernalia correspondiente y dejó que le hicieran fotos mirando a cámara pero sin perder de vista a Vera, que se alejó del set para saludar a la mujer de Björn, una chica italiana muy agradable que apareció por allí con sus dos hijos para ver cómo les iban las cosas.

La pareja tenía un niño de dos años y un bebé de pocos meses y aunque obviamente no tenía nada en contra ellos, le resultaba incómodo y casi insoportable ver lo felices que eran jugando a las casitas. Vera se los había presentado la víspera, antes de entrar al teatro, junto al Puente del Milenio, donde estaban con sus carritos de bebé charlando de estimulación precoz, lactancia y partos en el agua, con el mismo apasionamiento con el que hablaban de salvar a las ballenas del Ártico. Todo muy normal en los amigos de Vera, hasta que ella cogió en brazos al bebé y después de deshacerse en carantoñas con él, la madre, Sofía, le soltó con una gran sonrisa: “Podría haber sido tuyo, Vera”.

Todos se echaron a reír, todos salvo él, que cruzó una mirada asesina con Björn Persson. El muy cabrón pusilánime lo miró abriendo mucho los ojos, con cara de inocente, encogiéndose de hombros, y él sintió un impulso irreprimible de partirle la cara y tirarlo al río.

Tras el incómodo encuentro había tenido una tremenda discusión con su mujer, ella lo acusó de ser un mal educado y un paranoico, y él acabó negándose a ir a cenar con el grupo de Greenpeace como tenían previsto, aunque no pudo echarse atrás con el asunto de la campaña. Todo estaba preparado y además, sinceramente, quería colaborar con la causa, así que se había levantado temprano en su día libre y ahí estaba, cumpliendo con su palabra mientras Vera hacía todo lo posible por apaciguar los ánimos y tenerlo contento.

—¿Todo bien? —se acercó y le sonrió mientras él se sacaba los polvos del maquillaje con una toallita húmeda.

—Sí y muchas gracias por todo pero deberíamos irnos.

—Nos han invitado a comer.

—Quiero descansar y tengo mucho que estudiar, Vera. Mejor nos vamos ¿ok?

—Me he pedido el día libre —ella dio un paso atrás y lo miró con las manos a la espalda. Llevaba ese vestidito corto y unas botas altas sobre la rodilla que le sentaban de maravilla. Suspiró y se pasó la mano por la cara.

—¿Y?

—Me apetece ir a comer con el equipo, tienen un montón de proyectos nuevos de los que ya no sé nada y...

—Vera... —la agarró del brazo y la apartó para mirarla a los ojos. Björn Persson y su familia se alejaron para charlar con todo el mundo y percibió como ella se ponía tensa—, me quiero ir a casa, pasar el día tranquilo, si quieres comemos en King's Road antes de...

—¿Por qué me haces esto?, en serio, yo trago con todas tus cosas, te acompaño a todas partes, aguanto a todos tus amigos, me gusten o no, y para una vez que me apetece hacer algo a mí, con mi gente, te pasas todo el tiempo refunfuñando.

—Mira, ¿sabes qué?, has lo que quieras, yo me largo.

—Claro y no te olvides de tu amiga Candy, está esperando que la llames.

—¿Qué? —Parpadeó desconcertado y ella le entregó el teléfono móvil.

—Llamó tantas veces que al final tuve que cogerlo y me dijo que se había cortado la llamada pero que seguía disponible para cenar. Que la llames.

—Vera...

—Adiós —se apartó con los ojos húmedos y él la siguió un par de metros, hasta el carrito del bebé de los Persson, cuando ella se inclinó y cogió al niño en brazos besándole la cabeza—. Hola, pequeñín.

—¿Sabes que es una estupidez, no?, esa chica...

—Es igual, me da exactamente igual. Gracias por tu tiempo, ha quedado genial y están muy agradecidos contigo...—contestó abrazando al niño rubito, que en seguida se entretuvo con un mechón de su pelo largo—, yo me quedo por aquí.

—Nena... —vio sus ojos llenos de lágrimas y se quiso morir pero fue incapaz de decir algo coherente. Ella le dio la espalda sin soltar al bebé, que parecía tan a gusto en sus brazos, y oyó como el sueco se le acercaba

alegre, diciéndole unas cuantas chorradas a su hijo.

—Oye Michael, no tengo palabras para agradecer que colaboraras con nosotros —le extendió la mano y él respondió el gesto de manera automática—, va a tener una repercusión internacional enorme. Muchas gracias.

—De nada.

—¿Te vienes a comer?, hemos reservado...

—No, no puede —intervino Vera muy amable y sin mirarlo—, tiene un montón de trabajo y otros compromisos personales, una cena, creo, pero yo sí me quedo. ¿Dónde es, en Covent Garden?, ¿cogemos un taxi o habéis traído coche?

—Cogemos un taxi, ¡Sofía! —Llamó Björn a su mujer y los dos le dieron la espalda para perderse dentro de ese pequeño estudio de grabación.

De pronto experimentó un sentimiento de pérdida concreto, tan real, que se le saltaron las lágrimas, buscó a Vera con los ojos y quiso correr a buscarla pero no pudo. Ella de repente ya no era ella, o no su Vera, muy lejos de él sonriendo y charlando con esa gente, tan a gusto, con el bebé en brazos y el otro niño correteando alrededor de sus piernas.

Ignorándolo.

Firmó un par de autógrafos y se hizo algunos *selfies* con las personas del equipo que se acercaron antes de dejarlo salir y ella siguió sin mirarlo, como tampoco lo hizo cuando al fin cogió la chaqueta y se largó preguntándose qué demonios había pasado.

13

Tuvo que dejar los guiones a un lado y ejecutar la posición del loto a los pies de la cama. A veces el yoga era lo único que le quitaba un dolor o un tirón después del baile y lo intentó sintiendo el muslo demasiado tenso, tal vez debería visitar a un fisioterapeuta, como pensaba Carmen, su maestra de flamenco, o ir directamente al traumatólogo, pero le daba una pereza enorme.

Cerró los ojos e intentó relajarse. El estrés estaba pudiendo con ella y las últimas dos semanas apenas había podido respirar. Afortunadamente el “Hamlet” de Michael estaba funcionando muy bien, las críticas eras estupendas y aunque él disponía de una pequeña tregua en el cine gracias a su paso por las tablas, no paraba quieto. Retomó las clases de dicción, de esgrima, incluso empezó a montar con más regularidad, y decidió volver al boxeo en un gimnasio de Chelsea. Tenía la agenda repleta de entrevistas, citas con directores, productores, guionistas y posados fotográficos varios y ella empezó a temer que el verdadero motivo de tanto ajetreo fuera simplemente la necesidad de evitar estar en casa.

Por supuesto él lo negaba y ella no tenía energía para discutirlo. Llevaban unas semanas muy raras, desde el posado para Greenpeace, la cosa no mejoraba. Por supuesto él se había portado como un niño caprichoso e insufrible delante de Björn. Irascible, celoso, posesivo y borde. Sacó lo peor de su personalidad delante de esa gente tan pacífica y amable, y además, había acabado de arreglarla con su flirteo adolescente y estúpido con esa preciosa modelo de Victoria’s Secret. El sueño de cualquier hombre con sangre en las venas.

Cuando vio la llamada en su móvil, leyó Candy. Es decir, la tenía en la agenda, y aunque en su sano juicio jamás hubiese cogido esa llamada, lo hizo. La chica no dejaba de llamar y ella contestó sin identificarse. Una muy mala idea, sobre todo cuando le soltó, con un acento exasperante y mucha prepotencia, que avisara a Michael inmediatamente de quién lo llamaba, ella le explicó que estaba grabando y entonces espetó: “es que se cortó la llamada y quedamos a medias, dígame que sigo libre para cenar, que me llame. ¿Me ha oído?, que me llame inmediatamente”.

Por supuesto sabía quién era Candy Heines, y no solo porque se trataba de una modelo muy famosa, sino porque se había presentado en el estreno

del Globe vestida para matar y llamando la atención de Michael a cualquier precio. En un corrillo, en el cocktail posterior al estreno, les contó que era fan de Michael Kennedy desde el colegio y que sus amigas se iban a morir de envidia cuando les contara que había estado con él en Londres. Una confesión muy tierna, pero cargada de intención, que compartió con todo el mundo e incluso delante de ella, a la que ignoró ostensiblemente mientras los demás la observaban de reojo. Qué vergüenza.

Estaba habituada al hecho de que mujeres de todas las edades le tiraran los tejos, aun sabiendo que estaba casado, pero a veces la cuestión llegaba a ser un poco ofensiva. Según Jill, la culpa era suya, que no se posicionaba y no marcaba el territorio, pero ella era incapaz de hacer algo semejante y siempre esperaba que fuera Mike el que pusiera los límites, sin embargo, con el paso del tiempo estaba observando, sin poder hacer nada, como la fama de él crecía a la par que su relación con ella, su matrimonio, desaparecía a ojos del gran público. Una circunstancia muy favorable para alimentar su imagen de macho Alpha ligón y rompedor que tanto vendía en todas partes.

Culpa suya o no, el hecho es que estaba sucediendo, cada vez más, y a veces se sentía como un ente extraño que empezaba a estorbar. Jill, que era una prestigiosa periodista semi retirada desde el nacimiento de Saxon, su tercer hijo, le propuso hacer un reportaje para un periódico o una revista femenina, convencida de que debía dejarse ver antes de que la sangre llegara al río.

—¿Qué la sangre llegue al río? —Preguntó sirviéndole una copa de vino —, ¿cómo?

—Un día te pasarán la llave de una habitación de hotel a ti, para que se la entregues a él, pensando que eres su asistente o su manager.

—Ya casi ha pasado.

—Y no deberías permitirlo, Vera, habéis llegado juntos hasta aquí... hagamos una entrevista, la haremos muy cuidada y tengo un fotógrafo estupendo que...

—¿Pero qué voy a contar yo en una entrevista?, es ridículo.

—Os habéis casado jóvenes, vivíais en una buhardilla de mierda hasta que él tuvo su primer éxito. Tú dejaste España por amor, por acompañarlo, has estado con él todo este tiempo apoyándolo, le lees hasta los guiones y Michael Kennedy apenas respira si estás lejos... es una

historia de esas que gustan a todo el mundo, la de la típica pareja que se conoció antes de que él fuera famoso y que ahora disfrutan juntos del éxito, después de tantos sacrificios.

—Hasta que llega el divorcio, él se casa con una modelo de veinte años y se dedica a adoptar niños y perros por medio planeta...

—Ay, Vera, no digas eso.

—No tengo nada que contar en una entrevista, muchas gracias, pero prefiero seguir siendo invisible.

—Podemos hablar de vuestra historia y de paso contar todo lo que haces en el gabinete jurídico, en la iglesia de St. Mary, la cantidad de proyectos solidarios en los que colaboras. Eres una tía brillante y muy interesante, Vera. Además, bailas flamenco, estás estupenda, eres muy guapa y saldrías espectacular en un reportaje fotográfico.

—No, gracias.

—Deberías dejarte ver, no es posible... no deberías permitir... en fin, has lo que quieras, pero si yo fuera tú, dejaría bien claro, en todas partes, que Michael Kennedy es tu hombre.

—¿En serio? —la miró a los ojos y sin saber cómo se echó a llorar. Acababa de pasar lo de Candy Heines y solo le apetecía coger la maleta y regresar a España con su madre—, lo siento.

—No, está bien, vamos, ¿qué está pasando, Vera? —Jill se le acercó y le acarició la espalda—, ¿Qué te pasa?

—No sé, Michael y yo discutimos mucho últimamente, no paran de pasar cosas, se enfada por todo, yo también, y estoy cansada, me temo que no sirvo para esto... yo solo quiero una vida tranquila, hijos... no puedo lidiar con las chicas preciosas que se le insinúan, con sus tonteos inocentes con otras mujeres, con las discusiones y las reconciliaciones. No sé qué me pasa, debo necesitar de unas vacaciones.

—Bueno, es una pequeña crisis, todas las parejas las pasamos y Michael... bueno la fama y el éxito han llegado muy rápido, es normal que tengáis que superar un proceso de adaptación, un ajuste en vuestra relación. Es lo normal pero lo tenéis que hacer juntos, ¿lo entiendes?

—Yo sí pero creo que él no.

—Vera... Mike te adora.

—No lo sé, ya no estoy tan segura.

—¿Cómo qué no?, ese tío es un inútil sin ti... te necesita como respirar... si no sabe hacer nada si tú no estás cerca.

—Eso lo puede solucionar con una buena asistente y con Blanche.

—Vera...

—Soy la mejor *road manager* del planeta, lo dice Cruz continuamente, creo que tiene razón y es muy triste.

Aún se arrepentía de esa charla porque solía no comentar asuntos tan personales con nadie, pero la había pillado en un momento pésimo y necesitaba hablar. Cruz se ponía hecha un basilisco si se enteraba de que estaba mal o triste y prefería mantenerla al margen y con Michael... con él era del todo imposible dialogar. Todo lo quería arreglar con besos o con el sexo, con mensajitos de amor en el móvil o regalos caros, y para evitar más tensiones, se había propuesto evitar conflictos, relajarse un poco y esperar a que las cosas se equilibraran solas.

Jamás en su vida había adoptado esa posición de pasividad total con respecto a nada, pero sentía que no había otro camino. Quería a Mike, estaba enamorada de él y como decía Jill, debían reinventarse, adaptarse, y lo harían juntos, aunque le costara lágrimas de sangre. Eso era el matrimonio, decía su abuela Teresa, sacrificio y paciencia, y estaba dispuesta a seguir luchando.

Se estiró en la cama un segundo y volvió a la posición del loto intercambiando las piernas. Le seguía doliendo el aductor y se arrepintió de no haber pasado a urgencias después de ver a su ginecóloga. Esa misma tarde había ido a la clínica para una revisión rutinaria y, tras acatar su orden facultativa de abandonar por una temporada los anticonceptivos orales, se fue corriendo a casa, aguantando las molestias en la pierna. Con lo fácil que hubiese sido pasar por urgencias.

Volvió a respirar hondo y pensó en la charla telefónica que había mantenido con Michael tras su paso por la ginecóloga y sonrió. Él estaba a una hora de entrar en escena y se hizo el indiferente cuando ella le comentó lo de las pastillas anticonceptivas. No pasa nada, pequeña, le dijo con esa voz ronca suya tan controlada, aunque no se relajó hasta que le contó, como si tal cosa, que había comprado preservativos y un diafragma en la farmacia y que estaban cubiertos. En ese momento Michael Kennedy volvió a respirar y ella prefirió ignorar el momentito de pánico y seguir con sus cosas.

—¡Vera! —lo oyó entrando al dormitorio y dio un salto. Casi se había dormido meditando y miró la hora, las diez y media de la noche—, ¿Qué pasa, nena?

—No te oí llegar, ¿qué tal?

—Bien ¿y tú? —le besó la cabeza y tiró encima de la cama una bolsita de la farmacia. Vera la miró y se puso de pie—, ¿te sigue doliendo el aductor?, cuando venga mañana Bruce dile que le eche un vistazo, tal vez se cure con un simple masaje.

—Vale... ¿y esto que es? —Cogió la bolsa de papel—, ¿estás enfermo?

—Espermicidas... —entró al vestidor y comenzó a desnudarse mientras ella sentía un frío helado bajando por la espalda—. Es un poco engorroso, pero son bastante efectivos y así me quedo más tranquilo... no quiero correr riesgos... ¿Vera?...

Ofendida, humillada, rechazada, dolida... no sabía muy bien cómo se sentía, pero principalmente dolía una barbaridad. Dejó la bolsa encima de la cama y bajó las escaleras con el llanto subiéndole como una catarata por la garganta, llegó a la cocina, agarró el abrigo y salió al patio intentando aclararse y respirar. Los sollozos no tardaron en llegar y buscó un pañuelo desechable para tranquilizarse pero no sirvió de nada. Lloraba y lloraba sin parar, sin ningún sentido, y cuando él apareció con cara de pregunta, ella solo atinó a susurrar con dificultad.

—Me voy a Madrid el fin de semana, necesito ver a mi hermana y desconectar.

14

—¿Hijos?, ¿para qué? —Preguntó a James y a Jill, que lo estaban sometiendo al Tercer Grado en el salón de su casa.

—¿Por Vera?

—¿Ella?, ella es muy joven, tiene veintiocho años.

—Es igual, se casó contigo a los veintidós y ya entonces quería tener hijos.

—Mirad, me ha encantado la cena, pero creo que me voy a casa —se puso de pie y Jill lo agarró de la manga y lo devolvió a su sitio.

—Si no haces algo para hacer feliz a tu mujer, la perderás.

—¿Qué?!... ¡señor!

—Habla en serio —opinó James apoyándose en el respaldo del sofá. Vera se había largado a Madrid hacia tres días, Jill le había comentado la pequeña charla que habían tenido y solo intentaban ayudar, aunque conociendo a Michael, cualquier esfuerzo en ese terreno carecía de sentido.

—A menos que ella tenga razón, te de igual y un divorcio es lo más conveniente.

—¿Ella?, ¿Qué dice ella? —Sintió un vuelco en el corazón y parpadeó muy incómodo—, ¿Qué coño de divorcio?

—Vera cree, cada vez con más certeza, que acabaréis divorciados. Está agotada y la veo fatal, ¿Qué demonios piensas que hace en Madrid?, ¿macramé con su abuela?

—Le debían unos días de las vacaciones y...

—Y se larga a casa para estar con su familia.

—*Esta* es su casa, simplemente...

—Vale, es igual que hablar con una piedra. Lárgate si quieres, Mike... —soltó Jill y James miró a su amigo moviendo la cabeza.

—Solo queremos ayudar, somos amigos, os queremos a los dos, y es cierto que ella no está en su mejor momento. Si no te das por enterado es que eres gilipollas, tío.

—Vera... —recordó aquella última noche, cuando la pilló llorando a escondidas en el patio. Sus silencios, más largos de lo normal, lo poco que hablaban por teléfono últimamente, las tensiones e incluso las discusiones por culpa de Björn Persson o Candy Heines, y se le heló la

sangre en las venas —. Está agotada, me dijo que necesitaba desconectar, nada más y yo... no podía retenerla.

—Sí y me parece genial, necesita un poco de calor de hogar y lo busca en su familia, estupendo... aunque si yo fuera tú, me preocuparía.

—¿Por qué?, ella está muy unida a su hermana.

—Claro, Mike, genial —repitió Jill—, me parece perfecto.

—Creo que estáis exagerando. No pasa nada grave y en cuanto vuelva veréis que todo sigue su curso.

—Tú mismo.

—Además, si de verdad existiera un problema serio, de pareja, y ella está pensando en dejarme, no creo que los hijos solucionen nada.

—No se trata de solucionar, se trata de darle lo que ella busca y sueña desde hace años. Si se le cae la baba con nuestros hijos o con los hijos de los amigos, ¿no tienes corazón?, ¿no ves cómo es Vera con los niños? A mí se me parte el alma en dos cuando la observo con un bebé en brazos — se le quebró la voz y James le agarró la mano—, hasta ahora todo gira en torno a tu carrera, tu vida, tus neurias y necesidades, ¿qué demonios pasa con ella?

—Ella y yo lo hemos hablado mil veces, lo tiene claro, ahora no, pero en un futuro podrá quedarse embarazada y...

—¿Por qué ahora no?

—Porque tenemos una vida de locos, cientos de proyectos, viajes...

—Tú tienes una vida de locos, ella trabaja de nueve a cinco.

—Es igual, tampoco es plan de que esté sola con un hijo mientras yo...

—Sólo te digo una cosa, Michael, como sigas siendo un cabrón egoísta y frío la vas a perder y créeme —se levantó muy aireada—, no volverás a encontrar en tu puta vida a alguien como ella. Lo sabes tú y lo sabemos todos los demás. Podrás empezar a tirarte a todas esas tías buenas que te persiguen, pero ninguna de ellas será jamás como tu mujer, lo sabes... y acabarás teniendo hijos desadaptados con cualquiera, con alguna de esas locas e inconscientes que te gustaban tanto, mientras Vera, que es un diez, podrá rehacer su vida con un tío de verdad, que la adore y que esté como loco por darle hijos y el hogar que se merece...

—Ya vale... —susurró James viendo los ojos de Michael y Jill lo esquivó y respiró hondo.

—Al final la hermana bruja de Geoffrey Watson va a tener razón y lo que tiene que hacer Vera es precisamente eso, salir a la calle y buscarse a

otro. No sé ni para qué me molesto en advertirte nada, ella es mi amiga, y lo mejor que le puede pasar es encontrar a otra persona.

—Jill, joder, no te pases.

—A tomar por culo —soltó ella levantando el dedo corazón y desapareciendo hacia las escaleras.

—Tío... —James lo llamó, pero él no se podía ni mover—, ¿quieres un whisky?

—Me voy a casa —se puso de pie sintiendo todo el peso del universo sobre los hombros y caminó despacio pensando en que Jill, con toda su mala leche, en el fondo tenía razón. No había nadie como Vera y si la perdía, perdería irremediablemente la razón. Si eso sucedía, acabaría pegándose un tiro mientras ella, que era un diez, acabaría con un tío estupendo, una casa llena de niños y varios perros correteando por allí.

—Michael, tío, ¿estás bien?, ya sabes cómo son las mujeres y es que Jill adora a Vera y...

—Buenas noches... —afortunadamente no estaba siendo un marzo muy frío y sin abrigo, decidió caminar un rato por el barrio, para despejarse y pensar. Llegó a King's Road y recorrió la calle un par de veces, sintiéndose un huérfano desgraciado, antes de decidirse a coger el teléfono y suplicar—, Nena...

—¿Qué pasa?, es muy tarde ¿estás bien?

—Te echo mucho de menos —se echó a llorar y Vera suspiró incómoda—, si no vienes ahora, me voy a buscarte.

—Michael...

—Sé que a veces soy un cabrón insufrible pero no puedo estar sin ti, Vera, por Dios, te lo suplico, vuelve a casa.

—Vuelvo el sábado, solo llevo fuera tres días. ¿Qué te pasa?

—No puedo esperar cinco días más.

—¿Ha pasado algo?

—Te necesito —la voz apenas le salía y se sintió idiota—, si no vienes, pido un suplente, planto a Hamlet y me voy a Madrid.

—Me estás asustando.

—Simplemente te quiero y quiero verte.

—Ok —suspiró y él detuvo el paso—, voy a ver si puedo volar mañana aunque...

—Te amo ¿lo sabes?

—Sí...

—¿En serio?, ¿de verdad lo sabes?

—Mira, no sé qué te pasa pero me estás preocupando, ¿dónde estás?

—En la calle, he cenado con James y Jill.

—¿Y pasó algo?

—No, pero necesito verte, necesito que vuelvas a casa.

15

Aterrizó en Heathrow sin batería en el móvil y se sintió igual que su teléfono, sin energía. Había sido del todo imposible recargar pilas en Madrid, en solo tres días y medio, y con Cruz despendolada del todo con Cillian McBride en su casa. No tenía ni idea de que uno de los mejores amigos de Michael estaba allí y cuando se lo encontró tomando café en el salón de su madre, casi le da algo.

Cillian, a sus treinta y siete años, estaba separado y tenía dos niños pequeños. Un apacible e inteligente ingeniero en telecomunicaciones, muy atractivo, que se había casado a los veintipocos con su primera novia y que acababa casi de divorciarse y de respirar en libertad cuando la loba de su hermana le echó el guante. Una pena. Ya le había advertido que lo dejara en paz pero ella, a la que le encantaba llevar la contraria a todo el mundo, se había empeñado en enamorarlo e incluso lo tenía en Madrid de vacaciones. Una novedad que no había mencionado en ninguna de sus continuas llamadas telefónicas. Era sospechoso y Cillian, embobado con Cruz, la saludó tan contento, pleno y feliz, sin imaginarse ni en sueños que Cruz Saldaña no tenía ni la más mínima intención de comprometerse con él o hacer durar el romance demasiado tiempo.

Sin ganas, ni espíritu de intermediación alguno, decidió pasar de Cruz y apenas habían podido charlar. Ella ya no vivía con su madre, sino en un piso de la Calle Toledo, y aunque su primera intención había sido instalarse allí para desahogarse y descansar, con Cillian de por medio fue imposible, y acabó en casa de su madre, charlando con ella y con su abuela, que la regañó mil veces por estar tan delgada, ojerosa y sin ninguna intención de darle bisnietos a pesar de llevar casada más de seis años: “¿Qué estáis esperando?, ¿qué me vaya al otro barrio? No tienes perdón de Dios, Verita”.

Ese había sido el panorama y ya estaba de vuelta en Londres con la sensación de no haberse ido nunca. Durante el viaje de ida analizó su última crisis por culpa de los espermicidas y determinó que había sido una estupidez. Últimamente todo le afectaba y la ofendía y obviamente él no había pretendido ofenderla comprando aquello, desde su punto de vista era un anticonceptivo más, punto. No trataba de hacerle daño, por supuesto que no, y pisó Madrid convencida de que con los años se estaba volviendo

tan dramática como toda la estirpe femenina de su familia materna. Una pena.

Al menos aún le quedaba una pizca de sentido común y había podido reconducir la situación. Volvía precipitadamente por culpa de las neurias de Michael, pero volvía más tranquila y con la clara intención de pensar antes de echarse a llorar o sufrir por cualquier minucia. Ya estaba bien de tanto drama, con un actor tenían más que suficiente en la familia.

—¡Vera!

—Hola —vio a Blanche esperándola en la zona de salidas y se acercó a ella sonriendo—, ¿qué tal?, no tenías que venir, pensaba coger un taxi...

—¿Has visto la revista?, ¿no te han inundado a llamadas telefónicas?

—No tengo batería, ¿Qué ha pasado?

—Escucha, son fotogramas de “Acero Negro”, se han filtrado y las han publicado como el romance de la temporada —giró la revista que tenía en las manos y Vera pudo ver la portada donde aparecía Michael besándose con Rosaline Freeman—, ya se ha mandado un comunicado de prensa a todo dios, por supuesto se ha aclarado en todas las redes sociales de Mike... Vera...

—Vamos, me muero de hambre —comentó con un agujero enorme abriéndosele en el pecho—, ¿has traído coche?

—Son imágenes de la película, Vera. Fíjate bien.

—No quiero verlas, película o no, sigo siendo incapaz de ver a mi marido besándose con otra ¿sabes?

—Ok, de acuerdo... —Blanche le quitó la maleta y caminó con ella hacia la salida—, no saben qué ha pasado. Yo sospecho que el propio departamento de marketing las ha filtrado, es una publicidad enorme. Lo que no previeron fue que esta revista entrara al trapo y acabara sacando en portada a la parejita del año.

—Lo que a mí me intriga siempre es que nadie tenga en cuenta, ni por un segundo, que Mike está casado.

—Bueno, ya sabes cómo va... ni se molestan porque son dos estrellas, hacen una pareja espectacular y... vale... —llegaron a la salida y apareció un coche con chófer, se subieron y Vera decidió mirar por la ventana sin hablar, porque ya estaba otra vez ahí esa sensación de agobio total impidiéndole respirar—, lo siento, he dicho una estupidez. Mejor pasando. ¿Qué tal en casa?

—Ha sido muy corto, necesitaba quedarme al menos un mes.

—Claro. Y gracias por lo de Australia, estamos todos encantados.

—Yo no hice nada, las modificaciones del guion me parecieron muy interesantes y di mi opinión.

—¿Pero le has prometido ir?

—Tiene que incorporarse al rodaje a finales de julio y yo tengo veinte días de vacaciones en agosto. Me apetece ir a Sídney.

—¿Y es cierto que se viene Cruz?

—Sí, Michael la ha invitado.

—Pues genial, será estupendo, si todo marcha bien a finales de septiembre ya estaremos de vuelta.

—Sí... —sonó el móvil de Blanche y ella contestó, saludó a Michael y se lo pasó.

—Hola.

—¿No tienes teléfono? —fue su saludo y ella suspiró.

—No tengo batería.

—Ok, ¿cómo estás? —Puso esa voz de terciopelo que en otra vida la hubiese hecho cruzar océanos a nado y respiró hondo.

—Sigo estando cansada, creo que tengo anemia o algo así, mi abuela opina lo mismo.

—He hablado con tu madre, me llamó por esa mierda de revista, como no te localizaban...

—Vale.

—¿No te habrás enfadado por eso?, ya está todo controlado.

—Ya no sé ni por qué vivo enfadada —soltó y miró por el rabillo del ojo la cara que estaba poniendo Blanche—, es igual, ¿estás bien?

—Ahora sí. Si llegas pronto, tendremos dos horitas para los dos solos, ¿eh?... ¿nena?

—Me muero de hambre y estoy muy cansada.

—Maravillas dejó un salmón al horno, te haré una ensalada ¿vale?

—Gracias.

—¿Vera?

—¿Qué?

—Te amo.

—Yo también.

16

Fiesta de cumpleaños adelantada, genial. Miró el local lleno de gente y sonrió por Vera, porque ella se había molestado en organizar una fiesta de cumpleaños en lunes, para que todos sus amigos actores pudieran ir, los compañeros de Hamlet, con los que cerraba esa semana una mini temporada excepcional en el Globe, y también para los amigos de Irlanda, que habían tenido la deferencia de viajar a Londres para saludarlo y celebrar su día con él.

En realidad su cumpleaños era el 2 de abril, pero como caía en miércoles, Vera lo organizó todo para el lunes 31 de marzo y daba repelús. Su abuela le había dicho toda la vida que celebrar el cumpleaños con antelación daba mala suerte y como buen actor, era supersticioso, así que hizo todo lo que pudo por anular la idea, pero fue imposible y tuvo que tragar con la dichosa ocurrencia y participar de la fiesta con la mejor disposición. Para que luego dijeran que era incapaz de hacer algo por Vera. Era capaz de todo por ella, incluso de celebrar su cumpleaños, conscientemente, dos días antes de lo que correspondía.

La vio cerca de la barra y casi le da un soponcio. Se había puesto unos pantalones de vestir negros muy ceñidos, de talle bajo, y una blusa de seda negra, de corte varonil, sin sujetador. No llevaba sujetador y tuvo una erección instantánea cuando giró sobre sus taconazos y caminó hacia él sonriendo. Pensó que era la segunda vez que la veía salir a la calle sin ropa interior y carraspeó intentando ahuyentar la idea de empujarla contra la pared y hacerle el amor delante de todo el mundo.

—Hola, cumpleañosero, al fin llegas —se acercó, y sentir su aroma a jazmín y su aliento tibio justo antes de besarlo en la boca, acabó por descolocar—, ¿Qué haces?

—¿No llevas sujetador? —subió las manos disimuladamente por su cuerpo y le rozó los pezones con los pulgares. Vera dio un respingo y se separó de él—, ¿has sido capaz de salir así a la calle?

—Llevo sujetador, es uno muy fino de encaje, no tiene aros y... pero bueno —protestó, poniéndose el pelo suelto detrás de la oreja—, ¿Qué clase de conversación es esta?

—Estás buenísima —la sujetó por la cintura y le plantó un beso de verdad, húmedo y con la boca abierta, que acabó con los aplausos del

personal que los rodeaba—, madre mía, Vera, un día me provocarás un infarto.

—Qué bruto, en serio... saluda y pórtate bien o te castigaré sin postre... —se apartó de él y lo dejó a merced de los amigos que se acercaron para saludar y palmotearle la espalda.

Estaba todo el mundo, incluso el bueno de Cillian McBride, que había aparecido en Londres del brazo de Cruz. Saber que estaban juntos ya le había hecho gracia, pero verlos en directo, tan acaramelados y cariñosos, le produjo una sensación extraña. Cillian siempre le había dicho que le encantaba Vera, que era la chica más guapa que había visto en toda su vida, y al parecer había conseguido su propia versión de Vera en Cruz, que era muy parecida a ella, aunque con ese estilo más desenvuelto y agresivo que conseguía meter en cintura a cualquiera, también a su amigo Cillian, que parecía completamente prendado de ella.

Solo esperaba que no le hiciera mucho daño cuando acabara dejándolo, y pretendía decírselo en cuanto estuvieran a solas. No sería el primer colega suyo que se ligaba y luego desechaba sin explicaciones, no, pero Cillian era diferente, un buenazo, un padre de familia honorable y sencillo, y no pensaba tolerar que lo triturara a su antojo, como siempre hacía, con todos los capullos ingenuos que caían en sus manos.

—¡Feliz cumple! —Cruz se le acercó y le dio dos besos.

—No es mi cumpleaños, aún faltan dos días.

—¡Joder, que pesadito!

—Ya, oye... cuidadito con Cillian McBride.

—¿Por qué?, que yo sepa es un adulto responsable ¿o no?

—Cruz, que nos conocemos...

—Mira quién fue hablar, el rey de las camas.

—¿Qué?

—Nada, cuñado, que callado estás más guapo. Hola, James —saludó al actor que se acercó con una pinta en la mano—, ¿es guapo el local, no?

—Sí, y el catering es espectacular.

—Todo genial y mucha comida española, hay un jamoncito de cine... —opinó ella saludando a la gente con la mano—, madre del amor hermoso ¿y esta qué hace aquí?...

—¿Quién? —se giró hacia la puerta y primero vio entrar a un par de compañeros y detrás de ellos a Rosaline Freeman en persona. Iba vestida de leopardo, con el pelo largo y liso, como si llevara peluca, y antes de

poder reaccionar, la tenía encima buscando su boca—, eh, eh, ¿adónde vas?

—Un saludito al cumpleaños... —Lo agarró por el cuello e hizo otro intento de besarle en los labios, pero él dio un paso atrás.

—Oye, tía loca, que su mujer está ahí mismo —soltó Cruz muy seria y Rosaline la miró de reojo.

—Venga, Micky, un besito, se supone que somos la pareja del año —lo agarró por el cuello y levantó el móvil para immortalizar el momento. Él sintió el flashazo pero evitó mirarla a la cara—, un piquito no va a ningún lado, qué aburrido... juntos, celebrando tu cumple en Londres, ahora seguro que seremos *trending topic* mundial.

—Tú estás muy loca, muchacha —insistió Cruz y él se giró buscando a Vera. Estaba observándolo de lejos, con los ojos abiertos como platos, pero en cuanto percibió que la miraba le dio la espalda, así que se apartó de Rosaline y la fue a buscar de dos zancadas.

—Nena... —la sujetó por el abdomen y ella se apartó de un salto.

—¿Qué hace ella aquí?

—No lo sé, obviamente no la he traído yo.

—Quiero que se vaya.

—Vera —le acarició la mejilla con el pulgar y ella le quitó la mano de un manotazo—, ¿qué haces?

—Es mi fiesta, al menos yo la he organizado, y no la quiero aquí... —se le humedecieron los ojos, o eso le pareció, y sintió como se le caía el alma a los pies—, por favor.

—Si la largo a la calle será peor.

—Para mí no.

—Vale, le pediré a alguien que se la lleve, yo no pienso volver a hablar con esa mujer.

—Da igual, vuestra foto ya está en todas partes —se tocó el móvil que llevaba en el bolsillo del pantalón, y él se pasó la mano por la cara.

—Oye, yo no tengo culpa de nada.

—Lo sé, solo sácala de aquí.

—Muy bien —se giró y vio a Blanch, la llamó con la mano y le pidió que mandara a Rosaline y a su grupo de paseo. Blanch asintió mirando a Vera de reojo y acto seguido se fue a buscar a su presa con mucha energía —, ya está.

—Es una pesadilla, en serio.

—Porque tú lo permites, esa tía está a años luz de nosotros. Ven aquí — la abrazó y se inclinó para buscar esa boquita deliciosa que tenía. Vera se resistió un poco pero al final consiguió besarla y atraparla contra la pared para acariciarle el trasero y meterle la mano por debajo de la blusa como un adolescente salido. Tan salido, que ella acabó echándose a reír sobre su boca—, salgamos de aquí.

—No, no seas niño.

—Voy a romper los pantalones, tú verás.

Lo miró a los ojos, lo agarró de la mano y se lo llevó por un pasillo solitario, hacia la zona de administración de ese local de Notting Hill que le habían alquilado para el evento. Al parecer lo conocía lo suficiente como para saber que había oficinas y cuartos de baño en la parte trasera. Entraron a una especie de despacho principal, que tenía unos servicios muy grandes y modernos, y cerraron la puerta con seguro sin encender la luz. Vera al fin se volvió hacia él, lo miró a los ojos y se lanzó a besarlo con ansiedad.

Le abrió la blusa y atrapó sus pechos con las dos manos, sintiendo una erección monumental, acto seguido le desabrochó el sujetador, que llevaba cierre delantero, y le mordió los pezones mientras intentaba sacarle las botas y los pantalones con una mano. Ella ayudó un poco y en dos segundos la tenía en braguitas, esos preciosos *culottes* de encaje que solía llevar y que la hacían aún más sexy, si eso era posible. Los observó un buen rato, ensimismado en el vientre tenso y precioso de su mujer, se los arrancó, la cogió en brazos y la empotró contra la pared.

—Oh Señor —Susurró ella mientras la penetraba una y otra vez, deteniendo el ritmo cuando le convenía, y volviendo a lanzarse a un balanceo demoledor mientras se besaban y se mordían y ella le arañaba la espalda por encima de la camisa—, dime una cosa.

—¿Qué? —le apartó el pelo oscuro y largo de la cara y pegó su frente a la suya.

—¿Por qué soy yo la que siempre acaba sin ropa?

—Porque tienes una piel deliciosa.

—Y tú también.

—Vale —la apoyó en la pared y se arrancó la camisa sin ningún problema—, ¿mejor?

—Perfecto. Te quiero.

—Y yo más, creo que es imposible que te quiera más —se movió y ella

soltó un gemido profundo—, no creo que pueda esperar...

—Ni yo... pero Michael —le agarró la cabeza y lo obligó a mirarla a los ojos—, no tenemos preservativos.

—No pienso correrme fuera de ti.

—Y yo no quiero que te corras fuera de mí... —le clavó esos ojazos negros espectaculares, se acercó y le plantó un beso despacito que dio paso a la locura total, y final, de ese polvo magistral que lo dejó sentado frente a ella, con un pitillo en la mano, observando muy interesado como se vestía e intentaba recuperar la normalidad—, ¿Qué miras?

—A ti, eres preciosa, Vera, cada día más.

—Ya me tienes muy vista —encendió la luz y trató de peinarse con los dedos delante del espejo.

—Eres la chica más sexy que conozco.

—Ya, sí... —se echó a reír y le guiñó un ojo a través del espejo—, espero que tu amiga Rosaline se haya largado o voy a echarla a patadas, te lo advierto.

—Vale, será divertido ver eso.

—¿No conoces a mi hermana?, las dos juntas podemos llegar a ser muy macarras.

—Güau, que sexy —recorrió con los ojos ese trasero espectacular enfundado en esos pantalones tan elegantes y suspiró—, aunque no usáramos preservativo creo que es muy pronto para meter la pata ¿no?... dejaste las pastillas hace menos de un mes y creo que el periodo de carencia es...

—¿Qué? —Se volvió y lo miró de frente, en seguida supo que había sido un error mentar aquello y se puso de pie.

—Nada, nena, locuras mías. Volvamos a la fiesta, tengo hambre —se inclinó y quiso besarla en la boca pero ella dio un paso atrás y lo dejó colgado—, Vera...

—¿Me podrías decir que pasaría si por casualidad, algún día, “metiéramos la pata”? —Hizo el gesto de las comillas y él frunció el ceño.

—¿Qué pregunta es esa?

—Una que me hago de vez en cuando.

—Pues no lo sé —estiró la mano y le acarició el pelo—, si sucede ya veremos.

—¿Qué veremos?

—Joder, Vera... no quiero hablar de esto ahora.

—Ahora ni nunca y me duele un montón.

—¿Por qué te duele?

—Porque no eres un tío al que acabo de conocer en una discoteca o un novio intermitente al que veo de vez en cuando...

—Vera...

—Después de ocho años de relación y seis de matrimonio ¿cómo crees que me sienta que hables de periodos de carencia o de “meter la pata”...? ¿eh?... sabiendo, además, que yo quiero un bebé.

—Vale, está bien —si volvía a oír hablar de hijos o rollos similares se pegaría un tiro, así que trató de no entrar al trapo y abrió la puerta—, tienes razón, lo siento. ¿Volvemos a la fiesta?

—Vuelve tú, necesito un minuto...

—Nena...

—Déjame un rato, ¿quieres?, necesito estar sola —lo empujó fuera y cerró nuevamente la puerta con pestillo, él suspiró y soltó sin poder evitarlo.

—Tú madre tiene razón, a veces es imposible mantener una charla normal contigo.

17

—¿Vera, estás bien?, ¿por qué no te vienes con Paul y conmigo a casa?
—Grace se acercó y le acarició el brazo—, preparamos algo de cenar y nos desahogamos un poco.

—No, gracias, en serio. Solo me apetece ver a Michael, darle un abrazo y desconectar del todo.

—Claro, buena idea, hasta mañana.

—Adiós.

Su compañera, coordinadora del gabinete jurídico y una de sus mejores amigas en Londres, cogió la mano de su marido y desapareció, ella dio su dirección al taxista y se subió al vehículo con el peso del universo entero sobre los hombros. Dos días después del cumpleaños de Michael, cuatro tras su sonada fiesta en Notting Hill, Sean O'Connell, el exmarido de Anne, una de sus clientas más antiguas, cogió un hacha, entró en su antiguo domicilio conyugal y degolló a su exmujer delante de sus dos hijas menores de edad.

Una verdadera carnicería en un bloque de viviendas de una de las zonas más deprimidas de Londres. Anne O'Connell había firmado el divorcio hacia tan solo un mes, tras dos años de denuncias contra su marido, órdenes de alejamiento y mediación familiar, que nunca sirvieron para nada y que habían motivado que ella iniciara un proceso de divorcio rápido y sin más contemplaciones.

Aún le daba escalofríos recordar a ese tipo amenazándola en su última cita de conciliación, en Elephant & Castle. Había sido aterrador, como aterrador era pensar que tal vez por su culpa ese individuo había optado por asesinar a la pobre Anne, cuando vio que el divorcio era irreversible y que no podía hacer nada por solucionarlo. Esa había sido su venganza, entrar en casa y matarla, tal como había prometido mil veces.

Una tragedia. Era la primera vez que se enfrentaba a algo semejante y les había tocado ocuparse de todos los detalles jurídicos del caso y también de los humanos, porque había dos niñas de por medio a las que proteger y poner en manos de sus familiares más cercanos, mientras se desataba a su alrededor una enorme expectación mediática. No en vano era el último caso de violencia doméstica que venía a engrosar una larga lista de casos similares en el Reino Unido, y todo el mundo quería detalles y hablar de

ello.

Se habían pasado todo el día trabajando en esa zona de viviendas de Tottenham, tratando con la policía, los asistentes sociales, los psicólogos, la familia, los vecinos y solucionando detalles de última hora, pero finalmente habían logrado que Bridget y Margaret, las dos hijas de la víctima, desaparecieran del foco mediático y su tía materna se las llevara a Reading. Un primer paso para seguir con todo lo demás, pensaban personarse como acusación particular contra el asesino y procurar que se pudriera en la cárcel, así como conseguir pensiones y subsidios de todo tipo para que a las niñas no les faltara de nada. Incluso pensaban becarlas, a cargo del gabinete, para que continuaran sus estudios con total normalidad.

Tenían mucho que hacer, pero lo harían a partir del día siguiente, después de darse un baño, cenar y abrazar a sus familias. Estaban destrozadas, ella no había parado de llorar a escondidas, superada a ratos por ese inmenso drama que no había sido capaz de evitar, y aunque Grace y todo el quipo pensarán que a ese individuo no había fuerza humana que lo detuviera, no conseguía dejar de sentirse responsable.

En medio del drama llamó a Michael varias veces pero él no contestó. Acabado “Hamlet” ya estaba inmerso en su nueva película, una cinta histórica que iban a rodar en Malta, con un director muy famoso y muy prestigioso que había decidido reunir todo el elenco en Londres para hablar del guion y hacer una “mesa italiana”³ pausada y tranquila, antes de viajar todos juntos a la isla mediterránea.

Él estaba muy entusiasmado con el proyecto, admiraba muchísimo al director y tenía pocos ojos para otra cosa, pero sabía lo que había pasado con Anne O’Connell, sin embargo, no cogía el móvil y antes de salir del despacho lo llamó y le dejó un mensaje pidiéndole que la llamara o que al menos fuera a casa temprano para cenar: “Mi vida, solo quiero verte, estar contigo y pensar en otra cosa, por favor, a ver si puedes llegar pronto”, le pidió, pero seguía sin dar señales de vida.

—Hola —al fin la llamó y ella contestó viendo el atasco que el taxista intentaba capear con bastante malas artes—, ¿Qué haces?, te he llamado mil veces.

—Lo sé, lo siento, pero es que no te imaginas todo lo que hemos estado repasando, es la hostia, Vera, este tío es la hostia, estamos exactamente en la misma sintonía y me tranquiliza un huevo, es maravilloso trabajar con

alguien así.

—Me lo imagino, ¿vienes a cenar?

—No, estamos en su casa y han encargado la cena. No me esperes despierta.

—Pero Mike... —se echó a llorar y buscó un pañuelo desechable en el bolso—, he tenido un día horrible, no te imaginas...

—¿Por qué lloras?

—¿Por qué lloro?, me he pasado todo el día con el asunto de mi clienta asesinada ¿sabes?...

—No deberías tomarte todo tan a pecho, todos tus casos son unos dramas inconmensurables y si te involucras de este modo, acabarás destrozada.

—Hoy estoy destrozada.

—Es trabajo.

—Anne O'Connell, la mujer a la que su marido degolló anoche delante de sus hijas, no era solo trabajo, era una persona con la que llevaba trabajando dos años y a la que seguramente, estos últimos meses, he visto más que a ti.

—Vale, nena, lo siento —suspiró y ella oyó el revuelo que lo rodeaba—, lo siento mucho. Sé cómo te sientes pero no llores... ¿vale?, no me llores.

—No quiero estar sola precisamente esta noche, ¿no puedes escaparte y venir a cenar conmigo?

—Joder... —bufó y lo oyó aceptar una copa o algo parecido—, ¿por qué no llamas a Jill?, yo es que lo tengo fatal, en serio. No puedo largarme en medio del proceso, no es solo una cena, es trabajo.

—Ok, adiós.

—Nena...

Le colgó y apagó el móvil. Ni una puñetera cena se podía saltar, estupendo. Se sonó y trató de tranquilizarse pero tenía muchísimas ganas de llorar. Se bajó del taxi y entró en su enorme y solitaria casa arrastrando los pies. Ni siquiera encendió las luces, subió al cuarto de baño y se metió en la bañera llorando a mares por Anne O'Connell, por sus hijas, por su familia y por ella misma. A veces era dolorosamente consciente de que estaba muy sola, y no porque Michael viajara y trabajara fuera, no era eso, era una soledad muchísimo más profunda, muchísimo menos racional, y aquello la partía por la mitad.

Cuando al fin pudo levantarse y salir de la bañera, se puso un pijama y se

metió en la gran cama. En la televisión no había nada agradable y en un programa de cotilleos que pilló, seguían hablando de la noticia de la semana: la celebración de cumpleaños de Michael Kennedy en Londres, a la que había asistido su “parteneire” Rosaline Freeman, lo que venía a confirmar que la parejita se seguía viendo después del rodaje de “Acero negro”. Nadie mencionaba a la esposa del artista, ni mucho menos que la dichosa fiesta la había organizado ella, ni nada por el estilo, solo se hablaba del *selfie* que habían compartido en las redes sociales y de lo buena pareja que hacían.

Curiosamente no le importó, había cosas mucho más importantes en la vida que esas frivolidades, que esa gente, que Rosaline Freeman y sus *selfies* robados en una fiesta de cumpleaños que le había costado un mes organizar. Todo aquello le pareció de pronto absurdo y tan ajeno de lo que le había importado siempre, de la vida real, que apagó la televisión y se tapó hasta las orejas, decidida a descansar.

Casi siete horas después, a las tres y media de la madrugada, oyó llegar a Michael. Entró en la habitación oliendo a alcohol, se desnudó y se tiró en la cama como un saco de patatas, giró y la abrazó con todas sus fuerzas, deslizand una mano por debajo de su camiseta, pero no se movió. No lo hizo ni cuando le besó el cuello e intentó despertarla, al final él se rindió y se quedó dormido profundamente, lo mismo que hizo ella, hasta las siete de la mañana, cuando se levantó, se duchó y bajó a la cocina para prepararse un buen desayuno.

—Hola, buenos días —vio entrar a Blanche por la puerta de atrás, con su propia llave, y no se movió de su sitio en la mesa de la cocina. El día anterior no había comido, ni cenado, ni tomado un café, así que acababa de disfrutar de un gran desayuno y se sentía más animada—, ¿qué tal Vera? Terrible lo de tu clienta.

—Sí, tremendo.

—¿Qué pasará con ese cabronazo?

—Esperamos que le caiga la pena máxima, veinte años sin remisión de condena, tiene antecedentes e infringió varias órdenes de alejamiento.

—Qué se lo entreguen a los presos y ellos hagan justicia.

—Ojalá eso fuera posible.

—¿Y Michael? —Blanche miró la casa y Vera se puso de pie para buscar el bolso.

—Durmiendo, creo, llegó de madrugada.

—¿Durmiendo?, ¡tenemos la sesión de fotos con *Men's Health* dentro de una hora!... ¿no has visto la agenda?, te la mandé ayer.

—Ayer no tuve tiempo de nada —mintió, la había visto pero pasó olímpicamente—, me voy.

—Y yo creyendo que me lo tendrías listo y desayunado, como siempre.

—Blanche... —se detuvo abriendo la puerta principal y la miró con una sonrisa—, no soy la niñera de tu jefe, nunca lo he sido, aunque he ejercido de *babysitter* muchos años, ya no, se acabó... Si quieres sube y despiértalo tú misma.

—Vera...

—Adiós, que tengáis un buen día.

18

Hacía mucho calor en Malta. Mejor, porque se pasaba medio rodaje en bolas. Su caracterización de héroe griego al servicio del Olimpo, le dejaba poca ropa donde elegir, todo eran túnicas cortas, en el mejor de los casos, y en el peor, unas falditas mínimas y el torso al aire. Menos mal que estaba en plena forma y que no había tenido que trabajar especialmente la musculatura para la película. Bruce viajaba con él, como siempre, para mantener su plan de entrenamiento, pero poco más, nada de matarse con las pesas o el gimnasio, como estaban haciendo algunos compañeros de reparto, y aquello le dejaba cierto margen de tiempo libre para estudiar y preparar su próximo proyecto, una película de gánsters, ambientada en Las Vegas de los años veinte.

Le apetecía horrores meter el diente a ese proyecto que lo llevaría a pasar un par de semanas, desde quince de mayo, en Nevada, el resto se rodaría en Los Ángeles y pensaba estar en los Estados Unidos hasta mediados de julio, en ese momento volvería a Londres, para descansar un poco allí o en Galway, antes de viajar a Australia. Vera le había jurado que a primeros de agosto se iría a Sídney con él y el resto sería coser y cantar, a finales de septiembre empezaba a rodar con Steve McQueen en Belfast y a primeros de diciembre en Praga con Christopher Nolan.

Tenía la agenda repleta de proyectos firmados hasta septiembre del 2017. Dos años y medio por delante donde apenas paraba entre una cosa y otra, aunque se había guardado las navidades y algunos días sueltos para no separarse mucho tiempo de Vera.

Vera.

Si algo le gustaba de estar casado, era esa seguridad que experimentaba al tener a la mujer que quería al lado. La estabilidad, la paz de saber que tenía un hogar al que volver y a la chica de tus sueños en él. El compañerismo, la complicidad, el apoyo, el amor y el sexo diez con Vera, que era su alma gemela en todos los aspectos de la vida que le importaban. Ella era su mujer y su amante, pero también era su colega y su mejor apoyo, confiaba ciegamente en su criterio, en sus consejos, en su objetividad, porque nadie lo conocía mejor que ella. Vera lo era todo, lo representaba absolutamente todo y, sin embargo, últimamente estaba cambiando.

Su padre le había dicho que una mujer tan guapa e independiente como la suya necesitaba atención, no era sano dejarla tanto tiempo sola, y por eso había impuesto más días libres en su agenda y poder rodar principalmente en el Reino Unido, pero poco más podía hacer. Si fuese decisión suya, Vera viajaría todo el tiempo con él, estarían siempre juntos, pero ella tenía su trabajo y sus intereses y no podía obligarla a nada.

Llevaban un par de años muy duros, al principio todo iba más despacio pero de repente la cosa se complicó, no paraba de recibir ofertas a las que no se podía negar, todo le parecía interesante, a ella también, y al final hacían verdaderos malabares para verse, siempre en aviones y pegados al teléfono. Una dinámica muy difícil para cualquier pareja, incluso para ellos, que estaban de acuerdo en que debía aprovechar su momento.

Vivían en sintonía pero ella parecía diferente. Discutían más, estaba a la defensiva, se enfadaba por cualquier cosa e incluso acababa de anunciarle que pasaba de su agenda y de sus guiones y dejaba todo ese trabajo en manos exclusivamente de Blanche, que para eso le pagaba. Se lo dijo cuándo ocurrió lo de su clienta asesinada en Tottenham, hacía dos semanas, y desde entonces apenas hablaban. Estaba muy ocupada, claro, pero siempre lo había estado y sin embargo, siempre había podido reservarle tiempo libre y atención, ahora no.

Lo habló con Cruz por teléfono y ella le dijo que había cometido la tremenda estupidez de dejar a su hermana sola en el primer momento realmente jodido de su carrera, además de otro rosario de gilipolleces como lo de Rosaline Freeman, sus coqueteos con todo bicho viviente y su ascendente y creciente egoísmo, que hacían insoportable, incluso para Vera, el tolerarlo.

—Soy egoísta y hasta egocéntrico, sí, con todo dios menos con Vera.

—Eso te crees tú.

—¿Ah no?

—Con ella más que con nadie.

—Eso es falso.

—Sí, claro. ¿Hablamos de los hijos que mi hermana quiere tener y tú no la dejas?

—¡Joder! Ya estamos con lo mismo... yo no...

—Es igual, tío, tú mismo. Vera las ha pasado putas con el tema de la pobre mujer asesinada, llevaba su caso personalmente desde hacía dos años y casi muere de la impresión con todo lo que ha pasado, incluso se

siente responsable, estaba destrozada y tú, cabrón, no fuiste capaz de dejar tus cosas por un rato para abrazarla y apoyarla, como lleva haciendo ella contigo ocho años. Está muy dolida y tiene razón.

—¿Sólo es eso?

—¿Sólo es eso?, ¿tú eres gilipollas?

—Vale, sé que se sintió un poco abandonada, pero ella entiende que fue por fuerza mayor, yo...

—¿Fuerza mayor?

—Ella y yo nos entendemos, no es eso. Lo que me preocupa es que sea un problema más serio, del que yo no me esté enterando. Me preocupa, lleva unos meses duros, está triste y distante, quisiera llevármela conmigo a Malta, a descansar unos días, pero no se deja.

—Tú vete a Malta y déjala en paz, mi madre se va a Londres la semana que viene.

—Ok, yo, es que...

—¿Sabes que las parejas de todas sus colegas estuvieron con ellas en esos días infernales en el gabinete?, ¿incluso en el entierro de la señora O'Connell?, ¿dónde coño estabas tú?, ¿con tu panda de compañeros jugando a los dioses del olimpo?

—Estaba trabajando y en todo caso, no quiere ni que me acerque al gabinete.

—Estoy segura que Vera hubiese agradecido tenerte al lado, aunque fuera un rato, porque lo está pasando fatal.

Pocos días después de esa charla tuvo que viajar a Malta pero antes hizo todo lo posible por acercarse a su mujer y pasar más tiempo con ella. Una noche le preparó una cena vegetariana y comieron a la luz de las velas hablando de muchas cosas intrascendentes y acabaron pronto, ella disculpándose para subir a la cama a leer unos informes y el alegato de una vista que tenía al día siguiente, y él para contestar una llamada de su director, que era un tipo brillante, pero muy posesivo con sus actores.

—Mmm, ese pijama —le dijo cuándo al fin pudo subir al dormitorio y la pilló en la cama, con el ordenador portátil en las rodillas y las gafas puestas.

—Tengo frío.

—No hace frío.

—Estoy cómoda así.

—Vale... —se desnudó y se metió en la cama. Tenía la televisión puesta

con una serie victoriana de la BBC y se apoyó en la almohada para mirarla de cerca—, ¿sabes que te quiero, Vera?

—Tengo un montón de trabajo —fue su respuesta.

—¿Estás pensando dejarme? —Lo miró de reojo y movió la cabeza—, Si tengo que seguir mi vida solo y acabar viéndote del brazo de otro tío, prefiero saberlo.

—No tengo humor para bromas, ¿vale?, tengo mucho que hacer.

—¿Bromas?... cualquier día vuelvo a casa y tú te has largado.

—¿Ah sí?, ¿y eso por qué sería?

—¿Porque te has cansado de mí?, ¿porque ya no me quieres? —buscó sus ojos y ella se sacó las gafas—, ¿porque prefieres buscar a un tipo mejor que yo en cualquier parte?

—Si me largara de aquí no buscaría a ningún otro tipo, ni mejor ni peor... —suspiró—, y en serio, quiero acabar esto.

—¿Tendrías hijos con otro?, ¿un hogar y una familia con otro?... ¿eh?... ¿cómo te aconsejó la hermana loca de Geoffrey Watson?

—¿Qué?!

—Háblame, Vera.

—¿Por qué me haces esto, Michael? Necesito trabajar, si sigues así, me bajo al estudio.

—¿O sea que tendrías hijos con otro?

—Por supuesto que sí y hasta con una probeta porque obviamente no los tendré jamás contigo. Me largo... —se bajó de la cama y se fue con sus cosas hacia la escalera. Él sintió aquello como un golpe seco justo en el centro del pecho, saltó de la cama y la siguió a la carrera.

—¡Vera!

—¡Señor!, ¿tenemos que seguir hablando de ti?, ¿consolándote o jurándote que eres maravilloso para que puedas dormir tranquilo?

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—¿Y tú como te atreves a preguntarme esas cosas?

—Porque estoy preocupado, llevas unas semanas muy distante.

—Estoy cansada, tengo mucho trabajo, llevo unos días muy duros sin el más mínimo apoyo por tu parte, estoy cabreada, sí, una barbaridad, y eso es lo único que me pasa. No pienso largarme de aquí, ni casarme con otro, ni tener hijos con otro, no al menos de momento. No te preocupes y vuelve a la cama.

—¿De momento?

—¡Jesús!, que cruz, tío, en serio.

—No puedo ni contemplar —se pasó la mano por el pelo—, ni contemplar la idea de que acabes teniendo una vida lejos de mí.

—Vale, mira, vamos a dejarlo. No pasa nada, todo va bien y mi cabreo se pasará. Ahora, si no te importa, déjame trabajar.

—No... —la agarró por un brazo y la arrastró al dormitorio, la tiró encima de la cama y se le echó encima para inmovilizarla, le sujetó la cara y la obligó a mirarlo a los ojos—, yo te amo, más que a mi propia vida y no voy a permitir, jamás, que me dejes o te largues de aquí. Tú eres mi agua de lluvia.

—Señor... —Sonrió ante la ocurrencia que no oía desde hacía mucho tiempo y él frunció el ceño.

—Haré todo lo posible porque vuelvas a quererme como antes.

—Te quiero como antes.

—No lo parece.

—Lo mismo podría decir yo.

—No te quiero como antes, te quiero mucho más.

—Pues podrías demostrarlo un poco —se le llenaron los ojos de lágrimas, así que él se inclinó y apoyó la frente en la suya—, a veces no sé ni que pinto yo a tu lado o si alguna vez te importa lo que me pasa.

—Tú eres mi vida entera, Vera, ¿cómo puedes decir eso?

—Es lo que siento.

—Procuraré mejorarlo, ¿eh?, lo haremos mucho mejor, te lo prometo.

Lo demás fue un polvo magistral, y un par más, sin tregua ninguna, hasta las tantas de la madrugada. Se amaron como en la buhardilla de Camden Town, con calma primero, después con una locura salvaje y finalmente con calma otra vez, hasta que acabaron durmiendo uno en brazos del otro, satisfechos y felices.

Dos días después cogió un vuelo a Malta y todo parecía haber vuelto al orden. Ella a su trabajo, él con su rodaje. Las tempestuosas aguas del matrimonio de vuelta a su cauce y a la absoluta normalidad.

19

Domingo, se estiró en la cama y recordó que tenía el día completamente libre. La víspera había trabajado muy duro en el mercadillo de St. Mary, se había acostado tardísimo y agotada, y había advertido a todo el mundo que iba a desconectar los teléfonos para dormir toda la mañana, si eso era posible.

Lo malo del estrés es que necesitas descansar pero no puedes, lo tenía más que comprobado, y a pesar de la valeriana con un vaso de leche caliente que le había dado su madre antes de meterse en la cama, al parecer volvía a madrugar y aquello la cabreó muchísimo. Abrió un ojo, miró el reloj electrónico de la mesilla y comprobó con una sonrisa que eran las nueve y media de la mañana. No estaba mal, en realidad estaba muy bien y pretendía seguir durmiendo. Se giró en la cama hacia el lado de Michael y se tapó la cabeza con su almohada. Su madre quería salir de turismo muy temprano con unas amigas, seguramente ya se había ido, y solo le quedaba descansar, en la cama ella sola, esa enorme cama que era el paraíso total si la tenías en exclusiva.

—¿Qué? —un ruido en la escalera la sobresaltó y se sentó de golpe. Miró hacia la puerta y vio aparecer a Michael sacándose las botas—, ¿Mike?

—Hola, preciosidad —se sacó los vaqueros y la camiseta a toda velocidad y saltó a la cama muerto de la risa—, ¡Señor! me moría por verte.

—¿Por qué no estás en Malta?

—He venido en un vuelo privado con el director, me enteré que volaban a Londres a primera hora y me apunté... —le agarró la cara y la besó en la boca—, sigue durmiendo.

—Creo que me he espabilado... —le acarició el pelo y le besó el brazo antes de acurrucarse sobre su pecho—, menuda paliza, ¿cuándo te vas?

—Esta noche o mañana temprano, luego me llaman y me lo cuentan. ¿Y tu madre?

—Supongo que se ha ido a ver a unas amigas que estaban en un hotel del centro, las iba a llevar de turismo.

—Qué divertido —bromeó y le acarició la espalda—, sigue durmiendo, ¿eh?

—¿Qué tal todo?, ¿qué pasó con el especialista?

—Se rompió una pierna pero nada grave.

—Menos mal.

—¿O sea que estamos solos?

—Sí... —levantó la cabeza y miró esos maravillosos ojos azul celeste, se incorporó un poco y lo besó. Él devolvió el beso con la intensidad de siempre, luego la miró y suspiró.

—Aproveché el vuelo porque quería hablar contigo...

—¿Sobre qué?

—Sobre nada serio, pero ya que podíamos hablarlo cara a cara, mejor, ¿no?

—Supongo pero... ¿qué sucede? —ese agujero enorme que se le solía abrir últimamente en el corazón regresó de golpe e inmediatamente se puso en guardia. No era nada baladí, bastaba con mirarle la cara, se sentó en la cama, se arregló el pelo y lo observó con atención.

—No sé...

—¿Qué?

—Es que...

—¿Qué pasa?, habla, no has madrugado y cogido un avión con tanta prisa para nada.

—Vera... —sonrió pero estaba tenso y ella empezó a sentirse cada vez peor.

—Suéltalo ya, me estás preocupando.

—El lunes saldrán unas fotos mías con Isabella Argento que empujan al equívoco. Julia y su gente han intentado pararlas pero ha sido imposible.

—¿Qué clase de fotos? —se bajó de la cama y observó su pinta espectacular allí, apoyado en las almohadas, desnudo y con cara de inocente. Era un digno plano de la mejor de sus películas y pensó en Isabella Argento, su compañera de reparto en el rodaje de Malta. Una belleza italiana espectacular, ex miss Italia, modelo y la mujer más sexy del planeta, decían, y se le congeló la sangre en las venas—, ¿has tenido una aventura con ella?

—No, no, ¿ves?, si es que te pones en lo peor —se bajó a su vez de la cama, para acercarse a ella con precaución.

—¿De cuando son?

—De la semana que Isabella pasó en Londres, antes de empezar el rodaje, también de los días de rodaje... en fin. Son las fotos de dos

compañeros de trabajo que comparten muchos planos, mucho del argumento de la película. Nuestros personajes son marido y mujer, ella quería hablarlo conmigo, estimular la complicidad, intercambiar impresiones... es una actriz insegura y muy visceral, necesitaba más atención pero, por supuesto, no ha pasado nada más.

—Señor —soltó una risa cansada y lo miró otra vez—, si fuera así, nada más, no habrías madrugado en tu día libre para venir a decírmelo personalmente, ¿crees que no te conozco, Michael?

—No hay nada de lo que avergonzarse, pero cómo sé cómo te pones...

—¿Sabes cómo pongo?!, ¿cómo demonios me pongo?!... cada quince días tengo que simular que no pasa nada, obviar tus fotos y los rumores sobre ti con no sé qué famosa de turno, llegar a trabajar con cara de póker mientras la gente murmura a mis espaldas, ¿cómo coño quieres que me ponga?!

—Vera... —estiró la mano para tocarla y ella lo esquivó.

—¡Joder, no me toques! —Le soltó en español—, ¿para qué vienes?, ¿para qué apareces?, ¿para apaciguar la furia de la loca de tu mujer?, ¿es eso?, ¿te lo aconsejó Julia?, ¿Blanche?, ¿o lo pensaste tú solito?

—Nada de eso, no quería...

—¿No has pensado que tal vez es mejor que me vuelta loca de una puta vez?, ¿no lo has pensado?, sería lo mejor, en serio, un divorcio rápido y todos en paz porque te lo digo en serio, Michael, no puedo más, ¿me oyes?, no puedo más con todas tus mierdas, y lo peor de todo: No quiero poder más, me tienes harta. Estoy muy harta. —Se fue al cuarto de baño, se arrodilló junto a la taza y vomitó hasta la última papilla, él se acercó y le acarició la espalda.

—No es lo que te imaginas... y estamos en todo momento rodeados de gente, yo...

—Enséñamelas, vamos, enséñame tus inocentes fotos... —se lavó la cara y él no se movió—, sé que las has visto y las tienes sino, no hubieses venido hoy aquí. ¡Vamos!

—Mira...—vio como ella se mantenía firme, así que fue a la mesilla, cogió el móvil, buscó el reportaje y se lo enseñó.

—Genial, Michael, genial... —susurró viendo las imágenes donde aparecía con su compañera, muy acaramelados, hablando rodeados de gente pero completamente ensimismados el uno en el otro, ajenos al mundo, mirándose a los ojos, con las manos entrelazadas, paseando

abrazados por la noche de Londres y también en Malta—, si quieres ahora llama a mi padre, a mi madre, a mi hermana y a todos mis compañeros de trabajo y les explicas que haces tú, mi marido, así de acaramelado con esta mujer... vamos, a ver si tienes huevos.

—No hay ningún beso, ni nada parecido, no la he tocado.

—Estupendo, pues mala suerte, porque está tremenda... ¿no lo dice todo el mundo?, es espectacularmente guapa, así que aprovecha tu buena suerte y termina la faena.

—Vera...

No quiso oír nada más, agarró ropa del vestidor, se metió en el cuarto de baño y se duchó con agua muy caliente, llorando a mares. Si tenía que seguir viviendo así el resto de su vida por culpa de este tipo de historias, acabaría muerta, pensó, a la par que una sensación de ridículo y de vergüenza total la invadía de arriba abajo. Otra vez a simular que no pasaba nada, a dar explicaciones, a responder a las preguntas insidiosas de su padre, a los cuchicheos a sus espaldas de compañeros y clientes, por culpa de la fama de ligón de su marido. Era tan humillante y no había forma humana de pararlo, o sí, dependiendo de las decisiones que estuviera dispuesta a tomar.

No sabía qué hacer pero algo haría, y pronto, o terminaría tarumba antes de los treinta y estaba claro que aún podía salvar algo de vida y dignidad si quería, y debía hacerlo cuanto antes.

—¿Adónde vas? —Él la esperaba sentado en la cama, se había vestido y había estado llorando, o simulaba que había estado llorando, que para eso era un actor cojonudo—, nena...

—Déjame en paz y espero que cuando vuelva esta noche ya no estés aquí.

—Se ha mandado un comunicado de prensa desmintiendo esta gilipollés, ella también está casada...

—Pues a ver cómo te las arreglas ahora con un marido celoso.

—¡Hostia puta, Vera!, que no pasó nada, joder.

—¿Nunca has oído que una imagen vale más que mil palabras?, pues ya está. A mí me olvidas y me dejas en paz, que ya llevo demasiado tiempo aguantándote, a ti y a tus amigas con las que nunca ha pasado nada.

Bajó las escaleras a la carrera y en la cocina se encontró a su madre con una taza de café en la mano. Parecía desolada, perpleja y muy nerviosa, Vera sintió pena por ella, y aunque no podía parar de llorar, forzó una sonrisa y la animó a que la siguiera.

—¿No ibas a salir, mamá?

—Lo han anulado.

—Pues vamos, te invito a desayunar, a comer y después al teatro si quieres. Lo que quieras.

—Vale, vamos —agarró el bolso y la siguió hacia la puerta principal, Michael había bajado y parecía un pasmarote junto a la escalera, lo esquivó y salió a la calle sin mirar atrás.

20

No pensaba dejar su casa, porque él no había hecho nada. Ojalá lo hubiese hecho, porque Isabella Argento era espectacularmente sexy y guapa, pero no había sido el caso y no pensaba salir corriendo simplemente porque Vera fuera incapaz de dialogar y se pusiera echa un basilisco por cualquier cosa.

Lo más irónico del caso es que Isabella le gustaba porque se parecía a su mujer. En cuanto miró esos ojazos negros y vivos, la tez blanca y el pelo oscuro y ondulado, pensó en Vera, y por esa misma razón estaba seguro de que compartirían una gran química y harían una pareja estupenda en pantalla. Era muy beneficioso compartir química con tu coprotagonista, no siempre pasaba y resultaba tranquilizador, pero claro, para Vera, que a pesar de llevar ocho años junto a con un actor no entendía de la misa la media, la cosa era complicada y las fotos de ese reportaje no ayudaban en absoluto. Tampoco lo había comprendido muy bien Françoise Dagostine, el rico marido de Isabella Argento, con el que había tenido que charlar por teléfono, por petición de ella, para templar los ánimos.

Isabella se había ofrecido a su vez a hablar con Vera pero era imposible, no tenían quince años y su mujer se lo tomaría fatal, estaba seguro. Mejor ni mentar esa posibilidad y habían optado por el desmentido conjunto a través de una nota de prensa y una entrevista dada por la italiana de urgencia y a la carrera, a un medio de su país, negando cualquier relación amorosa con él. Ella era una mujer felizmente casada, madre de dos niños, que solo pretendía hacer bien su trabajo y llevarse bien con sus compañeros, nada más, dijo, y se quedó tan ancha.

En su caso con el desmentido le bastaba y con enfrentar a Vera antes de que se publicara el dichoso reportaje. Nada más. Le importaba una mierda lo que opinara su familia política, los abogados del gabinete o los cotillas de turno, eso le daba exactamente igual, solo le importaba contener el drama que montaría ella, que llevaba un tiempo más sensible de lo normal, y tratar de minimizar daños. Si conseguía eso, todo bien, sino, no sabía dónde acabarían, pero pensaba averiguarlo antes de coger un avión y regresar a Malta.

—¿Qué haces, capullo? —oyó la voz de James y levantó los ojos del suelo. Se había pasado todo el día solo y después de dormir y comer todo

lo que pilló en la nevera, se había instalado en las escaleras del pequeño porche para esperar a Vera y a su suegra, que tendrían que regresar tarde o temprano a la casa—

—Hola, tío —encendió otro pitillo y no me movió.

—¿No estabas en Malta?

—Lo estoy, solo he venido a ver a Vera.

—¿Y dónde está?

—No lo sé, se cabreó y se fue hace ocho horas de paseo con su madre.

—¿Qué coño has hecho ahora? —James abrió la reja y entró al jardincito muy interesado.

—Mañana saldrá un reportaje de mierda donde me relacionan con Isabella Argento.

—¿En serio?, ¿te la tiraste?

—¡No!, ¡joder! vaya confianza me tenéis todos.

—No sé, tarde o temprano caerás, está cantado, tenemos una apuesta Jill y yo.

—Menudo cabrón. Muchas gracias, en mi nombre y en el de mi santa esposa.

—¿En serio no pasó nada?

—No, joder, estuvimos preparando el papel en Londres y luego en Malta, seguro que tú eres más cariñoso que yo con las compañeras.

—Ya, pero yo soy un respetable cabeza de familia.

—Y yo.

—¿Tú?, tú estás casado con Vera y poco más.

—Joder, macho, déjame en paz, ¿quieres un pitillo?

—No, venía a buscar a Vera y a Pilar, estamos de celebración.

—¿Ah sí?, ¿qué se celebra?

—Ya os lo diremos, vente a tomar un vino, aunque claro, los niños siguen despiertos —se echó a reír y Michael movió la cabeza. Había cometido el error de reconocer en voz alta, en una entrevista, que prefería los restaurantes donde no se dejaba entrar niños, porque no se entendía con ellos y prefería comer en paz, y todos sus amigos con hijos se la tenían jurada. Para una vez que era sincero y se montaba semejante escándalo—, vamos.

—Voy a esperar a Vera.

—Pues ahí viene —James, que seguía de pie, miró por encima de los setos y vio aparecer a la joven con su madre, les regaló una gran sonrisa y

ella la respondió mirando de reojo, con muy malas pulgas, a su marido—, ¡señoras!

—Hola, James, ¿Qué tal?

—Hola, ¿y vosotras?, venía a buscaros para tomar algo en casa, estamos de celebración.

—Gracias ¿y qué celebramos?

—Vente y os lo cuenta Jill.

—Estupendo, ahora voy. Mamá ¿te vas con Jamie?, yo voy en seguida.

—Claro —respondió Pilar y los dos desaparecieron por la acera. Esperó un segundo, se volvió y lo miró echando chispas por los ojos—, ¿no te pedí que te fueras?

—Sí, pero no tengo porque dejar mi casa, yo no he hecho nada.

—Genial, muchas gracias.

—Si un buen fotógrafo, o dos, hacen tres mil fotografías, seguro que pillan seis o hasta diez, donde se vea a una pareja en actitud cariñosa. Solo te digo eso, además de darte mi palabra, una vez más, de que yo no tengo nada, ni tuve, ni tendré, con Isabella Argentó. Me encantaría que en lugar de fotos publicaran el video de esos días y podrías ver perfectamente lo que ocurrió.

—Muy bien, no voy a seguir discutiendo contigo. Esto ya es... —hizo un gesto con la mano y respiró hondo—, aburrido y recurrente, pero sobre todo cansino.

—Para mí también.

—Claro...

—Sería mejor hacer un pacto, Vera.

—¿Qué pacto?

—Que salga lo que salga, digan lo que digan, lo primero será confiar en mí.

—Lo vengo haciendo desde hace mucho tiempo, lo que pasa es que últimamente resulta muy difícil.

—Creo que si algún día te fuera infiel te lo diría, no te haría pasar por esto. Te doy mi palabra de honor.

—Ok, gracias, lo mismo digo.

—¿Qué? —Se levantó y entornó los ojos con una media sonrisa—, eso ni de coña.

—Muy maduro —giró hacia la calle y decidió ir a ver qué era lo que celebraban sus amigos. Él cerró la puerta y la siguió silbando, admirando

su estupendo trasero enfundado en esos vaqueros desteñidos tan guapos—,
—¡Chicos! —Jill los salió a recibir al jardín y les dio dos besos, esperó a que estuvieran todos juntos en la salita de la primera planta, repleta de juguetes y trastos varios, y sonrió abrazándose a su marido—, os queríamos contar algo.

—¿Qué?

—Estamos embarazados, otra vez.

—¿En serio? —Vera movió la cabeza y él pudo ver perfectamente como se le llenaban los ojos de lágrimas—, ¿de cuánto?

—Tres meses, será para septiembre.

—¿Tres meses y no me habías dicho nada? —superó la distancia que los separaba y se abrazó a ella muy fuerte. Jill lo miró por encima de su hombro y no dijo nada, no hizo falta, Vera lloraba desconsolada y no hizo falta decir nada más—, es maravilloso.

21

—Me encantaría... —miró, a través de la ventana del taxi, el colorido e intenso tráfico de Londres a esas horas de la mañana y sonrió. Era todo tan bonito, pensó, prestando más atención a Björn, que la llamaba desde Aberdeen, en Escocia, dónde se encontraba organizando una intervención de Greenpeace contra una plataforma de la British Petroleum—, pero...

—Estamos seguros de que harán todo lo posible por abortarnos, así que si nos detienen, sería estupendo tenerte con nosotros.

—¿O sea que necesitáis una abogada?

—A una abogada no, pero sí a la mujer de una estrella de cine mundialmente conocida. Sería la bomba que detuvieran, pancarta en mano, a la esposa de Michael Kennedy.

—Bueno...—suspiró, al menos era sincero.

—Hay que aprovechar los recursos y tú siempre has sido un gran recurso —se echó a reír y Vera con él.

—Ok, déjame ver como tengo mi vida y te aviso, no sé si podré participar directamente aunque me encantaría, nunca he estado en una intervención tan grande.

—¿Y Michael?, ¿no se apuntaría?

—Está rodando en los Estados Unidos, ahora está en Las Vegas.

—Vale, otra vez será.

—Dame unas horas, esta noche te llamo y te digo algo.

—Estupendo, Vera. Cuídate.

—Adiós.

Colgó y pensó en Michael, que llevaba una semana en Las Vegas con su nuevo rodaje, donde encarnaba a un gánster sangriento y desalmado de origen irlandés, que lo tenía feliz. Era la primera vez en bastante tiempo que no se desvestía delante de la cámara, ni aparecía como el guaperas de la película, y eso a él lo reivindicaba a nivel profesional, o eso pretendía. Era un papel muy goloso, en un proyecto multimillonario, considerado la gran apuesta del año en Hollywood, y Michael Kennedy era el protagonista absoluto junto a un amplio elenco de actores elegidos entre las estrellas más fulgurantes del momento.

“Estrella de cine mundialmente conocida” acababa de decir Björn y tenía razón. En seis años había pasado de rodar anuncios de bebidas alcohólicas

a pasearse por las alfombras rojas de medio planeta, siendo reclamado por los directores más famosos y los productores más respetados. Estaba en la cresta, de la cresta de la ola, ya no podía salir a la calle sin ser reconocido y ganaba mucho más dinero del que había soñado en toda su vida. Un hombre de éxito, sí, atractivo y con toneladas de carisma, que volvía locas a las mujeres de todo el mundo, y que sin embargo, se pasaba la vida discutiendo con su mujer.

Vera suspiró con una congoja enorme, recordando la última cena que habían compartido en Londres antes de que volara a Las Vegas. Por supuesto, la última batalla campal por el asunto de Isabella Argento los había dejado tocados, no por el hecho en sí del dichoso reportaje, sino por la cantidad de veces que pasaban peleándose y gritando en lugar de estar disfrutando de lo que tenían. Ella estaba agotada y él más, y acabó regresando a Malta harto de que no quisiera entenderlo y mosqueado, además, por el nuevo embarazo de Jill que venía, según él, a llenarle la cabeza de pajaritos.

El comentario la hizo llorar y dormir en el salón, mientras él decidió ignorar sus “neuras” y largarse a Malta temprano y sin despedirse. Su madre, de paso por Londres, opinó que si quería un bebé lo tuviera ya, que igual era lo que necesitaban para revitalizar su matrimonio y Jill, enfadadísima con Michael por no haber sido capaz de manifestar ni una sola frase de felicitación por su nuevo hijo, le aconsejó que cogiera su maleta y se largara de una vez, que no se la merecía y que era tonta al tragar con él, su vida de locos y las portadas de revistas junto a otras mujeres.

Todo eso, sumado al bajón que llevaba desde el asesinato de Anne O’Connell, la hizo entrar en barrena. No fue a verlo ni un solo día a Malta y cuando regresó a Londres para descansar una semana antes de viajar a los Estados Unidos, intentó hablar con él sobre el estado de su relación, sobre su malestar, pero pasó olímpicamente, asegurando que estaba depre y agotada y que lo dejara correr, que las aguas regresarían solas a su cauce, como siempre.

Ante esa realidad, el sexo tampoco funcionó como él quería y acabaron durmiendo cada uno en un extremo del colchón. Jamás, en ocho años de relación, habían dejado de hacer el amor si estaban juntos, y aquello Michael no lo perdonó, se volvió insoportable, irascible y desagradable, y acabó peleándose como un matón de barrio en uno de los clubs más

sofisticados y exclusivos de la ciudad.

El Groucho Club, el club privado más chic del Soho, los invitó a una fiesta privada con DJ, y como iban muchos amigos, incluidos James y Jill, decidió apuntarse. Una idea pésima, de la que se arrepintió en cuanto él apareció allí, una hora después de que ella llegara al local con los Wilson, ya bastante achispado, acompañado por unos viejos colegas del teatro y metiéndose con su vestido y sus tacones como si tuvieran quince años.

—¿Vas buscando guerra, Vera?, al menos podrías esperar a que me largue a Las Vegas —le soltó, en cuanto la vio y se le acercó haciéndose el gracioso—, ¿eh?

—¿Cómo dices?

—¿Te parece normal que una mujer casada salga a la calle con esa minifalda?

—¿Estás borracho?

—¿Te importa?

—No, tú has lo que quieras, Michael, creo que yo me voy a casa.

—No, no, señorita, tú te quedas conmigo. Hemos venido a divertirnos.

—Pues parece que no estás para muchos trotes —intervino James, sujetándolo por el brazo y él se le agarró al cuello—, ¿te pido un café?

—Que sea irlandés y así animamos un poco esta mierda.

—Venga, tío, no te pongas gilipollas.

—¿Sabes hace cuanto que no mojo, tío? no me pongo gilipollas, lo que pasa es que estoy salido. Salido y desesperado, Jambo.

—No me lo puedo creer —Vera sintió como le subían los colores y le dio la espalda.

—Vale, genial. Chicas —James las miró y les hizo un gesto hacia la salida—, si queréis id saliendo, ahora voy yo.

—No, no, esta se queda conmigo que para eso es mi mujer —La agarró del brazo con bastante violencia y James se interpuso.

—Venga, tío, no asustes a Vera, ¿ok?, no sé qué coño te pasa pero mejor es que salgamos a la calle, a ver si te da un poco el aire.

—¿Pasa algo, señorita? —se acercó un alma caritativa que no sabía de la misa la media y Vera pasó de la vergüenza al miedo de manera instantánea, miró a Mike de reojo y después sonrió a ese chico tan alto y tan guapo que acudía en su rescate tan amablemente.

—No, gracias. Todo está bien, muchas gracias.

—Si necesita lo que sea...

—No pasa nada.

—Eso y delante de mi puta cara, genial —exclamó Michael y el chico lo miró—, soy su marido y no le pasa nada, muchas gracias.

—Ah, bueno, me alegro, pero...

—Vamos, nena, ven aquí —quiso agarrarla por la cintura y ella lo esquivó instintivamente, James dio un paso atrás y el héroe espontáneo tuvo la pésima idea de sujetarlo por el hombro.

—Su esposa o no, señor, no voy a tolerar...

—No me toques —susurró él entornando los ojos y Vera sintió un frío helado bajando por la espalda.

—Si no se tranquiliza...

—No me toques —repitió, James y ella se acercaron para intervenir pero antes de decir esta boca es mía, Michael Kennedy estaba estampándole un puñetazo en plena cara a ese pobre hombre que no tuvo la más mínima posibilidad de defenderse—menudo gilipollas arrogante.

En una fracción de segundo los amigos del héroe espontáneo se le echaron encima y se armó una trifulca monumental. Vera solo pudo pensar en Jill, en sacarla de allí, pero antes observó con la boca abierta como su normalmente conciliador marido, se liaba a puñetazos con todo el mundo apoyado por sus amigotes y por James, que no tuvo más alternativa que dar la cara y meterse en la pelea.

El personal de seguridad del local se metió por medio, se encendieron las luces, la gente gritaba, aplaudía y jaleaba a la par, y al final acabaron expulsados, directos a la calle, donde una nube de paparazzis los esperaban con los flashes a punto. Un verdadero escándalo que terminó por anular cualquier acercamiento entre los dos. De vuelta a casa, él decidió lavarse la cara, volver al centro y continuar la juerga con sus amigos de la Shakeapeare Company hasta altas horas de la madrugada, tras lo cual, cogió la maleta y se largó a los Estados Unidos. Ni se habían despedido y llevaban una semana hablando lo mínimo por teléfono.

Quería arreglarlo, porque estaba segura de seguir enamorada de él, de seguir amándolo igual que siempre, incluso más. Quería luchar, pero las circunstancias se lo estaban poniendo cada vez más difícil. Él solo pretendía olvidarlo todo, alejar los malos rollos y que fuera a verlo, y ella no podía mover un solo dedo si no hablaban primero.

En esas estaban, después de varias e inútiles conversaciones por Skype, cuando otra novedad apareció de repente, sin que la esperara lo más

mínimo, amenazando con poner, otra vez, su vida patas arriba.

Se bajó del taxi y entró corriendo al edificio, llegó a la segunda planta y saludó a la secretaria que se levantó en cuanto la vio llegar.

—Señora Kennedy, ¿qué tal?, Moureen la está esperando.

—Gracias, Grace, ¿qué tal tu madre?

—Bien, la operaron la semana pasada y todo salió estupendamente. Gracias por preguntar.

—¡Vera! —Moureen Moore se levantó de la silla cuando abrieron la puerta y la recibió con dos besos—, ¿por qué tantas prisas?

—Necesitaba tu opinión —soltó una risa nerviosa, con el corazón latiéndole a cien.

—Muy bien, ya sabes lo que tienes que hacer. ¿Qué tal tu guapo maridito?, mi hija Elizabeth muere literalmente de amor por él.

—Está rodando en Las Vegas —entró al vestidor, se desnudó, se puso una bata, salió a la salita de exploración y se acomodó en la camilla—, ya, estoy lista.

—Vamos a ver esto... —la doctora Moore acercó el ecógrafo y se le puso al lado guiñándole un ojo, ella empezó a temblar de arriba abajo y dio un respingo al sentir el gel sobre la tripa. La ginecóloga se concentró un rato eterno en la pantalla y luego la miró—, estás embarazada, Vera. Enhorabuena.

—¿Seguro? —Se echó a llorar y la doctora le apretó la mano—, normalmente los Test de embarazo no se equivocan, el tuyo tampoco, embarazo de cuatro a cinco semanas.

22

Salió a la calle después de que la doctora Moore le diera un té y charlaran un ratito para tranquilizarse. Estaba muy feliz por la noticia, pero muy asustada por la reacción de Michael, por las complicaciones de su trabajo, por sus planes de vida... seguramente él acabaría acatando la novedad con resignación, y eso era justamente lo que no quería, que él aceptara aquello como un designio inamovible del destino, como una carga, y no como el regalo que el universo le estaba mandando.

Caminó por Russell Square como en una nube, pensando en su bebé, ¡un bebé!, creciendo chiquitín dentro de su cuerpo. Varias veces paró el paso para meditar el asunto y tratar de asimilarlo, pero era muy difícil intentar racionalizar aquello. Ya llegaría con el tiempo, cuando empezara a sentirlo y a ver cómo le crecía la tripa, pero de momento, no era más que una mini judía preciosa, aferrada a su vientre, le dijo la doctora, donde había encontrado todo lo que necesitaba para crecer sano y fuerte. Una metáfora un poco infantil pero muy útil para una madre primeriza y sensible como ella.

Llegó andando a Covent Garden, un buen paseo, decidiendo qué hacer con la noticia, le apetecía llamar a todo el mundo y gritarlo a los cuatro vientos, pero no era una buena idea, lo más sensato era hablarlo primero con Michael, tranquilizarlo, dejar que lo asimilara, y después empezar a contarle o tendrían un problema, y no estaba para problemas.

Entró en el mercado de Covent Garden y se sentó en una terracita, pidió una infusión, decidiendo que debía dejar de forma inmediata el té, el café y todo aquello que fuera excitante para el bebé, respiró hondo, sacó el móvil y llamó a Mike, un par de veces, pero siempre saltó el contestador automático, así que se resignó y pidió un muffin para merendar como era debido.

—Hola, Blanche ¿Qué tal? —contestó al móvil llegando a la calle Strand, donde pretendía encontrar un taxi.

—¿Has hablado con Michael?

—No, ¿qué pasa?

—Inició una charla un poco tensa con el director y acabaron a gritos, él amenazando con dejar el rodaje, etc...

—¿Y eso por qué?, ¿qué ha pasado?

—Desacuerdos con el guion, lo de siempre. El problema es que tu hombre lleva una temporada muy irascible. Ya sabes que suelo apoyarlo, pero esta vez no tenía razón, parecía una diva insoportable de los años cincuenta, te lo digo en serio, fue muy violento.

—Ok, pero yo...

—Habla con él, por favor, ya sé que no estáis en vuestro mejor momento pero, Vera, eres la única que puede aplacarlo y hacerlo entrar en razón.

—No sé... —paró un taxi y se subió camino de casa—, lo intentaré, pero lo llamé hace un rato y no cogía el teléfono.

—Sigue intentándolo, porfa, ¿eh?, te lo suplico.

—Vale, haré lo que pueda.

Llegó a casa a las cinco de la tarde y él siguió sin dar señales de vida. Esa era su última manía, pelearse con los directores. Desde el minuto uno, decían, desde su época de estudiante en la escuela de Arte Dramático, cuestionaba todo, discutía y planteaba miles de dudas a sus profesores, compañeros, directores... era ese punto perfeccionista e inseguro el que lo hacía destacar entre todos los demás actores, pero se estaba convirtiendo en una “marca de la casa” nada agradable. Un hándicap si querías seguir en la cresta de la ola y evitar que te colgaran el cartel de difícil o intratable.

Estaba más que probado a lo largo de la historia que los actores, por mucho talento que tuvieran, si eran insoportables o complicaban la vida de su compañeros, acababan siendo apartados y olvidados, y Michael Kennedy no se podía permitir ese lujo. Lo sabía Vera, su representante y todo su entorno, era el niño mimado de la industria, sí, pero podía dejar de serlo en cualquier momento.

—Hola... —contestó a las ocho de la noche y lo oyó lejos y mal—, ¿Mike?

—Hola ¿qué pasa, Vera?, tengo muchas llamadas perdidas.

—Sí, quería decirte algo —se tocó la tripa y suspiró—, ¿cómo estás?

—¿Ya te llamó Blanche para pasarte el informe de conducta?

—Más o menos...

—Creo que voy a despedir a toda esta puta panda de inútiles que me rodea, te lo digo en serio.

—No hables así de Blanche, ella solo quiere ayudar.

—Y llama a casa para chivarse a mamá... muy profesional.

—¿Y qué ha pasado?

—Han dado un giro de 180% al guion, no pienso trabajar en estas condiciones y con este puto calor de los cojones.

—Ya sé que...

—No, no tienes ni puta idea. Cada vez que salgo a la calle hacen 40º, es insoportable y esta es una ciudad de mierda, no me lo esperaba y no quiero seguir aquí.

—Vale... tú has lo que quieras, no tienes que soportar eso.

—Lo sé.

—¿Y no te ofrecen alternativas?

—Esta noche viene el guionista jefe y quiere tener una reunión conmigo, con los productores y el director, pero me importa una mierda, no creo que lleguemos a ningún acuerdo.

—Muy bien, pero podrías esperar a la reunión y ver qué ocurre, un día más no te matará.

—¿Tú crees?, yo tengo ganas de pegarme un tiro ahora mismo.

—Mike... —suspiró—, ¿qué tal con tus compañeros?, ¿todo bien o...?

—Normal, como siempre, ¿de qué vas?, cada día te pareces más a mi madre, Vera.

—Sólo intento que charlemos, pero no importa, en otro momento, cuando tengas más ánimo, llámame y hablamos, ¿de acuerdo? Espero que vaya bien la reunión.

—Qué fácil se debe ver todo desde Londres.

—Ok, ya hablaremos —se le llenaron los ojos de lágrimas y respiró hondo—, intento entenderte pero está visto que lo hago fatal. Llámeme en otro momento, si te apetece.

—Vale, vale... —gruñó y colgó de golpe.

Se pasó la mano por la cara, pensando en que se suponía que ese era el día más importante de su vida, el más feliz, aquel que uno comparte con su pareja, grita de felicidad y se abraza en medio de la sorpresa, sin embargo, no era como en las películas, no al menos en su caso, y se sintió morir. Caminó hasta el salón, se desplomó en el sofá sin saber qué hacer y en ese preciso instante el teléfono volvió a sonar, lo descolgó y esperó a que él hablara.

—Nena...

—¿Qué?

—Siento ser tan borde contigo, tú no tienes culpa de nada.

—Entiendo que estás muy agobiado.

—Voy a ir a la dichosa reunión y que sea lo que Dios quiera.

—Vale.

—Te echo mucho de menos.

—Yo también te echo de menos y me gustaría...

—Escucha —interrumpió—, Blanche llega a buscarme, iré un rato al gimnasio y al Spa y luego a la reunión.

—Vale, mira, Mike...

—Mañana hablamos, un beso.

El impulso siguiente fue llamar a Cruz para compartir la buena nueva pero lo deshecho de inmediato, buscó el ordenador portátil y se fue directo a la línea aérea que solían utilizar, pinchó en los vuelos para esa misma noche a los Estados Unidos y comprobó que el último salía a las once de la noche desde Heathrow a Nueva York. Desde allí podría conectar fácilmente con Las Vegas. Lo compró sin dudar y subió corriendo al dormitorio para darse una ducha, hacer la maleta y salir pitando al aeropuerto.

Desde el taxi llamó a Grace y le explicó que se iba unos días a los Estados Unidos, era otra emergencia de esas de Michael, y ella lo comprendió sin cuestionar nada. Era miércoles y el lunes esperaba estar de vuelta en el despacho. El jueves y el viernes lo tenía solucionado y necesitaba viajar, así que no se sintió culpable y cuando llegó a Heathrow a la carrera, facturó en un pis pas y pasó por el Duty Free para comprarse un libro y un par de revistas donde Michael era portada. Le pareció increíble no haber visto aún su reportaje en Vogue o su espectacular posado en GQ y se sentó en primera clase pensando en que seguramente el deterioro evidente de su matrimonio no era exclusivamente culpa de Mike, sino también suya, que empezaba a pasar demasiado de todo aquello que antes, en otra vida, le importaba una barbaridad.

—¿Le apetece tomar algo, señora? —Le preguntó la azafata y ella asintió mirando de reojo el titular que abría la entrevista en GQ.

—No he cenado, ¿tiene algún consomé, sopa o algo similar?

—Claro, si quiere le puedo traer la cena, está disponible.

—No, con algo caliente me vale, lo mismo un té o una infusión.

—Puedo traerle una sopa.

—Estupendo, gracias.

Sacó las gafas de la mochila, se las puso y leyó con toda claridad: “*No quiero ser padre, nunca estaré preparado para la paternidad y me parece*

más honesto reconocerlo que tener hijos y ser un padre nefasto”.

Sintió como se le contraía el estómago y se le llenaban los ojos de lágrimas, pero respiró hondo, vio como le ponían la sopa en un bonito cuenco a su lado, lo agradeció y continuó leyendo:

—¿Pero usted lleva mucho tiempo casado?, ¿cree en el matrimonio y no en la familia?

—El próximo 20 de octubre cumplo siete años casado y sí, creo en el matrimonio, mis padres llevan cuarenta y cinco años juntos y espero conseguirlo al lado de mi mujer. Y por supuesto creo en la familia, mi esposa y yo somos una familia.

—¿O sea que va a ser cierto que no le gustan nada los niños?, lo digo por esas declaraciones tuyas apoyando los restaurantes donde no les permiten la entrada... se armó un gran revuelo y fue usted muy criticado.

—No me gustan los niños, no quiero hijos y no veo cual es el problema. Cada uno que haga con su vida lo que quiera.

Se dio cuenta de que estaba llorando a mares cuando la azafata se acercó con unos pañuelos desechables. Se lo agradeció roja como un tomate y pasó a la siguiente revista, donde los tiros iban en la misma dirección.

“Ningún niño querría un padre como yo, soy adicto al trabajo, maniático y complicado. Voy a hacer un favor al mundo y no tendré hijos”

Apartó las revistas y se concentró en relajarse, empezó a sentir que ese viaje era un error y decidió coger un vuelo de regreso a Londres en cuanto pisara Nueva York, pero no lo hizo. Llegó al aeropuerto Kennedy cada vez más apagada y triste, hablándole a su bebé diminuto para tranquilizarse, y prometiéndole que las cosas irían bien, que su padre lo querría y se alegraría de su existencia, intentando ser positiva porque en el fondo, lo sabía, Michael se tomaría fatal ese embarazo y la noticia podría suponer el principio del fin de su relación. Lo tenía meridianamente claro y realmente no le importaba. Si aquello era lo que necesitaban para explotar, adelante, ella quería a su hijo, más que a nada en el mundo y no necesitaba de nada más, de nadie más, para vivir.

En el aeropuerto de Nueva York tenía que esperar tres horas para su enlace y se acomodó en la zona VIP agotada y nerviosa. Vomitó un par de veces en los lavabos y contestó a los mensajes que tenía perdidos. Michael no había llamado y decidió no avisarle de su llegada, sería una sorpresa, le contaría lo del bebé mirándolo a los ojos y luego, con todos los datos en la mano, podría decidir qué hacer. Eran adultos, ella era una mujer

independiente y fuerte, y no pretendía imponer a nadie una paternidad, de eso no cabía duda, y aquella certeza le dio la fuerza que necesitaba para subirse a otro vuelo de cinco horas y media, camino de Las Vegas.

Llegó a las ocho y media de la mañana, hora local, a Nevada. Casi diecisiete horas después de salir de Londres al fin aterrizó en Las Vegas y pudo coger un taxi rumbo a uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Michael llevaba diez días en el MGM Grand, sabía perfectamente el número de su suite, pero temió que no la dejaran subir directamente, así que tuvo que marcar el número de Blanche y desvelarle su presencia inesperada allí.

—Hola, Vera —contestó Blanche casi de inmediato—, ¿cómo estás?, la reunión fue genial y...

—¿Fue bien?

—Mucho mejor de lo esperado, al final llegaron a un acuerdo.

—Me alegro —la interrumpió—, escucha, estoy en Las Vegas.

—¿Qué?!, ¿en serio?

—Voy en un taxi camino del MGM Grand, creo que hace un calor espantoso —miró el paisaje, como apagado por las altas temperaturas del desierto y se temió lo peor—, quiero sorprender a Michael, pero seguramente no me dejarán pasar a su suite, ¿está rodando?

—No, tiene la mañana libre, se iba a quedar en el hotel estudiando hasta las dos de la tarde.

—Vale, pues ¿estás allí?, ¿puedes esperarme en recepción para que me den una llave?

—Claro, estoy aquí, te espero abajo.

Llegó al espectacular hotel y puso pie en tierra cada vez más mareada, hambrienta y nerviosa. Otra vez la certeza de estar equivocándose la invadió entera y achacó a las hormonas la revolución que se produjo en su organismo cuando entró a ese hall monstruoso y divisó a Blanche acercándose a ella con una tarjeta en la mano. Se acercó y la abrazó antes de darle dos besos.

—¿Estás bien?, estás muy pálida, Vera.

—Diecisiete horas en danza, necesito un baño y desayunar y estaré como nueva. ¿Has avisado a Mike?

—No, pero a punto estuve.

—¿Por qué? —Buscó sus ojos y ella esquivó la mirada saludando a alguien con la mano—, ¿estará solo, supongo?

—Supongo —respondió—, vamos, te acompaño arriba.

—No, quiero ir sola, necesito hablar con él y cuanto antes mejor.

—Por supuesto.

—Gracias por todo —le quitó la llave electrónica de la mano, y se encaminó con su trolley camino de los ascensores. Antes de que se abriera la puerta de aparato, empezó a sentir las rodillas temblorosas y un pánico irracional en el centro del pecho.

Le temblaron las manos al pulsar el botón del penthouse y decidió que aquello no podía ser sano para nadie, menos para el bebé. No podía vivir así, con dudas y miedo a la primera de cambio. En teoría él estaría encantado de verla allí, no se lo esperaba, y se pondría feliz, no había nada que temer. No lo había, pero estaba muerta de miedo y aquello la asustó aún más. Era horroroso sentirse así y lo más grave era ser consciente, tristemente consciente, de que esa sensación de inseguridad convivía con ella desde hacía tiempo. Ante cualquier tono extraño, silencio o duda en la voz o el comportamiento de Michael, entraba en modo angustia y no le gustaba, no quería vivir así.

Llegó a la suite y abrió fácilmente con la llave. Se le contrajo el estómago al ver que no estaba en el salón, ni en el comedor principal con vistas al Strip, allí no había nadie y dejó la maleta mirando hacia a puerta del dormitorio que estaba entreabierta. Caminó por las alfombras sin hacer ruido, como una espía, porque su instinto le dijo claramente que no debía estar allí, lo vio meridianamente claro incluso antes de empujar la puerta y encontrarse sobre la enorme cama a una chica negra, con el pelo a lo afro, leyendo apoyada sobre las almohadas. No estaba del todo desnuda, creyó ver, aunque sí llevaba unos pantalones cortitos, o unas braguitas, rosa chicle y una camiseta blanca sin mangas, muy escotada, que dejaba a la vista sus pechos sin sujetador. Ella dio un paso atrás y no pudo moverse ni un centímetro más.

—¿Perdona? —Preguntó con un marcado acento americano y Vera la miró sin poder articular palabra—, no puedes entrar aquí ¿sabes?, ¿necesitas algo?... ¿eh?... ¡Micky Mouse! —Gritó de repente y ella dio un respingo mirando hacia una puerta a su derecha, donde debía estar el cuarto de baño—

—¿Qué pasa?

—No sé, ven a ver...

—¿Qué? —Salió del baño desnudo y mojado, con una toalla enrollada

alrededor de las caderas y primero miró a su amiga antes de girarse hacia la puerta y pasar de la sorpresa al pánico en cuestión de segundos—, ¿Vera?

—¿Vera? —Repitió la chica negra mientras ella seguía sin que le respondiera ningún músculo del cuerpo—, ¡ups!

—Nena, vaya sorpresa —atinó a decir Michael y ella al fin pudo moverse y salir de allí, se fue al salón y se acercó a la ventana grande para observar las vistas entre las lágrimas que le salían a borbotones sin poder controlarlo—, no es lo que te imaginas, ella es...

—Déjalo ¿quieres? —Se giró y le clavó los ojos negros—, no me hagas pasar por esto, ¿vale?, no más. Te lo pido por favor.

—Pero, Vera, yo...

—Es igual, en serio —suspiró poniéndose las manos en las caderas—, en serio.

—Micky Mouse ¿me vas a invitar a desayunar o no?, mira las horas que son —la chica apareció descalza en el salón y los miró con todo el desparpajo del mundo. Vera pensó que aquello era tan surrealista, que no se lo creería nadie si algún día decidía contarle—, ¿te espero en el hall?

—Vete ahora mismo de aquí —ladró él, indicándole la salida con un dedo—, fuera.

—¿Y el desayuno?

—¡Que te vayas a la puta calle, joder! —Gritó y hasta Vera saltó, la muchacha cogió un bolso y unas sandalias del suelo y desapareció sacándole la lengua—, Vera...

—¿Sabes qué? —Se sentó en un enorme sofá, observando como la chica salía dando un portazo, y se pasó la mano por el pelo—, no me importa, lo más curioso del caso es que estoy tan cansada que no me importa nada.

—Es del equipo de producción.

—Genial.

—Solo ha venido a trabajar conmigo el nuevo guion.

—Vale, mira —se puso de pie—, voy a irme, ¿ok?, pero no me voy corriendo y como una loca... no, me voy tranquilamente. Fue un error venir hasta aquí, pero en el fondo me alegro, por algún sitio tenía que estallar para poder reaccionar.

—Vera...

—¡Déjame hablar! —Él dio un paso atrás y se atusó el pelo—, déjame, por favor... llevamos un tiempo fatal y no puedo seguir un segundo más

viviendo así, con angustia, miedo, discusiones, tensiones absurdas, celos... no, no es lo que yo quiero para mi vida. Tú tampoco quieres eso, lo sé, así que vamos a respetar un poco lo que un día tuvimos y vamos a despedirnos con algo de dignidad. Por mi parte no puedo más, te conozco y sé que tú tampoco, hagámonos un favor y dejémoslo ya.

—¿Qué?!, ¿no hablarás en serio?

—Hace siglos que no somos felices, Michael.

—Eso no es verdad, es una crisis y...

—No es una crisis, es mucho más y te juro por Dios que no puedo más, no quiero seguir así. Tú estás a años luz de mí, tienes tu éxito, tu vida, vívelo y disfrútalo a tope. No quiero seguir siendo la mujer a la que dar explicaciones y la que te espera en casa enfadada, no quiero, no puedo y para mí ya es suficiente.

—¿No me quieres?, yo te amo, Vera —se echó a llorar y ella se acarició la tripa con una paz tal, que hasta se asustó, caminó hacia la maleta y decidió irse tranquilamente.

—No se trata ya de sentimientos, Michael, esto va mucho más allá, no voy a seguir contigo. Es lo mejor para los dos, lo sé, lo veo tan claro, que no entiendo como hemos podido alargar tanto esta agonía.

—¿Agonía?, ¿qué agonía?

—Tal vez para ti no existe la agonía, pero para mí sí, la agonía de no saber qué haces, lo que sientes, la inseguridad, la angustia que a veces no me deja respirar y sobre todo, la tensión que compartimos cada vez que nos vemos.

—Esta chica no es nadie, no ha pasado nada.

—Vale, no se trata solo de ella.

—Repasábamos el guion.

—En la cama y medio desnudos.

—Sé lo que parece pero...

—Es igual, de verdad. No quiero seguir oyendo una palabra más al respecto.

—No puedes romperlo así... —caminó hacia ella—, así no, Vera, por favor, así no.

—¿Y los hijos?, quiero un bebé.

—No utilices esta situación tan penosa para presionarme —soltó serio y ella movió la cabeza—, si tanto quieres hijos podemos discutirlo, tal vez para el año que viene o el siguiente, mi agenda puede...

—Vale, gracias, me voy.

—¿Si te dejo embarazada no me dejarás?, ¿no me pedirás el divorcio si al final consigues un bebé?, ¿es eso?, ¡Vera, joder!

—Me voy, cuando llegue a Londres dejaré la casa y supongo que Grace se pondrá en contacto con tus abogados —pulsó el botón del ascensor—, y no te preocupes, no te pediré ni una libra. Adiós.

—¡Vera! —Bloqueó con la mano la puerta del ascensor para impedirle entrar y ella se mantuvo firme y serena, miró hacia el pequeño pasillo que dividía las dos suites de la planta y localizó a su amiga afroamericana sentada en el suelo, esperando y atenta a todo. Él se volvió para ver que miraba y ella aprovechó de entrar al aparato y pulsar el botón de la planta principal. Lo último que oyó fue la voz de Michael gritándole de todo, atrapado en el penthouse—, ¡joder!, ¡maldita sea, Vera!, ¡maldita sea!

23

—¿Estos también? —Cruz preguntó y la sacó de golpe de sus ensoñaciones. Levantó los ojos y asintió viendo los libros que le indicaba.

—Sí, esa librería entera es mía.

—Muy bien, es lo último.

—Vale, gracias.

Su hermana se afanó en meter los libros en las cajas y ella subió a su dormitorio a revisar los últimos cajones. En la planta baja Jill, Grace y dos chicas del despacho, le estaban ayudando con la mudanza y aunque los operarios del transporte algo hacían, lo cierto es que el grueso del trabajo lo estaban acabando ellas, que eran estupendas.

Se sentó en su enorme cama, esa cama que había tardado meses en elegir, y suspiró. Del retorno de Las Vegas apenas recordaba nada. Salió del hotel, fue al aeropuerto y cogió el primer vuelo a Nueva York, una vez en Manhattan decidió descansar un par de días allí y el domingo por la noche estaba en Londres con las ideas claras y varias decisiones tomadas. La primera, quedarse con un pisito diminuto pero muy cómodo en Notting Hill, cerca del despacho, que alquilaba una de sus voluntarias. Esa misma noche la llamó y cerró el acuerdo con ella. Lo siguiente fue llamar a Cruz, desahogarse y contarle todo lo sucedido, ella, que se esperaba algo grave porque llevaba una semana sin dormir, le dijo, cogió el primer vuelo y apareció en Londres el lunes a mediodía. Lo demás había sido coser y cantar.

Grace se hizo cargo de su demanda de divorcio y llamó inmediatamente a los abogados de Michael para anunciarles el inicio del proceso y pedirles que informaran a su cliente del deseo de su todavía mujer de no tratar con él personalmente los asuntos que les quedaran pendientes. Él llevaba horas llamándola y dejando mensajes de todo tipo: tiernos, lacrimógenos, dulces, salvajes, indignados, amenazantes y luego de odio total, así que no pretendía hablar con él en esas condiciones.

Decidió dejar la casa en seguida, él no podía abandonar el rodaje y quería ganar tiempo. De nada sirvieron los ruegos de Blanche, en la que de repente dejó de confiar (estaba convencida de que ella sabía que esa mujer estaba con Michael en la suite cuando llegó al hotel), de Julia Fox Bunbury, de su cuñada Molly, de James o de sus suegros, nada le

interesaba ya, y tan solo una semana después de volver de Las Vegas estaba a punto de pasar la primera noche en su nuevo piso, con una demanda de divorcio presentada y muchas ganas de continuar una nueva vida lejos de los focos, los actores, la fama, las revistas, los guiones y las amigas de Michael. Nada de eso le interesaba lo más mínimo y aunque lloraba mucho, por supuesto, por haber perdido al amor de su vida y todo lo que habían construido juntos, tenía a su bebé, que seguía creciendo firme y seguro a pesar de los pesares.

Miró la mesilla de noche y vio encima la cajita de Cartier que había dejado allí a propósito, se miró el dedo y se sacó la alianza y los anillos de compromiso muy rápido, cogió el estuche y los puso dentro sin detenerse un segundo a pensar, si lo hacía se rompería otra vez y no debía hacerlo. Cerró la preciosa caja y la depositó encima de la mesilla de Michael. Eran suyos, él los había comprado y a él debían regresar, no le cabía la menor duda, lo correcto era devolvérselos y se sentó otra vez en la cama, mirándose la mano sin anillos con un profundo y punzante dolor en el centro del pecho.

—¿Señora Vera? —De repente Maravillas apareció arriba y le habló en español—, está todo listo, solo faltaban los libros. Dice su hermana que cuando quiera.

—Gracias, Maravillas. —se puso de pie y la vio ahí compungida sin saber qué hacer, así que se acercó y la abrazó—, y por favor, espero que siga viniendo todos los días puntualmente, Michael no sabría ni encontrar un vaso sin su ayuda.

—Ay, señora, qué pena... una pareja tan bonita y tan buena.

—Bueno, estas cosas pasan —tragó saliva para no llorar, echó un vistazo rápido a su habitación y la animó a bajar—, vamos, no quiero que se me haga tarde.

—¿Señora?, una preguntita —se paró en la escalera y la miró—, ¿viene otra señora?, ya sabe, ¿el señor Michael traerá a otra mujer a vivir aquí?

—Bueno, yo... —se apoyó en la pared y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no echarse a llorar—, no lo sé, en principio no, que yo sepa, pero tal vez sí... es mejor que cuando vuelva lo hable con él.

—Yo no quiero trabajar para otra.

—Eso, mejor lo habla con él, ¿de acuerdo? Debo irme. Adiós, Maravillas y gracias por todo.

—Gracias, señora.

Bajó corriendo el último tramo de la escalera y salió a la calle sin mirar atrás. Desde pequeña, siempre que dejaban una casa, su madre las hacía despedirse y atesorar los últimos recuerdos del que había sido su hogar, estaba acostumbrada a eso, pero esta vez no pudo, era demasiado doloroso y se subió al coche de Grace de un salto. Ni siquiera se detuvo para abrazar a Jill y James que parecían desolados junto a la verja de la entrada.

—Chao, chicos, nos veremos pronto.

—Mañana iré a tu casa —susurró Jill.

—Perfecto y gracias por todo.

Les dijo adiós con la mano y sacó un pañuelo desechable para limpiarse las lágrimas, Grace puso el coche en marcha delante de la furgoneta de la mudanza y partieron de allí en dos minutos. Cerró los ojos y no los volvió a abrir hasta que se habían alejado lo suficiente del barrio, se enderezó en su asiento y miró a Cruz, que iba en el asiento de atrás llorando también, aunque pretendía hacerse la dura. Respiró hondo y decidió hablar. Cruz y Grace eran las únicas personas en el mundo a las que iba a confiar su gran secreto, así que se animó a decirlo aunque fueran en el coche, mejor las dos a la vez y se ahorra de ese modo un montón de explicaciones.

—Chicas...

—¿Qué? —preguntó Cruz e inmediatamente entornó los ojos. Vera parpadeó, sabiendo que en el fondo no la sorprendería en absoluto con la novedad.

—Quería contaros algo.

—¿Qué pasa? —Preguntó Grace y le acarició la mano—, ¿estás bien?

—Estoy embarazada.

—¡¿Qué?! —Exclamó su amiga y Cruz sonrió—

—Lo sabía, joder que lo sabía. ¿No lo sabe el capullo de Michael?

—No.

—Pero Vera —protestó Grace—, ya he presentado la demanda de divorcio. Tendremos que empezar de nuevo, deberías habérmelo dicho ¿o te acabas de enterar?

—De hecho fui a Las Vegas para decírselo personalmente pero bueno... —suspiró—, si no te lo conté antes es precisamente porque no quiero que sepa nada. No quiero que tenga nada que ver con el bebé, no quiero que mi hijo entre en un acuerdo de divorcio, ni en convenios reguladores por la custodia o algo parecido. Este bebé es solo mío, a él no le interesa, ni lo

quiere y le supone un gran problema. Nos divorciamos y en paz, fin de la historia.

—¿Fin de la historia? —Grace abrió mucho los ojos—, es su hijo, puede reclamar...

—Puede reclamar misa en latín, este niño es nuestro y de nadie más —puntualizó Cruz y Vera la miró de reojo—, a la mierda con el hijo de puta ese, no se merece que mi hermana le dé un bebé, no se merece ser padre, y como odia a los críos, le estamos haciendo un favor.

—Si le da por reclamar algo —intervino Vera—, pleitearé... que me denuncie, que interponga una demanda de paternidad o haga lo que quiera, yo pleitearé y en todo caso me iré a Madrid antes del parto, el niño llevará mis apellidos, será español y no hay nada más que hablar. Podemos tirarnos años peleándonos en los tribunales, a mí me da igual y en todo caso, Grace, sé que no hará nada, no le interesa tener un hijo conmigo, y como dice Cruz, le estamos haciendo un favor.

—Es ilegal ocultar algo así en un proceso de divorcio.

—El proceso irá rápido, no hay nada económico que dividir o reclamar, como he renunciado a todo, sus abogados firmarán rápido, nosotros también y cuando se sepa que estoy embarazada ya llevaré meses divorciada, puede ser de cualquiera.

—Pero es suyo.

—Que pida una prueba de paternidad para comprobarlo.

—Ay Vera, como tu abogada he de decirte que deberías proteger a tu hijo, procurarle un padre y un nivel económico acorde a sus necesidades.

—Me tiene a mí y no le faltará de nada.

—Lo sé, pero... te puedes meter en un buen lío.

—No, si lo hacemos bien. Hay que seguir con el proceso con normalidad y no habrá problemas. Michael no quiere hijos, menos uno al que tenga que ver a solas, sin una madre delante, así que pasará del tema y nos dejará en paz. Lo conozco muy bien y no le interesará en absoluto comprobar si tiene o no un hijo viviendo en Madrid.

—¿O sea que me vas a dejar a mí también? —Grace la miró con los ojos húmedos y ella le apretó la mano.

—Me gustaría dejar Londres en octubre, aún nos queda mucho tiempo. Dejaré todo al día en el despacho y buscaré personalmente a mi sustituta.

—Te echaremos mucho de menos, ya sabes que todos te queremos.

—Lo sé, yo a vosotros y volveré siempre que pueda.

—¿Cuándo se lo vas a decir a mamá? —Preguntó Cruz—

—Cuando ya tenga el divorcio, así con todo el mundo. No quiero decírselo a nadie hasta que hayamos firmado los papeles, con suerte en un mes, o dos, estará finiquitado y ya veremos.

—¿Y de cuanto estás, hermanita?

—Seis semanas dice la doctora Moore y todo marcha estupendamente.

—Y seguro que es una niña —puntualizó Cruz apoyando la espalda en el respaldo del asiento—, una preciosa Verita de ojos claros.

24

Dio al volumen del iPod y cerró los ojos, *Galway Girl* sonó alta y clara en la versión The Kilkennys y en seguida se le llenaron los ojos de lágrimas. A Vera le cantaba esa canción y siempre que la oían en directo en un pub, en Irlanda, se ponía a cantarla a gritos.

Abrió los ojos al sentir que la azafata, le dejaba el vaso de whisky con hielo que había pedido en la mesilla, y la miró de soslayo, ella le guiñó un ojo y él volvió a lo suyo pensando, una vez más, en la cantidad de tías que se le ponían a tiro al día. Muchas, cada vez más, y ahora se suponía que podía tirárselas a todas.

Hacía un mes ya que Vera lo había abandonado. Lo más curioso del caso es que nunca le había sido infiel, salvo algún tonto estúpido, él jamás se había acostado con otra mujer en casi nueve años de relación y siete de matrimonio, sin embargo, ella lo había pillado en Las Vegas, en esa suite con Lorelei Fishburne, una de las ayudantes de producción, y se había armado la casa de putas. Así de simple, con más calma y frialdad de lo que era capaz de imaginar en Vera, pero así había sido y sus abogados le habían mandado la demanda de divorcio tan solo cuatro días después de que lo dejara plantado en el MGM Grand.

Seguro que lo tenía todo preparado, a punto desde hacía años, desde que se casaron, le dio por pensar en medio de la locura que le entró a miles de kilómetros de distancia, incapaz de hablarle y hacerla entrar en razón. Era injusto aprovecharse de su situación de desamparo, sin poder defenderse, lejos de casa, y la odió por ello, por ser tan puñeteramente injusta y fría con él, que no había hecho otra cosa que quererla todo ese tiempo.

Molly, que vivía en California, apareció en Las Vegas por petición de su madre para acompañarlo y ofrecerle consuelo, pero fue imposible. Su hermana quería que tuviera esperanza pero él sabía que ya no había nada que hacer, Vera era así, aguantaba y aguantaba hasta que un día, sin saber cómo, llegaba al límite y mandaba todo al carajo, todo, incluso a él. Y con esa certeza era difícil tener esperanza o confiar en que le daría otra oportunidad.

En cuanto Molly se largó, harta de sus borracheras y su agobio asfixiante por no poder dejar los Estados Unidos e ir en busca de su mujer, se tiró a Lorelei Fishburne. La chica lo perseguía desde el minuto uno, y el

día que Vera los pilló en la suite no se había acostado con ella, pero sí había dejado que le hiciera una mamada, en medio de un pedo considerable y con un par de porros encima, pero la había dejado y si Vera llega a aparecer diez minutos antes allí arriba, los hubiera pillado en faena.

Acostarse con Lorelei, que era una resabiada de primera, había resultado incómodo, frío, espantoso. Cualquier tío que oyera algo semejante le pegaría un tiro, pero era la pura verdad. Tanta locura sexual y tanta técnica depurada solo contribuyó a hacerlo sentir un poco más miserable, más culpable, y acabó largándola de inmediato de su cama. Se portó como un cabrón con ella, que estaba hasta las cejas de coca, y no volvió a dirigirle la palabra, exigió a Blanche que la apartaran de su equipo y desapareció como por arte de magia de su vista. No la había vuelto a ver y ahora, de vuelta a casa por unos días, no se acordaba ya ni de su cara.

Terminado el trabajo en Las Vegas, al que llegaba los últimos días arrastrándose como un beodo resacoso, tocaba finiquitar algunas escenas en Los Angeles, pero el director lo animó a viajar a Londres para intentar enterarse de su situación. Solo quedaban dos semanas de rodaje y luego podría descansar unos días antes de volar a Australia. Vera iba a viajar a Sídney para estar con él, pero de eso no quedaba nada, todo se había convertido en humo: su pasado, su presente y su futuro, y había días en que literalmente se quería morir.

—Tío... —James apareció en la zona de llegadas de Heathrow, se le acercó y le pegó un abrazo—, estás horrible. Hola Blanche.

—Hola —saludó la asistente, caminando hacia la parada de taxis.

—Tengo el coche.

—Yo me voy a casa sola —respondió ella—, gracias.

—¿Qué le pasa?

—Creo que ya no me soporta, pero eso no es una novedad.

—Vamos, tío... —lo siguió al parking en silencio y se subió al coche comprobando que el final de junio en Londres estaba siendo soleado y caluroso—, ¿Qué tal?

—¿Tú qué crees?, ¿Qué sabes de mi mujer?

—Está instalada en un piso cerca del despacho, trabajando y poco más. Tienes prohibido acercarte por ahí y si yo fuera tú, respetaría su deseo.

—¿Me echará a la poli encima?

—¿Tú quieres algo a Vera, Michael? —Lo miró de reojo con esos

enormes ojos azules y él asintió—, pues si la quieres deberías respetar un poco su decisión, lo ha pasado fatal y ahora no es el momento de agobiarla en su territorio, hazme caso.

—Antes de firmarle los malditos papeles del divorcio quiero hablar con ella.

—¿Pero no habló contigo hace unos días?

—Sí, pero se enroca en lo mismo y...

—Déjalo correr, tío. No lo empeores, al menos intenta mantener una amistad con la que fue tu mujer durante tanto tiempo.

—¿Qué coño me estás diciendo?!, ¿qué sea amigo de Vera?, ¿qué mande todo al carajo y sea su amiguito?, ¿eso me estás diciendo?

—Al carajo ya se fue todo, tío, a ver si te enteras.

Llegar a su casa y entrar en esa mole silenciosa casi le provoca un infarto. Dejó la maleta en el suelo y aparentemente todo estaba en orden, todo limpio y oliendo a limpio, perfectamente arreglado pero vacío. Miró hacia su derecha y vio las estanterías grandes desiertas, se había llevado los libros, seguramente su música, sus trastos, su vida entera, agarró nuevamente la maleta, giró hacia la puerta y salió a la calle camino de un taxi, regresó al aeropuerto y cogió el primer vuelo que salía hacia Galway. No podía estar en Londres así, sin Vera. No había nada que lo retuviera allí. Mientras estaba lejos de casa las cosas no parecían tan reales, tan crueles, pero una vez allí acabaría muerto si intentaba retomar su vida sin ella.

En cuanto pisó Irlanda la llamó al despacho, por supuesto había cambiado el móvil y ni su hermanita, que estaba hecha una furia, ni su madre, ni sus amigos, quisieron darle el nuevo número, así que optó por la oficina, llamó y esperó a que la secretaria se la pasara con el corazón latiéndole muy fuerte contra los oídos.

—Vera Saldaña —dijo con su acento español perfecto y él se puso la mano en el pecho.

—Estoy en Galway, coge un avión y aquí lo arreglaremos.

—No... —se hizo un silencio eterno y notó como las lágrimas le mojaban la cara—, no pienso seguir discutiendo sobre esto.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Es por el bien de los dos.

—No puedo vivir sin ti.

—Por supuesto que sí, y por favor, no lo hagas más difícil, es absurdo...

—¿¿Absurdo?! ¿¿te parece absurdo lo que siento?!;hostia puta, Vera!

—Adiós, Michael.

Colgó y ya no volvió a coger el teléfono, él se fue a casa de sus padres, se metió en la cama y se pasó el resto de sus días libres durmiendo y lloriqueando, como un puto crío de catorce años. No sabía qué haría sin ella, qué futuro esperar, para qué demonios trabajar o levantarse, para qué soñar con nuevos proyectos o planes, ¿para qué?, ¿para quién?, si todo lo hacía por ella, solo por verla feliz, sonriente y preciosa, queriéndolo y esperándolo en casa, apoyándolo y ayudándolo a salir a flote, manteniéndolo cuerdo y con los pies en la tierra. Sin Vera ya no había nada, no tenía una puta mierda y esa miserable realidad lo hacía sollozar impotente contra la almohada, desesperado y furioso. Sus pobres viejos empezaron a preocuparse de verdad, le mandaron al médico, a su prima psicóloga y cuando amenazaron con hacer entrar al padre Flannagan en su dormitorio, se levantó, agarró los papeles del divorcio que llevaba en la maleta, los firmó y le pidió a su padre que los mandara por mensajería a Londres.

Fin de la historia, le dijo a su madre en la cocina, a la mierda con todo. Ya no había nada que hacer y tampoco pretendía hacerlo.

25

—¿Doscientas cincuenta mil libras? —Vera revisó los papeles y miró a Grace con cara de pregunta—

—En concepto de indemnización por la mitad de la casa, los ingresos generados en los últimos seis años y medio, la...

—Ya, eso lo entiendo —interrumpió—, pero yo no quiero nada.

—Ellos lo han ofrecido, han puesto el cheque encima de la mesa y lo acepté, ya está —rodeó su escritorio y se sentó.

—No quiero nada, la casa la compró él, los muebles, los electrodomésticos, todo, sin contar con que el grueso de los ingresos familiares son suyos, no míos... es muy generoso y...

—No es generosidad, letrada, lo dan previendo futuras demandas.

—¿Futuras demandas?

—Esa gente, que cobra en un día lo que tú y yo en un año, aconsejó a su cliente darte este dinero a cambio de quedarse con todo lo demás...

—No es necesario.

—Y previendo futuros problemas quieren que firmes un acuerdo, en él aceptas el dinero, te das por satisfecha con esta retribución económica global, desechando cualquier demanda judicial futura por tu parte. Ya sé que no pensabas pedir nada, nunca jamás —levantó una mano para acallar sus protestas—, pero es lo que hay y si no es para ti, que sea para tu hijo, eso te lo aconsejo yo.

—Pero...

—Fírmame el acuerdo de renuncia y en paz, Vera —le deslizó el documento por encima de la mesa y ella lo cogió para leerlo—, debes ser la única mujer en el mundo que se niega a recibir semejante regalo. Ahora podrás empezar en España con un buen respaldo económico.

—Sí... —leyó el documento donde se comprometía a no demandar ni ahora, ni el futuro, al señor Michael Sean Patrick Kennedy, por pretensiones económicas o temas similares no satisfechos, y lo firmó sin más—, está bien. Gracias.

—El ingreso te lo harán mañana mismo, voy a enviarles el documento por email y por mensajero.

—Ok, es decir que ya está todo acabado ¿no?

—Sí, Vera, tal como querías, un divorcio express. A falta de este

documento, ya eres una mujer libre. Hemos tardado menos de dos meses, menudo record.

—Bien... —se sentó en una silla y respiró hondo. Era terrible asimilar todo aquello, pero era lo que quería y estaba resultando como había esperado: rápido y limpio—, está bien, muchas gracias.

—Es normal que te sientas mal, Vera, fueron muchos años juntos.

—Lo sé... pero no puedo dejar de pensar en que yo tengo a mi bebé y él... —soltó una lagrimita pero se la limpió rápido—, en fin, no hay mal que cien años dure y tiene a mucha gente pendiente de él y su bienestar y...

—Ese ya no es tu problema, Vera.

—Siempre será mi problema —se puso de pie y tragó saliva—, en fin, me voy a cenar con Jill y James, a ver si me distraigo un poco. Y gracias por todo.

—De gracias nada y además, les he cobrado mis honorarios a ellos y han pagado sin rechistar —le guiñó un ojo y Vera sonrió—, una pasta gansa, así que gracias a ti.

Estaban a 20 de julio, acababa de cumplir tres meses de embarazo y se sentía mucho mejor. Unas tres semanas antes Michael había llamado por última vez, desde Galway, y a punto había estado de mandarla al hospital, del disgusto y la tristeza que le provocó, pero afortunadamente había reaccionado bien y él había optado por odiarla, firmar los papeles y cerrar el acuerdo de divorcio que sus estupendos abogados ajustaron al milímetro. Habían hecho un buen trabajo, reconoció, Grace también, y ya estaban divorciados. Casi siete años de matrimonio hechos humo, en un segundo, pero era mejor así, tarde o temprano ocurriría, lo sabía, y mejor temprano que tarde para acabar de una vez con tanto drama.

En los últimos dos meses había recuperado la paz. Lo echaba de menos, por supuesto, seguía enamorada de él, lo quería con toda su alma, pero era un gran alivio, inconmensurable, no tener que estar pendiente del teléfono, de sus cuitas, de las portadas comprometedoras de las revistas o de sus posibles novias o aventuras. De repente volvió a sentirse serena, como antes, hace siglos, cuando no corría el peligro de que le rompieran el corazón a la primera de cambio. Y aquello no tenía precio.

Por supuesto habían sido muy felices, jamás podría olvidarlo, y lo mejor que se llevaba de aquellos años, además de su hijo, era el inmenso amor que habían compartido. Desde los primeros flirteos en Dublín, a sus últimos tiempos en Londres, pasando por su boda, sus risas y abrazos en

Camden Town, cuando divagaban con un futuro mucho mejor, muertos de frío, abrazados en la cama, soñando con la fama y las películas que rodaría él por medio planeta... sus vacaciones en Galway o en París, paseando de la mano, amándose siempre, porque lo único que necesitaban para respirar era el uno del otro. El agua de lluvia.

Se echó a llorar, otra más, de las millones de veces que lloraba al día, pero trató de serenarse. Pensaba viajar a Madrid en otoño y dar a luz tranquilamente antes de buscar trabajo, tenía ahorros para aguantar los primeros meses del bebé, pero gracias al generoso cheque de Michael, ahora podría relajarse y tal vez tomarse un año sabático. Desde que tenía uso de razón no había hecho otra cosa que cumplir con cientos de actividades, responsabilidades, y sería un verdadero privilegio descansar un poco y dedicarse en exclusiva a su bebé. Ser madre a tiempo completo, aquello le hacía mucha ilusión y seguramente era lo que haría en cuanto pudiera volver a casa y asentarse definitivamente en su nuevo hogar.

Pero aún quedaba tiempo para eso, tenía mil casos que dejar cerrados, mil vistas y compromisos que cumplir, no pensaba dejar tirado al bufete y mucho menos a sus clientes, y ni siquiera conseguían una sustituta para su puesto, así que solo quedaba esperar y tener paciencia. Unos meses más y su vida en Londres sería historia.

—¡Jill! —entró en su restaurante favorito de Kensington y la vio entrando al reservado del fondo, el de siempre. Saludó al maitre y la siguió con paso firme—, ¡Jill!

—Vera —dijo ella volviéndose muy nerviosa. Vera dio un paso al frente y se encontró a James levantándose de la silla y justo a su izquierda, a Michael en persona, haciendo exactamente lo mismo. Se le puso el corazón en la garganta y retrocedió inmediatamente—, Vera, por favor.

—No, no, de eso nada... —hizo amago de salir y James la agarró del brazo y la empujó dentro. Ella cruzó una mirada con Mike, que iba vestido completamente de negro y volvió a negar con la cabeza.

—Deberíamos normalizar la situación —susurró James conciliador—, somos adultos, los adultos se divorcian y siguen con sus vidas. No seamos críos, venga, Vera, siéntate por favor.

—Por favor —insistió Jill y ella se desplomó en la silla frente a Michael, que la miraba con los ojos entornados—, ¿Qué te apetece comer?, ¿lo de siempre?, ¿eh?

—Señores Kennedy, señores Wilson —dijo el maitre muy educadamente

y Michael soltó un bufido—, ¿están preparados?

—Sí, gracias, Hamilton, el vino ya lo hemos pedido y... —James miró a los comensales y luego sonrió—, salmón para todos, como siempre.

—Muy bien, gracias señor Wilson, con su permiso —desapareció y Vera empezó a marearse. No había tenido muchas molestias con el embarazo, principalmente porque no había tenido tiempo de parar un segundo, pero empezó a sentir náuseas y se tocó la tripa por debajo de la mesa, comprobando, como ya sabía, que no se le notaba absolutamente nada su estado de buena esperanza, al revés de Jill, que lucía ya su preciosa barriga de embarazada.

—¿Y cuándo te vas a Sídney? —Preguntó Jill.

—Mañana —contestó Michael muy seco, desvió los ojos hacia el sumiller y le hizo un gesto con la mano para que sirviera las copas de vino sin más. El hombre obedeció, él cogió la suya, la bebió de un trago y pidió que le sirviera otra.

—¿Y cómo va el gabinete? —James la miró a ella.

—Todo bien, muchas gracias. Mucho trabajo como siempre.

—¿Y tu casa nueva?, ¿es bonita? —Le preguntó Michael mirándola fijamente, mientras daba buena cuenta de su segunda copa de vino.

—Lo es, gracias.

—Yo he puesto a la venta la nuestra, ¿sabes?

—No lo sabía.

—¿Y qué opinas?

—Nada, esa casa es tuya.

—¿Ah sí?, claro, es mía, por supuesto.

—El otro día vimos a Angelina Jolie en un estreno y nos preguntó por ti —intervino James.

—Es muy amable, siguen colaborando con el bufete...

—¿No te da ni pizca de pena que venda nuestra casa, Vera?, ¿en serio?

—Michael —James lo miró levantando las cejas—, por favor.

—¿En serio, Vera?, ¿desde cuando eres tan puñeteramente indiferente a todo?, a los sentimientos de la gente, a los recuerdos, a toda la puta mierda que a mí me importa.

—Ya sabía yo que esto era muy mala idea —intervino Jill mirando a su marido.

—No tenía ni idea que estaba casado con la puta reina de hielo... os lo digo en serio.

—¡Tío!, ¿te quieres callar?

—Vale, creo que yo me voy... —cada vez más mareada, decidió que no tenía que pasar por eso, hizo amago de levantarse y vio aparecer a la camarera con unos entrantes. Era una chica muy amable que los solía atender allí y esperó a que dejara los platos en la mesa.

—Señora Kennedy, ¿cómo está?, no la había visto llegar.

—Hola, Ruth, ¿Qué tal?

—¿Señora Kennedy? —preguntó Michael con tono burlón y todos lo miraron. Se levantó sacando la billetera del bolsillo, buscó unos billetes de veinte y los tiró encima de la mesa—, de señora Kennedy nada, esta señora ya no tiene nada que ver conmigo... se ha divorciado de mí, me ha abandonado, y no pienso tolerar que siga usando mi apellido, ¿queda claro?

—¡Michael! —James se levantó a su vez y miró primero a la camarera y luego a ella—, disculpa Ruth... Vera...

—Lo siento, señor —dijo la pobre chica roja hasta las orejas, Vera bajó los ojos y se quiso morir.

—Yo me largo, a ver si se os atraganta la cena.

Empujó la silla a un lado y desapareció caminando tranquilamente hacia la salida. Jill y James la miraron desolados, le cogieron la mano y trataron de consolarla, pero ya no había nada que hacer. Sin poder evitarlo soltó un llanto profundo y silencioso que ya no pudo parar, y acabaron sacándola entre sollozos camino de casa.

26

24 de Octubre y seguía en Londres. No había manera de encontrar una sustituta y el trabajo se le acumulaba encima de la mesa, así que seguía trabajando al ritmo habitual. Su ginecóloga decía que estaba perfecta y que el trabajo la había librado del colapso, así que la animó a seguir adelante con su vida normal porque Manuela, su pequeña habichuela, crecía maravillosamente bien.

A los seis meses de embarazo ya sabía que esperaba una niña y como era tan diminuta, Cruz la llamaba habichuela. Una preciosa habichuela a la que había podido ver en tres dimensiones. Era preciosa, o eso le parecía, pesaba alrededor de medio kilo y medía en torno a treinta y dos centímetros. Un bebé normal, absolutamente, que ya se hacía notar por las noches, moviéndose sinuosamente mientras ella escuchaba música clásica o le leía en voz alta. Era increíble sentirla dentro de su cuerpo y con seis meses de gestación ya podía presumir de una tripita tímida, pero suficiente para sentirse la embarazada más orgullosa del planeta.

Como no podía bailar flamenco, le aconsejaron practicar yoga y Taichi. Casi todos los días después del trabajo, que ahora estaba al lado de casa, se iba a sus clases y disfrutaba de una horita o dos de relax y ejercicio físico. No había engordado apenas y aunque negoció con la doctora incrementar el consumo de proteínas en la dieta, lo cierto es que seguía siendo vegetariana, cocinaba a diario productos ecológicos y se cuidaba al máximo. A pesar de vivir sola, y de que a veces no le apetecía en absoluto sentarse a la mesa y comer como la gente normal, se obligaba a hacerlo y aquella rutina la estaba ayudando no solo a cuidar de su embarazo, sino también a normalizar su nueva realidad. El cambio de vivir pendiente de una pareja y en una casa como de la Chelsea, a pasar a vivir sola, en un estudio de treinta metros, resultó duro, por supuesto, pero ella se consideraba por encima de todo una persona flexible y con una enorme capacidad de adaptación, así que con el paso de las semanas comenzó a sentirse muy a gusto en su casita, que era acogedora y cómoda, y donde poco a poco empezó a construir un nuevo hogar.

Principalmente, y aparte de todos sus problemas y los cambios a los que había tenido que hacer frente, su mayor ilusión era su hija, su Manuela. El nombre lo tuvo claro desde el minuto uno, Manuela le parecía el más

flamenco y femenino de los nombres, con fuerza y personalidad, y como no tuvo que discutirlo con nadie, estaba cantado: se llamaría Manuela Saldaña Ortega, y se la imaginaba de mil maneras diferentes, rubia y de ojos claros como su padre, o de ojos y pelo oscuro como su madre. Lo mismo daba mientras estuviera sanita y todo apuntaba a que era fuerte y juguetona porque apenas paraba quieta.

Como esperaba dar a luz en Madrid, no iba a tener ningún problema en conseguir su libro de familia para inscribirla, pero ante la duda, ya se había informado en la embajada de España de lo que debían hacer si se le ocurría llegar antes y nacer en Londres. Todo estaba controlado, o eso quería creer porque en el fondo, y en la forma, todo seguía medio patas arriba.

Sus padres estaban encantados con la llegada de su primera nieta y la apoyaron al cien por cien, mucho más de lo que esperaba, e incluso acordó con su madre instalarse con ella en Madrid durante los primeros meses de Manuela, para estar juntas y no sentirse tan perdida con la niña, y la idea le apetecía muchísimo.

De su entorno en Inglaterra pocos sabían lo del embarazo. En el despacho, sus compañeras por supuesto que sí, pero de sus amistades, las de antes del divorcio, nadie sabía nada, ni falta que hacía porque todo el mundo había desaparecido como por arte de magia de su lado. Nadie volvió a llamarla, a invitarla o a preocuparse por su bienestar, todo el mundo tomó parte por Michael, y la desecharon rapidito y sin contemplaciones. En cuestión de semanas no volvió a tener noticias de nadie, ni siquiera de esas personas que antes se pasaban la vida intentando quedar con ella o que le mandaban flores o botellas de vino carísimo por cualquier motivo.

Jill seguía siendo su amiga pero apenas se veían, había dado a luz a su cuarto hijo, un niño, a mediados de septiembre y estaba muy ocupada. Liadísima, le decía siempre por teléfono, y tampoco sabía nada de su embarazo. No se veían, no notaba sus cambios físicos y tampoco quería poner a James en la tesitura de tener que ser él, el que se viera obligado a ir a Michael con el cuento de su hija, porque eso sería exactamente lo que ocurriría: James se enteraría y siendo leal a su amigo, tendría que explicarle inmediatamente que iba a ser padre, asunto que en todo caso, le correspondía a ella.

De Michael no sabía nada. Lo veía en la prensa, en algunos programas

de televisión, pero nunca más volvieron a tener contacto directo. La nefasta cena en Kensington fue la última vez y desde entonces se desató en una juerga continua y salvaje, muy documentada por los medios de comunicación.

En seguida lo empezó a ver llenando portadas con chicas de todos colores y edades, en fiestas, clubes nocturnos, juergas varias e incluso empezó a aparecer en la alfombra roja y estrenos importantes con modelos de dos metros, de raza negra en su mayoría, a las que no dudaba en besar en público o llevar de la mano a todas partes. Nunca aparecía solo y cuando empezó a dejarse ver, primero en Australia y después por todo el mundo, muy acaramelado junto a Rosaline Freeman, dejó de leer la prensa. Aquello fue demasiado doloroso, demasiado grande para poder soportarlo, y abandonó cualquier intento por ser una mujer moderna y tolerante, y empezó a olvidarse de él.

Por supuesto, no quería hablar con su familia política, y mucho menos de su embarazo. Su sueño era poder coger la maleta, irse a Madrid y no volver a ver a ningún Kennedy de Galway en lo que le restara de vida. Esos eran sus planes, no tenían por qué enterarse, nunca jamás, de la existencia de Manuela, no les hacía falta. Al ritmo que llevaba Michael, seguro que los hacía abuelos antes de lo previsto, oficialmente y con una mujer que él de verdad quisiera, tal vez con Rosaline Freeman, así que ellas podían vivir el resto de su vida en España, o donde les apeteciera, sin que nadie las echara en falta.

Lamentablemente su conciencia le impedía sostener esos planes por mucho tiempo. Era una persona adulta y consecuente, y no pensaba privar a los Kennedy de su nieta, ni a Manuela de sus abuelos paternos, y aunque el tiempo se le echaba encima, seguía buscando el momento adecuado para hablar con ellos. Era cada día más complicado llamar y decir: “Eh, que voy a tener una hija de Michael”... pero era imperioso hacerlo cuanto antes y cuando Molly, su excuñada, la llamó para saludarla por su cumpleaños e insistió en verla personalmente en Londres unas semanas después, se armó de valor y quedó con ella.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Molly en cuanto le abrió la puerta. Ella dio un paso atrás y la invitó a entrar en su diminuto pisito.

—Pasa Molly, ¿cómo estás? —Le dio dos besos y la pobre respondió sin poder apartar los ojos de su vientre hinchado.

—Joder, Vera... joder, joder, joder.

—Lo siento, no te lo advertí porque... —se puso las manos en las caderas y se miró así misma—, no sabía ni como contártelo.

—¿Es de mi hermano?... lo siento, lo siento —se apresuró a decir en cuanto vio sus ojos húmedos—, por supuesto que sí, lo siento.

—Podría decir que no y me libraría de un montón de explicaciones —se giró hacia la cocina americana y le indicó la mesita del comedor—, siéntate, no tengo mucho espacio pero sigo cocinando bien. He hecho tortilla de patatas, sé que te gusta.

—Vera...

—Oh Señor, no quería llorar... —se acercó a la encimera, se apoyó con las dos manos y se echó a llorar. Molly se acercó y la abrazó por los hombros—, lo siento.

—No pasa nada, ven aquí —la giró y la abrazó muy fuerte. Era bastante más alta y más fuerte y por un momento cerró los ojos pensando en que era Michael el que la abrazaba y le decía que todo iría bien—, no pasa nada, tranquila, ¿sí?, tranquila.

—Hubiese querido contártelo hace tiempo pero las circunstancias y... no sabía cómo... la verdad es que estoy muy feliz, es lo que he querido toda mi vida y no debería llorar por esto. Perdóname.

—Vamos a ver, siéntate... ¿por qué Mike no sabe nada?

—Porque no le interesa tener un hijo conmigo, no quiere ni oír hablar de algo así y ya estamos divorciados, así que...

—¿Cómo que no quiere tener un hijo contigo?

—Eso me ha dicho siempre.

—Ha dicho que no quiere hijos, no precisamente contigo.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo, estoy segura de que si ahora sabe que estás embarazada... ¡Señor! y yo que venía a rogarte de rodillas que hablaras con él y le dieras otra oportunidad...

—No... —se puso de pie y fue a buscar la comida—, lo nuestro ya se acabó y esta niña no cambia nada.

—¿Es una niña?

—Sí, se llama Manuela —se acarició la tripa y volvió a soltar un sollozo, miró a Molly y vio que estaba llorando también—, vaya par... vamos, tómame un vasito de vino.

—¿Y va todo bien? —Le acarició la tripa cuando se sentó y ella asintió—, estás guapísima, Vera.

—La niña está estupendamente, en los niveles normales, salgo de cuentas el 18 de enero, aunque ya sabes que las primerizas nunca somos muy de fiar.

—¿Y estás sola con todo esto?, ¿no has tenido molestias?

—No he tenido apenas molestias, mi hermana y mi madre vienen a menudo y yo espero volver a Madrid en cuanto consiga un sustituto para el bufete.

—¿Te vas a instalar allí?

—Sí, en casa de mi madre, al menos hasta que la niña tenga un añito o algo así. Ya sabes que soy una lanzada, pero en este caso prefiero no estar sola y tener algo de ayuda.

—¿Y qué pasa con nosotros?

—¿Con vosotros?

—¿Conmigo, con mis padres?, ¿con Mike?

—Me gustaría que Manuela contara con su tía y sus abuelos, si vosotros queréis. Por supuesto no quiero imponeros nada.

—¿Imponeros?, ¿estás loca?

—Soy la exmujer de tu hermano, no pretendo que...

—Es nuestra niña, Vera, mis padres estarán locos de contentos con esta noticia, ¿no sabes lo que te quieren?, ¿lo que te queremos todos?

—Sí y os lo agradezco muchísimo, pero no quiero que Michael se sienta incómodo con todo esto.

—Sigo sin entender que él no sepa nada.

—Cuando fui a Las Vegas acababa de saberlo. Iba a contárselo personalmente y a intentar celebrarlo juntos, aunque sabía que para él un embarazo suponía un drama pero... —bebió agua y suspiró—, llegué a la suite, me encontré a esa chica allí y el resto de la historia ya la conoces. Llevábamos unos meses muy malos, discutiendo por todo, él muy descontento, completamente harto y yo también, habían pasado muchas cosas y el desgaste era irreversible, lo siguiente que nos quedaba por hacer era separarnos, no había marcha atrás. Y aunque el divorcio lo pedí yo, iba a llegar tarde o temprano, y no quise que mi hija entrara en el paquete. No quería un acuerdo de divorcio con ella por medio, un convenio regulador o luchas por la pensión o las visitas a una hija que él jamás ha querido tener.

—Pero es su hija, tiene derecho a saberlo.

—Y lo sabrá ¿no? —La miró y se pasó la mano por la cara—, puedes

contárselo si quieres. No te pediré que me guardes el secreto.

—Lo que me apetece es llamarlo ahora mismo, que venga y lo hablemos los tres juntos. Es evidente que estás sufriendo, Vera, él sufre incluso más que tú y mírate —le indicó la tripa—, pudiendo estar juntos y con vuestra hija.

—Me he puesto triste porque te he visto y me han venido muchos recuerdos a la cabeza, pero estoy bien, no sufro, al menos no quiero sufrir más, estoy feliz con mi hija y en mi vida ya no hay espacio para Michael, nunca más.

—Te ha hecho mucho daño, lo sé.

—No, eso ya pasó, fuimos muy felices y al final nos hicimos daño los dos, así que...

—Sé todo lo que pasó, lo de esa actriz en Nueva York, lo de Isis, los tanteos que empezó a tener, las tensiones entre vosotros y siempre le he dicho que el más culpable de esta separación es él, principalmente porque tú tenías veinte años cuando lo conociste y no sabías nada de la vida, mucho menos de la vida que él ha llevado siempre.

—Bueno, ya pasó...

—No pasó porque tienes a su hija aquí dentro... —se acercó para acariciarle otra vez el vientre y Manuela dio una patadita—, oh, Dios, ¿la has notado?, reconoce a su tía Molly, ¿eh, pequeñaja?, ¿verdad que me reconoces?

—Se mueve mucho.

—En eso sale a su padre.

—Supongo que sí.

—Vera, mírame —subió los ojos negros y los clavó en los claros de Molly, que eran muy parecidos a los de Michael, y tragó saliva—, mi hermano está perdiendo la razón, ya sé que no eres responsable de él, solo te lo digo para que sepas que no asimila el divorcio, el haberte perdido, llora todos los días por ti, se autolesiona con esas relaciones superficiales y estúpidas que entabla con mujeres a las que luego no soporta volver a ver... trabaja como un mulo y está empezando a errar en los trabajos que elige... bebe más de la cuenta y...

—Bien, mira... —se puso de pie y se alejó de la mesa—, yo entiendo que eres su hermana y lo quieres, pero yo conozco a Michael, y lo que veo en la prensa, sobre todo ahora que está con Rosaline Freeman, me hace asegurar que está estupendamente, disfrutando de lo que quiere y sin tener

que responder ante nadie. No te preocupes por él, está donde quiere estar, con quién quiere estar y yo, hace tiempo que dejé de importarle.

—Estás muy equivocada.

—Equivocada o no, ya no es mi problema.

—No deberías dar la espalda a la realidad, Vera.

—No le doy la espalda a la realidad y por eso sé que lo mejor que he podido hacer es alejarme de él, dejarle vivir su vida cómo de verdad le apetece y retomar la mía a mi manera.

Molly se fue esa noche muy tarde e intentando hasta el final que comprendiera la pésima situación por la que estaba pasando Michael. Ella se mantuvo inflexible, sobre todo porque estaba convencida de que él sobrevivía perfectamente y encantado de la vida, y no se movió ni un ápice de su posición. Una posición que solo varió para autorizarla a que contara a quién quisiera lo de su embarazo, algo que Molly se tomó al pie de la letra y con premura porque esa misma noche la llamaron sus exsuegros tardísimo, primero para recriminarle su silencio y luego para celebrar la noticia con muchas palabras de cariño. Eran estupendos y se metió en la cama sin querer imaginar la reacción del padre de la criatura, que estaba rodando en Irlanda del Norte según sus cálculos, y que seguramente pasaría olímpicamente de lo que le contara su hermana y la dejaría en paz.

—¡No! ¡Por favor! —Sintió el golpe de la puerta al abrirse de mala manera y levantó los ojos para ver a Michael Kennedy entrando como un toro en su despacho, seguido por la secretaria—, ¡señor! Lo siento, Vera, pero...

—¡Lárgate de una puta vez! —Soltó Mike y Vera levantó la mano aparentando normalidad.

—No te preocupes, Alice, está bien... discúlpanos y muchas gracias... Michael...

—¿Michael? —preguntó cerrando la puerta con otro golpe y caminando hacia ella hecho una furia. La oficina era muy pequeña y Vera sintió como la llenaba entera con su gran envergadura física, mucho más inmensa por culpa de esos ojos de loco que traía. Respiró hondo y no se movió de la silla—, ¿o sea que te acuerdas de cómo me llamo?

—Oye, yo, mira...

—¿Lo sabías desde Las Vegas?, ¿es eso verdad, Vera?

—Sí... ¿te quieres sentar?

—¡No, coño! No me digas lo que tengo que hacer... —se puso en jarras

delante de ella y le miró el vientre. Llevaba vaqueros y una blusa blanca ancha, así que poco pudo ver, pero la señaló con el dedo—, no te reconozco, ¿sabes?, no tengo ni puta idea de quién eres... ¿cómo has podido ocultarme algo así?

—Tengo muchos motivos, pero ahora mismo no serás capaz de entender ninguno.

—Molly dice que no querías que entrara en el convenio de divorcio, que no querías meter a mi hija en un jodido convenio de divorcio que planteaste tú. Tú me dejaste a mí, tú destrozaste nuestra vida y soy yo el que acaba pagando todos los putos platos rotos.

—Yo pedí el divorcio pero tú, con tu vida, tus aventuras y tu eterno descontento me empujaste a ello... ¿o quieres que te recuerde cómo te encontré en Las Vegas cuando iba precisamente a contarte que estaba embarazada? ¿Sabes acaso como me sentí yo?, ¿eh?, ¿te has parado a pensar como he sufrido yo con todas tus historias?

—Vale... está bien... —se desplomó en una silla y ella observó su barba de tres días, los ojos rodeados por las ojeras. Obviamente había viajado en seguida desde Belfast y estaba indignado, pero su aspecto físico era lamentable, muy desaliñado y contempló por un segundo la idea de que Molly tenía razón y que en realidad Michael no estaba en su mejor momento—, está bien... ¿Qué vamos a hacer? No he vendido la casa, puedes volver cuando quieras.

—¿Cómo dices?

—¿Qué?, ¿no pretenderás que ahora pase por alto esto?

—Tú nunca has querido ser padre.

—Pero ya que ha pasado, habrá que apechugar.

—No tienes que apechugar con nada, muchas gracias... —se le llenaron los ojos de lágrimas y se sacó las gafas. Aquella frase era lo último que quería oír una mujer embarazada por parte del padre de su hijo y se quiso morir—, precisamente esa es una de las razones por las que no te lo dije, por frases como esa, porque sé que en el fondo te hago un favor, sé que no quieres hijos conmigo, y no los tendrás. Biológicamente es tu hija pero nada más, no tienes que preocuparte de nada, ni apechugar con nada, gracias a tu generoso cheque de doscientas cincuenta mil libras ya has cubierto de sobra tu responsabilidad, así que no hay problema. Muchas gracias.

—¿Tú te oyes cuando me hablas?

—¿Qué quieres que te diga, Michael?

—Deberíamos intentar arreglar las cosas, ahora que hay una hija... ¡joder! —Se pasó la mano por la cara—, es tan absurdo tener que explicarte esto, lo más lógico es que vuelvas a casa y empecemos de cero. Quiero tener una familia, estoy preparado para ser padre y...

—No, eso no pasará.

—¿Por qué lo decides tú sola?, no puedes privarme de mi derecho de ser padre.

—Lo nuestro se rompió hace tiempo, estamos divorciados y por lo que sé, ni siquiera estás solo, tienes novia, así que vuelve con tu novia y a mí me dejas en paz.

—No tengo ninguna novia y en todo caso mi mujer eres tú, estás esperando un hijo mío y no deberíamos estar discutiendo sobre esto.

—Michael... —respiró hondo y observó a través de los cristales como todo el mundo estaba pendiente de ellos—, sé que todo esto te ha conmovido, supongo que Molly te lo soltó anoche sin más pero...

—Vera, por favor —se inclinó y la miró con esos enormes ojos claros—, yo quiero a mi hija.

—Nunca has querido hijos, estás cabreado y dolido conmigo y por eso reaccionas así, pero en realidad lo mejor es no cambiar las cosas, no podré soportar la vida que llevábamos con un bebé en casa, no quiero eso para mi hija y tampoco para mí. La decisión está tomada y si en realidad te interesa la niña, podrás verla cuando quieras, te doy mi palabra de honor.

—No puedes estar hablando en serio.

—Para mí nada de esto es sencillo y menos aún una broma.

—Está bien —se levantó aireado y tiró la silla al suelo—, he venido y he intentado hacer lo correcto. Que no se diga que soy un puto cabrón desalmado...

—Nadie te está juzgando.

—¿Ah no?, ¿segura?, si no me juzgaras continuamente, no me apartarías de tu vida.

—No te juzgo, pero sé que estoy haciendo lo mejor para todos, incluso para ti.

—¿Sabes qué te digo Vera? —Abrió la puerta de un tirón y la miró con los ojos muy abiertos—, eres una zorra maquiavélica.

Acto seguido dio un portazo tremendo, tan grande que la puerta de cristal se hizo añicos. Oyó los gritos de la gente y las carreras de sus

compañeras que entraron al despacho como un vendaval para ver cómo estaba. Grace y Heather le tocaban la cara y le acariciaban el brazo pero apenas las podía sentir, estaba como en estado de shock, incapaz de moverse, ni de articular palabra, aunque no parara de llorar.

En la actualidad*Londres, 18 de diciembre*

Jamás debió aceptar ir a esa cena, jamás, era un error de manual y cuando al fin llegó a casa, mojada y enfadada, subió los escalones despacio, porque un dolor en la zona lumbar apenas la dejaba respirar.

Otra vez el ascensor estropeado y ella con ocho meses de embarazo. Una locura. Afortunadamente en dos días estaría en casa, en Madrid, con su madre y su abuela, los pies en alto y comiendo turrón, así que solo debía aguantar un pelín más.

Llegó a la segunda planta y Candice, su vecina hippie, se asomó a la puerta y la detuvo por el brazo.

—Vera ¿adónde vas?, tienes muy mala cara.

—No pasa nada, me duele un poco la espalda y he tenido una noche horrible.

—Vale, siéntate un poco —sacó un taburete al rellano y la obligó a tomar asiento—, ¿qué ha pasado?

—Fui a una cena, a casa de unos amigos y estaba mi ex. Fue muy incómodo.

—¿Con una mujer?

—Pues no lo sé —de pronto pensó en que ni se había fijado, del sofocón que le entró, y miró a su vecina encogiéndose de hombros—, no me fijé, me fui en seguida pero seguramente estaría con alguna mujer.

—¡Hombres!

—Ya... debo subir a casa, quiero meterme en la cama, estoy empapada.

—Vale, yo te acompaño, esta noche me toca trabajar pero si necesitas algo me das un toque el móvil, ¿ok?

Agradeció la preocupación de Candice y entró en su apartamento muy incómoda, no era solo la espalda, de repente le dolía todo el cuerpo y se temió lo peor. Se dio una ducha caliente, se puso un chándal y zapatillas de deporte y esperó sentada en la cama a ver qué ocurría. A las diez de la noche tuvo la primera contracción y a las diez y media la segunda. Consciente de que si se adelantaba el trabajo de parto sería mucho peor salir a la calle sola, decidió coger la canastilla y la maleta y bajar a buscar un taxi. Mientras esperaba en la acera le vino otra contracción, mucho más

intensa, así que buscó el móvil y mandó un mensaje a su ginecóloga. Un segundo después, la estaba llamando con voz autoritaria pero tranquila.

—Vera, ¿dónde estás?

—En Notting Hill, esperando un taxi, lo tengo todo y me voy al hospital, por si acaso.

—¿Estás sola?

—Sí, estoy bien... no te preocupes.

—Llama al alguien.

—No tengo a quien llamar, mi hermana y mi madre me esperan en Madrid... oh Dios... —soltó en español parando un taxi—, otra y muy aguda, pero ya tengo taxi.

—Muy bien, tranquila, te veo en la clínica.

—Vale.

Llegó al Hospital St. Mary en quince minutos. Como su traslado a España, por culpa del trabajo, se había retrasado muchísimo, la doctora Moore le había aconsejado asistir a las clases de parto sin dolor en Londres y tener todo preparado por si a Manuela se le ocurría llegar antes. Afortunadamente, porque cuando entró en el hospital, con muchos dolores, ya la estaban esperando y le asignaron una habitación muy rápido, o eso le pareció, porque de repente todo se precipitó delante de sus ojos y perdió totalmente el sentido del tiempo y el espacio.

Nada más ponerse el camisón rompió aguas y ya tuvo que llamar a Madrid para avisar del asunto. Su madre, su abuela y Cruz se volvieron locas de preocupación y a falta de aviones a esas horas de la noche, decidieron ir al aeropuerto y esperar allí el primer vuelo que saliera de Barajas, el de las seis y media de la mañana. Una verdadera locura, todo era una locura pero esas cosas no se controlaban y decidió aplicar sus conocimientos de parto sin dolor en el proceso y llevarlo lo mejor posible.

Por supuesto que pensó en Michael todo el tiempo, su imagen, sus ojos y su sonrisa la acompañaron mientras se partía por la mitad del dolor, y hablaba con él en su cabeza, como si lo tuviera al lado y cogiéndola de la mano. Recordaba viajes compartidos o cuando la rescató de aquella manifestación en Madrid. Se concentró en recordar su particular forma de hablar e incluso pilló una película suya en la tele y cerró los ojos oyéndolo de fondo, con ese timbre tan bonito y profundo que tenía, con su acento irlandés, tan cálido y familiar.

No estaba allí, pero Manuela sí estaba y le consolaba saber que pronto vería la carita de su hija. Eso era en lo único que pensaba, lo único que la tranquilizaba, incluso cuando entró la doctora y le dijo que provocarían el parto porque la niña traía el cordón alrededor del cuello.

—Si hay que hacer una cesárea, hazlo ya y no esperemos más —le rogó y la ginecóloga se acercó para acariciarle el pelo.

—No hará falta, Vera, el trabajo de parto es estupendo, solo lo apresuraremos y te pondremos la epidural, ¿de acuerdo?

—Tú mandas.

—¿No quieres llamar a alguien?, ¿dónde está Michael?

—No sé dónde está. Yo estoy bien, mañana a primera hora mi familia estará aquí.

—¿Y tus suegros?

—En California para celebrar la navidad allí.

—¿Amigas?

—Estoy bien, solo quiero que nazca ya, por favor... —se echó a llorar y Maureen Moore suspiró impotente. La conocía desde hacía años y no podía entender que una chica como Vera estuviera completamente sola en un momento así, pero eso no era asunto suyo y llamó al anestesta para que se ocupara de ella.

La pequeña Manuela Saldaña Ortega nació a las cuatro de la madrugada del 19 de diciembre, por parto natural, y mientras su padre aparecía en la pantalla del televisor que Vera tenía enfrente. Todo el proceso se llevó a cabo en su habitación y pudo tener la televisión encendida, para relajarse, y cuando al fin dio el último empujón, él estaba allí, en una película británica de época, guapísimo y sonriente, acompañándola a su manera en el momento más importante de su vida.

—Verita —sintió el beso de su madre en la cabeza y abrió los ojos—, cariño, ¿cómo estás?

—Bien... —trató de espabilarse y las vio a las tres allí de pie llorando, abrió los brazos y Cruz se le echó encima sollozando—, eh, que todo ha ido genial, ya veréis como es de guapa.

—¿Dónde la tienen? —Preguntó su abuela alisándole el pelo.

—Está en observación, en la incubadora por precaución, ha nacido con ocho meses pero pesó 2,800 y está perfecta.

—¿Y el médico?

—Supongo que se habrá ido a descansar... —se incorporó un poco y su

madre le puso un cojín en la espalda—, estoy hecha polvo, ¿qué hora es?

—Las diez de la mañana, al final solo pudimos coger el avión de las ocho, ¿dónde está Michael?

—No tengo ni idea.

—Su madre me ha dicho que estaba en Londres al menos hasta hoy...

—Mamá, no voy a discutir el tema una y otra vez contigo, ¿de acuerdo?... ¿o sea que ya has avisado a los Kennedy?

—Sí, pero están con Molly en Palo Alto, van a pasar allí las navidades y luego quieren viajar a Madrid para veros.

—Estupendo, gracias.

—¿Has traído ropita suficiente para la niña?

—Sí, lo tenía todo preparado—contestó y cogió la mano de Cruz, que no paraba de llorar—, ¿y a ti que te pasa?, estoy bien, cansada pero muy bien.

—No me perdonaré en la vida que lo hicieras sola.

—Ha sido Manuela, que ha tenido mucha prisa.

—¿Qué necesitas?

—Algo de beber y necesito que llames a Grace al despacho, seguramente querrán venir a ver a la niña pero, principalmente, necesito que arregle lo de la inscripción en el consulado, ya tenemos todos los papeles y solo hace falta el último paso para el pasaporte, para poder viajar a España lo antes posible.

—Claro...

—Señora Saldaña —alguien abrió la puerta y entró una enfermera con una cunita móvil, toda rosa. Vera se sentó en la cama expectante. Detrás de ella venía una doctora joven, muy sonriente, y la saludó.

—Le traemos a su princesita. Está perfecta, no necesita estar más tiempo en observación, ahora tiene hambre y puede empezar con el pecho, ¿le ayudamos?

—Sí, gracias. Hola, mi vida —le dijo con lágrimas en los ojos, cuando se la acercaron envuelta en una toquilla blanca. Las abuelas y la tía se acercaron emocionadas para observarla de cerca y Vera le sacó el gorrito para que la vieran mejor. Ella, que era diminuta y perfecta, ya estaba con la boca abierta reclamando el pecho igual que un pajarito y las hizo sonreír...—, es rubita, ¿habéis visto?, es preciosa.

28

Giró en la cama y la luz del sol le acribilló los ojos, se tapó la cara con el dorso de la mano e intentó seguir durmiendo, pero fue imposible. Trató de situarse, primero asimiló que estaba en Los Ángeles, en un hotel de lujo, y en seguida se le vino a la cabeza el pensamiento que lo perseguía continuamente desde hacía semanas: tenía una hija, se llamaba Manuela y ni siquiera había podido abrazarla.

La angustia le contrajo el pecho, se sentó de golpe en la cama y el dolor de cabeza casi lo mata. Se deslizó despacio por el colchón, se sujetó a las paredes y se arrastró hasta cuarto de baño, abrió la ducha fría y se metió debajo. No tenía ni idea de la hora que era, pero esa noche le tocaba presentar en el Teatro Dolby una de las categorías de los Oscars. Estaban, por tanto, a 22 de febrero.

Vera había dado a luz la madrugada del 18 a 19 de diciembre, la había visto unas horas antes, en casa de Jill y James, y le había parecido incluso más guapa de lo habitual, con el pelo recogido, nada de maquillaje y ese brillo espectacular que tenía en los ojos. Siempre le había parecido luminosa, su piel era luminosa, sus ojos, su sonrisa, pero aquella noche, unas horas antes de dar a luz a su hija, le había parecido la más preciosa de las criaturas, sin embargo, ni lo había mirado, ni saludado, ni prestado la más mínima atención y se había ido tal como había llegado, a la carrera.

Ver su vientre hinchado le produjo una pequeña conmoción, llevaba tiempo intentando racionalizar que ella llevaba a su hija dentro, que un bebé, su bebé, crecía dentro de Vera, pero verla en el comedor de los Wilson, con su abrigo largo y su bolso en bandolera, le despertó una ternura enorme, tanta, que volvió a odiarla con todas sus fuerzas.

Solo podía odiarla por haber destruido todo lo que le importaba, por haberlo abandonado, por apartarlo de su bebé, y por vivir la vida a su aire, tan a gusto, tan segura y desenvuelta como siempre mientras él, que era un gilipollas integral, se hundía poco a poco en la mierda y el desenfreno.

Esa misma noche pensó en llevarse a la cama a la camarera de Jill. La chica le guiñó un ojo y le pasó su número de móvil en cuanto entró en la casa, pero después de ver a Vera no pudo. Se fue a su enorme casa solitaria, desconectó los móviles y se pasó la noche bebiendo y viendo películas antiguas. De madrugada, con un pedo considerable y una

frustración aún mayor, agarró un palo de golf y rompió todo lo que pilló en la segunda planta, luego bajó a la primera para continuar con la tarea pero apareció la policía, alertada por los vecinos, y le costó horrores explicar a los agentes que esa era su casa y que solo quería desahogarse porque la bruja de su mujer lo había abandonado, despreciando incluso sus regalos, sus anillos de compromiso, su alianza, que le había devuelto como si él fuera un puto perro. Le tomaron declaración, intentaron tranquilizarlo y luego lo dejaron en paz. Esa noche durmió en el suelo del salón, encima de la alfombra de piel sintética que a Vera le gustaba tanto, y por la mañana agarró la maleta y se fue al aeropuerto para viajar a los Estados Unidos, donde su hermana había reunido a la familia para celebrar la navidad.

Cuando al fin aterrizó a San Francisco, tras diez horas y media de vuelo, eran las dos de la tarde, hora local, del 19 de diciembre, encendió el móvil en la terminal de llegadas y tenía catorce mil mensajes anunciándole el nacimiento de su hija. Salió casi dando tumbos del aeropuerto, donde algunos paparazzis lo reconocieron y le hicieron fotos, consiguió un coche de alquiler y se fue directo a Palo Alto, a la casa de Molly, donde ya estaban celebrando el nacimiento de Manuela, en el Hospital St. Mary de Londres, tan solo dieciocho horas antes.

No quería saber nada. Su primer impulso fue coger un vuelo de vuelta para ir a verlas, a las dos, a Vera y a la niña, pero se resistió, y se pasó tres días así, sin querer ver las fotos que sus padres y su hermana recibían cada dos por tres de la pequeña. Al parecer estaba sana, a pesar de haber nacido antes de lo previsto, y Vera estaba muy bien, aunque había dado a luz sola, porque su familia no había alcanzado a llegar a tiempo. Terrible, se lamentaba su madre mientras él se partía por dentro. No podría perdonarse jamás que ella hubiese pasado por aquel trance sola, pero en realidad nadie le había avisado, ni habían contado con él, así que acabó desechando las culpas y trató de olvidarse de Vera y de la niña, aunque fue imposible.

Tenía tres días cuando vio su primera fotografía. Agarró el móvil de Molly y así pudo conocer a su hija. Era muy guapa y diminuta, no tenía pelo, aunque había oído a su madre decir que tenía una “pelusilla” rubia en la cabeza, a él le pareció pelona y con los ojos grises, cerrados la mayor parte del tiempo. Su carita era perfecta, era igual que Vera, preciosa y delicada, igual que ella, como un angelito de verdad, con sus manitas y sus

deditos y esa boquita tan bien dibujada. Se pasó mucho rato viendo las fotos y se las mandó a su teléfono móvil para observarla mejor, mientras un sentimiento completamente desconocido le empezaba a crecer de forma brutal en el pecho: quería a su hija, quería mucho más a Vera por haberla traído al mundo, y estaba seguro de que jamás podría vivir sin ellas.

El día de navidad llamó a Vera, pero solo pudo hablar con Cruz, que lo trató como a un trapo. Le dijo que madre e hija estaban perfectamente, que muchas gracias por llamar y que el pediatra y la ginecóloga les habían dado permiso para viajar el 28 de diciembre, así que a partir de entonces podría llamar a casa de su madre, a Madrid, para interesarse por la niña aunque, y esto lo soltó con toda su mala leche, lo mantendrían informado si de verdad le interesaba Manuela.

Insistió en hablar con Vera pero se la negaron o se negó ella, y decidió volver a Londres el 26 de diciembre, para verlas antes de que se fueran a Madrid. Llegó la mañana del 27 a su casa de Notting Hill y no estaban, se pasó un rato esperando y llamándolas por teléfono pero nada y cuando al fin salió una vecina, lo vio ahí parado en medio del frío y se apiadó de él, le contó que Vera y su bebita se habían ido a España el día antes, el 26 y no el 28 como le había contado Cruz.

Cuando al fin pudo hablar con ella, estaba tan cabreado que le soltó de todo. La tachó nuevamente de egoísta y cruel, y ella se defendió diciendo que no sabía nada de lo que le había dicho Cruz y lo instó a pasar por Madrid cuando quisiera, que podría ver a la niña si le apetecía y todas esas sandeces que parece se aprendía de memoria para joderlo aún más.

—Está bien, Michael, escúchame, lo siento mucho. No sé qué te dijo Cruz o qué entendiste tú pero...

—¿Entendí yo?, la hija de puta de tu hermana me dijo...

—Ok, en estos términos no pienso hablar contigo.

—Tengo derecho a ver a mi hija.

—Dime cuando puedes venir a Madrid, si quieres pasar por casa de mi madre, podrás verla. No hay problema.

—Oh, muy amable, muchas gracias —tomó otro sorbo largo de whisky y cuando acabó, estampó el vaso contra la pared—, ni siquiera me gusta el nombre.

—Pues lo siento mucho.

—¿Quién coño se llama Manuela?, ¿no sabes que mi familia jamás

conseguirá pronunciar bien su nombre?, quiero discutir lo del nombre.

—No hay discusión, ya está inscrita y ese es su nombre. Siento mucho si no te gusta y ahora, si me disculpas, te tengo que dejar.

—¿Cómo puedes tratarme así?, en serio, ¿cómo demonios puedes tratarme así?

—Lo mismo podría preguntar yo.

—Quiero ver a mi hija y pasar tiempo con ella.

—Y a mí me alegra mucho saber que tienes interés por ella.

—¿Interés por ella?, es mi hija... Hostia puta, Vera, ¿quién coño te crees que soy?, ¿un monstruo?

—No, solo sé que antes de quedarme embarazada no te venía nada bien tener hijos, así que perdona si ahora me sorprende de que reclames tus derechos... aunque lo hagas de este modo, borracho como una cuba. Voy a colgar.

—¡Vera!

Y colgó y no volvió a coger el puto teléfono. Se pasó horas llamando y bebiendo. James lo sacó de su casa un día después y se lo llevó a Escocia. Había heredado una casita de campo cerca de Glasgow, la habían reformado y pretendía que pasaran el fin de año pescando y charlando, relajados y sin beber, con sus críos correteando por allí mientras él moría de añoranza y frustración por todo lo que estaba pasando. Una muy mala idea.

El mismo día 31 de diciembre cogió un ferry y se fue a Dublín de juerga, se encontró con antiguos amigos, antiguos ligues y con la que faltaba para descalabrarle la vida, Isis, que estaba en casa por navidad. Se montó una orgía sin fin con ella, en un hotel de St. Stephen's Green, donde se gastó una fortuna, durante una semana entera, a tope recibiendo gente y haciendo fiestas en las que no volvió acordarse de ir a Madrid para conocer a su hija.

El día 8 de enero, cuando su padre y Blanche aparecieron en O'Callaghan Stephen's Green Hotel, lo agarraron de un ala, lo metieron bajo la ducha fría y lo facturaron rumbo a Nueva York donde debía incorporarse al rodaje de la última película del gran Martin Scorsese. El gran sueño de su vida.

En Manhattan empezó a recuperar la razón y cuando Isis lo llamó para que le pagara el viaje a Nueva York, donde pretendía instalarse con él, le dijo que no, que todo había sido un error pasajero y que lo dejara en paz.

Ella le pidió más dinero pero se negó, la mandó de paseo y volvió a obsesionarse con la pequeña Manuela, que crecía a salvo y preciosa, junto a su preciosa madre, en Madrid.

Gracias a Molly y a sus padres podía verla casi a diario. Vera, Cruz o su suegra, les mandaban fotografías y videos de la pequeñaja continuamente. Era tan chiquitina pero crecía muy rápido, abría los ojitos y hacía amagos de sonreír, aunque su madre le había explicado que en realidad eran reflejos involuntarios, a él le parecía la sonrisa más bonita del universo y se le caían las lágrimas viéndola.

A finales de enero ya enseñaba su foto a todo el mundo y empezó a hablar de ella con naturalidad. Su profesor de interpretación le dijo que utilizara el dolor, la frustración, el amor y todos esos sentimientos que lo venían atormentando el último año para enriquecerse como actor, y eso hacía, aunque aquello no sirviera demasiado para dejar de sentirse culpable, para dejar de añorar a Vera, a la que veía u oía en los videos que le llegaban de Manuela.

Se la veía guapísima y feliz, había noches en que llegaba a visionar hasta cien veces un mismo video solo para oír cómo le cantaba a su hija, como le hablaba o como le susurraba palabras de amor mientras ella, Manuela, la miraba con sus ojillos almendrados. Le estallaba el corazón de amor y empezó a escribir sus sentimientos en una libreta, que llevaba a todas partes, para atesorar lo que estaba viviendo, por doloroso que fuera, porque en el fondo, todo aquello servía para mantenerlo vivo.

—¡Mike!

—Ya voy... —salió de la ducha y se puso el albornoz, fuera Blanche trajinaba con el desayuno y la saludó con la mano—, ¿qué tal?

—Menuda juerga os habéis pegado, salís en la prensa de todo el planeta. Los actores más famosos del mundo, juntos de juerga por Beverly Hills.

—Pues menuda mierda... —se desplomó en la silla y cogió el periódico antes de tomar un buen sorbo de café.

—Menos mal que te pillo solo y despierto —lo miró de reojo y él bufó—, estamos en el horario previsto. En media hora viene el estilista, a las tres y media te recoge la limusina.

—Muy temprano me parece.

—Los horarios no los pongo yo.

—No me quedará a la fiesta, he conseguido vuelo a Madrid para las diez de la noche.

—¿Qué?! —Blanche lo miró con los ojos muy abiertos—, no puedes dejar de ir a esa fiesta, es lo más importante de los Oscars.

—Me da igual, quiero ver a mi hija, acaba de cumplir dos meses y todavía no la conozco ¿sabes?

—¿Para qué te haces esto, Mike?

—¿El qué? —Vio cómo se sentaba frente a él y prestó atención.

—Vera no te quiere en su vida, ¿por qué no la dejas en paz?

—Es la madre de mi hija, sabe perfectamente que jamás la dejaré en paz.

—Ella ya tiene lo que quiere, ha conseguido lo que quiere y no creo que te lo ponga fácil.

—¿Cómo dices? —Dejó el periódico encima de la mesa y agarró el paquete de tabaco.

—Ya sabes... ella quería un hijo y lo tiene, ya no te necesita, le estorbas y gracias al dinero que le dejaste puede vivir como le dé la gana, donde le dé la gana y sin necesidad de volver a verte. ¿Qué pintas tú allí? Tienes que centrarte en tu carrera, presentar en los Oscars, ir a esa fiesta y dejarte ver junto a una guapísima actriz de moda, eso es lo que tienes que hacer y dejar de perder el tiempo con tu exmujer.

—¿Sabes qué, Blanche? —aspiró una calada del cigarrillo y habló con mucha calma—, la próxima vez que te metas en mi vida personal o des una opinión sobre Vera sin que te la pida, que no te la pediré, te despido.

29

—No tienes por qué verlo —Cruz entró en el dormitorio y ella la miró de reojo—, en serio, vete a dar un paseo o a casa de la abuela, yo me ocuparé.

—No, gracias, no tengo cinco años y puedo hacerlo, pero gracias —cogió a Manuela y le besó la cabecita—, ¿está guapa?

—Preciosa, como siempre. Hola, mi amor —se acercó a la niña, que tenía los ojitos abiertos, y le besó la manita—, ¿cómo estás, glotona?

—Pues eso, glotona, ¿verdad mi vida? —La acurrucó contra su hombro y miró a su hermana con una sonrisa—, todo va a ir bien, no te preocupes, estoy perfectamente.

—¿Te suena de algo el término “depresión post parto”?, de milagro no te la has pillado y no quiero que por culpa del capullo ese, te pase algo.

—Si no la he tenido antes, no la tendré ahora. No le des más vueltas y si quieres, vete tú a tu casa o donde la abuela o a dar un paseo, no quiero que acabes discutiendo con él, al que por cierto, no llares capullo o cosas similares delante de Manuela.

—No se entera de nada, Vera.

—Es igual, así te vas acostumbrando para cuando sea mayor.

—¡Jesús! —Exclamó y volvió al salón.

Ella miró los ojos dorados de su hija y se olvidó de todo lo demás. Esa diminuta personita era capaz de convertirla en la mujer más feliz del planeta con una sola de sus sonrisas, o cuando la buscaba con sus ojitos muy abiertos si la oía hablar. La reconocía en medio de todo el mundo y siempre prefería estar con ella, su mamá, que era su universo absoluto. Cruz bromeaba diciendo que no se lo creyera tanto, porque si Manuela la prefería por encima de todos era porque la asociaba con la comida y nada más, pero eso era lo de menos, su bebé solo tenía ojos para ella y le encantaba.

Miró por la ventana y comprobó que tenían el típico día invernal de Madrid, mucho frío pero despejado y soleado. Luego pensaba sacar a Manuela a dar un paseo por el parque, pero antes tendría que ver que pretendía Michael apareciendo allí. Un día y medio antes lo había visto de madrugada, con la niña en brazos y un poco conmovida de verlo en directo, entregando el “Oscar a la Mejor dirección artística” desde el

Teatro Dolby de Los Angeles, y solo unos minutos después, en plena madrugada, mandó un email avisando que pretendía coger un vuelo con rumbo a Madrid esa misma noche.

Manuela tenía más de dos meses de vida, no se había molestado aún en conocerla, y de repente eso, era extraño y más extraño aun cuando su exsuegra la llamó para contarle que Mike le había pedido que lo acompañara en la visita. Catherine, que ya había estado tres veces en Madrid para disfrutar de su nieta, no se había podido negar y finalmente había quedado con él esa mañana en Barajas, desde el aeropuerto irían directamente al Paseo de Yeserías para verlas y después ya verían. Eso le dijo: “Luego ya veremos, cariño”.

En fin, pensó, tarde o temprano aquello tendría que ocurrir y mejor antes de que después. Desde el divorcio sus charlas se habían limitado a discutir por teléfono o en persona, él se mantenía a la defensiva o muy agresivo, y esperaba que su aparición estelar fuera más serena y sobria, porque esa era otra cuestión, la había llamado borracho dos veces después del nacimiento de Manuela, diciéndole de todo y no pensaba tolerar que entrara en su casa en esas condiciones.

Según Molly, que era una sicóloga muy reconocida en Standford, Michael había entrado en una espiral de autodestrucción total. No soportaba estar solo, haberla perdido. Se sentía huérfano, le dijo, y peor aún porque desde su punto de vista, su mujer lo había abandonado y él, que era extremadamente sensible y vulnerable, enfocaba toda su ira contra ella, que no tenía culpa de nada, pero que representaba todos los males del universo que lo acechaban.

Lo cierto es que bebía más de la cuenta, salía todas las noches, los directores se quejaban de su impuntualidad o su constante desacuerdo artístico con ellos, lo habían expulsado dos veces de un rodaje y había empezado el año retozando una semana entera en Dublín, con Dios sabe quién, en lugar de estar con su familia y amigos, o intentando conocer a su hija, que ahora representaba otro de sus grandes vacíos existenciales.

Estaba en crisis, le decía todo el mundo, y ella, que lo quería muchísimo, no podía ignorarlo, pero trataba de explicar que ella también estaba viviendo su propia catarsis, con una hija a la que había dado a luz sola, muerta de miedo en Londres, y con la que había vuelto a España para empezar de cero, sin saber si sería lo suficientemente fuerte y cuerda para criarla bien y hacerla feliz. Esa era su preocupación y amaba a Michael,

con toda su alma, pero no pretendía seguir protegiéndolo simplemente porque él no fuera capaz de crecer y protegerse solo. Ese no era su problema, no podía serlo, principalmente porque su mayor problema ahora era su hija, que la necesitaba más que nadie en el mundo.

Ya tenía dos meses y no tenía ni idea de cómo había pasado el tiempo. Los primeros días en Londres todo fueron papeleos, visitas al pediatra y la mudanza, luego llegar a Madrid, donde decidió liquidar la hipoteca de su madre para compartir a pleno derecho su casa. Ella se negó en redondo, pero le explicó que estarían mucho más tranquilas sin esa preocupación y solo entonces empezó a comprender su nueva realidad.

Su padre le regaló la cuna, el cochecito, la silla para el coche y todo lo que necesitaba la niña, sus primas, su abuela y todo el mundo, le regaló ropita y juguetes. Estaban siendo mimadas hasta la saciedad pero siguió sintiéndose sola. Muchas noches se preguntaba como hubiesen sido esos primeros días del bebé en su propia casa, en Chelsea y con Michael. Miraba a Manuela y lloraba porque su padre se la estaba perdiendo, luego se animaba y volvía a estar bien, y así indistintamente, porque las hormonas la mantenían en un carrusel de emociones espantoso que, por descontado, ocultaba a su familia.

Desde fuera parecía feliz y recuperada. Solo un mes después de dar a luz estaba en la misma talla de antes del embarazo, tenía energía y alimentaba estupendamente a su hija. Corría todo el día, dormía poquísimo porque Manuela comía a “libre demanda” por orden del pediatra y era una glotona. Dormía con ella, para aprovechar las pocas horas de descanso, y luego vuelta otra vez a lo mismo. Era de locos y se moría por un abrazo de Michael, un beso o un te quiero que la hiciera sentir que no estaban solas en el universo y que seguía siendo una mujer joven, de veintinueve años, con toda una vida por delante.

—Vera... —Su madre entró al dormitorio a la par que sonó el timbre del portal. El corazón se le puso en la garganta e inconscientemente se miró en el espejo y se arregló el pelo. Se había cambiado y pintado un poquito, y respiró hondo—, dame a la niña.

—Vale... —dejó que la cogiera y se arregló la ropa. Salió al salón intentando mantener la calma, aunque tenía mariposas en el estómago, como siempre tratándose de Michael, y observó a Cruz abriendo la puerta principal.

—Pasa, Catherine, ¿vienes sola?

—Sí, no sabes lo que ha pasado —su exsuegra entró al salón y dejó el bolso en el suelo—, ¡ay mi niña!

—Hola, abuelita... —saludó su madre y ella miró a Cruz con cara de pregunta—, mira, Manuela, dile hola a la abuela Catherine.

—Hola, mi preciosidad —la cogió en brazos y le besó la frente, luego buscó a Vera con los ojos y habló moviendo la cabeza—, Michael perdió el vuelo y no hay otro hasta esta noche o mañana... no sabes el disgusto.

—Sí, claro —susurró Cruz en español y su madre la miró ceñuda. Vera sintió igual que si le hubieran quitado las pilas y se desplomó agotada en un sofá.

—Al parecer las conexiones son espantosas y con el cambio horario, en fin. Mañana tiene que estar en un rodaje en Nuevo México y no le da tiempo a venir. Si hubiese salido en su avión esta misma noche habría tenido que regresar a los Estados Unidos pero, claro, perdido el principal, todo el plan al traste. Ya sabes cómo es...

—¿Tú te quedas con nosotras, no? —Pilar la hizo sentarse y ella asintió, buscando el móvil.

—Claro, si me dejáis, no voy a perder la oportunidad de estar con mi princesita, ¿verdad, Manuela?... está lustrosa, como se nota que tu leche es buena, hija, mírala, si es un querubín.

—¿Quieres beber algo, Catherine? —Preguntó Cruz, pasó por su lado y le acarició el pelo, Vera la miró y movió la cabeza—, voy a hacer un poco de té.

—Gracias, cariño. ¿Me acercas el móvil? —Su consuegra lo encontró en el bolsillo exterior del bolso, lo cogió y se lo extendió—, gracias, Pilar. Mira, Vera, hazme un favor, llama a Michael, me dijo que lo llamas y así él te explica mejor lo que pasó...

—No hace falta, Catherine, muchas gracias —se puso de pie y las miró con una sonrisa—, voy a provechar de ir a la farmacia y a comprar fruta. ¿Necesitas algo, mamá?

—No, cariño... —vio sus ojos húmedos y tragó saliva—, Cruz ¿por qué no acompañas a tu hermana?

—¡No! Por favor, solo será un momento.

Agarró el abrigo de la percha de entrada, se lo puso y bajó las escaleras a la carrera. Cruzó la calle y enfiló el Madrid Río a toda velocidad, llorando con un dolor enorme en el centro pecho, un dolor cada vez más gigantesco, incapaz de entender cómo las dejaba así, cómo era incapaz de

organizarse para conocer a su niña, cómo podía ser tan frío y egoísta.

Por ese tipo de cosas no quiso hablarle del embarazo, hablarle del bebé, dejar que la reconociera y entrara en el acuerdo de divorcio... odiaba oír historias de padres divorciados que se pasaban la vida dejando a sus hijos tirados... que se peleaban por las visitas, que siempre tenían excusas para sus ausencias... por eso Manuela era suya y de nadie más. No pretendía entrar en esa dinámica solamente por intentar hacer las cosas bien. No lo iba a permitir, no lo necesitaban, ni la obligaba la ley, así que si quería conocer a su hija o no, ya no era preocupación suya, nunca más, ya se podía quedar en sus rodajes y con su vida tan ocupada bien lejos de ellas, que como estaban, no necesitaban de nadie más.

30

—Danny Boyle en persona me entretuvo, ¿qué podía hacer?, tú no lo entiendes.

—Lo único que no entiendo es qué puede ser más importante que conocer a tu hija.

—Llevo más de dos meses sin verla, podía esperar un poco más...

—¿Sabes qué, hermanito?, vete a la mierda.

Molly agarró su bolso y lo dejó tirado en el restaurante de Nuevo México donde habían quedado a cenar. Él se levantó, pagó la cuenta y la siguió en silencio.

Lo cierto es que la había cagado medio a medio perdiendo aquel vuelo a Madrid. Lo sabía perfectamente, se le había partido el corazón, pero cuando Blanche le avisó, aún dentro del Teatro Dolby, que Danny Boyle había preguntado por él, pensó que no pasaría nada si se desviaba un poco de sus planes iniciales y se pasaba a una cena privada donde lo estaría esperando. Llegó a la carrera al sitio y ese director que admiraba tanto, le comentó a bocajarro que se le había caído uno de los protagonistas de su nueva película, que él era su segunda opción, que si le interesaba y tenía la agenda libre, se podía incorporar al rodaje a finales del verano.

Le pidió el guion y Boyle le dijo que podían hablarlo personalmente, si tenía tiempo, así que se sentaron en una mesa, con una copa la mano, y se entretuvo horas charlando con él. Era un tipo fascinante, lo admiraba desde hacía años, desde muy joven, cuando vio “Trainspotting” por primera vez y quedó completamente fascinado con su trabajo.

Por supuesto haría la película, fuera cual fuera el guion, además rodarían en Ibiza y en Madrid, y la posibilidad de pasar casi dos meses cerca de Vera era un regalo caído del cielo. Tal vez, con algo de suerte, podrían acercar posiciones y podría ver con cierta regularidad a la niña. Eso, sumado a trabajar con Danny Boyle, era algo similar a sacarse la lotería, así que en ese momento estimó que perder un avión con rumbo a Madrid no era para tanto, sin embargo, supuso un pequeño escándalo, otro más, en su ya maltrecha reputación.

Su madre casi lo mata por teléfono cuando la llamó para contarle que había perdido el vuelo. Vera, que solo respondía a sus emails últimamente, no se molestó en contactar con él, y todo el mundo opinó que era un

cabrón. Su madre le contó que su familia política los estaba esperando con los brazos abiertos cuando apareció allí y que Vera, aunque se hacía la fuerte, se había quedado desolada.

—Es como si despreciaras a su hija, Mike, ¿cómo puedes ser tan inconsciente? Nosotros no te hemos educado así, para nosotros la familia es lo más importante.

—¿Cómo voy a despreciar a nuestra hija?, ¿estás loca, mamá?, ¿pero qué dices?

—Eso es lo que parece. ¡Tiene dos meses!, ¡dos meses! y no sabes ni como es. Me muero de vergüenza, Mike, te lo digo en serio, tu padre y yo no te reconocemos.

—Sé cómo es, recibo...

—¡No es lo mismo! Es tu bebé, tu exmujer acepta que la veas, aunque ni siquiera lleva nuestro apellido, no te cierra la puerta y tú eres tan idiota que acabas perdiendo un avión. No tienes perdón de Dios y si Vera decide darnos la espalda, apartarnos de nuestra niña, estará en su derecho y será culpa tuya.

Después de eso le dejó de hablar, no se ponía al teléfono y su padre también le echó otro rapapolvo legendario. Nadie entendía que no se podía mover de Nuevo México, no durante un rodaje, y cuando llegó Molly para psicoanalizarlo e intentar hacerlo madurar en dos horas, acabaron fatal.

Por supuesto entendía que era como poco extraño que aún no conociera a su hija, pero nadie parecía recordar que Vera se había divorciado de él. Ella era la culpable de haberlo apartado de su hija, de haberle ocultado el embarazo. Ni siquiera le había avisado del nacimiento de la niña, que se llamaba Manuela Saldaña, no llevaba ni su apellido, por lo tanto, no tenía ni el más mínimo vínculo legal con él. Ella había decidido despreciarlo y apartarlo de su mundo, y él, que solo intentaba superarlo, ser consecuente y respetar sus decisiones, acababa siendo el hijo de puta irresponsable que no iba a ver a su hija. ¿Estaban todos locos?

—¡Molly Malone, para un poco! —se burló de ella llamándola como cuando eran niños y su hermana se giró con cara de asesina—, oye, tienes razón, pero te recuerdo que Vera se divorció de mí, me odia, no quiere verme ni en pintura y...

—Eso no tiene nada que ver con tu hija.

—Lo sé, pero tampoco es tan fácil para mí ¿sabes?, ni siquiera me contó

que estaba embarazada y...

—Lo que más me descoloca es que te muestres tan frío con todo este tema porque, te recuerdo, no estamos hablando de uno de tus ligues o de una loca de esas que te gustan tanto, que de repente se quedó embarazada y ahora pretende reclamarte algo con un hijo no deseado, no, se trata de Vera —levantó la mano para hacerlo callar—, en octubre hubieseis cumplido siete años de matrimonio, ¡siete!, en total lleváis más de nueve años juntos, Michael.

—Ella me dejó.

—¿Y eso te bloquea hasta tal punto que solo vives para castigarla?

—Yo no...

—¡Michael!, joder, capullo, abre los ojos de una puta vez.

—Ok, genial, como me dice Vera: “En estos términos no pienso hablar contigo”

—No estoy de broma.

—Yo tampoco, solo estoy un poco harto de ser el malo de la peli y de que todos opinéis respecto a mi vida. Parece que no hay más tema en el mundo que Vera y yo...

—Porque nos tienes preocupados, ya no se trata solo de ti, está Manuela.

—Lo que no parece recordar nadie es que yo soy la primera víctima en todo esto, ella...

—¿Tú?, ¿en serio?, ¿qué pasa con tu hija? esa niña necesita de su padre.

—Su madre no opina lo mismo.

—Otra vez su madre, ¿no lo ves? Si no vas a ver a tu hija, ni te interesas por ella, no es porque su madre te la ocultó o se la llevó a Madrid, es porque Vera te dejó plantado y eso no logras asimilarlo.

—Ella se largó, no contó conmigo, no quiso arreglarlo, ni hacer terapia o buscar alguna solución. Cogió sus cosas, presentó el divorcio en cuarenta y ocho horas y si te he visto no me acuerdo, ¿cómo coño quieres que lo asimile? ¡Joder!

—Vale, está bien.

—Todo dios se pone de su parte... y yo soy el más perjudicado. Mi mujer me abandona, me pide el divorcio y ahora vive con nuestra hija en Madrid, sin contar para nada conmigo.

—Lo sé.

—Y fui a Londres a conocerla, estuve allí cuando mi adorable cuñada me dijo que se quedaban unos días, aunque ya se habían marchado a

España.

—Claro, pero...

—Sin embargo el monstruo soy yo, cuando en realidad soy un puto desgraciado.

—Eso no es verdad, Michael, eres un tipo muy afortunado con un problema puntual y solo hace falta reaccionar.

—¿Afortunado?, ¿yo?

—Desde los trece años te has tirado a todo lo que se meneaba, locas de atar en su mayoría y de repente apareces con Vera, que además de estar “tremenda” como tú dices, está cuerda, es lista, estable, seria y te quiere, te casas con ella y te dedica en exclusiva un montón de años... luego empiezan los problemas, la cagas de plano, ella te deja y se larga de tu casa sin pedirte un duro, cuando podría haberte dejado en calzoncillos... y el mayor pecado que comete es quedarse con vuestra hija y no contar contigo y sí —levantó la mano para hacerlo callar—, es muy grave, pero creo que el balance en general es muy positivo, así que deberías considerarte un tipo afortunado y dejar de lamerte la heridas.

—Mira... tal vez yo lo fastidié más que ella, es cierto, pero Vera...

—¡Calla...! —respiró hondo—, debes aceptar tu parte de culpa, eso lo primero, acepta que ella no se fue solo para hacerte daño o para castigarte, tendría sus motivos. Ese es el primer paso para poder arreglar esto.

—Sé que los últimos meses fueron complicados y tal vez yo no estuve muy bien... que se sintió sola y que se juntaron muchas historias, pero no debió dejarme así.

—¿Por qué no?

—Porque yo la quiero y no me dio la más mínima oportunidad.

—Por lo que sé, te dio miles, Mike.

—Sí...

—¿Reconoces que Vera hizo lo posible?

—En realidad sí pero yo también, yo siempre me he arrastrado a sus pies y si me equivoqué, siempre traté de solucionarlo.

—¿Pero entiendes que una persona tiene un límite?, ¿Qué no puede seguir eternamente perdonando y olvidando una y otra vez?

—Sí.

—Ella cree que tarde o temprano esto ocurría, que tú estás mejor soltero.

—Eso es una idiotez.

—Está dolida, ha sufrido muchísimo porque te quería muchísimo y tomó una decisión objetiva, dolorosa pero objetiva y no fue para hacerte daño. No quería castigarte o vengarse de ti... y tú no deberías seguir castigándola, llamándola enfadado para decirle barbaridades o ignorando a vuestra hija simplemente porque te duele que se haya ido de tu lado.

—Yo no ignoro a nuestra hija.

—Consciente o inconscientemente lo haces.

—No es verdad.

—Es lo que parece.

—Porque no estás en mi cabeza. Yo quiero a la niña, ¿cómo no la voy a querer? es hija de Vera, es nuestra hija, y las quiero a las dos.

—Lo sé, cariño, lo sé —superó la distancia que los separaba y lo abrazó muy fuerte—, deberías ir a conocer a Manuela, lo antes posible. Eso es lo primero para empezar a construir en positivo ¿te parece?

—¿Qué quieres decir?

—Si de verdad quieres sanear todo este tema: nada de insultos, malos rollos, llamadas borracho de madrugada o anulación de visitas a Madrid, ¿de acuerdo?...

—Bien...

—Ya sé que la frustración es puñetera y te apetece machacarla y decirle de todo, pero ese no es el camino, el primer paso para curar es perdonar y comprender, y el segundo, decir lo que sientes ¿ok?

—Ok.

—Vale, sigues siendo tan blandito como cuando tenías diez años, Michael Kennedy, aunque aparentes ser el más duro del barrio.

—Cállate.

—Vale, ahora vamos a revisar tu ocupada agenda y decidiremos cuando vas a Madrid, yo te acompañaré.

31

—, Björn me ha dicho que te has divorciado hace poco.

—Sí —miró la hora por enésima vez. Llevaban dos horas de reunión y empezaba a impacientarse. Era la primera vez que se alejaba de Manuela tanto tiempo y hacía unos treinta minutos que ya no le interesaba nada de lo que ese tipo, Mauro, le estaba contando.

—¿O sea que puedo invitarte a cenar?

—¿Cómo dices? —De pronto lo miró y él sonrió muy seductor.

—Me gustaría invitarte a cenar, yo también me acabo de divorciar.

—¿No te ha contado Björn que tengo un bebé?

—Eso no... —se puso tenso de inmediato y Vera sonrió.

—Sí, de tres meses y medio y de hecho, debería irme.

—Pues quién lo diría —soltó comiéndosela con los ojos. Antes de la reunión tenía serias dudas sobre volver al trabajo y colaborar con esa ONG que Björn le había recomendado tanto, y después de la reunión con “don ligón”, le apetecía mucho menos—, estás estupenda.

—Debo irme, ya os llamaré.

—Ya sé que tu ex es nada menos que Michael Kennedy, tienes el listón muy alto, pero tenía que intentarlo.

—Ok —parpadeó, empezando a cabrearse—, debo marcharme, en serio.

—Oye, Vera.

—Dime.

—Para los bebés creó Dios a las abuelas y a las niñeras, seguro que puedes salir conmigo una de estas noches.

—No creo, pero gracias. Ya os llamaré.

Salió disparada a la calle, buscó la Castellana, que quedaba a pocos metros, y cogió un taxi. Había dejado a la niña con su madre y con un biberón de leche materna en la nevera, por si acaso, pero no podía respirar si no la tenía cerca. Era más dependiente de Manuela de lo que podía reconocer y en ese momento quiso tener poderes paranormales para teletransportarse en un pis pas a su lado. Era tan chiquitita y tan mimosa.

No se cansaba de mirarla y ahora que abría más los ojitos y permanecía más tiempo despierta, era una delicia observarla. Crecía rápido y muy sanita, comía bien y salvo los cólicos típicos de los bebés, que a veces la volvían un poco más inquieta, era tranquila y prácticamente no lloraba. Se

dejaba querer por todo el mundo, era esencialmente un imán para las caricias y los mimos, igual que su padre, y siempre que se la comía a besos pensaba en él, que había nacido para las carantoñas y los arrumacos. Michael era muy cariñoso, muy sensitivo y Manuela era igual, o eso le parecía a ella, que siempre descubría rasgos suyos en su hija.

Ojalá él pudiera verla crecer, se lamentaba siempre y aun lloraba a escondidas por el vacío que su ausencia le dejaba en el alma. Lo echaba mucho de menos y a pesar de sus cabreos, sus malas palabras, su indiferencia hacia ellas y todo lo demás, lo seguía queriendo. Seguía enamorada y sus imágenes, siempre rodeado de chicas y novias varias, le partían el corazón en mil pedazos, así que evitaba seguir sus andanzas a través de la prensa, era mejor no saber lo que hacía y como lo hacía, y cuando su exsuegra, Molly o algunos de sus amigos empezaban a hablarle de él, cortaba la charla en seco y pasaba a otro tema. Era duro, pero algún día lo superaría, decía todo el mundo y, lo más importante, tenía a Manuela, que era su tesoro, el verdadero amor de su vida y un pedacito de Michael, así que no se podía quejar.

En general su vida estaba llena con la niña, con su familia, con su madre, Cruz y su abuela, que se volcaban con ellas, con sus días interminables donde no tenía tiempo ni de respirar, y con sus planes de futuro. No quería volver al trabajo hasta que Manuela dejara el pecho pero debía ir pensando en las opciones disponibles, que no eran demasiadas en Madrid. Por supuesto quería seguir enfocando su carrera en la ayuda social, estaba el Turno de Oficio, pero aparte de eso quería hacer otras cosas, algo en una ONG o en un proyecto similar al de Notting Hill, una idea que con un poco de dedicación podría levantar sola y a su manera, si se empeñaba un poquito.

—Hola —contestó al móvil cruzando Atocha y al oír la voz de Blanche se le cayó el alma a los pies.

—Hola, Vera, perdona que te moleste. ¿Te pillo bien?

—Voy en un taxi, dime, Blanche.

—Se trata de Mike —guardó silencio y la asistente, que no tenía la delicadeza ni de preguntar por su bienestar o el de su niña, suspiró—, ha tenido un accidente.

—¿Y está bien? —Se puso tensa y se sentó mejor en el taxi.

—Un poco conmocionado, se dio varios golpes y perdió el conocimiento unos segundos. Podría haber sido una tragedia pero

afortunadamente no estaba solo y pudieron sacarlo del agua y...

—¿Del agua?

—Fue haciendo surf, en Hawái, ayer era su cumple y ya sabes... —ya lo sabía, había estado todo el día acordándose de su dichoso cumpleaños. Tragó saliva y siguió en silencio—, lo celebró aquí y... ya sé que esto suena fatal, Vera, en realidad acabo de arrepentirme de haberte llamado. Lo siento.

—Está bien, espero que se recupere, adiós... —sintió como se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¡No! espera, por favor. Me arrepiento de haberte llamado pero lo hago por él, él me ha pedido que te avise. La experiencia lo ha dejado un poco fuera de juego, está ingresado en observación por los golpes que se dio y la pérdida de conocimiento y quiere verte, solo pregunta por ti. Lo primero que dijo al despertar fue tu nombre.

—Bueno, dile que ya me lo has contado, que siento mucho lo de su accidente y que espero se reponga pronto.

—¿Y existe alguna posibilidad de que vengas?

—¡¿Qué?!, es una broma ¿no?

—No, es lo único que pide.

—Vale, mira, Blanche —respiró hondo viendo como el taxi se acercaba a Puerta de Toledo—, dile a Michael que se cuide, seguro que se pone bien en seguida. Muchas gracias por avisar. Adiós.

—Vera, escúchame, está destrozado.

—Y lo siento mucho pero yo tengo un bebé de tres meses al que cuidar, ya sé que eso a él no le interesa en absoluto, pero es lo que hay y por supuesto no puedo viajar, ni correr a consolarlo, seguro que tiene a otras personas que pueden hacerlo. Debo dejarte, adiós.

Colgó llegando a su casa, se bajó del taxi de un salto y entró corriendo al edificio, cogió el ascensor y llegó a la quinta planta con el corazón en la garganta y abriéndose los primeros botones de la blusa. Su pobre bebé ya estaría llorando de hambre y ella perdiendo el tiempo por esos mundos de Dios.

—¡Mamá, ya estoy aquí! —abrió la puerta y tiró el bolso encima de un sofá, levantó los ojos y vio a su madre con Manuela en brazos—, no tardo nada.

—Michael ha tenido un accidente de surf en Hawái, lo han dicho en las noticias.

—Ya lo sé, me acaba de llamar Blanche —se preparó y se sentó en el sofá cogiendo a su hija en brazos—. Hola, mi amor, mamá ya está aquí, ¿me has echado de menos, mi vida? ¿Se ha portado bien?

—Perfectamente... —Pilar se le sentó enfrente y la miró—, como lo estaban siguiendo los paparazzis hay imágenes del accidente, le dio un volteo tremendo la ola, bueno, varias olas y quedó como un cuerpo muerto en el agua. Impresiona verlo, menos mal que había mucha gente por ahí y lo sacaron... en la arena parece que estuviera ahogado. Se golpeó también con la tabla, que se partió con el impacto del agua, o eso dicen, y mira que son duras esas tablas. Pobre Michael, menudo susto.

—Está bien, Blanche dice que un poco conmocionado pero bien.

—Pues no me imagino lo que pensarán sus padres cuando vean esas imágenes. Voy a llamar a Catherine.

—Mamá... —suspiró mirando como partía a buscar el teléfono.

—¿Y en qué hospital está?, deberíamos llamarlo.

—No lo sé, pero no es asunto nuestro, solo sé que ya está bien.

—¿Y te llamó Blanche?, menudo detalle —ella abrió mucho los ojos y Pilar pasó del español al inglés de forma instantánea—, Cate, hija, ¿cómo estáis?, menudo susto, sí, lo he visto.

—Señor... —La observó caminar por el pasillo con el teléfono en la oreja y miró a Manuela, que la contemplaba con sus ojazos dorados ajena a todo y le sonrió, canturreando —, “No viniste del frío ni la lluvia, llegaste del amor y de la luna... Niña de agua, te crecerán las alas y tu vuelo...”

—Verita.

—¿Qué?

—Dice tu suegra que él solo pregunta por ti.

—No es mi suegra y él podría preguntar más por su hija, tal vez le iría mejor y no andaría golpeándose con olas de cinco metros.

—Vera, tú lo has alejado de Manuela y...

—No, por favor, ¿vale?

—Vale, voy a servir la comida. ¿Ya has acabado?

—Sí —cogió a Manuela y la acurrucó contra su hombro viendo el teléfono vibrar encima de la mesilla, era Molly y quiso pasar pero se puso de pie, lo agarró y contestó—. Hola, Molly.

—Ya sé que lo sabes, ¿cómo está mi pequeñina?

—Acaba de comer, está muy bien, gracias, ¿y tú cómo estás?

—En Hawái con mi hermano, cogí un vuelo en cuanto me avisaron.
—Pero ya está mejor ¿no?
—Sí, bueno, nunca se sabe con estas cosas. Lo tienen bajo observación porque se golpeó la cabeza y la pérdida de conocimiento no me gusta nada, pero físicamente está bien, es fuerte y está en buena forma.
—Me alegro.
—Pregunta mucho por ti, me he pasado dos horas hablándole de Manuela y...
—Mira Molly, sabes que te quiero un montón, pero no quiero saber nada más... Blanche llamó y...
—Ya lo sé, sé lo que te pidió pero es que verlo así, estaba solo en medio del susto y... conmueve, sé que...
—Le deseo lo mejor a tu hermano, mándale recuerdos y dile que espero que se ponga bien en seguida. Siento mucho que estuviera solo en medio del susto, sé lo que eso, lo sé perfectamente, pero no puedo hacer nada más y ahora discúlpame, voy a cambiar a la niña y...
—Vera, tú no eres así, sé que te importa.
—Y por esa razón te digo que le transmitas de mi parte...
—Por supuesto no vas a venir, es lógico, Manuela tiene más de tres meses y ni siquiera ha ido a verla, sé que no se merece ni un segundo de tu atención pero te lo pido por favor, por vuestra hija, habla con él por teléfono. Hazlo por mí.
—¿Para qué?
—Necesita oír tu voz y hablar contigo.
—Madre de Dios —respiró hondo y besó la cabecita rubia de Manuela—, está bien, luego lo llamo, cuando la niña esté dormida.
—Gracias.
—, Björn me ha dicho que te has divorciado hace poco.
—Sí —miró la hora por enésima vez. Llevaban dos horas de reunión y empezaba a impacientarse. Era la primera vez que se alejaba de Manuela tanto tiempo y hacía unos treinta minutos que ya no le interesaba nada de lo que ese tipo, Mauro, le estaba contando.
—¿O sea que puedo invitarte a cenar?
—¿Cómo dices? —De pronto lo miró y él sonrió muy seductor.
—Me gustaría invitarte a cenar, yo también me acabo de divorciar.
—¿No te ha contado Björn que tengo un bebé?
—Eso no...—se puso tenso de inmediato y Vera sonrió.

—Sí, de tres meses y medio y de hecho, debería irme.

—Pues quién lo diría —soltó comiéndosela con los ojos. Antes de la reunión tenía serias dudas sobre volver al trabajo y colaborar con esa ONG que Björn le había recomendado tanto, y después de la reunión con “don ligón”, le apetecía mucho menos—, estás estupenda.

—Debo irme, ya os llamaré.

—Ya sé que tu ex es nada menos que Michael Kennedy, tienes el listón muy alto, pero tenía que intentarlo.

—Ok —parpadeó, empezando a cabrearse—, debo marcharme, en serio.

—Oye, Vera.

—Dime.

—Para los bebés creó Dios a las abuelas y a las niñeras, seguro que puedes salir conmigo una de estas noches.

—No creo, pero gracias. Ya os llamaré.

Salió disparada a la calle, buscó la Castellana, que quedaba a pocos metros, y cogió un taxi. Había dejado a la niña con su madre y con un biberón de leche materna en la nevera, por si acaso, pero no podía respirar si no la tenía cerca. Era más dependiente de Manuela de lo que podía reconocer y en ese momento quiso tener poderes paranormales para teletransportarse en un pis pas a su lado. Era tan chiquitita y tan mimosa.

No se cansaba de mirarla y ahora que abría más los ojitos y permanecía más tiempo despierta, era una delicia observarla. Crecía rápido y muy sanita, comía bien y salvo los cólicos típicos de los bebés, que a veces la volvían un poco más inquieta, era tranquila y prácticamente no lloraba. Se dejaba querer por todo el mundo, era esencialmente un imán para las caricias y los mimos, igual que su padre, y siempre que se la comía a besos pensaba en él, que había nacido para las carantoñas y los arrumacos. Michael era muy cariñoso, muy sensitivo y Manuela era igual, o eso le parecía a ella, que siempre descubría rasgos suyos en su hija.

Ojalá él pudiera verla crecer, se lamentaba siempre y aun lloraba a escondidas por el vacío que su ausencia le dejaba en el alma. Lo echaba mucho de menos y a pesar de sus cabreos, sus malas palabras, su indiferencia hacia ellas y todo lo demás, lo seguía queriendo. Seguía enamorada y sus imágenes, siempre rodeado de chicas y novias varias, le partían el corazón en mil pedazos, así que evitaba seguir sus andanzas a través de la prensa, era mejor no saber lo que hacía y como lo hacía, y cuando su exsuegra, Molly o algunos de sus amigos empezaban a hablarle

de él, cortaba la charla en seco y pasaba a otro tema. Era duro, pero algún día lo superaría, decía todo el mundo y, lo más importante, tenía a Manuela, que era su tesoro, el verdadero amor de su vida y un pedacito de Michael, así que no se podía quejar.

En general su vida estaba llena con la niña, con su familia, con su madre, Cruz y su abuela, que se volcaban con ellas, con sus días interminables donde no tenía tiempo ni de respirar, y con sus planes de futuro. No quería volver al trabajo hasta que Manuela dejara el pecho pero debía ir pensando en las opciones disponibles, que no eran demasiadas en Madrid. Por supuesto quería seguir enfocando su carrera en la ayuda social, estaba el Turno de Oficio, pero aparte de eso quería hacer otras cosas, algo en una ONG o en un proyecto similar al de Notting Hill, una idea que con un poco de dedicación podría levantar sola y a su manera, si se empeñaba un poquito.

—Hola —contestó al móvil cruzando Atocha y al oír la voz de Blanche se le cayó el alma a los pies.

—Hola, Vera, perdona que te moleste. ¿Te pillo bien?

—Voy en un taxi, dime, Blanche.

—Se trata de Mike —guardó silencio y la asistente, que no tenía la delicadeza ni de preguntar por su bienestar o el de su niña, suspiró—, ha tenido un accidente.

—¿Y está bien? —Se puso tensa y se sentó mejor en el taxi.

—Un poco conmocionado, se dio varios golpes y perdió el conocimiento unos segundos. Podría haber sido una tragedia pero afortunadamente no estaba solo y pudieron sacarlo del agua y...

—¿Del agua?

—Fue haciendo surf, en Hawái, ayer era su cumple y ya sabes... —ya lo sabía, había estado todo el día acordándose de su dichoso cumpleaños. Tragó saliva y siguió en silencio—, lo celebró aquí y... ya sé que esto suena fatal, Vera, en realidad acabo de arrepentirme de haberte llamado. Lo siento.

—Está bien, espero que se recupere, adiós... —sintió como se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¡No! espera, por favor. Me arrepiento de haberte llamado pero lo hago por él, él me ha pedido que te avise. La experiencia lo ha dejado un poco fuera de juego, está ingresado en observación por los golpes que se dio y la pérdida de conocimiento y quiere verte, solo pregunta por ti. Lo

primero que dijo al despertar fue tu nombre.

—Bueno, dile que ya me lo has contado, que siento mucho lo de su accidente y que espero se reponga pronto.

—¿Y existe alguna posibilidad de que vengas?

—¡¿Qué?!, es una broma ¿no?

—No, es lo único que pide.

—Vale, mira, Blanche —respiró hondo viendo como el taxi se acercaba a Puerta de Toledo—, dile a Michael que se cuide, seguro que se pone bien en seguida. Muchas gracias por avisar. Adiós.

—Vera, escúchame, está destrozado.

—Y lo siento mucho pero yo tengo un bebé de tres meses al que cuidar, ya sé que eso a él no le interesa en absoluto, pero es lo que hay y por supuesto no puedo viajar, ni correr a consolarlo, seguro que tiene a otras personas que pueden hacerlo. Debo dejarte, adiós.

Colgó llegando a su casa, se bajó del taxi de un salto y entró corriendo al edificio, cogió el ascensor y llegó a la quinta planta con el corazón en la garganta y abriéndose los primeros botones de la blusa. Su pobre bebé ya estaría llorando de hambre y ella perdiendo el tiempo por esos mundos de Dios.

—¡Mamá, ya estoy aquí! —abrió la puerta y tiró el bolso encima de un sofá, levantó los ojos y vio a su madre con Manuela en brazos—, no tardo nada.

—Michael ha tenido un accidente de surf en Hawái, lo han dicho en las noticias.

—Ya lo sé, me acaba de llamar Blanche —se preparó y se sentó en el sofá cogiendo a su hija en brazos—. Hola, mi amor, mamá ya está aquí, ¿me has echado de menos, mi vida? ¿Se ha portado bien?

—Perfectamente... —Pilar se le sentó enfrente y la miró—, como lo estaban siguiendo los paparazzis hay imágenes del accidente, le dio un volteo tremendo la ola, bueno, varias olas y quedó como un cuerpo muerto en el agua. Impresiona verlo, menos mal que había mucha gente por ahí y lo sacaron... en la arena parece que estuviera ahogado. Se golpeó también con la tabla, que se partió con el impacto del agua, o eso dicen, y mira que son duras esas tablas. Pobre Michael, menudo susto.

—Está bien, Blanche dice que un poco conmocionado pero bien.

—Pues no me imagino lo que pensarán sus padres cuando vean esas imágenes. Voy a llamar a Catherine.

—Mamá... —suspiró mirando como partía a buscar el teléfono.

—¿Y en qué hospital está?, deberíamos llamarlo.

—No lo sé, pero no es asunto nuestro, solo sé que ya está bien.

—¿Y te llamó Blanche?, menudo detalle —ella abrió mucho los ojos y Pilar pasó del español al inglés de forma instantánea—, Cate, hija, ¿cómo estáis?, menudo susto, sí, lo he visto.

—Señor... —La observó caminar por el pasillo con el teléfono en la oreja y miró a Manuela, que la contemplaba con sus ojazos dorados ajena a todo y le sonrió, canturreando —, “No viniste del frío ni la lluvia, llegaste del amor y de la luna... Niña de agua, te crecerán las alas y tu vuelo...”

—Verita.

—¿Qué?

—Dice tu suegra que él solo pregunta por ti.

—No es mi suegra y él podría preguntar más por su hija, tal vez le iría mejor y no andaría golpeándose con olas de cinco metros.

—Vera, tú lo has alejado de Manuela y...

—No, por favor, ¿vale?

—Vale, voy a servir la comida. ¿Ya has acabado?

—Sí —cogió a Manuela y la acurrucó contra su hombro viendo el teléfono vibrar encima de la mesilla, era Molly y quiso pasar pero se puso de pie, lo agarró y contestó—. Hola, Molly.

—Ya sé que lo sabes, ¿cómo está mi pequeñina?

—Acaba de comer, está muy bien, gracias, ¿y tú cómo estás?

—En Hawái con mi hermano, cogí un vuelo en cuanto me avisaron.

—Pero ya está mejor ¿no?

—Sí, bueno, nunca se sabe con estas cosas. Lo tienen bajo observación porque se golpeó la cabeza y la pérdida de conocimiento no me gusta nada, pero físicamente está bien, es fuerte y está en buena forma.

—Me alegro.

—Pregunta mucho por ti, me he pasado dos horas hablándole de Manuela y...

—Mira Molly, sabes que te quiero un montón, pero no quiero saber nada más... Blanche llamó y...

—Ya lo sé, sé lo que te pidió pero es que verlo así, estaba solo en medio del susto y... conmueve, sé que...

—Le deseo lo mejor a tu hermano, mándale recuerdos y dile que espero

que se ponga bien en seguida. Siento mucho que estuviera solo en medio del susto, sé lo que eso, lo sé perfectamente, pero no puedo hacer nada más y ahora discúlpame, voy a cambiar a la niña y...

—Vera, tú no eres así, sé que te importa.

—Y por esa razón te digo que le transmitas de mi parte...

—Por supuesto no vas a venir, es lógico, Manuela tiene más de tres meses y ni siquiera ha ido a verla, sé que no se merece ni un segundo de tu atención pero te lo pido por favor, por vuestra hija, habla con él por teléfono. Hazlo por mí.

—¿Para qué?

—Necesita oír tu voz y hablar contigo.

—Madre de Dios —respiró hondo y besó la cabecita rubia de Manuela—, está bien, luego lo llamo, cuando la niña esté dormida.

—Gracias.

“Toda la vida pasa delante de tus ojos”, eso decía la gente que sucedía cuando estabas en peligro de muerte y era verdad. De pronto esa ola espectacular y el golpe seco, tremendo, que lo tiró de la tabla que, a su vez, se partió y le estalló en la cabeza. Sintió algo muy parecido a un estallido cuando impactó contra su sien y luego el agua, el sube y baja incontrolado, la falta de aire, el ahogo total mientras toda su vida pasaba por delante de sus ojos, entera, hasta llegar a Vera y quedarse con su imagen, con sus enormes ojos negros, fijos en la mente.

Jamás podría olvidarse de esa angustia total por intentar sobrevivir. Muchas veces había pensado que morir ahogado debía ser espantoso y ahora podía dar fe de ello. No se había muerto de milagro, pero todo el proceso sí lo había experimentado, y al parecer, precisamente esa angustia por salvarse y salir de allí podía ser mortal. Según uno de los vigilantes que lo había rescatado, el golpe en la cabeza le salvó la vida, así de simple, porque la inconsciencia lo dejó inerte y la corriente lo empujó hacia la playa, flotó unos segundos y otro surfero lo agarró y lo sujetó hasta que aparecieron los socorristas con una moto de agua y lo llevaron hasta la arena donde le practicaron la reanimación. Todo muy aparatoso, igual que en las películas. Afortunadamente despertó y cuando abrió los ojos preguntó por su mujer.

Había decidido ir a Hawái en un arranque de esos de última hora. Estaba en Los Ángeles con la nueva peli y alguien le dijo que debía celebrar su cumpleaños como era debido, que no podía dejarlo pasar y como tenía dos días libres, compró los billetes y se fueron a surfear a Oahu. Dos colegas americanos y él, nada de chicas, nada de mujeres porque no podía dejar de pensar en la suya y recordar que tan solo un año antes ella le había organizado una gran fiesta de cumpleaños en Notting Hill. Habían echado un polvo legendario en una de oficinas de ese local, eso también lo recordó, porque últimamente vivía medio obsesionado recordando el sexo con Vera, que había sido el mejor de su vida, el más intenso y profundo, el único que lo dejaba en paz y satisfecho.

A veces fantaseaba con ella y se preguntaba si en Madrid, donde vivía con su hija seguramente odiándolo, se acordaba alguna vez de él y de la vida que habían tenido, de la intimidad compartida, de esas relaciones

sexuales insuperables que habían disfrutado a la par, porque Vera también había disfrutado, y lo había amado y deseado, ella era muy sensual y el solo hecho de pensar que en un futuro se acostaría con otro lo volvía completamente loco.

Giró en la cama del hospital y el dolor en el lado izquierdo de la cabeza lo dejó temblando, respiró hondo y trató de controlarse un poco.

Si acostarse con Vera es una pasada era porque la quería, estaba enamorado de ella, eso era mutuo e insustituible, y con amor la intimidad era diferente, era grandiosa y seguramente ella no volvería a tenerla con nadie, no a su nivel, estaba seguro, porque él lo había intentado con un rosario de ligues y seguía añorándola. El ejercicio físico de follar y desahogarse estaba bien, era divertido, pero con su mujer no solo follaba, había muchísimo más y aquel nivel de intimidad era difícil de encontrar más de una vez en la vida, al menos eso había comprobado él tras diez meses de separación.

Y no se trataba solo del sexo, claro, se trataba de ella, de los dos, de Michael y Vera convertidos en una sola persona, de su mejor amiga, su cómplice, su compañera de viaje... la madre de su hija. Ella lo seguía siendo todo, representándolo todo, y él no podía hacer nada por recuperarla, la había perdido y seguía perdiéndola cada día que pasaba lejos de ella y de la niña, a la que ni siquiera conocía... estaba fracasando por todos los flancos y el accidente de surf en Hawái solo le había dejado claro una cosa: ella no lo quería, ya no se interesaba por él e incluso al borde de la muerte lo dejaba plantado y solo a miles de kilómetros de distancia.

Como bien decía James, debía aceptar de una maldita vez que todo: su vida, su matrimonio, su futuro, se habían ido ya al carajo, sin vuelta de hoja. Aunque simulara que no, aunque simulara que era un soltero feliz y vividor, la realidad era bien distinta porque se sentía solo. Jodido para los restos, añorando tanto a Vera que soñaba despierto con ella, con su abrazo, solo con eso, con abrazarla y sentir su aroma y su calorcito junto a su cuerpo.

Si alguna vez volvía a tener la oportunidad de abrazarla, se quedaría allí para siempre, aferrado a ella, estaba convencido, aunque aquella posibilidad no fuera más que una fantasía absurda e infantil que no conducía a ninguna parte.

—¡Mike! ¿qué tal? —Su hermana entró con el teléfono en la mano—,

¿estás espabilado?

—Sí, me siento mejor —se acomodó en esa cama diminuta y trató de sentarse.

—Estupendo porque Vera quiere saludarte —extendió el teléfono y él lo miró frunciendo el ceño—, va en serio.

—Ok, gracias —dijo al fin tras un silencio eterno, agarró el Iphone y se lo pegó a la oreja—. Hola...

—Hola, Mike ¿cómo estás? —oír su voz le provocó un escalofrío y acto seguido se echó a llorar, Molly corrió y le acarició la espalda como cuando tenía cinco años—, eh, no llores, cuéntame cómo te sientes, menudo susto.

—Vera, nena... yo...

—Vale, tranquilo, si te pones así cuelgo y te llamo en otro momento.

—¡No!, está bien, está bien —miró a su hermana y le hizo un gesto para que lo dejara solo, ella salió, y él agarró una botella de agua para tomar un sorbo—, está bien es que ha sido muy jodido.

—Lo he visto en la tele, menudo golpe —parecía relajada pero no lo estaba, lo sabía, no estaba cómoda y eso le partió el alma en dos—, Molly dice que perdiste el conocimiento.

—Y eso me salvó la vida, al parecer el dejar de luchar contra el agua ayudó a que flotara y pudieran recogerme.

—Por Dios, es increíble.

—¿Cómo está Manuela?

—Bien, gracias —suspiró—, muy bien, es una glotona.

—¿Es comilona?

—Sí, come muy bien y ahora ha bajado un poco las tomas pero al principio eran cada dos o tres horas...

—Es peor que su padre... —ella guardó silencio y él tragó saliva—, me encanta su nombre, dije una estupidez aquel día que te llamé y...

—Es igual, no pasa nada.

—No, sí que pasa, me he portado como un gilipollas, he dicho muchas barbaridades y lo siento.

—Vale, gracias.

—Veo fotos y videos a diario de la niña, me los reenvían mis padres o Molly y es preciosa, me encanta verla.

—Me alegro. Bueno, solo quería saludarte y...

—Vera, por favor, no cuelgues.

—Solo quería saludarte y sé que deberías descansar, que te han mandado reposo.

—Lo sé pero necesito oírte, hablar contigo. ¿Cómo estás?

—Bien, muy ocupada pero bien, gracias.

—¿Tu familia?

—Todos muy bien, muchas gracias.

—Estoy retrasando el rodaje con este accidente y deberé volar a Los Ángeles en cuanto me den el alta pero después, a la primera oportunidad, voy a Madrid.

—No te preocupes, ahora cuídate, ya hablaremos.

—¿Cuándo?, ¿cuándo hablaremos?

—Estamos hablando, Mike.

—Después de un montón de meses y querría decirte un millón de cosas... empezando por disculparme, me he comportado como un hijo de puta contigo, como un cabronazo insufrible... no era mi intención, pero esta separación me ha desquiciado y todo lo que ha pasado después... en fin... que lo siento, lo siento mucho, espero que algún día puedas perdonarme.

—No te preocupes —notó que se le quebraba la voz—, yo tampoco he sido una santa.

—Vale, muy bien —respiró hondo y se relajó un poco—, cuéntame cosas de Manuela.

—¿Qué quieres saber?

—¿A quién se parece más?, yo creo que es como tú.

—¿Sí?, no, pues yo creo que es más Kennedy que Saldaña, se parece mucho a Molly y a tu madre.

—Es preciosa y esos ojazos almendrados son tuyos.

—No creo.

—¿Y es tranquila?, mi madre dice que es un angelito.

—Sí, no llora apenas y es muy dormilona.

—¿Y es verdad que vais a natación?

—Sí, natación y yoga para bebés, le encanta y se relaja mucho. Le encanta el agua.

—Como a su padre aunque vaya a dejar el surf por una temporada.

—Claro, bueno Michael, debo...

—Lo entiendo, muchas gracias por hablar conmigo, ya me siento mejor.

—Estupendo.

—¿Volverás a llamar?

—Lo intentaré, tú cuídate. Adiós.

—Dale un beso a Manuela de mi parte.

—Muchas gracias —colgó y no pudo agregar “y dile que la quiero”. No pudo esta vez, pero habría otras, lo supo con una claridad meridiana y aquella evidencia lo hizo sonreír. Miró por la ventana y vio la luz del sol más brillante de lo normal, oyó la puerta y se giró para comprobar que era Molly la que entraba con los ojos muy abiertos.

—¿Todo ok?, por la cara que tienes imagino que sí.

—Sí, al menos he podido pedirle disculpas y hemos charlado diez minutos.

—Genial.

—Sí, genial.

33

—¿Otra vez él? —Cruz entró en su cuarto sin llamar y antes de tirarse en la cama miró la cunita de Manuela—, como duerme, es una gozada.

—Sí.

—¿Así que otra vez el capullín?

—Cruz, por favor.

—Te llama todos los días.

—Está un poco conmocionado por el accidente.

—Que fue hace un mes, ¿qué te cuenta?

—Pregunta por Manuela y me habla del trabajo, de la peli que va a ser con Danny Boyle... —respiró hondo—, que suerte lo de Danny Boyle, siempre lo ha admirado mucho y...

—Lo próximo es que pida la custodia de la niña.

—No puede pedir la custodia de una hija que legalmente no es suya.

—Pero puede pedir pruebas de paternidad.

—Sí, que haga lo que quiera.

—¿No te preocupa?, ¿ni un poquito?

—No, sé que aunque le den el derecho a reconocerla no pedirá ninguna custodia. Lo conozco y no sabría qué hacer con un bebé.

—, Cillian dice...

—¿Cillian dice? ¿Sigues viendo a Cillian McBride?

—De vez en cuando, pero eso es lo de menos, él dice que Michael está embobado con su hija, que no habla de otra cosa, que es su nueva obsesión.

—Vale, genial.

—Pero Vera...

—¿Sabes qué?, la verdad es que me encanta que se le caiga la baba con su hija, porque es su hija... —se bajó de la cama y la enfrentó de pie—, de hecho ahora mismo, en frío, y no en caliente como estaba en Londres, me arrepiento muchísimo de no dejar que la reconociera, creo que ha sido la mayor estupidez que he cometido en mi vida y no por mí, o por él, sino por Manuela, que no tiene culpa de los conflictos y los malos rollos que yo tuviera con su padre. Él es su padre y nunca debí esconderle el embarazo, ni dejar de llamarlo para el parto, aunque sabía que estaba en Londres...

—¡Vera!

—Es verdad, tampoco debí permitir que lo marearas y le dijeras que estábamos en Inglaterra cuando ya habíamos viajado a Madrid. He hecho muchas gilipollices de las que no me siento muy orgullosa.

—¿Te está comiendo el coco?, ¿vas a volver con él?

—No se trata de eso, ni de nosotros, se trata de Manuela... es que no entiendes nada —salió del cuarto y se fue a la cocina a buscar un vaso de agua, hacía calor y estaba un poco agobiada con tantas cavilaciones. Desde que hablaban por teléfono con regularidad, no dejaba de pensar en que había privado a Michael de sus derechos y a Manuela de los suyos, tomando decisiones absurdas y precipitadas, se sentía estúpida e inmadura, muy culpable de todo y no sabía por dónde salir—

—Oye, no te juzgo, hermanita, solo intento ver qué pasa —Cruz se le acercó con los brazos cruzados sobre el pecho—, ya sé que no es asunto mío, que el problema es vuestro, pero quiero a mi sobrina, te quiero a ti y solo me preocupo por vosotras.

—Gracias, pero no hace falta que te preocupes, va todo bien.

—Ok...

—Solo sé que he hecho todo mal respecto a este tema y algo tendré que hacer para subsanarlo, empezando por hablar con el padre de mi hija, que llama todos los días para interesarse por ella.

—Muy bien, muy bien, pero no olvides que solo se interesa por ella desde hace un mes.

—Porque antes le impedía hacerlo.

—Vale, Vera, debo irme. Buenas noches —le dio un beso en la cabeza y se marchó.

Cruz tenía razón, todos tenían razón, los de uno y otro bando, porque eso parecía aquello, una guerra de dos bandos, los Saldaña contra los Kennedy, cada uno con sus ideas e intereses. Todos opinando respecto al bienestar de Manuela, que a sus cuatro meses y medio de vida no se enteraba de nada, claro, aunque llegaría un momento en que sí lo haría, sí se enteraría y entonces... ¿qué iba a hacer cuando su hija le preguntara por qué no llevaba el apellido de sus abuelos?, ¿de su padre?... ¿Por qué apenas lo veía o no tenía ni una sola maldita foto con él de recién nacida?

Su padre, que tampoco ejercía mucho de abuelo porque seguía en Dubai, le recriminaba su irresponsabilidad, él, que en un principio la apoyó al cien por cien con el divorcio, no entendía en absoluto esa decisión suya de

privar a la niña de su padre. El divorcio, aun estando embarazada, no le parecía mal, lo que le parecía absurdo e infantil era haberle negado a Manuela los apellidos de su padre solamente porque ella no quería saber nada de Michael. Estaba tan asombrado por aquel asunto que discutían cada dos por tres por lo mismo y él insistía en que se planteara las cosas con un poco de cabeza, con algo de madurez y dejara de ser una cría caprichosa. “Si no quieres saber nada del padre y la niña es solo tuya ¿qué haces permitiendo que esos abuelos estén en la vida de la niña?... cuando sea mayor no comprenderá nada y tendrás un problema, Vera, uno grande. Piensa un poco, ya no eres una cría, tienes una hija y deberías pensar primero en ella, no en ti”.

Esos comentarios sumados a las súplicas de Molly, de su exsuegra y al cambio de actitud de Michael, estaban haciéndola dudar muchísimo de su capacidad como madre responsable. Ser una buena madre no consistía solo en alimentarla, quererla, cuidarla, mantenerla sana y segura, también consistía en pensar en sus intereses, en lo mejor para ella, y aquello la estaba matando por dentro.

Afortunadamente Michael era el que menos presionaba. Desde su accidente de surf habían vuelto a poder mantener una charla civilizada, incluso amistosa, por teléfono. Él la llamaba todos los días sobre las nueve de la noche, le preguntaba por Manuela, ella le mandaba fotos y videos directamente, y luego los comentaban. También charlaban del trabajo, de sus proyectos, de cosas intrascendentes, nunca de ellos como pareja, o de sus novias o ligues, aquel era asunto tabú y no se mencionaba. Era muy agradable poder compartir con él todo lo referente a la niña, en la misma sintonía, y era maravilloso oír otra vez su voz, grave y cálida, su risa cadenciosa, su acento, hablándole sin enfados ni tensiones. Era una especie de milagro tenerlo otra vez en su vida y aunque vivía con los pies en la tierra, sabiendo que aquello no tenía nada que ver con Vera y Michael como pareja, sino con Vera y Michael como padres, estaba más feliz que antes, más ilusionada y cada vez que se acercaba la hora de su llamada, el estómago se le llenaba de mariposas.

Ahora, tal vez, gracias a Manuela, podrían volver a ser amigos. Ambos se querían, se respetaban, habían compartido muchos años y muchas cosas juntos, él quería lo mejor para las dos y seguramente, cuando lo tuviera delante, y con el tiempo, le plantearía directamente el asunto de la paternidad legal. Tal vez no le interesaba, y estaba angustiándose sin

ninguna necesidad por el tema, tal vez para él aquello carecía de importancia porque probablemente en un futuro se volvería a casar, podría tener más hijos, una nueva familia, y todo el drama que ella había montado se quedaría en agua de borrajas.

—Hola, mamá... —su madre entró con Manuela en brazos y casi se muere del susto—, no te asustes.

—Ay, Dios mío, ¿pero qué haces despierta, mi vidita? —Se acercó y le besó la cabecita rubia, ella, preciosa y con sus ojazos dorados muy abiertos, la miró totalmente espabilada—, no son horas.

—Me asomé a tu cuarto y me la pilló tan pancha, mirando los móviles...

—¿Pero qué haces? —Se la comió a besos y ella respondió con su boquita abierta, llenándola de saliva—, que besitos más deliciosos. ¿Tienes hambre?, a lo mejor tiene calor.

—No creo... ¿no sabes aun cuando viene Michael?

—No, ¿por qué?...

—Viendo un programa de esos del corazón, he visto que anoche salió de cena en Londres con una súper modelo de esas de los ángeles de Victoria's Secrets.

—¿Ah sí? —se le contrajo el estómago y se le llenaron involuntariamente los ojos de lágrimas. Le dio la espalda y se entretuvo en buscar un biberón con agua—, hablé con él hace un rato y no me dijo que estaba en Europa.

—Pues menudo cotilleo en Inglaterra, al parecer los pillaron en una situación nada santa en el cuarto de baño del...

—Vale, no quiero saberlo... —salió de la cocina y se fue a su habitación ya llorando como una idiota—, buenas noches.

—Vera.

—Buenas noches.

34

Ni siquiera estaba en Londres y le endosaban semejante escándalo. Repasó la prensa una vez más y vio las cientos de fotos de esa modelo británica tan guapa que ahora parecía ser su nueva conquista. Ella, que estaba tremenda y era muy conocida, se hacía la sueca con la prensa y solo sonreía ante las preguntas de los reporteros sobre su posible “pillada” en el cuarto de baño de un conocido restaurante de Chelsea, lo que venía a multiplicar por cien el cotilleo, aunque fuera falso. Muy mal hecho, susurró, mirando de reojo la sala VIP de Heathrow.

Él estaba en Nueva York trabajando cuando se suponía que se había tirado a esa chica en un lavabo de Londres. Era absurdo y cada día le molestaban más ese tipo de imprecisiones, que solo contribuían a dañar su imagen pública. De repente el actor de moda, el más solicitado, era principalmente un ligón compulsivo capaz de echar un polvo en el cuarto de baño de un local público. Por el amor de Dios, tenía treinta y nueve años, no dieciocho, y no necesitaba aquello.

Agarró nuevamente el móvil y llamó a Vera, ella llevaba tres días sin coger el teléfono. Se habían pasado un mes hablando amigablemente, a diario, y de repente dejaba de contestar a sus llamadas. La primera noche lo achacó a su falta de tiempo, la segunda llamó a su casa y Pilar le dijo que se había ido de cena con Cruz y las chicas, y la tercera ya le mandó un mensaje preguntándole si le ocurría algo pero tampoco respondió. No comprendería jamás a las mujeres pero a Vera la conocía bien y supuso que se había cabreado por algo puntual, tal vez por los rumores sobre un polvo falso, en un cuarto de baño de Londres.

—Hola Pilar ¿cómo estás?

—Hola, Michael —contestó su suegra en el teléfono fijo y él se puso de pie—, bien, gracias ¿y tú?

—¿Está tu hija en casa?, no responde al móvil.

—No está.

—Ok... ¿Manuela cómo está?

—Preciosa y sanita como siempre.

—Estupendo, escucha, estoy en Heathrow esperando un enlace a Madrid, si es posible iré a tu casa esta tarde o...

—Tú ven cuando quieras, Michael.

—Vale, acabo de aterrizar de Nueva York y me están buscando un vuelo, si no consigo uno para dentro de un rato me voy a casa, duermo un poco y lo intento esta noche o mañana.

—Las puertas de mi casa están siempre abiertas para ti, Michael, lo sabes, pero no pienso avisarle a Vera, no quiero que espere en vano.

—No será en vano, estoy buscando una conexión.

—Muy bien, pues cuando la tengas y llegues a Madrid, vente a casa y aquí estaremos.

—Gracias, Pilar, yo...

—Adiós, tengo que dejarte, la niña se ha despertado.

Y colgó, su normalmente abierta y amable suegra le colgó y lo dejó con la palabra en la boca. Desde luego, desde su divorcio, Pilar había tomado parte por su hija, era lógico, pero solía ser cortés y conciliadora con él, no entendía muy bien a qué tanta tensión ahora y empezó a sentirse muy incómodo. Seguramente no era buena idea presentarse en Madrid con ese panorama y lamentó que Molly no pudiera estar allí para acompañarlo en territorio enemigo. No pretendía conocer a su hija en medio de malas caras y malos rollos y se planteó la idea de desechar el dichoso viaje, ir a casa, dormir un par de días y esperar a que su hermana o su madre tuvieran tiempo para acompañarlo a España. Tal vez era lo que debía hacer, aunque se moría por ver a la pequeñaja y a Vera, tal vez era más prudente esperar un terreno mejor abonado para aparecer por allí.

El móvil le vibró, lo agarró y contestó con un par de ladridos.

—Dime...

—¿Qué ocurre, Michael? —, Julia Fox Bunbury habló con ese acento tan pijo suyo y sin querer frunció el ceño.

—Os pedí un desmentido sobre el asunto del cuarto de baño y la modelo. Sigo sin verlo.

—Me parece innecesario.

—¿Por qué?

—Porque eres un tío soltero, guapo y famoso, es bueno alimentar la leyenda.

—Soy un tío divorciado, con exmujer, familia y criterio propio. No quiero ser la comidilla de medio planeta por algo absolutamente falso.

—¿Qué más da, Mike?, no tienes que rendir cuentas a nadie, relájate...

—¿Tú qué coño sabes de mi vida, Julia?, trabajas para mí, necesito el puto desmentido ya o lo hago yo directamente a través de esas putas redes

sociales que tampoco me dejáis controlar.

—No hace falta que me hables en ese tono.

—Pues cumple con tu puñetero trabajo y yo no te hablaré en ningún tono.

—Tal vez estarías mejor sin nosotros, Michael.

—Seguramente sí, así que si quieres zanjamos esto ahora, que me llamen tus abogados y lo arreglamos de una puta vez.

Colgó furioso, harto ya de esa gente que le había abierto las puertas al estrellato, sí, pero que intentaba controlar de forma dictatorial y completamente lamentable su vida privada. Con Vera se habían portado de puta pena, la habían utilizado y hecho desaparecer a su antojo y después del divorcio... con el nacimiento de su hija... ni siquiera le habían permitido contar oficialmente que era padre, Julia Fox Bunbury también vio aquello como innecesario y él había tragado por pura desgana, era espantoso, pero todo dios tenía un límite. Buscó en la agenda del móvil y dio con el teléfono que necesitaba.

—¿Tom Watts?

—Sí, soy yo.

—Michael Kennedy, tío, ¿cómo estás?

—¿Michael Kennedy?, vaya sorpresa, ¿qué tal? —respondió aquel redactor de cultura y espectáculos del Times, al que había dado un montón de entrevistas a lo largo de su carrera, y que siempre había hablado de manera profesional y muy correcta sobre su trabajo.

—Bien, gracias, te llamo porque necesito un favor.

—Claro, ¿qué pasa?

—Necesito desmentir todo ese asunto de la modelo, el cuarto de baño, ya sabes...

—Lo sé...

—Estaba en Nueva York cuando dicen que ocurrió, mi agente se niega a los desmentidos pero estoy un poco harto de tanto revuelo.

—Vale, no hay problema. Deja que tome nota y voy a grabar esta charla, ¿de acuerdo?, haremos un par de preguntas y luego lo saco en la web del periódico y en mi sección, ¿te viene bien así?

—Perfectamente, muchas gracias.

—Para eso estamos.

—También puedo hablarte de mi hija, si quieres.

—Eso sería estupendo, tío, ¿o sea que es cierto?, ¿eres padre?, como no

ha habido confirmación oficial... ya sabes, la gente de Julia Fox Bunbury se ha negado a hablar al respecto.

—Lo sé. Mi mujer, bueno, mi exmujer, Vera, vive con ella en Madrid, se llama Manuela y mañana cumple cinco meses.

—Enhorabuena.

—Gracias, tío.

—¿No harás un comunicado a través de tus redes sociales?

—No, en realidad no tengo redes sociales, existe una cuenta oficial a mi nombre en Twitter y en Facebook pero lo controla un Community Manager al que ni siquiera conozco. No tengo acceso a esa historia, tampoco me interesa.

—Vale, pues, tú dirás, Michael.

—¡No me lo puedo creer! —Sujetó las piernas de Manuela y le cambió el pañal mientras hablaba por teléfono con Grace—, es que no puede ser.

—Hija, lamentablemente es verdad.

—Recurriremos y montaremos el pollo, hay que convertir este caso en algo mediático, Grace, no pueden dejar a ese tipo suelto —sonrió a la niña y ella le hizo una pedorreta con mucha saliva.

—Su abogado alega que lo hizo bajo los efectos del alcohol y la cocaína, está diagnosticado por el forense como esquizofrénico, se agarran a eso y lo dejarán en la calle o en el mejor de los casos lo mandarán a un centro psiquiátrico.

—No puede ser... —levantó a Manuela y se la comió a besos mientras le dejaba el chupete—, algo haremos y voy a la vista, estaré allí dentro de tres semanas, convenceré a mi madre para que se venga conmigo a Londres. No pienso quedarme quieta viendo como dejan a Sean O'Connell libre, no debemos permitirlo.

—Estamos con el recurso.

—Además hay que avisar a la prensa, hacer algo de ruido, organizar una manifestación en el juzgado.

—Eso dicen las chicas, que hay que organizar una sentada o algo parecido, pero ya les he dicho yo que sin ti por aquí me da mucha pereza meterme en esos berenjenales.

—Llamaré a Rachel y hablaré con ella para hacer carteles y organizar una convocatoria a través de Twitter y Facebook, también llamaremos a las ONG de ayuda a la mujer maltratada, a los sindicatos y a las asociaciones vecinales, a toda la prensa, montaremos un pequeño escándalo y estaré allí para acompañaros, no te preocupes.

—Ay Vera... —Grace se echó a reír—, ¿cuándo vas a volver a casa?

—Estoy en casa —rio con amargura, de hecho añoraba muchísimo Londres, especialmente el gabinete y empezaba a plantearse seriamente la idea de volver en un futuro por allí.

—Hemos organizado todo para tener guardería en septiembre, ahora somos mayoría las madres con niños pequeños, podrás tener a Manuela a un paso y te necesitamos.

—Y yo a vosotras pero... no sé... de momento cuenta conmigo para

organizar el bullicio, mañana por la mañana llamo a Rachel y lo coordino con ella, lo importante es hacer ruido, convertir el caso de Anne O'Connell en algo de dimensión pública, no hay gobierno ni tribunal que aguante que le saquen los colores, y eso haremos, vamos a machacar a esos cabrones indolentes, al menos saldrán en los telediarios de todas las cadenas, o eso intentaremos, ¿de acuerdo?

—Vale, Vera... ¿cómo está tu princesa?

—Preciosísima y deliciosa —mordió los mofletes de Manuela, que ya tenía más pelo y era muy rubita, y sonrió—, ya empiezo a peinarla y todo.

—¿Ah sí? —Grace se echó a reír—

—Sí, ya tenemos más pelito y dentro de nada podré comprarle unos kikis de esos tan monos—bromeó y suspiró—, ¿y tú que tal?

—Cansada pero bien, te repito, te echo de menos, pero no voy a insistir más, debo dejarte.

—Vale, seguimos en contacto.

Acabó de vestir a la niña, la cogió en brazos y salió al pasillo canturreando. Manuela, que era muy espabilada, abrió mucho los ojitos para prestarle atención y la hizo sonreír. Siempre se paraba el mundo cuando le cantaba y se la comió a besos llegando al salón.

—¿Pero dónde vas tan guapa, cariño?! —Exclamó la abuela desde el pasillo y la pequeña soltó un gorjeo de felicidad.

—Vamos a esperar a la tía Cruz que está a punto de llegar.

—¿Es el vestido que le compramos la semana pasada?, le queda perfecto.

—Sí, le queda muy bien. Ah, mira ahí llega la tía —dijo al oír el timbre de la puerta—, se debe haber dejado las llaves, vamos a buscarla a la puerta, mi amor...

—Hola... —susurró Pilar y Vera apartó la vista de la niña al notar el silencio extraño que se había hecho, miró al frente y se encontró con Michael Kennedy, en persona, en la puerta de su casa.

—Buenas tardes, debí llamar antes pero como te dije, Pilar...

—Pasa Michael, no hay problema. Vaya sorpresa —dijo su madre y él avanzó dos pasos sin quitar los ojos de encima a Manuela, que lo observaba con cara de pregunta.

—Hola, Vera.

—Hola.

—Llamé a tu madre hace unas horas desde el aeropuerto, acababa de llegar a Londres y... en fin...

—Claro, pasa —ella sintió las piernas como de lana pero aparentó normalidad y le indicó el saloncito para que entrara, él pasó pareciendo demasiado alto y demasiado grande para ese piso tan pequeño, y le indicó el sofá—, siéntate. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, no quiero molestar, debí llamar pero...

—Está bien, no pasa nada, solo estamos esperando a Cruz para cenar.

—¿Cruz también vive aquí?

—No, vive cerca, pero vive sola —vio como él miraba a la niña con los ojos brillantes y no se movió. Alguna vez había imaginado como sería ese momento, en el que al fin se conocieran, pero estaba siendo un poco violento, quiso decir algo coherente pero él se inclinó y miró a Manuela de cerca—

—Hola, preciosa —tímidamente estiró un dedo y le tocó la punta de la nariz, Manuela le agarró el dedo con toda confianza y pudo notar como se emocionaba. Llevaba barba y el pelo más largo, bastante revuelto, una camiseta blanca y los vaqueros desteñidos. Por supuesto ya no lucía la alianza de matrimonio en sus preciosas y enormes manos y tenía los ojos más cansados y menos brillantes, o al menos eso le pareció, observándolo de reojo y sin dar muestras de que estaba a punto de sufrir un infarto—. Hola, Manuela, hola pequeñita.

—Di hola, mi vida —le dijo a la niña y ella la miró con sus ojos dorados muy abiertos—, ¿no dices hola, Manuela?

—¿Dice alguna palabra?

—No, es muy pequeña, solo hace ruiditos y balbucea, pero no dice nada claro.

—Es preciosa, creo que es la cosa más bonita que he visto en toda mi vida —se echó a llorar y a Vera se le hizo un nudo en la garganta, miró a su madre y la vio salir disparada camino de la cocina, haciendo pucheros también.

—¿Quieres cogerla?

—¿Puedo?, no sé...

—Claro que puedes —se puso de pie y se la acomodó entre los brazos. Manuela parecía mucho más pequeñita en sus manos y le sonrió. Él le acarició la cabecita rubia y la besó.

—Hola, amor mío, soy papá ¿sabes?... un desastre de papá pero prometo mejorar.

—Te dejo un ratito a solas con ella —hizo amago de irse, antes de

echarse a llorar también y él estiró el brazo libre y la sujetó por la muñeca.

—No, por favor, no te vayas, Vera, por favor.

—Vale —buscó un pañuelo de papel en el bolsillo del vaquero, se enjugó los lagrimones y se les sentó al lado viendo como la niña se entretenía en su barba y en sus ojos, de pronto abrió la boca y le atrapó la nariz—, no, cariño, no te comas a Michael.

—¿Pero cómo eres tan guapa, chiquitina? —la levantó y se la puso enfrente mientras ella no dejaba de observarlo muy atenta—, eres igual que tu madre, ¿lo sabes?, y yo no soy Michael, soy papá, ¿eh? ¿Siempre es tan amistosa?

—Pues sí, todo el mundo la para en la calle para saludarla y hacerle carantoñas, es muy simpática y apenas llora.

—Estás haciendo un gran trabajo, Vera.

—No es ningún trabajo.

—Bueno, ya me entiendes. Ya sé que tienes a tu familia pero yo debería haber estado aquí y... lo siento —la miró con esos enormes ojos transparentes y ella tragó saliva—, lo siento mucho.

—Las circunstancias no han sido nada favorables.

—Pero quiero enmendarlo.

—Bueno, al menos ya estás aquí.

—Sí —la siguió atravesando con esa mirada tan intensa y ella desvió la vista.

—¿Tienes hotel?, ¿hasta cuándo te quedas?

—Un par de días, pasado mañana debería coger un vuelo a Cardiff.

—Ok.

—Me he registrado en el Ritz.

—Estupendo.

—Nada que ver con la Pensión Vázquez de Opera pero seguro que duermo bien —ella levantó los ojos y le sonrió, él relajó los hombros y devolvió la sonrisa.

—¡Hola! —la voz de Cruz los hizo saltar y Vera se puso de pie en seguida—, ¿Qué tal?, ya estoy aquí... pero... ¡la madre que me parió!

—Hola, Cruz —susurró él, pendiente de su hija.

—¿Y qué haces tú aquí? —lo miró ceñuda y luego a su hermana—, ¿sabías que venía?, ¿te avisó con el tiempo pertinente?

—Vale, Cruz, calla y relájate, ¿quieres? —le dijo en español y se la llevó

hasta la cocina donde su madre freía unas croquetas entre lagrimones—, no te pases con él, ¿vale?, ha venido y punto.

—¿Pero te avisó?, si lo dejas venir cuando quiera...

—Quiero que venga cuando quiera, ¿no lo has visto con ella?... es su padre... —se limpió una lagrimita rebelde y Cruz miró a su madre abriendo los brazos.

—¿No te digo?, si ya se la ha metido en el bolsillo.

—Deja a tu hermana en paz, no es asunto tuyo, no es de nadie, salvo de ellos dos, y la verdad es que yo me alegro de que al fin conozca a su hija, así que tú a ver, oír y callar, que estás más guapa.

—¡Vaya par! —Respiró hondo—, ¿y lo dejas solo con ella?, ¿y si se la lleva?

—Por Dios, ¿pero qué estás diciendo?

—Han pasado cosas peores y este tiene el dinero suficiente para esfumarse con Manuela y llevársela donde le venga en gana. No me fiaría un pelo.

—¡Señor! —salió de la cocina, entró al salón y no los vio por ninguna parte, instantáneamente sintió el pánico subiéndole por todo el cuerpo, se giró hacia el pasillo y lo vio saliendo de su dormitorio con Manuela bien agarrada a su camiseta—, ¿qué hacéis?

—Dando un paseíto, quería ver su cuna y sus cosas.

—Muy bien.

—Bueno, debería irme, es tarde y supongo que queréis cenar.

—Vale... —se odió por no ser capaz de invitarlo a quedarse y estiró los brazos para abrazar a su hija, que seguía muy atenta a los movimientos de su padre.

—No quiero molestar más —miró a la niña, se inclinó para besarle la nariz y luego la miró a los ojos—, gracias por todo.

—De nada.

—¿Podemos vernos mañana y pasar más tiempo juntos?, ¿Cuándo tienes lo de la natación y todo eso?

—Mañana por la mañana.

—¿Puedo acompañaros?, no quisiera parecer pesado pero es que solo tengo dos días y...

—Vale, está bien, no te preocupes, luego te mando las señas y la hora en un mensaje.

—Muy bien. Adiós, Manuela —se inclinó para besarle los mofletes y

ella percibió perfectamente su aroma y ese calor suyo tan particular, carraspeó para no caerse al suelo, y él volvió a clavarle los ojos claros—, mañana nos vemos.

—¿Te gusta nuestra niña? —Cruz salió de la cocina y lo enfrentó con las manos en los bolsillos—, ¿guapa, no?

—Es preciosa, ya se lo he dicho a su madre...

—Es nuestra bebé preciosa —la cogió en brazos y Manuela se echó a reír—, ¿verdad corazoncito?, ahora dile adiós a Michael, vamos: adiós, Michael...

—Eres un verdadero encanto, Cruz. Adiós, amor mío —, besó la manito de la niña, se giró hacia Vera y le plantó un beso en la frente—, buenas noches.

Ella se quedó petrificada junto a la puerta, miró a su madre y a Cruz, que estaba mascullando algo, y se apoyó en la pared para no caerse. Un mareo intenso le arrebató el control de sus músculos, observó a Manuela y luego el salón que se le puso en vertical completamente, quiso sujetarse y ya no supo nada más. Cayó redonda al suelo, desmayada, como en las novelas de Jane Austen.

36

Todo el mundo hablaba sobre los efectos de la paternidad, algunos amigos suyos juraban que era la experiencia más alucinante de sus vidas, la más enriquecedora y él, al que no le interesaban los niños, había ignorado siempre ese tipo de comentarios que se le antojaban ficticios y en la mayoría de los casos, puro postureo. Había pasado de ellos siempre, hasta ese día, el 18 de mayo, cuando al fin había podido mirar los ojos dorados de tu hija y abrazarla.

Cuando pisó Madrid iba flotando por la perspectiva de ver otra vez a Vera. Ese parecía ser el mayor beneficio de ese viaje a España, verla a ella, tocarla y mirarla a los ojos, pero todo se había desvanecido ante la imagen de Manuela, que era la niña más preciosa y adorable que había visto jamás.

Era pequeñita, un bebé, claro, pero ya se notaba que era muy cariñosa y simpática, se parecía una barbaridad a su madre, pero sonreía como él, era rubita como su familia, y aquello lo descolocó bastante. También era curiosa y tan amigable, suave y olorosa, daban ganas de comérsela a besos y en sus brazos se mostró confiada, desde el minuto uno, como si supiera que él era su padre, el tipo que mataría por mantenerla a salvo y feliz el resto de su vida.

Conmocionado por el primer contacto, corto pero muy intenso, se fue al hotel, pidió la cena y se acomodó en la enorme cama para estudiar, tenía un montón de trabajo que hacer pero fue imposible, solo podía pensar en Manuela y en Vera. Una necesidad brutal de tenerlas cerca comenzó a obsesionarlo hasta tal punto que empezó a sufrir náuseas y mareos de la pura frustración, así que se dio un baño y llamó a su hermana para hablarle del encuentro, de lo que había sentido, de cómo había reaccionado su niña, de cómo estaba Vera y de sus planes para el día siguiente. Esa noche, tarde, ella le mandó un mensaje con las señas y la hora de la clase de natación para bebés y soñando con eso se durmió, sin dejar de rememorar la carita de Manuela.

—Hola... —dijo, acercándose al coche que Vera cerraba en ese momento. Había llegado una hora antes al encuentro, con un bañador y una toalla en la mochila, todo comprado de urgencia en unos grandes almacenes, y con la sonrisa perenne en la cara. Apenas había dormido y se

había levantado temprano para correr hasta Chamartín donde estaba aquella piscina especializada en niños pequeños. De lejos pudo verla aparcar y la observó un buen rato, viendo como salía del coche y sacaba a la niña de su sillita. Estaba guapísima, tremenda como siempre, con ese trasero espectacular enfundado en unos vaqueros desteñidos que le sonaron mucho y que solo lo invitaban a secuestrarla, llevársela al hotel y hacerle el amor el resto del día—, ¿te ayudo?

—Cógela, si quieres —le puso al bebé en los brazos y Manuela lo miró con curiosidad, agarrándole la barba con una manita—

—Hola preciosidad, ¿cómo estás?, ¿vas a nadar?

—Bua Bua —balbuceó y él la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Te gusta el agua, cariño?

—Bua Bua —repitió y Vera movió la cabeza.

—¿Dice agua?

—A todo le llama Bua Bua, yo no me fiaría.

—No, seguro que dice agua, ¿verdad, amor mío?, a mí también me encanta el agua.

—Escucha... —Vera se detuvo en el hall y le quitó a la niña—, hay vestuarios ahí, vamos a cambiarnos y hablaré con la monitora para decirle que te sumas a la clase ¿te parece bien?, ¿puedes?, ¿tienes bañador?

—Sí —le indicó la mochila—, me dio tiempo a comprar uno.

—Genial, nos vemos a la entrada de la piscina, sigue las señales.

—Ok.

Se cambió junto a otros dos papás. Padres como él, sonrió pensando en la novedad, y salió a la piscina que no era muy grande y que estaba rodeada de cosas para niños pequeños y bebés, incluso había una salita para mudarlos y darles de comer y se acercó por allí sonriendo a todo el mundo. Con algo de suerte nadie lo reconocería en un sitio así y se sentó en la orilla a esperar a Vera, que de pronto apareció con el pelo recogido, un bañador marrón y con Manuela con gorro de baño y sin pañales. Llevaba un bañadorcito floreado precioso y cuando lo vio estiró los bracitos hacia él, así que la abrazó y la sujetó hasta que Vera se lanzó al agua y le dijo que hiciera lo mismo con la niña.

Lo demás fueron solo veinte minutos pero muy divertidos. La dejaron flotar e incluso sumergirse debajo del agua porque por instinto inflaba los mofletes y sujetaba el aire un rato. Alucinante, le dijo mil veces a Vera, compartiendo con ella miradas de complicidad y sonrisas orgullosas

mientras la pequeña se lo pasaba bomba en el agua. Era increíble, realmente increíble y cuando terminaron la clase y se separaron para ir a vestirse, ya estaba completamente enamorado de su hija. Aquel amor era el sentimiento más concreto y responsable que había sentido en toda su vida y no pretendía prescindir de él nunca más.

—¿Quieres desayunar?, ¿un zumo o algo? —Vera puso a la niña al pecho y se dirigió a él ante la mirada curiosa de la camarera.

—Ya veo que hoy venís acompañadas, Vera.

—Sí, Silvia, este es Michael, el padre de Manuela.

—Encantada.

—Igualmente —respondió sin poder apartar los ojos de la niña y de su mujer, que se manejaba con tanta naturalidad, como si hubiese hecho eso toda su vida. Al fin carraspeó y reaccionó cuando Vera levantó los ojos negros y se los clavó con cara de pregunta—, un café americano y una tostada, por favor.

—Muy bien, ¿y tú, Vera?

—Un zumo de naranja y otra tostada, gracias.

—¿Siempre paráis aquí después de la natación?

—Sí, ella sale con hambre, come un poco y luego se duerme antes de meterla en el coche. Prefiero tomármelo con calma y no llegar con prisas a casa.

—Claro —la miró intentando no parecer un perverso por observar con la boca abierta aquel maravilloso espectáculo y suspiró—, ¿y cómo lo haces?, ¿cómo has aprendido a hacerte con ella?

—Observándola, los bebés te van indicando lo que necesitan, aprendes a conocerlos y lo demás lo pregunto a mi madre y a la pediatra. Tampoco es tan complicado, millones de personas en el mundo crían a sus hijos sin problema.

—Sí, pero es evidente que lo estás haciendo muy bien.

—Qué va, lo normal.

—¿Le hablas en inglés todo el tiempo?

—Si estamos en España le hablo en inglés porque el español ya lo oye en todas partes, pero cuando estemos en Londres, por ejemplo, le hablaré en español.

—¿Londres?, ¿piensas volver a Londres?

—Dentro de tres semanas tengo que ir a la vista de Sean O'Connell, ¿te acuerdas?, asesinó a su esposa, que era mi cliente, y ahora sus abogados

alegan esquizofrenia, igual sale a la calle... y quiero ir para acompañar a las chicas del gabinete, vamos a recurrir y a intentar montar un poco de ruido en los juzgados, no se puede ir de rositas.

—¿En serio?, pero si ese tipo es un peligro público...

—Ya lo creo, una vez me amenazó ¿sabes?, saliendo de una conciliación con su mujer y sus hijas, si no es por el policía de guardia que andaba por ahí no sé lo que habría pasado... después de eso decidí cortar por lo sano y conseguir el divorcio y una orden de alejamiento contra él, aunque sirvió de poco, solo unos meses después asesinó a la pobre Anne...

—¿Ese hijo de puta te amenazó? —Se puso tenso y miró de reojo a la camarera, que les sirvió el desayuno sin dejar de observarlo con el ceño fruncido—, ¿por qué no me dijiste nada, Vera? Hostia puta, si yo...

—Eh, que fue hace tiempo y además, yo nunca me llevaba el trabajo a casa. Gracias, Silvia.

—Pero eso era muy grave... —se atusó el pelo, cerró los ojos un segundo y tragó saliva—, siempre me he portado como un cabrón egoísta contigo. Lo siento mucho.

—¿Pero qué dices?, no es verdad y en todo caso ya no importa.

—Sí que importa, a mí me importa, muchísimo y si tengo que pasarme el resto de mi vida pidiéndote perdón, lo haré.

—No hace falta —tomó un trago de zumo y le sonrió—, yo también he hecho cosas de las que no me siento muy orgullosa, así que estamos en paz ¿vale?

—¿Qué dices?

—Con el paso del tiempo y viendo a Manuela —le acarició la carita con un dedo—, me arrepiento de no haberte hablado del embarazo antes, de no llamarte para el parto y de privaros a los dos, a ti y a ella, de esos primeros días juntos. Lo siento mucho también.

—Eso fue únicamente culpa mía —primero levantó la mano para hacerla callar, luego se inclinó un poco y se atrevió a acariciarle el dorso de la mano—, reaccioné fatal a tu petición de divorcio... soy consciente de que la frustración me convirtió en un tío lleno de ira y resentimiento. Me porté fatal contigo, en Las Vegas, en Londres, en tu gabinete cuando me enteré del embarazo, en ese restaurante con Jill y James delante, en su casa aquel día, cuando unas horas después nació nuestro bebé... me porté fatal y todo lo que hubieses hecho en mi contra me lo tenía merecido.

—No es cierto, Mike, yo...

—Deja que te pida disculpas, lo necesito.

—Vale, está bien, disculpas aceptadas.

—¿Y cuándo crees que la concebimos? —acarició la cabecita de la niña y Vera lo miró—, ¿en mi fiesta de cumpleaños?

—No, fue a mediados de abril, antes de que viajaras a Malta.

—Cuando discutimos y te pregunté si estabas pensando en dejarme —ella asintió y él se apoyó en el respaldo de la silla—, claro, fue esa noche... una noche tristemente premonitoria.

—Bueno...

—¡Tú eres Michael Kennedy! —Interrumpió la camarera de repente y quiso asesinarla, se giró y le clavó los ojos con toda la ira que fue capaz de reunir.

—Disculpa, estamos hablando.

—Pero es que ¡Joder!, soy mega fan tuya y... solo un selfie, por favor.

—¡No, ahora no!

—Vale, no pasa nada, escucha, Silvia —Vera le tocó el brazo y le sonrió—, ahora necesitamos un poco de tranquilidad, ¿de acuerdo?, después, antes de irnos, te firma un autógrafo y lo que quieras. Por favor.

—Claro, disculpad... —se largó con viento fresco y Vera lo miró a los ojos.

—No te enfades.

—Es que la gente me saca de quicio, en serio, no tienen ni un puto gramo de respeto.

—Sigues hablando español muy bien —volvió a sonreír y él se relajó—, mira, Michael... los dos hemos hecho un montón de burradas este último año, evidentemente los dos nos arrepentimos, pero si seguimos pidiéndonos perdón cada vez que nos veamos no acabaremos nunca. Vamos a zanjarlo aquí ¿quieres?

—Vale, pero necesito decirte que lo siento.

—Y yo te lo agradezco pero ya estamos en paz, por mi parte totalmente.

—Por mí también... —la observó comer su tostada y se animó a hacer lo mismo—, supongo que si vais a Londres te alojarás en casa, es su casa —le indicó a Manuela con el dedo y Vera suspiró—, yo seguramente no estaré allí y ese siempre será es nuestro hogar, al menos el de Manuela.

—Ya veremos... te avisaré.

—¿Y qué planes tienes para hoy?, no quiero interferir pero me gustaría observar, si te parece bien.

—Si no tienes nada que hacer —él negó con la cabeza—, he hablado esta mañana con mi madre y no le importa que comas con ella y estés con la niña mientras yo voy a clases de flamenco, volveré sobre las cuatro, luego solemos merendar e ir al parque a pasear.

—Estupendo ¿y después?

—Después baño, cena y a la cama.

—Me apunto a todo.

—Vale, como quieras.

Se puso los zapatos de taconeo, se enderezó y se estiró la falda de ensayo sonriendo. Se miró de reojo en el vetusto espejo, de ese vetusto vestuario, y respiró hondo. Michael se había ido hacía una semana de Madrid y seguía sintiendo mariposas en el estómago, muchas y revoltosas, y aquella sensación la hacía sentirse espléndida y llena de energía.

Por supuesto la relación que él estableció con Manuela la emocionada, era increíble como la pequeña se había entregado a sus mimos con tanta confianza. Ella era amistosa y tranquila, sí, pero la forma en que había reaccionado con su padre había sido impresionante. Una especie de reconocimiento mutuo, mucho más profundo de lo que se podía imaginar, una complicidad innata que nadie podía manipular o forzar, no, aquello había sido de forma natural y le había cambiado para siempre la percepción que tenía sobre Michael, el tipo que hasta hacía bien poco reconocía en público no soportar a los niños.

El segundo día que se vieron, después de la piscina, donde ya se había mostrado atento y cariñoso, los dejó solos con su madre, y cuando volvió de flamenco se los encontró durmiendo juntos en el salón. Él apenas cabía en el sofá grande pero ahí estaba, completamente estirado, con Manuela sobre el pecho y dormidos tan apaciblemente mientras su madre y su abuela los observaban en silencio. Aquella imagen la emocionó muchísimo y supo en seguida que jamás la podría borrar de su memoria. “La sangre tira”, le dijo su abuela, y parecía ser verdad.

Él tenía un don innato para tratar a Manuela, algo bastante lógico porque solía ser muy cariñoso con la gente que quería, y durante las horas de su corta visita a Madrid no la perdió de vista, se ofreció para aprender a cambiarla, para bañarla y para pasearla en brazos por toda la casa mientras le susurraba palabras cariñosas, con esa voz maravillosa que Dios le había dado. Era un espectáculo verlo y se pasó esos tres días preguntándose si aquello era real, auténtico y duradero, o solo fruto de la conmoción que estaba sufriendo por conocer a su hija en persona.

Cruz, que era de naturaleza desconfiada y no podía tragarlo demasiado desde el divorcio, decía que Michael Kennedy estaba asumiendo la paternidad como asimilaba cualquier papel para una nueva película, con entrega y entusiasmo, pero que lo mismo que había venido se largaría y si

te he visto no me acuerdo:

—Mañana coge un vuelo, se va no sé dónde, con no sé qué nuevo ligue y Manuela pasa a la historia... te lo digo yo y si no, tiempo al tiempo.

—Al menos se merece el beneficio de la duda —opinó su madre y ella se limitó a callar y a rogar a Dios porque tuviera razón—, Mike es un buen chico, ha cometido errores como marido, pero no tiene porqué ser un mal padre. Se ha criado en una familia muy unida y cariñosa, no veo nada raro en su comportamiento con la niña.

—Esencialmente, madre, en que ha venido a conocerla cuando ya tiene cinco meses, ¿te parece poco?

—Quiso conocerla cuando nació y parece que lo informamos bastante mal.

—Porque mi hermana, su mujer durante una pila de años, estaba sola y asustada en un puto hospital inglés dando a luz a su hija mientras él estaría quién sabe dónde, haciendo quién sabe qué... se merecía un poco de caña el muy cabrón y no me sigáis reprochando aquello porque no me arrepiento de nada, ¿eh? Si ni siquiera entiendo que lo dejéis entrar aquí.

—Mira, Cruz...

—Y tú cállate, Vera, que te veo la cara y estás a punto de olvidarte de todo y...

—De eso nada —tragó saliva y frunció el ceño—, solo quiero recordarte que fui yo la que no quiso avisarle del parto. Siendo justos, la cagamos todos, así que no me importa que venga, de hecho podrá venir a ver a Manuela cuando quiera.

—Me apuesto una cena a que no volverá por aquí, no te hagas ilusiones, hermanita... ese tío es un puto actor, sabe lo que hace y cómo embaucarte, pero luego, si te he visto no me acuerdo.

Las discusiones con Cruz, continuas y variadas, durante la visita de Michael, le provocaron un millón de dudas y trató de guardar las distancias con él, pero ella era la única persona en el mundo que conocía de verdad a Michael Sean Patrick Kennedy, la única, y sabía que en ese comportamiento paternal tan tierno había poco de impostura y sí mucho de verdad, así que se dispuso a ser amable, amistosa y a compartir con él a Manuela que, por otra parte, parecía encantada con su padre.

—¿Son nuevos? —Su profe de flamenco le indicó los zapatos y ella asintió saliendo de golpe de sus ensoñaciones.

—Sí, a ver qué tal.

—Vale, todo el mundo dentro.

Dio unas palmadas animando al pequeño grupo de Nivel Superior a entrar a la enorme sala de ensayo y ella siguió a sus compañeras en silencio, aunque se detuvo un segundo a observar el hall de aquella escuela de danza tan vieja. Aquel pasillo ancho separaba las salas de ensayo y los vestuarios de la entrada principal y muchas veces Michael la había esperado allí, cuando eran novios y aparecía por Madrid, espiándola a través de los cristales. Le encantaba verla bailar y se pasaba la clase de pie, pegado a las ventanas grandes del estudio A, siguiendo la música y los pasos de las coreografías con una sonrisa en la cara. Por aquel entonces pensaba que jamás podría vivir sin él, porque jamás podría dejar de amarlo, y tantos años después, seguía pensando exactamente lo mismo.

Lo quería, más que a su vida, y pasara lo que pasara en el futuro, tenía lo mejor que él le había podido dar, a su hija, y eso ya nadie podría modificarlo. Ni sus malos rollos, ni su futura novia, mujer o hijos, ni su distancia o lejanía, él siempre estaría con ella a través de Manuela y siempre lo podría amar a través de ella. Eso era demasiado grande como para no sentirse satisfecha, con mariposas en el estómago, porque sabía, fehacientemente, que aquella certeza la ayudaría a respirar el resto de su vida.

—Hola —sintió el móvil vibrar en el bolso y se quedó fuera de la clase para contestar a toda velocidad, podía ser su madre, y le hizo un gesto a la profesora para que empezaran sin ella—, ¿hola?

—Vera, necesito decirte algo.

—¿Michael? —Oír su preciosa voz justamente en ese momento le provocó un escalofrío—, ¿qué tal?, ¿pasa algo?

—No, bueno... ¿dónde estás?

—En la academia, a punto de entrar a clase.

—Ok, solo será un momento.

—Vale, ¿Qué ocurre?

—No puedo dormir desde que llegué de Madrid ¿sabes?

—Vale... —otra de sus neuras, pensó, y respiró hondo.

—No te he dicho nada estos días porque en realidad solo me hablas de Manuela y yo, pues, no quiero parecer un gilipollas desesperado pero, Vera, no puedo seguir callándome todo lo que siento.

—Mira, sé que estás un poco conmocionado por haber conocido a la niña, es normal, lo has tenido que asimilar todo muy rápido y cómo

hablamos, tómatelo con calma, poco a poco y...

—No se trata de la niña.

—¿Y de qué se trata? —Por un segundo se temió lo peor y se preparó para oír que estaba enamorado y que se casaba antes del otoño.

—Te amo, nunca he podido dejar de amarte, tampoco pretendo hacerlo, y ahora quiero que te calles, no me rebatas y escuches lo que tengo que decir —ella guardó silencio, se puso la mano en el pecho y se sentó en un banco del hall—, siempre te he querido, desde el minuto uno, lo sabes, con los años te he querido más y más y necesito que lo sepas. Te he amado cuando he sido un egoísta contigo, un egocéntrico y un maniático, cuando te he gritado, cuando me he enfadado y te he dicho un millón de barbaridades. No he dejado de amarte jamás, ni cuando te he odiado con toda el alma por abandonarme, por no avisarme del nacimiento de mi hija, cuando me diste la espalda... —respiró hondo—, también cuando tontee con otras mujeres durante nuestro matrimonio y después, cuando salí con cientos haciendo el gilipollas. Te he amado siempre, en los peores momentos, cuando peor he sido contigo, incluso ahí te seguí amando, porque estoy enamorado de ti, solo necesito que lo sepas.

—Mike...

—Y no me vengas con historias relacionadas con Manuela, no se trata de la conmoción que siento por haberla conocido o por verte convertida en una madre maravillosa para mi hija... no se trata de ella, se trata de nosotros, de ti... —volvió a soltar un suspiro y ella notó como le rodaban las lágrimas por las mejillas—, Siento estropearte la tarde pero tenía que decirlo, me estaba ahogando, Vera, y no podía más. Ahora solo necesito que guardes silencio, cuelgues y pienses en lo que te he dicho. No quiero saber lo que sientes tú, no estoy preparado para que me rechaces otra vez y menos por teléfono, así que si me haces un último favor, cuando te lo hayas pensado bien, me lo dices en persona. ¿De acuerdo?

—Michael, yo...

—No, por favor, en persona ¿ok?

—Ok.

—Gracias, esta noche te llamaré para preguntar por Manuela y no pienso mencionar esta llamada.

—Vale.

—Te quiero, Vera. Adiós.

Sintió el click del teléfono y se echó a llorar, se fue al vestuario y se

cambió con el corazón latiéndole a toda prisa en el pecho. No podía ser verdad, se repitió intentando guardar la compostura, tomárselo con algo de calma, o no podría volver a casa con normalidad. Calma, Vera Saldaña, calma y no pierdas la perspectiva, la realidad es la que hay, no hay otra y Michael puede estar pasando por una crisis de las suyas, así que mejor tranquilidad.

Acabó de vestirse y salió a la calle Libertad decidida a caminar hasta casa para relajarse y volver poco a poco a su ser. Lo primero era no perder la cabeza, no sucumbir a las emociones, no podía, no debía y no pretendía perder otra vez los papeles por nadie, mucho menos por él.

Ya está. Colgó el teléfono, lo tiró encima de la cama y se pasó la mano por la cara. Para explicarle aquello había tenido que escribirlo primero, repasarlo mil veces y soltarlo de un tirón. Era estúpido e infantil, pero había sido la única forma de hacerlo bien.

Estaba convencido de que Vera era consciente de lo que él sentía, no podía ser de otro modo, ella sabía cómo la miraba, como la seguía con los ojos como un perrito abandonado. Lo había oído llorar desde Hawái, cuando lo llamó después del accidente, lo conocía mejor que nadie, tenía que saberlo, pero al parecer no sería capaz de comprenderlo si él no se armaba de valor y se lo soltaba directamente, aunque fuera por teléfono, así que eso había hecho.

No podían olvidar que había sido ella la que había roto con él, ella la que había colapsado y mandado todo al carajo sin su opinión, con sus razones, claro, pero de forma unilateral y a él no le había dejado ningún espacio para la maniobra. Lo quisiera reconocer o no, ella no le había dado ni un resquicio para intentar solucionar sus problemas y por lo tanto, aquella separación había sido decisión suya, de nadie más. Él se había rendido porque sabía que llegados a ese punto todo esfuerzo resultaría inútil, y también por un legítimo sentimiento de culpa, pero que tirara la toalla no había significado jamás que había dejado de estar enamorado de ella. Eso Vera tenía que saberlo y si no lo sabía, ahora ya se lo había dejado claro.

Los tres días en Madrid sirvieron para reforzar su amor, sus sentimientos, pero no pudo decírselo allí, no era lo más sensato si quería hacer las cosas bien y no estropearlo todo a la primera de cambio, así que se volcó con Manuela y salió bastante airoso, sin embargo, cuando se despidieron y tuvo que volar a Gales, dejó de dormir analizando todo lo que estaba pasando.

No paraba de pensar en ella lejos de él y también en su vida con él. Como en una película empezó a repasar sus años juntos, su creciente egoísmo con respecto a ella, porque la había convertido en responsable de muchas cosas: su vida, su felicidad, su estabilidad, su carrera... ella era el paño de lágrimas, la que lo contenía en medio del caos, su equilibrio, su lugar seguro, mientras él, completamente ensimismado en su oficio, se

olvidó de cuidarla como se merecía, de escucharla, de quererla como era debido. Vera parecía ser la fuerte y la autosuficiente de la pareja y aquello era muy cómodo para un tipo egocéntrico, posesivo y absorbente como él... era completamente consciente de ello.

Descubrir que un delincuente peligroso como ese O'Connell la había amenazado, era muestra de lo que confiaba Vera en él. Cualquier mujer hubiese comentado algo, y cualquier marido en condiciones hubiese reaccionado, pero él ni siquiera se había enterado, ella no se lo había dicho, y supuso que él tampoco le preguntó nada al respecto. Pocas veces le preguntaba por su trabajo o por sus preocupaciones, así de claro, muy pocas veces, pero aquello no se volvería a repetir, nunca más, porque después de todo lo que había ocurrido, y con Manuela en el mundo, no volvería a vivir exclusivamente mirándose el ombligo.

Ahora estaba en sus manos, sí, pero no le importaba. Si ella decidía dejarlo volver a su vida, estupendo, si por el contrario lo rechazaba de plano, pensaba aceptarlo sin rechistar. Ella decidía. Las dos, Vera y Manuela, estaban por encima de todo, su bienestar era lo primero, lo único que le importaba y acataría su suerte con buen talante fuera la que fuera, sin gritos, ni reproches, ni malos modos, nunca más. Si ella lo rechazaba, apretaría los dientes y respetaría su espacio, si aquella decisión la hacía feliz, él sería el primero en acatarla.

—¿Mike? —Sintió la voz de Jill y se giró hacia la entrada de la casa con cara de pregunta—, estás aquí, genial. Perdona que abriera con mi llave pero ha venido la decoradora y no sabía si ya te habías marchado.

—No, me recogen dentro de una hora. Pasad.

—Hola, Michael, soy Jennifer, la nueva decoradora de...

—Ya, ya lo sé, pasa, encantado —le extendió la mano, se la estrechó y le indicó las escaleras para que lo acompañara a la segunda planta—, no tengo mucho tiempo, solo he venido un par de horas a Londres y...

—No te preocupes. ¿O sea que quieres decorar la habitación del bebé y...?

—Sí, la habitación de mi hija y su cuarto de baño.

—Muy bien, ¿Cuánto tiempo tiene?

—Cinco meses.

—¿Y la queréis muy rosita o innovamos un poco?

—La quiero blanca y con madera natural, sencilla, puedes innovar con algún dibujo en la pared, había pensado en un mural divertido, con lluvia

y un arcoíris... en los armarios aceptaré sugerencias, aunque me gusta el lila para los detalles, y el cuarto de baño con los sanitarios infantiles, pequeños, como los tienen Jill y James, en lila también.

—Me parece muy bien.

—He estado mirando en Dragons of Walton Street, solo por Internet, pero he elegido algunos muebles, ropa de cama, etc. Luego te mando un email con lo que me gusta.

—Estupendo.

—Y lo más importante, lo necesito acabado antes de dos semanas.

—No hay problema.

—Me tienes anonadada —susurró Jill con una sonrisa de oreja a oreja y se acercó a un cuadro enorme, aún embalado, que estaba apoyado contra la pared—, ya veo que lo tienes todo clarísimo... ¿y esto que es?

—Lo he recogido esta mañana —le quitó el embalaje y lo giró para que lo vieran, se trataba de una foto enorme en blanco y negro de Vera y Manuela en Madrid. Las dos salían preciosas y era una de las cientos de fotografías que les había hecho durante su corta visita a España. Se la quedó observando unos segundos, con el corazón latiéndole muy fuerte en el pecho, hasta que notó el silencio que lo rodeaba y levantó la vista para mirar a sus visitas—, ¿habéis visto que chicas más guapas?

—Preciosas, Mike, en serio... —Jill soltó una lagrimita y la decoradora la miró sin entender nada—, es muy bonito. Me encanta.

—¿Así que esta es la princesita?

—Sí, nuestra princesita, se llama Manuela.

—Es guapísima.

—Igual que su madre... —suspiró y la miró a los ojos—, ¿podrás hacerlo?

—Por supuesto, ahora voy a tomar algunas medidas —asintió Jennifer y caminó hacia el cuarto de baño—, antes de dos semanas estará todo listo.

—Genial.

—¿Y el cuadro se queda aquí?

—No, el cuadro se queda conmigo, me lo llevo a mi habitación.

39

No volvería con él, vamos, jamás, masculló entre dientes, colgando el teléfono a su madre. Las palabras se las llevaba el viento, lo sabían, y tratándose de Michael Kennedy mucho más.

Miró hacia el Palacio de Justicia y observó el pequeño grupo con las pancartas de apoyo a Anne O'Connell. Lamentablemente no habían conseguido muchos apoyos por parte de la prensa, que estaba acostumbrada a quemar un tema de violencia doméstica en los primeros días del suceso para luego olvidarse de él de forma automática, así que solo tenían a unas cuarenta personas gritando y tocando cacerolas sin mucho revuelo, salvo el que estaban montando en plena calle Strand.

No había podido entrar a la vista porque no estaba ejerciendo en ese momento, pero sí había podido llegar a tiempo, con Manuela y su madre, para pasarse la mañana montando un pequeño escándalo en el centro judicial del Reino Unido, el único lugar del país donde por casualidad podrían encontrar algunas cámaras y reporteros de tribunales interesados en su caso: el de Sean O'Connell, un asesino violento y peligroso, al que sus abogados querían sacar de la cárcel alegando esquizofrenia. Era vergonzoso y sin embargo, estaba pasando inadvertido por la opinión pública, algo que pretendía subsanar inmediatamente, aunque acabaran detenidas por escándalo público.

Cruzó la calle y se metió en medio de la manifestación. Había dejado a Manuela comida, cambiada y a cargo de su madre en un hotelito de Notting Hill. Afortunadamente había optado por el hotel y no por la casa de Mike en Chelsea, pensó levantando una pancarta, porque él, que le había confesado amor eterno por teléfono y luego aparecido dos días en Madrid a la carrera, entre rodaje y rodaje, para ejercer de padre amantísimo con Manuela, ni siquiera se encontraba en Londres cuando ellas llegaron.

Se lo había dicho, lo habían comentado, hablado varias veces, pero él no estaba allí, ni en el aeropuerto, ni en el hotel, aunque había prometido solemnemente recibirlas y acompañar a su madre y a la niña mientras ella se iba de protesta, incluso llevarlas a su casa, pero no estaba y no estaba porque había perdido no sé qué vuelo, de no sé dónde, por culpa del trabajo, le dijo, o eso le quiso hacer creer mientras su amiga (o novia, no

lo sabía bien) Rosaline Freeman asegurara lo contrario en Twitter.

Aquella mujer llevaba horas presumiendo de juerga romana en Corfú junto a su “chico favorito”, Michael Kennedy, mientras él no cogía el móvil, ni respondía mensajes, hasta que llamó para informar que había perdido el vuelo y que no podría ir a Londres.

—Lo siento, Vera, perdóname —le susurró todo compungido—, las llaves de casa las tiene Jill, id para allá y yo...

—No necesitamos ir a tu casa, tenemos hotel, muchas gracias.

—No es mi casa, es nuestra...

—Mira, corta el rollo, no me interesa.

—Oye, Vera, que...

Y le colgó y se le partía el alma en dos. Por un instante, en realidad por unas semanas, había fantaseado con la idea de que aún se querían, de que podrían volver a intentarlo. Sus palabras de amor por teléfono y la forma en que se deshacía de ternura con Manuela la habían conmovido lo suficiente como para replantearse su separación pero, como siempre, aquella actitud suya no era más que entelequia. Michael no sabía vivir solo, la necesitaba y confundía aquello con amor, como confundía la paternidad con la idea de aparecer de cuando en cuando en Madrid para jugar con su hija.

No debía perder la perspectiva, Manuela y ella solo representaban una especie de isla de normalidad y dulzura en medio del caos de vida que él solía llevar. Seguro que soñaba con la casita templada oliendo a comida casera, un bebé en la cuna y una mujer comprensiva colmándolo de atenciones. Era la imagen mental que él quería, sin dar nada a cambio, claro, ella lo sabía y se lo acababa de demostrar, a la primera de cambio, cuando tras ilusionarla con su actitud y sus ensoñaciones amorosas, no era capaz de cumplir con su palabra, ni siquiera de estar en Londres como había prometido... no era capaz y no lo sería jamás, porque sus prioridades seguían siendo otras, unas que nada tenían que ver con ellas, unas como Rosaline Freeman, a la que abrazaba encantado de la vida en las fotografías que ella no paraba de colgar en sus redes sociales.

Y si él no era capaz de parar su mundo, por una vez, para coger un avión a tiempo, tampoco sería capaz de todo lo demás, debía asimilarlo de una puñetera vez y dejar de pensar gilipolleces.

—¿Pasa algo? —Heather, una de sus compañeras, se acercó con un pañuelo en la mano.

—¿Eh? —La miró y comprobó que estaba llorando—, nada, gracias.

—¿Va todo bien?, ¿has hablado con tu madre?

—Sí, acabo de hablar con ella, iban a bajar un ratito al parque.

—Y Michael sin aparecer.

—Sí... perdió el vuelo esta mañana y...

—Vale, pero no te enfades, no vale la pena, hay tíos que son así toda la vida.

—Lo sé y no me agobio más, prometido... —se limpió las lágrimas y sonrió—, hace tiempo que decidí no vivir enfadada y estar más tranquila, no sé qué me pasa.

—Claro, pero es normal, yo...

—Es igual, ¿qué sabemos?

—Aún nada, ¿a qué hora te tienes que marchar?

—Tengo unas tres horas más, he dejado un biberón con leche pero si no le doy el pecho... —se miró así misma y Heather sonrió—

—Lo sé, tranqui, tú te vas cuando sea necesario, no te preocupes, Vera.

Asintió y se puso a gritar con las demás. Habían movilizado a un par de asociaciones de mujeres maltratadas, a un sindicato de mujeres y a algunas personas de St. Mary y del gabinete, pero necesitaban mucho más ruido. Dos veces vio a la prensa especializada mirarlas de reojo y se acercó a una redactora para pedirle un poquito de atención pero ella le explicó que estaban con otro asunto y que tenían que cumplir con una agenda, así que optó por no suplicar y pidió octavillas para repartir a los viandantes mientras las chicas gritaban consignas a través del megáfono. Era un poco deprimente aquello y cuando apareció la policía para pedirles que despejaran la entrada al Palacio de Justicia, se les plantó delante defendiendo el derecho a reunión y a la libertad de expresión, con tal mal talante, que el guardia dio un paso al frente extendiendo la mano.

—Documentación, ¿permiso de residencia? —Le dijo y ella lo miró ceñuda—, vamos, señorita, sus papeles.

—¿Cómo se atreve? —Heather apareció por su espalda aún más enfadada—, somos abogadas del gabinete...

—Me da igual, documentación.

—No tengo por qué enseñársela.

—¿Cómo dice?

—Que no tengo por qué enseñársela, no estoy cometiendo ningún delito, ni represento ninguna amenaza.

—Eso lo determinaremos nosotros, su documentación o nos tendrá que acompañar a comisaría.

—Y una mierda...

—¿Cómo dice?

—¡Vera, cállate! —Heather la apartó y se le puso delante—, mire, agente, solo estamos manifestándonos para que no manden a la calle a un asesino de mujeres, tenemos derecho a...

—¡Los abogados de O'Connell! —gritó alguien y todo el grupo corrió para increpar a los dos letrados del detenido, que salían en ese momento a la calle tan tranquilos—, ¡asesino!, ¡asesino!

—¡Señorita!

El dichoso guardia la retuvo por el codo y ella se revolvió, las chicas que estaban más cerca se arremolinaron protestando y se montó una pequeña escaramuza que solo la hizo pensar en Manuela, si la llevaban detenida pasaría horas en comisaría y tenía que darle el pecho y... quiso apartarse del revuelo pero ya era demasiado tarde, en medio de los empujones y los gritos, el policía la sujetaba con firmeza. Gritó e intentó zafarse con desesperación, pero sin ningún resultado, y empezó a sentir pánico, no por ella, sino por su bebé... si se la llevaban... Manuela... hizo un último intento por salir corriendo pero el guardia tiró de ella con violencia y entonces alguien, una mano grande y firme la agarró por la cintura, por detrás, la elevó un poco y la arrancó de las zarpas del guardia sin ningún esfuerzo—, ¡oiga!

—¿Cómo se atreve...? —la voz clara y preciosa de Michael Kennedy le pareció tan ajena allí que tardó unos segundos en reaccionar, pero al fin lo hizo, y se dio cuenta de que ya estaba a su espalda, mientras él, alto y sereno, y con una gorra de béisbol, hablaba muy serio con el policía—, ¿son formas de tratar a una señora?

—No se meta, señor, por favor.

—Soy su marido, me gustaría hablar con su superior, ahora mismo. —se sacó la gorra y se oyó un murmullo a su alrededor. Vera miró al policía y vio como fruncía el ceño reconociéndolo de inmediato, las chicas aplaudieron y gritaron y de repente, como por arte de magia, la misma reportera que antes las había ignorado, estaba corriendo con su cámara hacia el grupo.

—Mire, señor...

—Michael Kennedy y esta es mi mujer, Vera —estiró la mano hacia atrás

y la agarró sin mirarla, la puso delante de él y observó a la prensa que empezaba a encender cámaras y a levantar micrófonos con una velocidad extraordinaria—, ella, sus compañeras de gabinete, y estas personas, están aquí solo para manifestarse en contra de la puesta en libertad de Sean O’Connell, un criminal que asesinó a su mujer, en su propia casa y delante de sus hijas, aunque tenía órdenes de alejamiento, denuncias por violencia de género y un sinfín de antecedentes por agresión.

—Mire, nosotros solo hacemos nuestro trabajo.

—Y ellas también. Vera, por favor... —la abrazó por la cintura. Como era mucho más alto, la acomodó contra su pecho mirando por encima de su cabeza a la prensa, que estaba como loca de felicidad con su aparición allí, ella le acarició la mano, respiró hondo y soltó todo lo que tenía que decir..

—Sean O’Connell mató a su mujer a machetazos en el salón de su casa, delante de sus hijas menores de edad, después de años de tortura, amenazas y violencia contra su familia. Fue juzgado, encarcelado y ahora sus abogados, siguiendo no sé qué plan siniestro, pretenden sacarlo de la cárcel alegando enajenación mental. Nosotras, que fuimos abogadas de su víctima, Mary O’Connell, hasta el día de su muerte, solo queremos reivindicar su caso. No queremos que la memoria de Mary O’Connell sea mancillada con la puesta en libertad de su verdugo, ni condenar a sus hijas al terror y al peligro de tener a su padre, el asesino de su madre, en la calle. Solo queremos dar voz a este caso que, como otros muchos relacionados con la violencia machista, acaban olvidados y reclusos a un segundo plano por la desidia de los tribunales y la indiferencia de la opinión pública. No queremos olvidar a Mary O’Connell y no permitiremos que su asesino salga a la calle. No podemos pedir a las víctimas que denuncien si luego ocurren estas cosas... solo exigimos justicia para Mary O’Connell.

—¡Justicia!, ¡Justicia! —gritó alguien al megáfono y todo el grupo empezó a saltar y a tocar cacerolas mientras la prensa se multiplicaba delante de sus ojos. De repente sintió que Michael le besaba la cabeza y creyó que nunca en la vida lo podría querer más.

—¿Señora Kennedy, desde cuando sigue este caso?

—Desde hace años, cuando la señora Mary O’Connell acudió a nuestro gabinete jurídico gratuito de Notting Hill para pedirnos ayuda. Dos años antes de que la asesinaran me hice cargo de su caso y luchamos mucho

para conseguir un divorcio y varias órdenes de alejamiento contra su marido, lamentablemente esto no sirvió para protegerla contra su asesino... y ahora ver que pretenden dejarlo en libertad es una ofensa, un crimen, contra su víctima y contra todas las víctimas de violencia machista de este país y del mundo entero.

—¿Y cómo ha ido la vista?

—Eso lo puede explicar mejor mi colega, Grace Hamilton, que acaba de salir del tribunal —miró a Grace, que observaba con la boca abierta la que tenían montada en la calle y la llamó con la mano, ella reaccionó, se abrió camino entre la multitud y se le puso al lado para hablar con la prensa.

—Estamos...

Ni siquiera oyó lo que Grace empezó a explicar porque solo podía pensar en Mike, de pie detrás de ella, que la sujetaba por la cintura con firmeza, después de salvarla de la policía y de las consecuencias que hubiese tenido que la llevaran detenida, sobre todo por Manuela. Volvió a acariciarle los dedos de la mano y él los movió y los entrelazó con los suyos, provocándole un montón de sensaciones que la hicieron emocionarse hasta las lágrimas.

—¿Tú no estabas en Corfú? —le preguntó cuándo al fin se disolvió el revuelo y pudo mirarlo a la cara. Iba con una camiseta celeste y tenía el pelo revuelto. Él parpadeó y se puso la gorra de béisbol.

—Yo jamás he estado en Corfú... vengo de Islandia, perdí el único puto vuelo de la mañana porque se rompió el coche que me llevaba al aeropuerto y tuve que alquilar un avión privado.

—¿En serio? —le sonrió y él abrió muchos los ojos. ¿Cómo se podía ser tan guapo?, pensó, comprobando de soslayo que aún había prensa haciéndoles fotos—, leí en Twitter que estabas en Corfú con Rosaline Freeman y me cabree muchísimo.

—¿Qué?!, ni he estado en Corfú con ella, ni la veo desde hace siglos, ni... ¡hostia puta!, Vera, ¿Cuándo demonios vas a confiar en mí? Cogí un puto vuelo privado desde Reykjavík después de pasarme dos días rodando en el culo del mundo, sin cobertura ni transporte... llegué a Londres desesperado porque estabas enfadada conmigo, me fui al hotel y tu madre me contó que no os hacían ni caso por aquí, así que vine para ayudar un poco... de algo debe servir salir en la tele... y...

—Y ha sido maravilloso, muchas gracias.

—La gente gilipollas miente en Twitter y soy yo el que acaba pagando

los putos platos rotos, genial.

—Lo siento mucho, no volverá a pasar.

—Lo único que quería era llegar pronto para estar con vosotras, ver a Manuela, llevaros a casa para que veas su habitación nueva y todo se complicó... no sé ni cómo...

—Está bien... schhh...déjalo, cariño.

Superó la distancia que los separaba, se puso de puntillas, lo agarró por el cuello y lo besó. Primero con timidez y luego, al notar que separaba los labios, le plantó un beso profundo y apasionado que le devolvió el alma al cuerpo, literalmente, fue como reencontrarse con una parte de su espíritu que se había ido hacía tiempo, y aquella certeza la devolvió de golpe a la vida real, a su equilibrio, a su propio ser. Lo miró a los ojos y vio que los tenía húmedos, no lo dejó hablar y volvió a besarlo.

—Te quiero, Michael.

—¿Qué significa esto? —Preguntó con un hilito de voz.

—Significa que por más que lo intente, no puedo vivir sin ti.

—¿En serio?, ¿estás segura?

—No estoy segura de nada salvo de que te quiero.

—Con eso me vale.

—A mí también.

—Te amo... —la cogió en brazos y la besó en medio de los aplausos de la poca gente de la manifestación que aún quedaba por allí—, tú eres mi agua de lluvia, Vera.

—Y tú la mía, mi amor, y tú la mía.

Fin

Epílogo

Salió a la carrera del Palacio de Justicia para buscar un taxi y se detuvo un segundo a mirar el lugar donde Michael la había rescatado de la policía y dónde, milagrosamente, había conseguido poner el caso de Mary O'Connell otra vez en la palestra. Su intervención divina consiguió que abrieran los telediarios con la noticia y que los periódicos de todo el país se hicieran eco de la historia. Se montó un gran escándalo y por primera vez no le importó hablar con la prensa, dar un par de entrevistas y hacerse fotos en el gabinete, que por otra parte, también se convirtió en protagonista involuntario del asunto. Llevaban años trabajando en la sombra y solo bastó que durante unos minutos, una estrella de cine mundial como Michael Kennedy, hablara de ellas, para que todos los focos se les pusieran encima, en seguida empezaron a recibir llamadas y toda la atención que necesitaban, y las donaciones para su mantenimiento se triplicaron en cuestión de horas.

Fue un día grandioso para todos, también para las hijas de Mary O'Connell, que recibieron apoyos extras, dinero para sus estudios y lo más importante, consiguieron que el recurso de su padre no fuera admitido y que permaneciera en la cárcel sin remisión de condena.

Para ellos, para Michael y Vera, había significado el principio de su nueva vida. Aquel gesto de Mike, el haber aparecido a su lado cuando más lo necesitaba, le pareció mágico, una señal, algo tan generoso y tan lleno de amor, que mandó todos sus miedos y resquemores de paseo y volvió con él sin mayor negociación.

Esa misma noche alojaron en su casa de Chelsea, donde había preparado un precioso cuarto para Manuela, y una semana después volaron a Madrid para recoger sus cosas y regresar definitivamente a Londres. Sus respectivos padres los apoyaron inmediatamente en la decisión, sus hermanos y sus amigos también, solo Cruz se opuso totalmente al tema y le retiró la palabra una semana entera aunque finalmente cedió y volvió a tolerar, decía ella, a su cuñado, aunque pretendía vigilarlo el resto de su vida por el rabillo del ojo. Una postura completamente comprensible, reconocía el propio Michael, que al cabo de un par de meses ya se la había vuelto a meter en el bolsillo.

Una semana después de llegar a Londres se reincorporó al trabajo.

Manuela iba a la guardería del gabinete y de ese modo empezó a relacionarse con otros niños, mientras ella la tenía a mano para darle el pecho y mimarla si la echaba mucho de menos. Michael siguió con sus rodajes y sus viajes continuos pero modificó su apretada agenda, rechazó un mes de promoción y la sorprendió con unas vacaciones en Australia.

En octubre, cuando Manuela cumplía diez meses, se fueron los tres solos, todo el mes, de viaje. Sin agentes, ni asistentes, ni escoltas, ni abuelas, ni ayuda de ningún tipo, para recorrer parte del país, pasar dos semanas en Sídney viendo a viejas amistades y la ciudad donde él se había criado sin prisas, acostumbrándose a la idea de que ahora eran tres en la ecuación y descansando de los últimos meses que habían sufrido separados.

Aquel viaje fue una especie de curación, así se lo plantearon, con muchas charlas y muchas horas de besos y caricias, de mucho perdón y olvido, decididos como estaban a empezar de cero, sin olvidar todo lo que habían hecho mal en el pasado, pero sin remordimientos ni culpas, ni cargas que les impidieran construir una nueva relación, una mucho más sana y generosa para los dos. Construyendo en positivo, decía Molly.

Lo primero fue un compromiso mutuo de cambiar su ritmo de vida, ambos acordaron, por el bien de la pareja y de Manuela, bajar el ritmo enloquecido de trabajo y procurar racionalizar mejor su tiempo. Ese era el primer paso para curar y cerrar la peor época de su vida, estaban convencidos, y así lo hicieron, dieron un portazo al pasado y regresaron a Londres como nuevos, morenos y felices, relajados, y se casaron otra vez, por lo civil, una mañana a solas en los Juzgados de Chelsea.

Sus respectivas abuelas aseguraban que a ojos de la iglesia ellos seguían casados, y era verdad, pero aquello no servía para evitar problemas burocráticos y para que Michael pudiera al fin, y sin muchos trámites, reconocer y dar el apellido a su hija, así que se casaron por segunda vez y obtuvieron un nuevo libro de familia para los tres. Una gran noticia para Michael, que al fin respiró tranquilo con respecto a su pequeña.

La relación que él estableció desde el minuto uno con su hija era increíble. Manuela lo idolatraba, lo miraba con sus ojitos dorados nublados de amor y preguntaba por él constantemente si no estaba en casa. Su papá se convirtió de pronto en su universo absoluto y él respondía a tanta pasión con mimos y mimos y más mimos. La acostumbró a leerle en voz alta, la acurrucaba sobre su pecho y le leía de todo, desde cuentos a

revistas, incluso los nuevos guiones, y Manuela no movía ni un solo músculo oyendo su maravillosa voz, hasta que se quedaba dormida y entonces había que llevarla a su cuarto porque, aunque era muy mimosa, también era muy independiente y le encantaba su camita y su preciosa habitación de princesa.

Era una delicia de niña, muy risueña y cariñosa, muy dulce, pero a la vez fuerte y segura, con los gustos muy definidos. Michael solía decir que madre e hija eran iguales y que por eso estaba loco por las dos, pero ella creía que en realidad Manuela tenía mucho más de su padre. Era afectuosa y sensible como él, muy emotiva, muy expresiva y muy teatrera, le encantaba jugar a actuar y a cantar en el pequeño escenario que él le construyó en un rincón del salón y, por encima de todas las cosas, adoraba los disfraces.

Acababa de cumplir dos años y ya tenía un armario solo para los disfraces. Todo el mundo el traía alguno de regalo y ella pedía que se los pusieran todos los días, mientras oponía una resistencia numantina a los pantalones o los gorros de lana. Era todo un carácter y les divertía horrores verla crecer tan fuerte y sanita, tan preciosa con su pelo rubio y sus ojazos dorados. Luminosa, así era Manuela Kennedy, luminosa, y su padre aseguraba que aquello era fruto del amor.

Un amor que llevaban cultivando más de un año y medio, los mejores de sus vidas tras su reconciliación, y en los que pensó esa mañana con ternura, cuando una llamada de Julia Fox Bunbury la sacó de una reunión a la carrera, para confirmarle la noticia que llevaban semanas esperando.

Se bajó del taxi y miró el móvil, tenía cientos de mensajes de felicitación, pero no respondió a ninguno, preguntándose otra vez que cosa tan trascendental estaría haciendo Michael en casa, como para tener que apagar todos los teléfonos.

Abrió la verja de su casa y entró por la puerta principal con prisas, se fue a la cocina y pilló a Maravillas cocinando con los cascós puestos.

—¡Señora!, qué susto —le dijo en español—, ¿qué hace a estas horas aquí?, ¿no tenía una reunión?

—Sí, pero me han sacado con una gran noticia —tiró el abrigo a un sofá y la miró—, ¿Michael?

—Arriba con la niña, han hecho un castillo con unas sábanas suyas.

—Vale, gracias —subió las escaleras despacio, imaginándose a Manuela disfrazada de flamenca. Cruz le había llevado un vestido de sevillana y

unos zapatos diminutos de taconeos con lunares rojos, y seguro que había pedido que se lo pusiera. Llegó a la segunda planta acariciándose la tripa, solo tenía seis meses de embarazo pero se trataba de gemelos, Michael y Sean, y estaba más cansada de lo habitual, recuperó el resuello y entró en el cuarto donde se oía susurrar a Michael... estaba leyendo “Sueño de una noche de verano” debajo de la tienda de campaña que habían montado con sus mejores sábanas, y se quedó un segundo quieta, hipnotizada, oyendo su voz.

—“Anda, Filóstrato, prepara a la juventud ateniense para las diversiones; despierta el espíritu bullicioso y vivaz de la alegría; relega la tristeza a los funerales; la pálida compañera no conviene a nuestros regocijos...” — Apartó un poco la tela y los pilló tal como se los imaginaba, él acostado sobre unos cojines y ella, vestida de flamenca, encima de él y muy atenta.

—Hola...

—¡Mami!

—Hola, mi vida —la niña saltó a sus brazos y la abrazó para comérsela a besos.

—¿Cómo vienes tan pronto, pequeñaja?, ¿estás bien?

—Sí, mi amor, perfectamente, ¿no tienes ningún teléfono activo?

—No, no queremos interrupciones cuando declamamos a Shakespeare —le guiñó un ojo—, ¿me has llamado?

—Un millón de veces.

—¿Por qué?, ¿qué pasa?, ¿por qué lloras? —Se puso de pie despacio y ella dio un paso atrás—, ¿Vera?

—Te han nominado al Oscar, Michael, al fin te han nominado.

—¿En serio? —Se pasó la mano por el pelo y sonrió—, ¡hostia puta!, ¿en serio?

—Te lo juro por Dios, si lo han dicho hasta en el Telediario, te debe estar llamando todo el mundo.

—¡Señor! —Abrió los brazos y las abrazó fuerte a las dos, Vera lo agarró por la camiseta y se echó a llorar—, vaya por Dios... es...

—Seguro que te lo dan.

—Vale, pero iré a recibirlo solo si me acompañáis las dos ¿de acuerdo?

—Claro que sí —asintió, observando cómo se apartaba de ellas un poco conmovido, atusándose el pelo, y se sintió tan orgullosa de él. Tanto tiempo de preparación, de entrega, de tanto trabajo y... todo ese talento que tenía... no había nadie en el mundo que se lo merecía más—, es

maravilloso, mi amor, enhorabuena.

—Te quiero ¿sabes cuánto te quiero? —Se acercó otra vez y le agarró la cara con las dos manos.

—Claro que lo sé.

—Pues entonces vamos a celebrarlo.

1. *En gaélico “Buena salud” y brindis habitual en Irlanda o Escocia.*

2 *Pentámetro yámbico. Es un tipo de verso de cinco pies, cada uno de los cuales suele estar compuesto de dos sílabas, no acentuada y acentuada, con una sílaba opcional no acentuada al final. No tiene rima. William Shakespeare o Christopher Marlowe compusieron gran parte de su obra dramática con esta métrica.*

3. *Mesa italiana: reunión importada del teatro, donde los actores y el director leen por primera vez el guion en voz alta y comentan sus respectivos papeles.*